La España del maquis [1936-1965]

JOSÉ ANTONIO VIDAL CASTAÑO

La España del maquis [1936-1965]

JOSÉ ANTONIO VIDAL CASTAÑO

La España del maquis [1936-1965]

JOSÉ ANTONIO VIDAL CASTAÑO

La España del maquis

(1936-1965)

José Antonio Vidal Castaño

Presentación de Justo Serna

Prólogo de Mercedes Yusta

PUNTO
DE VISTA
EDITORES

ISBN: 978-84-15930-77-8

Director editorial: José Luis Ibáñez

Consejo asesor: Silvano Gozzer, Alberto Vicente

© José Antonio Vidal Castaño, 2016

© De esta edición, Punto de Vista Editores, S. L., 2016

Todos los derechos reservados.

Segunda edición, Noviembre 2017.

Publicado por Punto de Vista Editores

info@puntodevistaeditores.com

www.puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Diseño de cubierta: Estudio Joaquín Gallego

© de la fotografía de cubierta: W. Eugene Smith/Magnum Photos/ Contacto.

Members of the Guardia Civil, the rural police force in charge of patrolling the countryside. Deleitosa (Cáceres), 1951.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Sobre el autor

José Antonio Vidal Castaño (1941) es doctor en Historia Contemporánea de España y licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación por la Universidad de Valencia. Funcionario de carrera con más de cuarenta años de servicio público, ha desempeñado diversos cargos educativos y administrativos. Sus líneas de investigación se centran fundamentalmente en los aspectos políticos, militares y culturales de la Guerra Civil española y sus consecuencias, el maquis y el exilio republicano en Francia. Autor, entre otros trabajos, de La memoria reprimida. Historias orales del maquis (PUV, 2004); El sargento Fabra. Historia y mito de un militar republicano (1904-1970) (Catarata, 2012) y Exiliados republicanos en Septfonds (1939) (Catarata, 2013). En el terreno de la ficción es premio de relatos Noche del Terror de Rentería y finalista del premio internacional de cuentos Max Aub. Su más reciente aportación es Asalto al tren pagador (Mandor, 2015).

Índice

Presentación

Prólogo

1 Guerrilleros en la Guerra Civil

Los «niños de la noche»

Huidos, topos y guerrilleros

El XIV Cuerpo de Guerrilleros

La escuela de Benimámet

Mujeres y dirigentes

Carácter y organización

Derrotados pero no vencidos

2 La España de Franco y el exilio republicano

Un angustioso final

El «exilio francés» y otros exilios

De sacrificios y silencios

3 El impacto de la Segunda Guerra Mundial

De los campos al trabajo esclavo

De la línea Maginot a las estepas rusas

De «La Nueve» a la muralla atlántica

Los «carboneros» y la lucha armada

Españoles y franceses en el maquis y la Résistance

Deportación y heroísmo guerrillero

Resistencia versus ocupación en la novela y el cine

Ocupación y liberación

4 La operación «Reconquista de España»

La Unión Nacional y las peripecias de una invasión fallida

La realidad y el deseo

Jesús Monzón o la forja de un líder

Una «extraña pareja» en apuros

Acuerdos y desavenencias

Un equipo compacto y eficaz

El hundimiento

El campo de las calaveras

Las invasiones y el maquis en España

5 El maquis antifranquista de posguerra

Fuentes orales y análisis histórico

El control político y militar

Recursos, datos, cifras y mitos

La España de los años cuarenta

6 Agrupaciones y otras formaciones guerrilleras

La Federación de Guerrillas de León-Galicia

Centro y Extremadura. Del control al caos

Dios y el diablo en Mesas de Ibor

Toledo, Ciudad Real y Gredos

7 Miedo, violencia y desesperación

Los cazadores de ciudad y su efímera existencia

Maquis entre el mar y la montaña

«Juanín», de nuevo

Maquis cántabros en la novela y el cine

8 La «guerra chica» de Andalucía

La Agrupación de Guerrillas Granada-Málaga

La «Agrupación del Roberto», un caso aparte

Limia Pérez, el exterminador

Un final inesperado

La persistencia de los huidos

9 Maquis en sierra Morena y Jaén

Córdoba y Badajoz en el huracán

La memoria del «Comandante Ríos»

«Mario de Rosa», persecución hasta Valencia

Las guerrillas «independientes» de Jaén

Maquis en la sierra de Andújar

La sierra Sur y los dominios de «El Cencerro»

Una muerte épica

Los enigmas de sierra Mágina

10 Maquis en Cataluña y en el Alto Aragón

Ángel Fuertes y Doroteo Ibáñez, dos líderes naturales

El maquis anarquista en Cataluña

Marcelino Massana, «Panxo», un caso particular

Los atentados contra Franco

Barcelona, años 50

11 La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón

Delicado en el punto de mira

La AGL. La tragedia de «Andrés»

La leyenda de «El Manco de La Pesquera»

La eficacia de «Grande» y la seducción de Pepito «el Gafas»

El mito de «La Pastora»

«Celia», «Sole», «La Madre», mujeres en un mundo de hombres

La AGL, ¿una agrupación bajo sospecha?

¿Qué fue de Peregrín Pérez?

Una lucha sin cuartel

Un final agónico

12 Historia, memoria y resistencia

Agradecimientos

Bibliografía

Índice de siglas

Para Pilar Valls.

Pedro Peinado, in memoriam.

Presentación

¿Qué fue el Régimen franquista? Entre 1939 y 1975 fue una irregularidad, un fenómeno, la excepción de su entorno, la anomalía que convino, el sistema primero repudiado y luego aceptado.

Fue una dictadura militar de derechas, un sistema político y pretoriano a un tiempo, un régimen unipartidista y a la vez deudor de una coalición reaccionaria, un Estado próximo al fascismo y después aliado de Occidente, de los valores de la Cristiandad. ¿Y esto qué significa?

Pues un sistema de partido único (Falange Española Tradicionalista y de las JONS o Movimiento Nacional) con una jefatura dotada de plenos poderes: un reino sin rey. Significa también un sistema de pluralismo limitado, limitadísimo, con familias políticas, con adhesiones inquebrantables y otras puramente circunstanciales.

Es un régimen castrense, capitaneado por militares..., a cuya cabeza hay un general, un jefe de los ejércitos que es a la vez jefe del estado: un Generalísimo o un Caudillo. Nace en la época de los fascismos, en tiempos convulsos.

Nace en esa época atroz —terrible, decía Antonio Gramsci—, con países debilitados por crisis económicas profundas, por crisis sociales abiertamente violentas, por derrotas militares irrestañables o por amenazas revolucionarias. Nace a partir de un pequeño partido o movimiento de corte igualmente fascista: Falange Española.

Pero en el franquismo el régimen y el partido no son lo mismo. El sistema surge de la Guerra Civil y, por tanto, surge de una coalición de fuerzas combatientes y políticas que luego tendrán diversa influencia o diferente predominio. Existen, por tanto, esas distintas familias con ideologías variadas: desde el falangismo hasta el carlismo, pasando por el Opus Dei o los propios militares o la Iglesia.

El franquismo es un régimen que dura, que se asienta, que persiste y que evoluciona a lo largo de varias décadas con el auxilio material e inmaterial de la Iglesia católica. Dura gracias a la circunstancia estratégica y geolítica que beneficia a España, en particular, el combate occidental contra el sovietismo, contra el expansionismo soviético.

El Régimen evoluciona desde el totalitarismo hasta el autoritarismo corporativista y nacionalcatólico: desde el fascismo de partido único hasta la dictadura unipersonal, militar, con pluralismo limitado. Pero lo que no dejará de ser nunca el franquismo es un sistema antiliberal y antidemocrático, antisocialista, anticomunista, como otras dictaduras de origen igualmente fascista.

«La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal», decía José Ortega y Gasset en un párrafo memorable de La rebelión de las masas. Vale decir, la forma más sofisticada, la técnica más compleja de funcionamiento social es el sistema democrático porque hace convivir a los diferentes, a los que piensan distinto, a los que se contrarían. Lejos de eliminar las tensiones, la democracia liberal reconoce los conflictos, conflictos de intereses o de opinión, y les da un cauce de expresión.

«Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es

prototipo de la “acción indirecta”[…]», añadía Ortega. Contar con el prójimo, pero no porque piensa igual que nosotros, sino porque sostiene cosas diferentes, porque sus juicios, por muy equivocados que puedan ser, expresan puntos de vista que serían una pérdida eliminar.

El franquismo es justamente lo contrario y a este sistema represivo, policial y militar se opondrán comunistas y anarquistas, convencidos de las consecuencias de la acción directa, del levantamiento armado, de la lucha, de la guerrilla. El Estado español de 1939 aplicará con persistencia y sin contemplaciones su aparato represor. ¿Para qué? Para acallar a quienes fastidian o incordian por su simple supervivencia, para exterminar a quienes amenazan o se enfrentan con el propósito de destruir el Régimen, a sus representantes y a sus gerifaltes. Será un sistema que niega las libertades, que interviene la economía, que absorbe, controla, limita y persigue. Al menos, hasta un cierto punto.

Aceptar la pluralidad de intereses, admitir la legitimidad de los conflictos y de las opiniones diversas es un logro civilizado, lo que no significa que esos juicios que nos son contrarios debamos aceptarlos sin más para callar los nuestros. Lo elevado de la democracia liberal es legalizar esos conflictos y sobre todo excluir la violencia. ¿Y qué es lo civilizado?

«La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación». La mayor o menor «cultura se mide por la mayor o menor precisión de las normas», apostilla Ortega. En efecto, se mide por la densidad normativa de la sociedad y del sistema político. Eso no quiere decir que el Estado deba regularlo todo, sino que debe crear un espacio jurídico en el que no haya lugar a la improvisación o a la arbitrariedad, un ámbito o dominio en el que todos sepan a qué atenerse y en el que la vulneración de esas normas bien fijadas y claras tenga respuesta institucional prevista.

La violencia, pues, se reduciría a ultima ratio. Más aún, la violencia (incluso la violencia verbal) como principal recurso es la antítesis de la civilización. Pues bien, esa violencia es la forma habitual de funcionamiento de un Estado, el franquista, que se dota de leyes, de marcos normativos, para regularizar la crueldad que se ejerce contra quienes perdieron la Guerra Civil o simplemente se oponen o son sospechosos de disidencia.

En España pasaremos entre 1975 y 1978 de un Régimen originariamente fascista y carpetovetónico, nacionalcatólico y castrense, a una Democracia parlamentaria, pluripartidista y constitucional. Las circunstancias fueron complicadas...: no puedes desalojar de buenas a primeras a quienes llevan varias décadas en el poder; tampoco puedes hacer una depuración radical. Pero debes lograr de quienes mandan que acepten su retirada institucional, su asentimiento, su sometimiento a la nueva legalidad. La oposición al Régimen, brava, valerosa, es insuficiente y poco fuerte, pero tiene legitimidades bien ganadas y asentadas.

Lo que se libra entre 1975 y 1978 no es un juego de suma cero. Es una transacción, un acuerdo entre partes rivales, entre opuestos. Hay un patrimonio material e inmaterial, un pasado que justifica, unas ataduras ideológicas. Hay matanzas y un ensañamiento que no se pueden olvidar, hay unas heridas por restañar... Y hay una generosidad razonablemente egoísta de quienes aspiran a convivir. De esas convivencias y de esas expectativas, nace el Régimen del 78. Con todas sus imperfecciones.

José Antonio Vidal Castaño ha escrito libros y artículos muy valiosos sobre lo que fue el primer franquismo, sobre lo que fue la primera oposición, una epopeya armada, guerrillera y española condenada al fracaso militar. Son textos imprescindibles para conocer mejor los tiempos del maquis, no tan remotos. Son textos

utilísimos para conocer la conducta humana en situaciones extremas.

La historia no es la restitución vengativa o arbitraria del pasado; tampoco es un campo de batalla. Es la exhumación de lo antiguo o de lo cercano con vocación objetiva, sistemática, documentada y hasta equidistante. Con la pasión del científico y con la frialdad del literato, que diría Vladímir Nabokov. El resultado es edificante, algo muy distinto de las jeremiadas, de los panfletos, de los rencores.

Nos pasamos la vida fantaseando con las cosas que podríamos hacer o haber hecho, con los actos que podíamos emprender o haber emprendido. Nos pasamos la vida cavilando en silencio. Por muy parlanchines o bocazas que seamos, guardamos reserva de ciertas cosas. Como los guerrilleros... Los otros, quienes nos observan, solo pueden apreciar rasgos, indumentarias, maquillajes o ademanes superficiales, impresiones. No es solo que nos cubramos o nos ocultemos: es que buena parte de lo que sentimos o pensamos no lo revelamos o no lo verbalizamos.

Nos pasamos la vida anticipando lo que podría sucedernos si emprendiéramos este o aquel curso de acción. Como los maquis. Columbramos, sospechamos, sopesamos un porvenir no materializado, un futuro solo evanescente. Nos valemos de la imaginación para predecir y nos servimos de la imaginación para adentrarnos retrospectivamente en lo que no siempre hemos vivido.

Una parte fundamental de nuestra existencia no se da, no se consuma, no se materializa, y encima esas cavilaciones nos afectan hondamente. Como el bravo guerrillero que imagina... El asunto es raro o patético. Es humano. Puede muy bien ocurrir que lo ficticio cobre mayor impacto que lo ordinario o lo real, que nos trastorne más lo engañoso o lo deseado que lo verdadero y contundente.

Como al maquis.

Hay dos o tres cosas que podemos hacer con la producción de Vidal Castaño. Leer sus obras, releerlas, hojearlas. En cualquiera de los casos, los beneficios que nos procuran son muy rentables. Al tocar sus libros, sujetarlos, abrirlos o incluso terminarlos, algo se nos pega. Nos acercan a un mundo que no es el nuestro, un mundo de seres vivos y muertos que algo dijeron. Con valor, con menos medios y con más o menos comodidades que las nuestras.

Los libros de Vidal Castaño nos hacen salir del ensimismamiento presente; nos hacen abandonar esa idea tan extendida de que lo pasado no vale o ya está caduco. El mundo actual tiene numerosas cosas buenas, pero no nos engañemos: muchas de las preguntas que se planteaban nuestros antepasados siguen vigentes. ¿Por qué razón? Porque las respuestas que ellos nos dieron siguen siendo parcialmente válidas o porque los problemas que esperábamos haber superado aún están por resolver. Asuntos como el género humano, como la condición humana, como la bondad o la maldad, como la utilidad o el desprendimiento, como el altruismo o la benevolencia, son materias de nuestro tiempo. Y de siempre.

Justo Serna

Universidad de Valencia

Prólogo

El maquis, la guerrilla antifranquista que se desarrolló durante la posguerra en una buena parte de la España rural (y en algunas ciudades como Granada y Barcelona), es un fenómeno relativamente mal conocido por el gran público, a pesar de haber sido objeto de un número creciente de trabajos en los últimos años.

Entre sus muchos méritos, el libro de José Antonio Vidal Castaño tiene el muy principal de hacer accesible a un público no necesariamente especialista un relato a la vez ameno y riguroso de la historia de los hombres, y algunas mujeres, que no se resignaron a la victoria final del Caudillo y a la represión en la que su dictadura sumió a buena parte de la población española.

Vidal Castaño aborda el relato de esta lucha estableciendo, desde el primer momento, la filiación del movimiento guerrillero con el Ejército republicano y con el proceso mismo de la guerra civil. También tiene muy presente el marco europeo en el que se desarrolla la resistencia antifranquista durante la posguerra, un marco que en una medida muy importante explica el sentido que le dieron sus protagonistas y hace inteligible su oportunidad histórica. La resistencia española es así continuidad y prolongación no solo de la Guerra Civil española, sino también de la batalla que se estaba librando en una buena parte de Europa entre fascismo y antifascismo: así lo entendieron numerosos militantes que, tras haber combatido en el Ejército republicano, participaron en la Resistencia francesa para posteriormente volver a atravesar la frontera y participar en el maquis español. Vidal Castaño se detiene en la estrecha relación entre los exiliados españoles en Francia y el inicio de la actividad resistente en el interior, pero también en el parentesco entre las historias cruzadas de la Resistencia francesa y la resistencia antifranquista española.

El relato nos conduce así hacia las «invasiones» guerrilleras de 1944 a través de los Pirineos que, si bien fracasaron en su objetivo de establecer una «cabeza de puente» en la España franquista para forzar una intervención aliada (pues no era otro el objetivo de una operación que, de otra manera, parecería suicida), marcaron el comienzo del auge de la actividad guerrillera en el interior de España. Pero el fracaso de las «invasiones» también supuso el inicio de la operación de toma de control del Partido Comunista de España sobre la actividad resistente en el interior. El autor bucea en las tramas conspirativas y luchas por el poder, dignas de una novela, que agitaron a la dirección del PCE con respecto a la organización y control de la guerrilla y que tuvieron como epicentro la persona de Jesús Monzón. Como en otros momentos del libro, saber historiográfico e imaginación literaria o cinematográfica se combinan en la pluma de Vidal Castaño, que no solo se emplea en recomponer un episodio central en la historia de la oposición antifranquista mediante las pruebas recopiladas por los historiadores, sino que se sirve del imaginario colectivo que de estos acontecimientos han transmitido la literatura y el cine para componer un relato ágil y eficaz, pero no por ello menos riguroso.

En los capítulos siguientes, Vidal Castaño entra en el núcleo del sujeto y establece la naturaleza y la organización de los grupos guerrilleros, las vicisitudes de todos y cada uno de los núcleos, partidas o agrupaciones, deteniéndose particularmente en dos ámbitos geográficos: Andalucía, escenario de la actuación de varias agrupaciones guerrilleras, y el amplio territorio controlado por la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), con alguna incursión también, tan sugestiva como indispensable, por los territorios de la guerrilla anarquista catalana. Vidal Castaño conoce estos territorios guerrilleros de primera mano, en particular el territorio de la AGLA, al que dedicó su excelente libro La memoria reprimida: historias orales del maquis (PUV, 2004) o, desde un enfoque literario, el reciente Asalto al tren pagador (2015).

Si bien el libro no pierde en esta parte, así como en las dedicadas a los condicionantes políticos y socioculturales del conjunto, su carácter divulgativo, al que contribuye grandemente una escritura ágil y amena, Vidal Castaño también aporta elementos novedosos y hasta polémicos, como cuando aborda la desaparición, asesinado por sus propios compañeros, del guerrillero y excomandante del XIV Cuerpo de Guerrilleros Juan Ramón Delicado, o la muerte nunca esclarecida del dirigente de la AGLA Peregrín o Pelegrin Pérez. En fin, el autor reserva una parte de su relato a protagonistas que las historias al uso de la guerrilla han dejado demasiado a menudo en la sombra: las mujeres que compartieron el espacio de lucha en el monte con los guerrilleros. Y, al cerrar su libro con un balance sobre la agónica lucha de estos guerrilleros antifranquistas, no rehúye ni las preguntas incómodas, ni la evocación de la dureza de un tiempo en el que, años después de finalizada la guerra civil, la violencia armada volvió a manifestarse y a ser pretexto para una represión implacable y, demasiado a menudo, indiscriminada.

Con la misma inteligencia narrativa y sensibilidad histórica demostrada en anteriores trabajos, tanto ensayos como ficciones, José Antonio Vidal Castaño nos entrega un libro necesario, un libro que no existía todavía, a medio camino entre la rigurosa investigación historiográfica, tal vez demasiado árida en ocasiones, y la no menos rigurosa divulgación histórica. Un libro en el que el lector o la lectora tal vez no encuentre «un sistemático afán por la información pormenorizada —que también en algunos casos, y con ciertos ejemplos— pero sí, un afán por el análisis y la reflexión, por la síntesis».

Y de todo ello andábamos bastante necesitados.

Mercedes Yusta

Institut Universitaire de France

Université Paris 8

1

Guerrilleros en la Guerra Civil

«Ha llegado el tiempo de los lobos, la hora del fascismo:

las personas se comportan como lobos y

estos como personas».

Vasili Grossman, La Madonna Sixtina.

La guerrilla antifranquista (vulgo, maquis) organizada como tal no existirá en España hasta el verano de 1944, en la recta final de la Segunda Guerra Mundial, y vendrá desde el sur de Francia, para reencontrarse con núcleos resistentes de emboscados y débiles apoyos en algunas ciudades. Pese a las dificultades estos resistentes representaban, en el imaginario colectivo, una continuidad en la lucha por restablecer la República democrática, perdida oficialmente desde el primero de abril de 1939. Pero la cruda realidad es que el imaginario franquista lo dominaba todo tras su victoria. El nuevo régimen totalitario y parafascista mantendrá el ejército de ocupación como tal y decretará el estado de guerra hasta 1948. Desde la resistencia armada contra Franco se entabló un duro combate por sobrevivir en territorio hostil, con una población poco o nada permeable a continuar una lucha perdida cargada de incógnitas.

Sin embargo, se puede rastrear la existencia de guerrillas formadas principalmente por antifascistas casi desde los comienzos de la Guerra Civil. Carentes en sus inicios de una organización centralizada, partidas de combatientes irregulares al servicio de la República vinieron actuando en algunos frentes desde las

postrimerías de 1936. Grupos conocidos como los «niños de la noche», por ejemplo, actuaron en las inmediaciones de Madrid y en otros puntos.

A partir de mayo de 1937 el Gobierno republicano apoyó e impulsó diversas iniciativas para dotar de instrucción militar a grupos de guerrilleros y combatientes de los servicios especiales que venían operando en diversos frentes, culminando esta labor con la creación en febrero de 1938 del llamado XIV Cuerpo de Ejército o Cuerpo de guerrilleros, respetando el nombre que llevó inicialmente en Asturias. Se trataba, en realidad, de unidades militares, de fuerzas destinadas a realizar operaciones tipo comando en la retaguardia del enemigo, hostigándole, causándole daños materiales y tratando de socavar su seguridad moral. Sus acciones concretas abarcaban desde la voladura de vías férreas o puentes, a la destrucción de depósitos de armas y municiones, pasando por dinamitar una carretera, cubrir una retirada o garantizar la seguridad de personas y colectivos.

Los «niños de la noche»

Durante la primera fase de la Guerra Civil se llegaron a formar grupos destinados a actuar en los frentes más conflictivos. Se trataba de partidas compuestas por media docena, o poco más, de milicianos voluntarios, con altas dosis de arrojo y autocontrol. Sus componentes eran muy jóvenes, poco más que adolescentes con un trago de más, y su misión consistía en acercarse lo más posible, amparados en las sombras de la noche, hasta las posiciones enemigas y haciendo pie en ellas, arrojar bombas en su interior, sembrando así la confusión y el temor ante un ataque imprevisto.

El comunista valenciano Adelino Pérez Salvá «Teo», formó parte de uno de estos grupos. Era voluntario, como la mayoría de sus compañeros, y pidió ser enviado al frente más activo tras su incorporación a la milicia. Fue trasladado a Madrid y de allí a los altos del Guadarrama para relevar a otros combatientes. Permaneció en estos lugares desde agosto de 1936 hasta mayo de 1937, fecha en la que fue relevado. «Por la noche, cuando todo […] estaba en calma, cogías unas bombas, te aproximabas y se las tirabas a ellos, y te volvías. Estuvimos haciendo eso todo el tiempo». Adelino considera en su testimonio que aquello «era una actividad aburrida» [Vidal Castaño, 2004], porque no asaltaban propiamente las trincheras, y porque su participación en otras actividades era escasa. Disparaban y atacaban por sorpresa, sin ver al enemigo. Durante todo ese tiempo permaneció —como sus camaradas— en el frente sin disfrutar de un solo permiso para ir a Madrid. El gandiense «Teo» no vaciló en ser de los primeros voluntarios para enrolarse en el XIV Cuerpo de Ejército, el que sería llamado, más adelante, cuerpo de guerrilleros.

Huidos, topos y guerrilleros

La actuación de los guerrilleros hasta bien entrado 1937 tuvo un comportamiento un tanto anárquico. Pronto tomaron contacto con núcleos de huidos que habían escapado a las montañas circundantes cuando las tropas franquistas ocuparon sus pueblos respectivos. La abundancia de huidos procedentes del mundo rural marcó la tendencia de los resistentes a hacerse fuertes en las zonas boscosas y nudos montañosos, donde era difícil verse sorprendidos por soldados enemigos. Amplias zonas de León, regiones fronterizas de Galicia con León, y Castilla la Vieja, Asturias y Cantabria abundaron en este tipo de agrupamientos. Para el ejército franquista de ocupación la existencia de estos huidos, e incluso de guerrilleros, era una simple cuestión de orden público. Como tal encomendaron, sin escrúpulo moral alguno, la tarea de su represión e incluso eliminación, a la Guardia Civil organizada al efecto para combatir la delincuencia y el bandolerismo en pueblos, aldeas, caminos vecinales y vías de comunicación terrestres, objetivos que no tardaron en ampliarse y extenderse a la disidencia política entendida como una lacra antipatriótica y anticristiana. Así pues, los resistentes al franquismo pasaron a asimilarse a bandidos y salteadores de caminos, amén de apátridas rebeldes y, por si fuera poco, ateos.

Los huidos realizaron algunas acciones de represalia en poblaciones de León, Galicia y algunas zonas del norte. Cortada su posibilidad de volver a la normalidad o de reintegrarse al ejército republicano, luchaban por su supervivencia, utilizando métodos similares a los de sus enemigos. Hubo acciones concretas de tipo violento encabezadas por resistentes que ocasionaron varios asesinatos. En muchos casos se trataba de militantes de organizaciones que estaban contra la violencia y por el respeto a la vida. Pero estos grupos de huidos, acosados por las autoridades franquistas y motejados de malhechores, no tenían otro remedio que devolver

golpe por golpe si querían asegurarse el respeto de sus contrincantes [Serrano, 2001].

Al producirse la ocupación muchos hombres, y algunas mujeres, huyeron al monte, pero otros decidieron enterrarse en vida, hacerse invisibles, desaparecer. No se marcharon al extranjero como hacían creer a sus vecinos y parientes, sino que se escondieron en lugares inhóspitos y subterráneos como galerías, cuevas, pozos cegados, sótanos e incluso habitaciones secretas, etc. Pasaron años sin ver la luz del sol. Fueron los llamados topos. Su existencia, en pueblos e incluso en algunas ciudades, difícil y siempre expuesta al peligro de ser detenido por una denuncia, constituye uno de los capítulos más tenebrosos de la resistencia contra Franco. No fue la suya, desde luego, una resistencia activa, y algunos de ellos, cuando pudieron salir de sus escondrijos, mostraban una notable decadencia de sus facultades físicas e incluso mentales.

Varios autores han recogido testimonios personales sobre la existencia subterránea de estos topos. Un libro apasionante fue el publicado por Jesús Torbado y Manuel Leguineche: Los topos. El testimonio estremecedor de quienes pasaron su vida escondidos en la España de la posguerra (1999). En el texto se recogen, de manera novelada, testimonios de muchos de ellos. Algunos eran alcaldes o autoridades republicanas, otros militares que desertaron, e incluso comerciantes, abogados, novelistas, etc., que habían logrado enfurecer al régimen de Franco. Se reseña el testimonio del guerrillero Pablo Pérez Hidalgo, alias «Manolo el Rubio», que —tras ser un guerrillero activo en los años cuarenta—, decidió esconderse, por lo que sobrevivió incluso a la represión policial contra el maquis. Es conveniente señalar que, si bien estuvieron ocultos buena parte de la posguerra, su desaparición se produjo en la mayoría de los casos en plena Guerra Civil ante la inminente llegada del ejército de ocupación y el temor a las habituales y crueles represalias o en las postrimerías de la misma, en 1939 [Torbado y Leguineche, 1999].

Uno de los casos más significativos es el de Manuel Cortés, el último alcalde republicano del pueblo de Mijas, en Málaga. Cortés reapareció en abril de 1969 tras haber estado oculto treinta años en su propia casa. Esta circunstancia fue posible gracias a la ayuda de su esposa Juliana. Lo que motivó el abandono de su escondite fue la concesión de una amnistía para todos los delitos supuestamente cometidos durante la Guerra Civil. Cortés, militante socialista y barbero de profesión, pudo comprobar así que la vida en 1969 había cambiado profundamente con respecto a la que conoció antes de su encierro [Fraser, 1986].

En este submundo, cabe destacar el papel de las familias y en particular de las mujeres, que tuvieron que soportar todo tipo de vejaciones y dificultades económicas para ocultar a «sus hombres», dando ellas mismas un ejemplo de resistencia en las peores condiciones posibles.

Estas formas de oposición a la ocupación y a la represión posterior son, por su misma esencia, clandestinas; es decir, trataban de ocultarse a la autoridad del régimen establecido, tanto antes como después de 1939. Topos, huidos y guerrilleros convivieron durante la Guerra Civil presentando afinidades y discrepancias en su estilo de vida y forma de entender la resistencia. Entre las primeras predominó el afán de supervivencia, aspecto que entroncaría bien con los años de la agonía de la guerrilla antifranquista una década después. En líneas generales, podemos decir que es una tendencia común a todo movimiento en profundo declive o en trance de desaparición. No es, ciertamente, el mismo tipo de sentimiento que el de los guerrilleros del XIV Cuerpo que se sintieron derrotados pero no vencidos. Los topos, en su afán por subsistir, se retiraron de hecho de la resistencia. Los huidos, con objetivos y escenarios semejantes a los de los guerrilleros, tuvieron tendencia a la dispersión y al aislamiento con prácticas, en ocasiones, ajenas a los principios ideológicos y sociales por los que luchaban.

Los guerrilleros representaron, por el contrario, el potente imaginario de una resistencia organizada, compacta, no exenta de componentes míticos. Imaginario y mitos que no lograron conectar con un pueblo llano —pese a la heroica aureola del guerrillero— desconocedor de sus objetivos. Así fue durante toda la Guerra Civil. Luego, llegó la derrota, los exilios y la Segunda Guerra Mundial, que representaron, más que un corte temporal —que también—, un profundo cambio social con todas sus implicaciones políticas e incluso militares. La situación europea y mundial había dado un vuelco importante. Nunca la guerrilla antifranquista de los años cuarenta encontraría ya una situación semejante a la de 1939.

El maquis antifranquista de los años cuarenta, considerado por la dirección política del Partido Comunista de España (PCE) como el continuador de los combates de la Guerra Civil, fue organizándose, clandestina y disciplinadamente, con el fin de canalizar la resistencia hasta restaurar la democracia, es decir, la República. Como esta forma de gobierno quedó eliminada por el régimen de Franco, sus posturas, conforme avanzaba el tiempo, rozaron el puro idealismo, a la par que generaban un larvado derrotismo, acompañado, en ocasiones, por un irreductible aventurerismo; tendencias de difícil remedio que el PCE se aplicó a erradicar sin remilgos.

Las guerrillas, como factor común entre guerra y posguerra, fueron esencialmente rurales. Existieron, no obstante, experiencias para llevarlas al ámbito urbano en Madrid y alguna que otra ciudad —en los años cuarenta—, pero fracasaron, abortadas por la policía franquista. Por su parte, los movimientos anarcosindicalistas empeñados en las luchas de clase desarrollaron formas de resistencia urbana como el Grupo Petróleo, nutrido por cenetistas, libertarios y trabajadores de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos SA (CAMPSA), en Barcelona, ciudad donde tenían los mayores apoyos. Carentes de dirección política, estos resistentes fueron también presa fácil de las fuerzas represivas.

El XIV Cuerpo de Guerrilleros

El presidente del gobierno republicano Juan Negrín López, con la aquiescencia de mandos militares y asesores soviéticos —estos de hecho no se lo exigirían hasta septiembre de 1937— del Ejército Popular de la República (EPR), «decidió unificar todas las unidades guerrilleras en el XIV Cuerpo de Ejército», aunque lo retrasó hasta firmar su «Orden Comunicada Reservada» —que no se publicaría en el Diario Oficial— del 3 de febrero de 1938 [Blasco y Cabrera, 2013].

La idea primitiva de esta decisión partió del coronel Vicente Rojo, «al concebir un ejército de maniobras» donde se encuadrasen al lado del veterano V Cuerpo «el XIV Cuerpo (las nuevas fuerzas guerrilleras…) y los Cuerpos, XX, XXI y XXII» [Alpert, 2007]. En principio, el cuerpo de guerrilleros estaba destinado a operar en el llamado Frente Norte, pero tras la caída de Bilbao en junio de 1937, estas unidades fueron redistribuidas provisionalmente en otros frentes, a la espera de una nueva reestructuración. Y esta llegó con la creación del XIV Cuerpo de Ejército dentro del EPR que aspiraba a tener en control de todas la unidades dispersas dedicadas a servicios especiales.

No tardará en abrirse paso la necesidad de reorganizar el nuevo cuerpo y prepararlo para actuar en la retaguardia enemiga. Les fueron adjudicados distintivos: una estrella roja en la hombrera izquierda y una calavera con las tibias cruzadas en la derecha, y estaba compuesto por «seis divisiones, dos de las cuales llevaban los números 200 y 300. Cada división constaba de cuatro brigadas y cada brigada era de 150 hombres». Pero estas cifras no eran demasiado fiables, pues procedían de las declaraciones hechas a las tropas franquistas por prisioneros republicanos [Alpert, 2007]. Lo

ejemplifica, con un informe, en el que se atribuye una operación guerrillera en Ávila, a dinamiteros rusos. Por un lado, está la confirmación del éxito del secretismo pretendido por jefes republicanos y soviéticos. Todo lo que era o parecía extranjero, no podía ser —para los franquistas— más que ruso. Por otro lado, incluso la población civil en la España republicana ignoraba prácticamente su existencia y la importancia de su papel, por lo que «apenas apoyó a los guerrilleros». Se trató de «una oportunidad perdida» [Alpert, 2007]. Antony Beevor, prestigioso historiador militar llega a señalar como factor decisivo de la derrota republicana el no haber utilizado a fondo la guerra de guerrillas [Beevor, 2015]. Una valoración un tanto desmesurada, si tenemos en cuenta las circunstancias que condicionaron y limitaron la extensión y consolidación del XIV Cuerpo, entre otras, por ejemplo: la estrechez de medios económicos.

En cualquier caso, el Gobierno de la República no dispuso de mucho tiempo para dotar de mayor eficacia a su pequeño ejército guerrillero, y prefirió —por diversas razones— potenciar el fortalecimiento de un ejército regular a la vieja usanza, es decir, al uso de estrategias y tácticas militares, que en algunas batallas recordaban viejas estampas de la Gran Guerra. Sin embargo la movilidad y extensión de los frentes, la novedosa contundencia de los bombardeos aéreos sobre la población civil, con su carga de desmoralización y demanda de represalias, nos dicen bien a las claras que se trataba de épocas distintas. El horror y el dolor de la guerra se extendieron más allá de la propia retaguardia y llegaron hasta las ciudades. Las ansias de burlar y engañar al enemigo —en cualquier caso— se habían renovado.

La escuela de Benimámet

La puesta en marcha del XIV Cuerpo planteaba necesidades de formación para sus cuadros dirigentes; una preparación intensiva y especializada para quienes se consideraban como la élite del EPR. Para estos menesteres, Gobierno y mandos militares decidieron apoyarse en la experiencia del personal soviético, conocedor de la estrategia y las tácticas guerrilleras empleadas en su propia guerra civil. Se habilitaron para tal fin escuelas y campos de entrenamiento. Todo fue llevado con sigilo. Solo las personas directamente implicadas debían conocer objetivos y funciones concretas. Las escuela principal estuvo ubicada en Benimámet, población agregada a Valencia, situada a unos seis kilómetros del centro de la entonces capital de la República española. La escuela se trasladaría, mediado 1938, a un anónimo lugar del centro de Jaén y también disponía de sede en Alcalá de Henares, en donde se cubría otra fase de preparación con personal seleccionado. Existían otras bases situadas en algunos lugares de Cataluña (Olot), Extremadura y Andalucía.

La escuela de Benimámet estaba camuflada bajo el eufemístico rótulo, patentado por las Brigadas Internacionales como Batallón de Instrucción de la Defensa contra Aeronaves (BIDCA) aunque en él ya militaran guerrilleros como el jienense Domingo Ungría o el malagueño Antonio Gan «Cubano». El 27 de febrero de 1938, este Batallón quedó también integrado en el XIV Cuerpo de Ejército.

La escuela destinada a desarrollar los cursos iniciales de formación ideológica y capacitación técnica —manejo de toda clase de armas y explosivos—, por su proximidad a Valencia recibió aquellos días a ilustres personalidades, mandos civiles y militares, residentes o de paso en la capital de la República. Entre otros notables personajes,

visitó esta escuela el famoso escritor estadounidense Ernest Hemingway, acompañado por el novelista alemán Gustav Regler, a la sazón comisario de guerra de la XII Brigada Internacional y agente soviético. En aquellos momentos, Hemingway estaba totalmente identificado con la causa republicana y era uno de sus mejores propagandistas. En aquellos años el autor de Por quién doblan las campanas, actuó como agente soviético o, en el mejor de los casos, como agente doble [Volodarsky, 2013].

Volodarsky se refiere a la escuela ubicada en la actual pedanía de Benimámet como escuela de subversión y sabotaje: «la base —dice— de entrenamiento de guerrillas […]». Recoge la vinculación del XIV Cuerpo con los servicios secretos, tanto el soviético (NKVD) como el republicano Servicio de Información Militar (SIM). La elección de Benimámet como sede, según este autor ruso, se debió a la gestión personal de José Díaz y Dolores Ibárruri, aunque no existe rastro ni memoria oral o escrita de su paso —si es que lo hubo— por esta población.

Es interesante la visión que de la misma —aislada entonces del núcleo urbano por una feraz huerta de hortalizas, naranjales y una red de acequias— tenían los brigadistas alemanes que pasaron por allí y de sus relaciones con los habitantes del lugar. Kurt Weber, uno de los brigadistas alemanes, habla de un antiguo convento, con toda probabilidad un edificio hoy inexistente, que albergaba una comunidad de monjas trinitarias, aunque no se puede descartar que se utilizaran otros alojamientos.

Heinrich Fomferra, otro brigadista alemán, escribe: «Los alumnos se seleccionaron con ayuda del comité central del PCE. En Benimámet —afirma— había dos escuelas más de este tipo. El director de una de ellas era el camarada Gustav Röbelen». No se trataba, al parecer, de otras escuelas, sino de otros lugares de la misma población donde se realizaban prácticas de tiro y manejo de explosivos y que, según la testigo presencial Carmen Palop, se localizaron en el

antiguo y lujoso «chalé de Panach» —requisado al efecto— donde hoy existe una biblioteca y un jardín públicos. Fomferra asegura haber recibido órdenes de crear una escuela en Almería, pero no dice dónde ni cuándo.

Tal vez, el testimonio más interesante por sus observaciones sociológicas es el del brigadista Fritz Mergen: «Fuimos a Benimámet, un pueblo cerca de Valencia», y tras reseñar el tipo de prácticas militares que realizaban y su entusiasmo por aprender con mucha rapidez, se refiere a la población:

«Benimámet es un pueblo de campesinos. La población era muy pobre y una parte vivía aún en cuevas (tengo algunas fotos de ellas). Respecto a nosotros eran muy abiertos y nos contaban cómo los grandes propietarios les explotaban. Al empezar la guerra civil en aquel lugar hubo también grandes enfrentamientos […]. Los campesinos del Frente Popular tomaron el poder en sus manos. Nos apoyaban en lo que podían y se alegraban de la solidaridad de las BI que luchaban […] contra el enemigo común: el fascismo.

Para nosotros era prioritario aprender la lengua española […]. La mayoría de los habitantes del pueblo eran analfabetos. Cada uno de nosotros apadrinó a varias personas para enseñarles a leer y a escribir. Cada tarde nos reuníamos […] y gracias a ellos aprendimos mucho más rápidamente el español […]. No olvidaré nunca estos días. Aquí se sentía la pertenencia común al conjunto de la clase [social], a pesar de las diferentes nacionalidades […]. Todos, jóvenes o viejos, habían echado raíces en mi corazón».

El mismo brigadista resume, de forma muy particular, sus relaciones con los habitantes de Benimámet, influido por la información previa que debió recibir de sus instructores. Nos descubre, incluso, su destino como guerrillero:

«En mayo de 1937 —había llegado a Benimámet en enero— recibí, juntamente con algunos camaradas, mi primer trabajo. Fuimos al frente. El lugar donde estaba el Estado Mayor se llamaba Híjar, y estaba entre Teruel y Zaragoza».

Kurt Weber comenta:

«Allí nos juntamos con veinte compañeros españoles (12 de ellos llegaron acompañando a Domingo Ungría) y algunos soviéticos. Recibimos completa información sobre todas las armas que había en España así como sobre explosivos y su utilización».

Aunque la ubicación de este centro estaba relacionada con la cercanía del Gobierno republicano, que deseaba disponer de un control directo, en la práctica, según estos y otros testimonios, la mayoría de los profesores de las escuelas y de los responsables políticos de la instrucción militar e ideológica era personal soviético.

Los testimonios proceden de los archivos de la ex República Democrática Alemana, concretamente del Archivo Federal de Berlín-Lichterfelde (AFB-L), de dos colecciones diferentes. El testimonio de Weber procede del fondo titulado Guerra nacional-revolucionaria de España, que forma parte de la sección SAPMO (Archivo de los Partidos y las Organizaciones de Masas), y los restantes, de la colección de testimonios antifascistas. Actualmente, estos archivos que contienen materiales alemanes, algunos españoles y muchos de procedencia soviética, están unificados en el citado AFB-L.

Mujeres y dirigentes

Martínez Reverte proporciona datos sobre los soviéticos, usando como fuentes las memorias de soldados y de las mujeres —una de ellas «de escandalosa belleza», sostiene— que actuaron como traductoras y asistentas de mandos y comisarios políticos y a la vez como instructoras de guerrilleros: Anna K. Starinova —de soltera, Obrucheva, y luego esposa del coronel y comisario político, Ilía Starinov—, Elizaveta Parshina —que se casó más tarde con el coronel Sproguis, del contraespionaje soviético—, las hermanas Abramson, etc. El grupo de Sproguis donde formaron rusos y españoles (malagueños) tuvieron una destacada actuación en la batalla de Guadalajara. Una información que no existe —puntualiza — en los archivos españoles porque, al parecer, «los archivos relacionados con ellas fueron trasladados a la URSS al final de la guerra». Destaca el papel de las traductoras rusas que, además de hacer de escolta de jefes militares soviéticos, pedían «voluntarios para un cuerpo de guerrilleros» [Martínez Reverte, 2014]. En el informe remitido a Stalin y Voroshilov (octubre de 1937), por el consejero militar jefe, G. Shtern, se dice de las intérpretes: «[…] van a todos los sitios acompañando a sus jefes y se exponen a los mismos peligros […] he observado a esas mujeres bajo las bombas, bajo la lluvia de proyectiles y balas […] y jamás he visto casos de cobardía. Estas heroicas mujeres han suscitado la admiración de los españoles» [Rybalkin, 2007].

Elizaveta Parshina o «Josefa Pérez Herrera», una de las diez intérpretes, publicó parte de sus memorias noveladas, traducidas al castellano como La brigadista. Diario de una dinamitera de la Guerra Civil (2002), donde queda patente que combatió en los frentes (Madrid, Toledo, Málaga, etc.) acompañando a un grupo de dinamiteros asturianos. Una vida apasionante imposible de resumir en unas líneas. Estuvo casada con el también coronel de la reserva, Artur Sproguis, ex consejero de inteligencia militar del Ejército

Popular de la República. Parshina fue una de las tres mujeres que lograron ingresar en una unidad de élite de los servicios de la inteligencia militar de la URSS, en los inicios de la Segunda Guerra Mundial.

No solo rusos y alemanes estuvieron en esta escuela. También algunos combatientes de la Brigada Lincoln como los neoyorquinos Bill Aalto —exboxeador de origen judeo-ruso— e Irving Goff, ambos homosexuales, que destacaron por su valor como oficiales. Al parecer fueron los inspiradores del personaje de Robert Jordan, protagonista de Por quién doblan las campanas, la novela «española» de Hemingway, quien por temor a la homofobia desatada entre los comunistas, señaló como su modelo al impoluto comandante Robert H. Merriman, muerto heroicamente en la batalla del Ebro.

El mando del XIV Cuerpo recayó en un militar español, el capitán ascendido a teniente coronel Domingo Ungría González, miembro del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y persona de confianza del gabinete Negrín. Prieto, ya cesado, había propuesto a Jesús Pérez Salas, ex miembro del gabinete militar de Azaña. Como adjunto de Ungría en el mando, y en calidad de comisario político, fue promovido Peregrín Pérez Galarza, que llegará a capitán del EPR y mucho después jefe de la AGLA con el alias de «Ricardo», de quien ya hablaremos más extensamente. En la práctica, los alumnos dependían de los instructores rusos. La historia posterior de Domingo Ungría es un tanto sombría. Tras la guerra se exilió a la URSS, donde ejerció como asesor de la Escuela Superior de Guerrillas, cerca de Moscú. Su muerte, ocurrida en el sur de Francia cuando iba a incorporarse al maquis en la España de 1945, cuenta con versiones dispares.

El período de instrucción duraba entre dos y cuatro meses como máximo, y las materias esenciales de este eran, según el citado brigadista Heinrich Fomferra: «Táctica de guerrillas, conocimiento

del armamento y el tiro, voladuras, materiales incendiarios, conocimiento del terreno, etc.» Lo más importante de este particular currículum educativo eran los problemas tácticos de ataque por sorpresa a posiciones enemigas, o la infiltración más allá de sus líneas, y por ende, el perfecto manejo de todo tipo de armas y explosivos. Fritz Mergen refiere en enero de 1937 que, estando en Murcia, su unidad fue prácticamente disuelta. «Yo mismo, con algunos camaradas, fui convocado para un empleo especial. Fuimos a Benimámet […]. Aquí nos familiarizamos con el uso de toda clase de armas de fuego […] así como de toda clase de materiales y dispositivos explosivos».

En la escuela de Benimámet se prepararon algunos hombres que llegaron a ser, a partir de 1944 y 1945, tras haber pasado por el exilio francés, importantes jefes de la AGLA, como Isidro Cortijo Zamora, «Carrión» —procedente de Cuenca—, nuestro ya conocido Peregrín Pérez Galarza «Ricardo», y Vicente Galarza Santana, que se daría a conocer como «Andrés», y que sería el primer jefe de la AGLA. Ambos, de los que volveremos a ocuparnos, procedían de Buñol, una población valenciana con tradición guerrillera. Alejandra Soler, alma mater de la Federación Universitaria Escolar (FUE) en Valencia, hace memoria en La vida es un río caudaloso con peligrosos rápidos (2013) para recordarnos: «A finales del verano de 1939 recibimos la visita de Peregrín Pérez. Quería vernos para contarnos los detalles de la muerte de José Alabau, comandante del XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero, y gran amigo nuestro». Soler refiere la muerte de Alabau, quien, herido de muerte, «para no caer prisionero, se había suicidado».

Carácter y organización

Así las gastaban los guerrilleros del XIV Cuerpo de Ejército, que en ocasiones se integraban como secciones de una brigada internacional para determinadas misiones. Era una unidad muy selectiva y extremadamente politizada. Tenían «un acusadísimo espíritu de cuerpo», fuertes vínculos de dependencia y ayuda mutuas [Parshina, 2002]. Los grupos guerrilleros actuaban con autonomía y se dividían en secciones. Huían de los contactos con corresponsales de guerra, teniendo por norma ocultarse de las miradas exteriores. Elegían a sus propios jefes por criterios basados en la confianza personal, la astucia y el valor demostrados en combate. En su código estaba el no dejar atrás a un compañero herido o no renunciar al rescate de camaradas prisioneros. Vivían o trataban de vivir como una comuna, organizando sus propios servicios —cocina, lavandería, intendencia, armería, etc.—. A veces iban a la guerrilla acompañados por su familia, mujer e hijos, o parte de ella. La mayoría de estos criterios relativos a la jerarquía en el mando, confianza personal, dependencia mutua y ausencia de publicidad, continuaron vigentes en las agrupaciones y partidas guerrilleras que se formaron a partir de 1944 y 1945. Las que relajaban o incumplían estos códigos o pautas solían tener poca vida y eran presa fácil del enemigo.

Teóricamente disponían de tres divisiones irregulares (la 57, 58 y 200) distribuidas en secciones o batallones igualmente irregulares. Estos batallones nunca llegaron a sobrepasar los ciento cincuenta hombres —sumando el total de sus efectivos divididos en las secciones pertinentes— [Alpert, 2007]. Las cifras totales, estimadas, se mueven en torno a unos 2 000 hombres como máximo en tiempos de Domingo Ungría. Llevaron a cabo sus primeras misiones como nuevo Cuerpo en los frentes de combate de Teruel, durante la toma de la ciudad y la retirada posterior, incluida la batalla del río Alfambra (diciembre de 1937 a febrero de 1938). El antecedente

serían las mencionadas acciones de los «niños de la noche» y los servicios de espionaje acerca de las fuerzas italianas del Corpo Truppe Volontarie (CTV), en los que intervino activamente el líder anarcosindicalista Cipriano Mera, que contribuyeron al éxito de las tropas republicanas en la batalla de Guadalajara. Los comandos solían ir pertrechados con un fusil ametrallador —generalmente del tipo Shmeisser— y pistolas Astra o similar. En ocasiones, iban provistos de documentación falsa —carnés de Falange— para disponer de coartadas en caso de detención al infiltrarse tras las líneas enemigas.

A lo largo de la guerra se sucedieron sabotajes, como el realizado al ferrocarril en diversas provincias ocupadas por el enemigo. Se limitaban a los objetivos de su misión y estudiaban cada acción minuciosamente, con la ayuda de un práctico o persona conocedora del terreno que de manera voluntaria, o no, se incorporaba al grupo para llevar adelante las operaciones previstas. Los informes del ejército franquista recogen numerosas acciones de «los rojos» a lo largo de 1937 y 1938 (El Escorial, Yunquera, Málaga, Trillo, Guadalajara, Brihuega y otras localidades). Se citan, en ocasiones, lugares donde se suponía que se reunían y los nombres de algunos supuestos jefes: «un tal Carlos». Navarra, Granada, Bobadilla, Buitrago, Almadén, etc., son otros de los lugares señalados.

Los medios con los que contaban los guerrilleros eran escasos, sobre todo los usados para obtener información sobre personas en territorio enemigo. Lo más sofisticado era una emisora de radio clandestina con longitud de onda de cuarenta metros, con base supuestamente situada en Valencia (ZRX, base 2). Reconocido el heroico valor de las partidas guerrilleras, la eficacia y alcance de sus acciones no llegó a crear serios problemas en la retaguardia enemiga, al menos no de la importancia necesaria para paralizar una ofensiva o cambiar el curso de una batalla. No se llegó a constituir un verdadero ejército guerrillero según reconocen los testimonios de algunos de los participantes como Adriano Romero, que fue activo guerrillero [Petit, 2011; Thomas, 2011].

En general se constatan operaciones de sabotaje —voladuras de puentes y vías férreas, destrucción de alambradas enemigas…—, exploración y golpes de mano —asaltos con granadas o dinamita, recuperación de prisioneros…—, e incluso capturas de soldados y oficiales enemigos que eran entregados a su respectivo Estado Mayor para ser interrogados. Según la misma fuente, los «nacionales», con fecha noviembre de 1938, en una «Información sobre el enemigo. Guerrilleros rojos.—Misiones», ponen en conocimiento de sus fuerzas en Segovia que «el gobierno rojo ha ordenado a los jefes de las Brigadas organizar grupos de guerrilleros […] para paquear —los “pacos” eran tiradores emboscados— a los nuestros con nutrido fuego de fusil ametrallador […] y hostilizar a los jefes y oficiales que por descuido, transiten sin protección por nuestras trincheras» [ver Archivo General Militar (AGM) de Ávila (Legajo 5, carpeta 12, armario 23)].

Derrotados pero no vencidos

El llamado XIV Cuerpo de Guerrilleros era una fuerza militar bastante peculiar que tenía que pechar con el grave inconveniente de carecer de efectivos humanos suficientes —no reconocido este aspecto por todos los autores— y pertrechos tecnológicos adecuados, necesarios para quebrantar seriamente a los ejércitos de Franco, mucho mejor armados y más numerosos que, además, poseían el dominio de las operaciones aéreas, amén de superioridad logística.

Su acción más brillante, ya legendaria, fue el asalto al fuerte de Carchuna, «El Castillejo», ubicado en la playa granadina de Motril, en medio de un paraje desolado. Construido por encargo de Carlos III en 1797, fue convertido a partir de 1938 en prisión militar franquista adonde fueron a parar centenares de combatientes republicanos, que fueron tratados como mano de obra esclava. El jefe de la guarnición del fuerte-prisión era el alférez León Martínez, con fama de violento.

Cuatro presos del EPR, contando con la complicidad del sargento Rafael Guerrero —republicano movilizado por los franquistas—, lograron fugarse y llegar a las líneas gubernamentales. Se trataba del teniente Joaquín Fernández Canga y tres oficiales más. El SIM pasó la información al XIV Cuerpo y el 23 de mayo de 1938, tras un ataque de distracción con fuego de morteros, una partida guerrillera de diez hombres comandada por Aalto y Goff, apoyada por fuerzas de la 55 Brigada Mixta —sector al mando de José María Galán, hermano de Fermín, el héroe de Jaca—, asaltaron el fuerte de madrugada, causando al enemigo varias bajas. Aprovecharon la brecha abierta por el fuego artillero, liberando a la totalidad de los prisioneros que ascendían a unos trescientos, que eran en su

mayoría dinamiteros asturianos y ex compañeros de guerrillas. En la retirada no pudieron evitarse algunas bajas, tras un choque con fuerzas de la Guardia Civil en las inmediaciones de Calahonda.

La última acción conocida del XIV Cuerpo fue cubrir la retirada de los principales dirigentes del PCE y de importantes autoridades y personajes republicanos que salieron hacia el exilio francés desde el aeródromo militar de Monóvar conocido como El Mañá, en Alicante, tras el golpe de Casado contra el Gobierno de Negrín. A partir de ese momento, las vidas de sus miembros estarán ligadas al exilio republicano; la mayoría lucharán en la Résistance francesa contra los nazis formando la Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE), o en la Legión Extranjera. Otros, en la Unión Soviética, formarán parte del Ejército Rojo. Algunos de entre ellos, a partir de 1944, volverían como veremos a España para seguir luchando contra el régimen franquista, encargarse de la organización y dirección de las agrupaciones guerrilleras creadas al efecto o sirviendo como enlaces entre el maquis español y los dirigentes instalados en París.

2

La España de Franco y el exilio republicano

«Europa se ha convertido en una tierra inhumana,

donde sin embargo, todo el mundo habla de humanismo».

Albert Camus, ¡España Libre!

Terminada oficialmente la guerra el primero de abril de 1939, extinguido el fragor de las batallas, el estado de guerra se prolongó, no obstante, hasta 1948 por orden expresa de Franco, el «invicto Caudillo» y Generalísimo de los ejércitos victoriosos. Sus intenciones quedaron claras en un discurso radiado, ya en las postrimerías de la guerra: «Un estado totalitario armonizará en España el funcionamiento de todas las capacidades y energías del país […]». No fue una baladronada ni algo que se dice gratuitamente. «España no era, en consecuencia una excepción ni el único país donde el discurso del orden y del nacionalismo extremo se imponían al de la democracia y la revolución. La victoria de Franco fue también una victoria de Hitler y Mussolini. Y la derrota de la República fue asimismo una derrota de las democracias» [Casanova, 2013].

La violencia política y la exclusión social pasaron a ser habituales en la vida cotidiana. El afán de perpetuarse generó un régimen, el franquista, que llevó a cabo una política sistemática de exterminio de «rojos» y en particular de los cuadros dirigentes y medios de todas las fuerzas políticas y sindicales que, en el marco del extinto Frente Popular, habían dado sostén a las instituciones republicanas. Y esto no era nuevo, pero si más intenso y extenso. Suponía implantar, a escala nacional, la brutal represión que el «ejército de

ocupación» ejercía desde 1937 en las plazas conquistadas. ¿Cuáles eran los propósitos de tal despropósito? «La finalidad de esta represión […] no consistía en asegurar la victoria militar, sino en una depuración masiva de los vencidos hasta erradicar por completo todo lo que los vencedores tenían como causa del desvío de la nación, según dijo el mismo Franco (…) había que enderezar la nación torcida.» [Di Febo y Juliá, 2015].

La represión pasó a formar parte del sistema mismo en los primeros años de posguerra y así se mantuvo hasta la muerte del dictador. Julio Aróstegui, Paul Preston, Santos Juliá, Julián Casanova, Matilde Eiroa, Francisco Espinosa, Francisco Moreno, Solé y Sabaté, Mirta Núñez, etc., han trabajado recientemente el tema de la represión en diversos libros y publicaciones.

Para llevar a cabo los planes de exterminio, con la impunidad que concede una legislación hecha a la medida, el nuevo régimen se dotó de los instrumentos jurídicos necesarios para «legalizar» las mayores atrocidades. Los consejos de guerra sumarísimos, que solían acabar en fusilamientos, se hicieron frecuentes. «Al menos 50 000 personas fueron ejecutadas entre 1939 y 1946» [Casanova, 2013]. Se incrementó el número de cárceles, se habilitaron campos de concentración en los lugares más inhóspitos y peregrinos donde los vencidos sirvieron como trabajadores esclavos; colonias penitenciarias militarizadas, en las que se implantó la «redención de penas por el trabajo». Un inframundo, concebido desde el poder franquista como un fin en sí mismo. Una «política de la venganza» —como afirma Preston— en toda regla.

Un angustioso final

Tras las batallas del Ebro y Segre; tras la caída de Barcelona y Lleida, la guerra estaba, militarmente al menos, perdida para la Segunda República española. Miles de combatientes se vieron cogidos en una trampa entre los Pirineos y la frontera de la vecina República francesa. La situación militar —en plena retirada— les forzó a internarse en territorio francés, atravesando por diversas localidades una frontera que se asemejó por momentos a un queso de Gruyère. A estos españoles les estaba reservada una angustiosa aventura, que para unos terminó de forma rápida y trágica con su muerte. Para otros se prolongó en el tiempo dando lugar a numerosas vicisitudes. Una de tantas conducía a través de la participación en la Resistencia francesa contra los nazis, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial —como veremos— a la resurrección de las guerrillas españolas.

La derrota total de las armas republicanas culminaría, no obstante, dentro de las fronteras españolas. Las unidades que defendían Madrid, muy mermadas y sin la moral que solo proporcionan las victorias, aún resistían. Buena parte de la flota permanecía en Cartagena, y ciudades como Alicante y Valencia continuaban leales al Gobierno de Negrín. El coronel Casado, al sublevarse —en busca de una imposible paz pactada con Franco—, secundado por Wenceslao Carrillo, Besteiro y por el propio general Miaja —otrora defensor invicto de la capital— asestó un golpe mortal a la ya débil Segunda República. Desató una guerra interna que precipitó el final de la misma. Cipriano Mera derrotó a las tropas leales al gobierno al mando de Barceló y rindió Madrid (marzo de 1939), de manera vergonzante. La traición de Casado fue a la postre decisiva, en este sentido [Graham, 2005].

Todo se precipitó. Se impuso el instinto de supervivencia. Millares de personas, combatientes y civiles, esperaron en el puerto de Alicante los últimos días de marzo de 1939, a unos barcos británicos que nunca se presentaron al rescate, mientras las tropas italianas de Gámbara ocupaban la ciudad. La flota republicana comandada por el almirante Buíza abandonó Cartagena para —según explicó más tarde— no entregar los buques al enemigo.

En este angustioso final de la Guerra Civil se superponen dos hechos que suelen tratarse juntos, pero que de alguna manera deberíamos diferenciar: una retirada militar, por un lado, y un éxodo masivo de la población civil procedente en su mayoría de Cataluña y Aragón, que acompañó a los soldados, por otro. La llamada Retirada, así considerada, fue esencialmente, una operación militar que no contemplaba la riada de civiles que fue encontrando e incorporando a su paso; un éxodo masivo un tanto difícil de explicar. Ambos fenómenos desembocaron en lo que hemos convenido en llamar exilio republicano español de 1939.

El «exilio francés» y otros exilios

Ningún escenario final de la guerra ha sido tan mediático y retratado como el del paso de la frontera francesa, con secuencias dramáticas repletas de niños con sus madres, de tullidos, ancianos y enfermos; familias enteras, cargadas con sus enseres, desvalidas ante un futuro tan incierto como sobrecogedor, mientras que las unidades militares republicanas eran desarmadas por agentes de la Gendarmería y soldados coloniales para ser luego organizados en cuerdas de presos y llevados a los campos de internamiento —concentración— bajo vigilancia.

El objetivo, tanto para civiles como para militares de este exilio, era encontrar refugio en el país vecino. Vivir bajo la condición de réfugié politique implicaba, en cierto sentido, la aceptación de una derrota militar, pero con el reconocimiento del perdedor y por ende el respeto a su orgullo y dignidad como persona, como combatiente que esperaba una acogida humanitaria.

Sabemos, por la historiografía, así como por los abundantes testimonios existentes, que esto no fue así, al menos durante el año 1939 y los dos siguientes. Se generó una situación nueva no deseada ni por franceses ni por españoles. El Gobierno y las instituciones de la Tercera República Francesa no pudieron ni supieron, tal vez no quisieron, acoger esta riada humana que les superaba en los departamentos pirenaicos, algunas zonas del Midi y otros lugares, en una proporción de más de dos refugiados españoles por cada uno de los habitantes franceses. A estos factores poblacionales debemos añadir la torpe aplicación de unas timoratas políticas migratorias por parte de una administración presionada por la activa propaganda de la ultraderecha francesa de vocación racista y anticomunista. Todo español procedente de la Guerra Civil

era para estos propagandistas, un comunista con «el cuchillo en los dientes», incendiario de iglesias y comecuras. Pronto la situación de estos exiliados se agravó, al tener los franceses el enemigo germano a las puertas.

Es así como de la presunta consideración de refugiados políticos se pasó a la de internados, un eufemismo utilizado para no usar —deliberadamente— las palabras prisionero, detenido, deportado, etc. Los españoles fueron masivamente internados —concentrados como prisioneros— en diversos campos —nueve principales y multitud de secundarios— que algunos autores han calificado —en muchos casos— como «de castigo». Por diversas razones, un buen contingente de excombatientes fue enviado a los campos del norte de África, y entre 8 000 y 10 000 republicanos más, prisioneros de los nazis y considerados apátridas, fueron enviados al campo de trabajo y exterminio de Mauthausen, donde muchos acabarían perdiendo la vida. Un tratamiento injusto y desproporcionado que suponía el ejercicio de la violencia política sin discriminaciones. En el caso de los que quedaron en Francia y pasaron por sus campos sufrieron esa violencia en un grado intermedio, en relación con lo que esto mismo suponía en países como Alemania, Austria o Polonia, incluso en Argelia. Por comparación, los campos franceses venían a ser como el purgatorio, o sea, la antesala del infierno de los campos nazis.

Todavía no se ha explicado satisfactoriamente este capítulo de la desolación humana a pesar de la existencia de numerosos trabajos sobre el tema y aunque no es misión de este hacerlo, pero sí el de dejar algún apunte que pueda mover a la reflexión. ¿Por qué la población civil de las regiones españolas citadas, inició lo que más bien parecía una huida masiva al finalizar la Guerra Civil? La primera explicación es el miedo incontenible ante las represalias de los vencedores, las tropelías cometidas por el «Ejército de ocupación», etc. Pero esta explicación no parece suficiente.

Una cosa era la represión exterminadora que se cernió sobre los dirigentes políticos republicanos «rojos», los jefes y oficiales de su ejército, sobre los funcionarios públicos —los maestros de escuela en particular—, que fueron hechos prisioneros, depurados y vejados; las constantes ejecuciones de resistentes y enemigos destacados…; y otra la posibilidad de que el conjunto de la población civil, individualmente considerada, sufriese semejantes castigos. ¿Pudo la sobreabundancia de prácticas represivas como la detención, la tortura, el internamiento en cárceles y campos, o la ya esperada exclusión social, ser el motor de esta gigantesca oleada de centenares de miles de personas de toda edad y condición social y laboral, que se lanzaron a ganar a toda costa la frontera francesa?

Desde luego que pudo ser así, pero no resultaría impensable dejar de considerar otras perspectivas y posibilidades que puedan ofrecer conclusiones diferentes desde la psicología de masas, desde la sociología o desde las teorías de comportamiento humano globalizado, que no tienen por qué considerarse tan solo como acontecimientos históricos reseñables. El enigma parece mayor cuando consideramos que más de un tercio de la población española, ya exiliada en Francia, decidió volver a España con prontitud. A la España de Franco, a la de la paz de los cementerios, la del silencio, la del hambre y la represión. La intensidad de los lazos familiares influyó en no pocas de estas decisiones que marcaron el camino de retorno; también el disponer de una salud precaria, o el padecer enfermedades incurables como fue el caso del soldado Broseta Domingo [Vidal Castaño, 2013]. El contexto político y social tampoco invitaba a quedarse: la invasión alemana, el régimen pronazi de Vichy, la estela —en definitiva— de una nueva guerra de carácter europeo y mundial.

Mientras se producía el exilio republicano de 1939 tras la derrota de sus ejércitos, sería bueno dar un repaso a la situación organizativa de los partidos políticos y fuerzas sindicales en el interior de España.

De sacrificios y silencios

Los organismos dirigentes e institucionales republicanos dejaron de existir y las personas que estaban a su cargo salieron mayoritariamente del país, por lo que no cabe hablar de la existencia como tal de ninguna asociación de carácter político organizada en el interior de España durante los primeros años del franquismo. El régimen del general Franco, absoluto dominador de todas las palancas del poder, no daba opción ni resquicio a la existencia, no ya de grupos de oposición, sino de formas de organización distintas a las que integraban el partido único del régimen: el Movimiento Nacional. En este «movimiento» convivía una amalgama de falangistas —omnipresentes y políticamente dominantes hasta 1942—, monárquicos de diversa laya, carlistas y políticos conservadores, formando un magma que se alteraba con frecuencia.

La mayor habilidad política de Franco, reconocida como tal por sus biógrafos, desde Juan Pablo Fusi a Paul Preston, «fue su capacidad para equilibrar las fuerzas internas de la coalición nacional» [Preston, 1994]. Franco no podía permitirse el lujo de poner en riesgo sus vínculos con el Ejército y la Iglesia católica, así como de acrecentar su influencia acerca de las Fuerzas del Orden Público —Policía, Guardia Civil, etc.—. Por todo ello, y por el declive de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, no vacilará en apartar políticamente de su lado y de la cúpula del poder institucional a Ramón Serrano Suñer, demasiado escorado hacia posiciones nazifascistas, que sin embargo eran del máximo agrado del dictador, y sustituirlo en septiembre de 1942 en la cartera de Exteriores, por el general Gómez-Jordana Sousa. Un ajuste de equilibrio que ayudaba a reubicar la política exterior del régimen sin alterar su naturaleza antidemocrática.

Ibáñez Salas, en su síntesis sobre El franquismo remarca «el respaldo evidente» de la jerarquía de la Iglesia católica al franquismo. «El Nuevo Estado que ha de surgir de entre las cenizas del campamental […] tiene una base ideológica que puede unir al nacionalsindicalismo: el catolicismo nacional, la unión indisoluble entre el Estado y la religión dogmática proveniente de la Roma vaticana y tan española». Sin «la máscara y el culto» que la Iglesia forjó en torno al dictador «Franco hubiera tenido muchas dificultades para mantener su omnímodo poder», y añade que el dictador, recién ganada la guerra, no solo se enfrentaba a la reconstrucción del país sino a tratar de «integrar y dosificar las diferentes corrientes políticas que le habían servido de apoyo para alcanzar su victoria […]» Estas familias políticas «conformaban un extraño pluralismo que, no obstante, formaba el llamado bloque dominante» [Ibáñez Salas, 2013].

Por el contrario, las que habían sido fuerzas que integraron el Frente Popular durante el período republicano, así como las sindicales, además de ser consideradas ilegales habían desaparecido en algunos lugares, incluso físicamente. No podemos hablar más que de intentos de reorganización de dichas fuerzas, dirigidos normalmente desde el exterior. La mayoría de los militantes y dirigentes medios o de un rango mayor habían pasado a habitar directamente los campos de concentración y las cárceles franquistas, o se encontraban ya ubicados en sus diversos exilios en Francia, México, norte de África, Puerto Rico, Estados Unidos, Argentina, Chile, centro de Europa, Reino Unido, etc.

Mención aparte merece la masonería, objeto de particular animadversión del dictador, entre otros motivos porque notables personalidades políticas republicanas pertenecían o estaban vinculadas a la hermandad. Franco, en su histérica fobia por esta peculiar sociedad, les hacía culpables de liberalismo fuente, —junto a la democracia— de todo mal, germen de la anti-España y las ideas disolventes de carácter extranjerizante, madre de todas las conspiraciones en contubernio con judíos y comunistas. Los agentes del Cuerpo Superior de Policía compartían la visión del jefe del

Estado. No hay más que leer, en relación con este momento histórico, algunos párrafos de La República en el exilio. 1939-1957, obra de notable extensión, pródiga en descalificaciones e infundios, del que fue director de la Escuela Superior de Policía del régimen franquista, Eduardo Comín Colomer.

En muchas ocasiones, era en las cárceles y centros de detención donde se iniciarían los primeros intentos espontáneos de reorganización de la oposición política al franquismo. El partido de los comunistas, completamente desintegrado en el interior tras la finalización de la guerra, comenzó a reorganizarse en las cárceles [Estruch, 2000].

Según Fernández Vargas, «Desde los primeros momentos, se intentará establecer enlaces [los dirigentes del exterior] con el interior. Enlaces frecuentemente truncados por la represión, y, pese a casi todo, siempre rehechos». Reorganización poco menos que imprescindible para el mantenimiento de la «integridad moral y psicológica de hombres y mujeres sometidos a presiones inhumanas» [Fernández Vargas, 1981].

Veamos brevemente la situación concreta de los partidos y organizaciones que, poco a poco, formaron la oposición política al régimen de Franco en la España del interior, durante el período comprendido entre 1939, con el caótico final de la guerra, y los años cincuenta del pasado siglo.

La situación de las organizaciones republicanas propiamente dichas, en particular lo que había sido el partido del presidente Manuel Azaña, Izquierda Republicana, y otras pequeñas organizaciones afines, dejaron prácticamente de existir en el interior. Los tímidos intentos de reorganización, promovidos por militantes aislados, no dieron fruto alguno. El grueso de esta organización se repartió entre

los lugares del exilio: Francia y México, principalmente. Durante años funcionó un comité de dirección de este partido integrado por republicanos notables que habían formado parte, en algunos casos, de gobiernos anteriores al exilio. Se llegó a constituir un Gobierno republicano en el exilio, con presidentes de distintas formaciones políticas del antiguo Frente Popular, principalmente socialistas, pero las divisiones internas y la propia fragilidad institucional dieron al traste con su existencia.

A través de esta institución y de los grupos republicanos se creó una red clandestina de apoyos para control de los pasos fronterizos con Francia y el intento de constituir un movimiento guerrillero armado (entre 1945 y 1947) de carácter estrictamente republicano, sobre el que volveremos más adelante.

Tampoco la presencia del movimiento anarquista y de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en la España del interior tuvo una relevancia acorde con lo que fue y representó durante el periodo republicano y la Guerra Civil. Los núcleos anarcosindicalistas fueron un débil reflejo de las organizaciones de esta índole que se desarrollaron, sin embargo, en algunas poblaciones francesas donde tuvieron amplía presencia, con periódicos y publicaciones circulando en las calles, en particular en Toulouse y París. Todo ello, sin duda, animó los intentos de consolidar una guerrilla urbana en Barcelona. También se dieron casos de transfuguismo. Algunos dirigentes obreros fueron captados, por extraño que pueda parecer, por la Organización Sindical franquista, más conocida como «El Vertical», para nutrir de cuadros a sus sindicatos de rama en el metal, construcción y sobre todo los transportes.

Las divisiones internas entre partidos y grupos que habían dado sustento a la política del Frente Popular mermaron considerablemente las posibilidades de establecer una coordinación mínimamente efectiva cuando pasaron a ser oposición en el exterior

de España. En el interior, seguía vigente la ley del 9 de febrero de 1939 sobre sanciones y responsabilidades políticas —que consideraba sujetos a responsabilidad a los mayores de catorce años, aunque luego se atenuara elevando esta edad a los dieciocho —, a la que se sumaron nuevas leyes represivas. Existía un fuerte control gubernativo sobre las reuniones públicas, reguladas por normas y decretos emitidos por el Boletín Oficial del Estado (BOE). Los sucesivos gobiernos de Franco disponían de organismos y recursos más que suficientes para hacer cumplir sus leyes. Pueden servir de ejemplo las disposiciones existentes sobre los pasaportes y el uso restringido de los mismos. Era necesario para obtenerlos y poder así viajar al extranjero, el correspondiente certificado de penales, amén del certificado de buena conducta moral y religiosa expedido por la Guardia Civil, las jefaturas locales de Falange y los curas párrocos correspondientes [Fernández Vargas, 1981].

Como caso extremo del celo puesto por los sicarios del régimen en el asunto de las identificaciones, se cita el caso del militante comunista Heriberto Quiñones, «hombre clave en el resurgimiento del PCE bajo el régimen franquista» [Heine, 1983]. Quiñones fue detenido el 30 de diciembre de 1941, y ante su resistencia a identificarse a pesar de las torturas, apareció en un anuncio del periódico ABC como un hospitalizado desconocido por «no tener documentación que le identifique». Quiñones fue fusilado en Madrid el 2 de octubre de 1942, atado a una silla. No podía ponerse de pie debido a las torturas a las que fue sometido en comisaría. La historia de Quiñones que, según fuentes oficiales del PCE, operaba siguiendo las directrices de la Internacional Comunista, es asfixiante. Fue considerado un usurpador e incluso un traidor. Su trágica historia viene a ser el paradigma de la dureza y el sacrificio de la militancia clandestina contra la dictadura. Tuvieron que pasar varios años para que Quiñones fuera rehabilitado por su propio partido. El libro de David Ginard, Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942), nos acerca la vida y muerte de este revolucionario profesional, tan víctima de la policía franquista como del fuego amigo.

El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) tuvo en estos años los mismos problemas que los demás grupos sobre cuestiones organizativas, pero cabe añadir algunos específicos que se concretan en los enfrentamientos entre algunos de sus dirigentes —declaradamente anticomunistas— con los dirigentes del PCE [Fernández Vargas, 1981]. Se produce, entre los socialistas, un paulatino abandono de las tesis marxistas y un acercamiento hacia los modelos socialdemócratas vigentes en algunos países de Europa. El PSOE abundó en la división interna entre sus dirigentes Juan Negrín e Indalecio Prieto, mientras que otros como Julián Besteiro —fallecido en la cárcel de Carmona— y Francisco Largo Caballero —prisionero en el campo de Oranienburg, cerca de Berlín, entre 1942 y 1945— serán olvidados pese a su relevancia en la guerra. Julián Besteiro, apresado por los franquistas, falleció a consecuencia de una septicemia aguda que contrajo al limpiar los retretes de la prisión sevillana con una mano herida y Largo Caballero al serle amputada una pierna, para salvar su vida, en un hospital de París en 1946.

Las divisiones políticas entre los dirigentes socialistas se trasladaron con facilidad a sus bases, divergencias que prosiguieron en el exilio en los organismos de ayuda a los refugiados, como fueron la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) en manos de Prieto, y el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE) bajo control de Negrín. En el interior, los únicos miembros organizados se encontraban también en las cárceles. El informe de Rodolfo Llopis —elegido secretario general en 1944— recogía un trabajo titulado Clandestinidad y exilio, en el que se daba a conocer la existencia de unos dos millones de hombres encarcelados. Solo en Madrid hubo veintidós prisiones con más de 15 000 presos, entre ellos los principales dirigentes de las agrupaciones políticas y los responsables de la Unión General de Trabajadores (UGT).

El PSOE asiste a un agónico sacrificio de su legitimidad republicana «sin signo institucional definido» quedando, por así decirlo, «reducido a un recuerdo histórico» que solo dispondrá de vida orgánica en el exterior, en espera de una refundación [Juliá, 1996].

En líneas generales, su política se inclinaba hacia la realización de pactos y alianzas con otras fuerzas de allende las fronteras, dejando prácticamente abandonado el frente interior; desapareciendo así de la política española durante las primeras dos décadas de la dictadura.

También los partidos nacionalistas de Cataluña, Euskadi, Galicia y otras regiones españolas, experimentaron un importante reflujo en sus respectivos escenarios de actuación. Citaremos seguidamente algunos detalles relativos a estos partidos en Cataluña y Euskadi por su mayor influjo en la política del Estado.

La derecha nacionalista catalana permanecía agazapada entre los sectores privilegiados de la alta burguesía y de la estructura empresarial, en espera de tiempos mejores. Algunos de sus prohombres aprovecharon algún que otro corto exilio para afianzar contactos exteriores, prestos a sintonizar en las distancias cortas con el franquismo, del que pronto pasaron a ser parte consustancial.

La formación política de Cataluña más influyente durante la Guerra Civil, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), sufrió un duro golpe tras la detención en el extranjero de su máximo líder y Presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys. Devuelto por las autoridades del régimen de Vichy a Barcelona, y tras un corto y ejemplar juicio sumarísimo, por vía militar, fue condenado a muerte y ejecutado en octubre de 1940, en las tapias del castillo de Montjuïc. Este asesinato «legal» encrespó a buena parte de la opinión pública catalana, cuya clase política siempre tendría desde entonces presente como una reivindicación pendiente la rehabilitación de la figura de su expresidente. La base militante de su partido se dispersó, subsistiendo a duras penas como una formación política clandestina con escasa influencia durante el franquismo.

En Euskadi, el influyente Partido Nacionalista Vasco (PNV) sobrevivió en el exilio a duras penas y con precaria incidencia en los medios políticos. Su líder, el exlendakari (presidente de Euskadi) José Antonio Aguirre y Lecube, escapó de la Gestapo pasando por Francia, Bélgica, Alemania, Suecia y América de Sur, recalando en Nueva York, para volver definitivamente a Francia y fallecer en París en marzo de 1960.

Uno de los dirigentes del PNV, Jesús de Galíndez, representante del gobierno de Euskadi ante el gobierno estadounidense, protagonizó todo un thriller político al ser secuestrado, torturado y asesinado en 1956. Su desaparición, en la República Dominicana, se atribuye a la policía del dictador Leónidas Trujillo, que había recibido el encargo directo de los agentes del FBI, quienes secuestraron a Galíndez en Nueva York, para entregarlo al gobierno dominicano. Manuel Vázquez Montalbán, en su novela Galíndez, reconstruyó esta historia, al parecer, de manera muy próxima a lo ocurrido.

Una escisión del PNV formaría la organización terrorista Euskadi Ta Askatasuna (ETA) en 1958, cuyos atentados afectaron selectivamente a dirigentes políticos, empresariales o militares, comprometidos con la dictadura de Franco. Con la decadencia del régimen y la llegada de la democracia, ETA incrementará el uso de la violencia, ejerciéndola de manera masiva e indiscriminada, sustituyendo las pistolas por las bombas.

El inmenso vacío político dejado por los principales partidos, apenas puede colmarse con los sacrificios y el heroísmo de uno solo, el PCE, que con todas sus miserias y grandezas, constituyó, durante buena parte del franquismo, la única oposición organizada frente al régimen de Franco, cuyos guardianes no escatimaron esfuerzos por combatirlo; partido que en gran medida será el germen del futuro movimiento guerrillero antifranquista.

Con las organizaciones sindicales ocurrió lo mismo que con las políticas. Ya hemos visto el caso de la UGT, reducida, cada vez más, a ser una correa de transmisión del PSOE. En 1945, forma parte de la Federación Sindical Mundial (FSM), pero al ser acusada de «instrumento de acción del Gobierno ruso» hubo de abandonarla. El resultado de estos vaivenes fue la aparición de una nueva Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), que tendría una marcada posición antifranquista y a favor de «la defensa de la democracia y la libertad contra cualquier totalitarismo», por lo que fue apoyada por los sindicatos norteamericanos. Hasta 1944 no se reúne en el exilio el I Congreso de la UGT.

La CNT, tan fuerte en tiempos de guerra y revolución, se irá diluyendo hasta quedar bastante mermada, aunque siguió funcionando su aparato de propaganda, adobado con publicaciones de libros y labores de extensión cultural. Como hemos apuntado, algunos de sus cuadros operativos en el interior se integraron en la maquinaria del sindicato vertical franquista en diversas empresas e incluso contribuyeron a la consolidación de las sociedades anónimas laborales, caso, por ejemplo, de la Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia (SALTUV), que logró mantener la paz social durante años en beneficio del régimen, a través de un amago de convenio colectivo que mejoraba escasamente las condiciones de explotación de los trabajadores.

Por su parte, el PCE, con el apoyo de movimientos cristianos de base y pequeños grupos obreros de oposición al franquismo, lograría poner los cimientos para la construcción de una organización sindical de nuevo tipo: Comisiones Obreras (CCOO), que trabajaron en las empresas de los años cincuenta del pasado siglo por conseguir reivindicaciones salariales y mejoras laborales concretas, tras haberse ganado la confianza de muchos de sus compañeros desde sus antiguos puestos de enlaces y jurados a lo largo del primer franquismo. La primera de estas CCOO reconocida como tal funcionó en Asturias, a partir de 1957 en la mina La Camocha.

La España de la inmediata posguerra era política y culturalmente un erial, con una economía atascada y autárquica; una sociedad premoderna al servicio de un régimen parafascista o, si se quiere, «fascistizado» [Saz, 2004]. Régimen, que teniendo las de perder en el concierto internacional no tardó en sumergirse en el nacionalcatolicismo, suma teológica de la españolidad más rancia e integrista.

3

El impacto de la Segunda Guerra Mundial

«Lo maté porque tenía una pistola.

¡Y da tanto gusto tenerla a mano!».

Max Aub, Crímenes ejemplares.

En junio de 1940, cuando las divisiones blindadas germanas invadieron Francia por las Ardenas —la ruta inesperada—, tras aplastar la resistencia belga y holandesa, miles de exiliados españoles procedentes de los campos de internamiento franceses se habían incorporado forzosa o voluntariamente a las Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE) y los Batallones de Marcha (BM). Ser mano de obra prácticamente esclava en la agricultura, en la industria, en las minas o en la construcción de grandes obras militares, facilitó a los jóvenes republicanos españoles la salida de los campos, sin que ello supusiera una mejora sustancial de sus precarias condiciones de vida.

De los campos al trabajo esclavo

Los trabajos eran muy duros. Las jornadas se sucedían agotadoras y monótonas mientras la comida y la ropa adecuada escaseaban. En los BM, el Gobierno francés compensaba a cada trabajador con «una paga diaria de cincuenta céntimos, un paquete de cigarrillos y un sello para mandar cartas a sus familiares». Aunque las cifras nunca acaban de encajar del todo, cerca de doscientos mil refugiados —en su mayoría civiles no excombatientes— optaron por el retorno; unos cincuenta mil se embarcaron con destino a las Américas, sobre todo rumbo a México. Se calcula que otros tantos optaron por incorporarse a la Legión Extranjera, prefiriendo el salario del miedo al salario del trabajo esclavo.

En los campos de concentración, quedaron —más allá de 1940— los hombres mayores, los enfermos, los mutilados y los considerados «indeseables»; es decir, políticamente peligrosos. No eran delincuentes, sino exdirigentes, jefes y oficiales del Ejército Popular de la República (EPR) que, por los informes enviados desde España, el mando francés consideraba a priori capaces de sublevarse contra su autoridad. Hacía tan solo un año y cuatro meses que poco menos de medio millón de españoles había atravesado la frontera francesa con la intención de solicitar asilo político o refugio temporal, pero el maltrato recibido en los campos, la presión constante de las autoridades francesas haciéndose eco de las falsas promesas del régimen franquista, amén de motivos personales, habían roto miles de ilusiones.

De la línea Maginot a las estepas rusas

Miles de españoles participaron activamente en la Segunda Guerra Mundial, que era también una guerra civil europea entre nazifascistas y antifascistas, entre regímenes totalitarios y democráticos, entre la ferocidad de un capitalismo financiero de nuevo cuño y las barreras de un capitalismo desfasado ante los retos de la mundialización. La Guerra Civil española había sido, sin duda, con toda su modestia y crueldad, la antesala de todo aquello.

Franco, que en este contexto, tenía ambiciones de expansión territorial en África y de ser admitido como aliado en el Eje, tuvo que conformarse con enviar al frente ruso, entre 1941 y 1943, la conocida como División Azul, formada por unos 45 000 hombres —en su mayoría falangistas— al mando inicialmente del general Agustín Muñoz Grandes, luego sustituido por el general Emilio Esteban Infantes. La unidad, integrada en la 250 división de la Wehrmacht —Ejército de tierra—, luchó en Novgorod (río Voljova) y en el cerco de Leningrado (Krasny Bor), frentes en los que cosechó unas 16 000 bajas. Aunque la División Azul no llegó a conocer toda la inmensidad de la derrota alemana en Stalingrado, el entonces capitán Aramburu Topete sostenía que «estaba convencido de que los alemanes no ganarían, cuando vi que llegaba el primer invierno sin haber logrado la victoria».

Por su parte, cerca de ochocientos comunistas españoles exiliados en la URSS, comisarios políticos, soldados, jefes y oficiales del EPR, pilotos, artilleros, paracaidistas, etc., lucharon en las filas del Ejército Rojo por la defensa de Moscú y Leningrado y en otros muchos frentes: el mar de Azov, Bielorrusia, Ucrania o el Báltico. Buena parte procedía del XIV Cuerpo de Guerrilleros y se integró con facilidad en las avanzadillas partisanas del NKVD, interviniendo

en misiones peligrosas y secretas que, a veces, quedaban inconclusas.

Un buen ejemplo fue la misión encomendada a un escogido grupo de guerrilleros que, tras duro entrenamiento y vistiendo uniforme alemán con distintivo divisionario español debía «liquidar» al comisario general de Alemania en los Países Bálticos, el mariscal Von Reitel, tras penetrar en su cuartel general de Vilnius (Lituania). Secundariamente, los partisanos debían capturar al jefe de la División Azul, aprovechando su aspecto de oficiales de dicha unidad. El comando «Guadalajara», ese fue el nombre que escogieron [Arasa, 2005], formado por cinco hombres al mando de José Parra, fue trasladado, en abril de 1944, por un Douglas desde las afueras de Moscú hasta una base soviética cercana al teatro de operaciones. Lograron, no sin dificultades, infiltrarse entre los voluntarios de Franco, constatando, por ejemplo, la «escasa simpatía» que existía entre estos y los soldados alemanes. Cuando estaban a punto de consumar con éxito la misión, fue abortada por el mando porque se había iniciado la gran ofensiva soviética destinada a ocupar dicho territorio.

En estas historias acaecidas en la URSS encontramos nombres familiares, como los citados Peregrín Pérez, o el propio jefe del XIV Cuerpo, el coronel Domingo Ungría. Perduran varias leyendas, entre ellas la del enlace motorizado Josep Gros, alias «Antonio el catalán», amigo personal de Santiago Carrillo, que planificó y llevó a cabo diversas acciones guerrilleras de mérito, como la voladura de doce kilómetros de la carretera Moscú-Leningrado impidiendo el pase de los blindados alemanes, tras haber dejado pasar a los suyos. Fue condecorado varias veces; sin embargo, años más tarde, en su papel de interlocutor entre la dirección del PCE y los maquis en España, fue claramente cuestionado por estos últimos, y —como veremos más adelante—, corresponsable de la liquidación física de guerrilleros disidentes.

Pero al lado de estos imaginarios salpicados por la épica guerrera, encontramos lo que era el pan nuestro de cada día para los republicanos españoles refugiados en Rusia: el hambre y la miseria cotidianas, incluso, durante la guerra, para aquellos privilegiados que habían sido admitidos en la famosa academia militar Frunze. Conseguir una ración diaria de alimentos era casi un milagro.

Pasados los primeros tiempos en los que los niños evacuados desde España fueron muy bien atendidos, la Segunda Guerra Mundial hizo que acabaran prácticamente abandonados. Trasladados, para protegerlos de los combates, a las repúblicas asiáticas, algunos murieron en el viaje, y otros muchos se perdieron; sobrevivieron mendigando o robando, organizados como pandilleros, etc. Los que fueron repescados trabajaron a la fuerza en las fábricas de armamentos o como auxiliares en tareas militares domésticas.

La suerte de las mujeres fue diversa, siempre cercadas por las hambrunas, el trabajo en condiciones de esclavitud y los abusos sexuales. Las excepciones fueron las esposas o acompañantes de los dirigentes políticos y militares, lo que no eximió a Dolores Ibárruri de la congoja por la muerte de su hijo Rubén, caído en la defensa de Stalingrado, ni de ese mismo dolor a Margarita Nelken, exiliada en México, al conocer la trágica suerte de su hijo Santiago, también caído en el frente ruso.

De «La Nueve» a la muralla atlántica

Iniciada ya la batalla de Francia, muchos ex combatientes republicanos se adscribieron a diversas unidades del Ejército de la Francia Libre que dirigía desde Gran Bretaña el general Charles de Gaulle. Este ejército, a las órdenes del general Leclerc —futuro libertador de París—, incluía fuerzas de la Legión Extranjera donde formaban españoles salidos de los campos de trabajo norteafricanos, que operaron en el norte de África (Túnez, Orán, etc.) en batallas que enfrentaron a los ejércitos aliados con tropas italianas y contra las unidades blindadas del mariscal Rommel. Se luchó en las ciudades y en los desiertos.

Algunos de los mejores destacamentos legionarios estaban formados casi íntegramente por españoles. El ejemplo más glosado y popular «La Nueve», una unidad blindada, creada en febrero de 1943 y que formó parte del tercer batallón del Regimiento de Marcha del Chad, más conocido como «el batallón hispano». Los avatares de «La Nueve», cuyos componentes frisaban los 19 años cuando se inició la Guerra Civil española en 1936, están recogidos con minuciosidad en el libro publicado por Evelyn Mesquida: La Nueve. Los españoles que liberaron París (2010). Fueron los primeros en entrar en la capital francesa rindiendo al destacamento alemán que controlaba el Ayuntamiento alzando al tiempo la escarapela francesa y la tricolor de la extinta República española. En agosto de 1944, desfilaron por los Campos Elíseos, en sus blindados bautizados al efecto como Guadalajara, Belchite, Brunete, Teruel, al mando de sus jefes, el capitán Raymond Dronne y el teniente valenciano Amado Granell.

«La Nueve» escribió gloriosas páginas a lo largo del conflicto bélico, interviniendo en numerosos frentes de combate, amén de lo citado

en el norte de África y en la liberación de París: desde Noruega, pasando por el ataque al Nido del Águila de Hitler y las playas de Normandía, hasta las cercanías de Berlín. Numerosas publicaciones lo han recogido en reportajes periodísticos, en las viñetas dibujadas por Paco Roca en Los surcos del azar (2013), donde «La Nueve» es también protagonista en películas y documentales que sobre su heroico comportamiento militar.

Otros muchos jóvenes incrementaron la mano de obra extranjera para la construcción del gigantesco muro del Atlántico, destinado a evitar un probable desembarco aliado; incluso se echó mano de prisioneros vetados políticamente, tras asegurarse de su estado de salud, para que el trabajo sufriese las menores interrupciones posibles. Al frente de esta obra de colosales dimensiones se encontraba la organización creada por el ingeniero Fritz Todt, a quien ya en 1938 le fue encomendada por Hitler la construcción de las autopistas alemanas. Puesta la organización Todt al servicio de la Wehrmacht, a partir de 1942, pasó a estar dirigida por el influyente arquitecto Albert Speer, nombrado al efecto ministro del ramo.

No todos los hombres republicanos españoles que trabajaban o luchaban contra el invasor nazi, lo hacían en la agricultura ni en la construcción de obras para la industria francesa o la defensa de la fortaleza europea de Hitler; ni todos hicieron la guerra en unidades militares del ejército regular francés. Una minoría sustancial, los más inconformistas pero también los más capaces desde la perspectiva del manejo de las armas, defensores a ultranza de la ideología antifascista, formaron a instancias del PCE —que seguía fiel a Moscú, pese a las purgas estalinistas y el Pacto Germano-soviético— grupos de resistencia armada.

Los «carboneros» y la lucha armada

El origen de esos grupos de resistentes hay que relacionarlo con los chantiers, explotaciones forestales situadas en los bosques del Aude, el Ariège o los Pirineos, donde se hacían trabajos de construcción y demolición; minería del carbón, explotación de canteras y tala de bosques para venta de madera, etc. Creados por comunistas franceses en 1940 para acoger a sus camaradas españoles y sostener la manutención del aparato dirigente del PCE, se convirtieron en empresas rentables en tiempos de clandestinidad, vendiendo traviesas a los ferrocarriles franceses (SNCF), gracias a ofertar los mejores precios del mercado a costa de los bajos salarios que percibían sus obreros, militantes comunistas en su mayoría. También ayudó en la financiación la venta ilegal de tabaco rubio inglés o americano, procedente del contrabando.

Al frente de los chantiers, como responsables de las tareas militares, se encontraban Jesús Ríos, Cristino García Granda, Walter alias «Manolo el mecánico», Luis Fernández y Vicente López Tovar. El empresario amateur José Antonio Valledor se ocupó más, ayudado a veces por el coronel López Tovar, de las aportaciones de dinero y armas; también de dotar a la organización de una pequeña imprenta Minerva para las labores de agitación y propaganda. Valledor y López Tovar visitaban los chantiers para unificar criterios, y trabajos; para determinar las acciones a emprender.

También se aprendían y entrenaban las primeras nociones de estrategia en «el arte de reunirse y de dispersarse […]» [Agudo, 1985]. La estructura estaba articulada en tres niveles: había maquis blancos o de primer nivel, también llamados del llano, que aparecían como simples trabajadores o capataces de las explotaciones; los de segundo nivel, o intermedio, que iban de un

puesto a otro para evitar ser localizados; y los de tercer nivel o maquis verdaderos, que llevaban a cabo las acciones y permanecían, generalmente, alejados de los chantiers.

En estos chantiers se fueron dando cita antiguos componentes del XIV Cuerpo, que se mantenían bastante unidos, según el exguerrillero Corachán, «más que nada por ser antifascistas». Además de trabajar como «carboneros» o leñadores de ocasión, estos se organizaron para resistir al invasor nazi haciendo acopio de armas —recuperadas a los gendarmes o procedentes de asaltos a cuarteles de la milicia de Vichy, sobre todo— y explosivos —de sustracciones a las minas, por ejemplo—; material que a veces les cayó del cielo literalmente. Se trataba de material británico, perdido al ser lanzado en paracaídas por aviones de las Reales Fuerzas Aéreas (RAF) y destinado inicialmente para uso de las unidades de la resistencia gaullista.

Los «carboneros» recibían intensiva instrucción militar. Para las clases teóricas disponían de profesores como Santiago Carrillo, Luis Fernández, Manuel Azcárate y otros dirigentes. Los titulares de las explotaciones seguían siendo franceses pero los dueños reales eran los comunistas españoles, que accedían a la propiedad mediante métodos más o menos legales o como fruto de «recuperaciones» —eufemismo para ocultar el uso de la fuerza—. En alguno de estos lugares hubo ejecuciones sumarias de disidentes acusados de traición al partido, o de ser agentes del mariscal Tito —exresistente y jefe del Estado yugoslavo tras acabar la guerra—, cuyas posturas encrespaban a Stalin [Hernández Sánchez, 2014].

Españoles y franceses en el maquis y la Résistance

Durante la Segunda Guerra Mundial y en el territorio de la Francia no ocupada los maquisards españoles operaron casi siempre con relativa independencia, sin que esto fuese óbice para planificar y tomar parte en diversas acciones armadas junto a las organizaciones de la Résistance francesa que fueron apareciendo a lo largo del conflicto. A finales de 1941, los refugiados españoles decidieron pasar a la resistencia armada. En agosto, el Comité Central dio a conocer un manifiesto titulado Unión Nacional, que a través de sus débiles organizaciones y redes de influencia del interior intentaron hacer llegar a todos los sectores antifranquistas de la burguesía nacional con la pretensión, entre otras, de frenar la entrada de Franco en la guerra mundial a favor de Hitler.

La reconstrucción formal del XIV Cuerpo de guerrilleros se produjo en abril de 1942 en el departamento del Ariège y su primer jefe fue el comandante Jesús Ríos; disponiéndose un encuadramiento teórico en nueve divisiones, que hacia 1944 acordaron la unidad de acción con los FTP-MOI, unidades de resistentes de las que hablaremos más adelante. Estas divisiones estaban dirigidas por un Estado Mayor Central y cubrían con sus diversas formaciones zonas muy extensas agrupadas en brigadas: Bajos y Altos Pirineos, Gers; Alto Garona, Tarn-et-Garonne; Lozère, Ardèche, Garde; Dordoña, Lot, Corrèze; Bajos Alpes, Var, Bocas del Ródano, Drôme; Pirineos Orientales, Ariège, Aude, Tarn, Aveyron, Hérault; Ain, Jura, Saboya, Alta Saboya e Isère; Loire y Alto Loire; Allier; Puy de Dôme y Cantal, según un organigrama elaborado por la propia organización.

En mayo de 1944 el XIV Cuerpo pasó a constituirse formalmente como la Agrupación de Guerrilleros Españoles (AGE) en Francia, y fijó su cuartel general en Toulouse.

Parece oportuno detenernos en el surgimiento de las primeras organizaciones armadas francesas a partir del 22 de junio de 1941, fecha de la ruptura del pacto Ribbentrop-Molotov —el aludido Pacto Germano-soviético—. Auspiciadas por el Partido Comunista Francés (PCF) en la más estricta clandestinidad. Sus objetivos apuntaban directamente al hostigamiento del ejército alemán y secundariamente a la liberación de Francia. A partir de 1942, la organización más consistente tomará el nombre de Francotiradores y Partisanos (FTP) abriendo sus filas a otras ideologías y credos presentes ya en su rama política conocida como el Frente Nacional (FN). Hacia 1943 se registraron numerosas deserciones y la organización extendió su radio de acción a todo el territorio francés excepto el noroeste.

Las FTP acabaron uniéndose a Combat y Libération-Sud y reconociendo la autoridad de las fuerzas de la Francia Libre, comandadas por De Gaulle, que había encontrado refugio y apoyo político y militar en Gran Bretaña. El Ejército Secreto, L'Armée Secrète (AS), reunirá a todos los movimientos de resistencia franceses bajo el mando del mítico Jean Moulin, héroe y futuro mártir de Francia, fusilado por los nazis. En 1943 tuvo lugar un nuevo reagrupamiento que se presentará bajo las siglas de Fuerzas Francesas del Interior (FFI) dirigidas por el general Pierre Koenig.

A lo largo de 1943, los FTP se fusionaron, a su vez, con los MOI (Mano de Obra Inmigrada) pasando a llamarse FTP-MOI. Los MOI eran una vieja estructura creada en 1920 para los extranjeros que residían en Francia y dependían directamente del Komintern. «Indeseables» para el régimen de Vichy, fueron totalmente clandestinos y sus componentes eran multirraciales: judíos, españoles, italianos, polacos, húngaros y rumanos. Los MOI estarían presentes en la liberación de París, Toulouse, Lyon y Grenoble. La Brigada 35, que luchó en las cercanías de Toulouse, estaba compuesta mayoritariamente por españoles de militancia comunista o anarquista.

La Resistencia francesa fue duramente castigada por una infiltración en 1944. Sus principales jefes cayeron en manos de la Gestapo en una redada dirigida por el tristemente célebre Klaus Barbie y fueron torturados, asesinados o deportados [Marcot, 2006; Tillon, 1991; Ouzoulias, 1975; Freire, 1970].

Deportación y heroísmo guerrillero

La política de deportación puesta en marcha por los nazis contra los judíos franceses tuvo repercusiones muy negativas para los republicanos españoles, víctimas del Gobierno títere del mariscal Pétain. Entre ocho y diez mil exiliados republicanos fueron enviados, previa consulta al ministro español de Asuntos Exteriores Ramón Serrano Suñer, que no les reconoció como españoles, al campo de concentración de Mauthausen, situado cerca de la ciudad austriaca de Linz. Gracias a los testimonios de los escasos supervivientes, como el del excombatiente de Vinaroz Francisco Batiste en su libro El sol se extinguió en Mauthausen o a las impagables fotos de Francisco Boix —usadas como prueba de la acusación en los procesos de Núremberg—, conocemos parte de lo que fue el infierno de Mauthausen-Gussen. Permanecen, cautivos de la memoria, el triste recuerdo de la «escalera de la muerte» y la extrema crueldad de sus gestores.

Dentro de este particular holocausto español citaremos también otros campos como Oranienburg, en las cercanías de Berlín, donde penó el socialista Largo Caballero; Buchenwald, cerca de la culta y encantadora ciudad de Weimar, donde se «alojó» Jorge Semprún, en aquellos momentos militante comunista y un escritor clave de la literatura de la deportación a través de sus libros La escritura o la vida, Viviré con su nombre, morirá con el mío y, sobre todo, El largo viaje, narraciones que trascienden, por su capacidad de análisis y reflexión, lo puramente testimonial; Dachau y Ravensbrück —campo para mujeres, donde estuvo Neus Catalá— e incluso el propio Auschwitz.

Para la comprensión del fenómeno de la deportación y sus devastadores efectos entre los supervivientes, y dado que esta

monstruosidad excede límites fronterizos y raciales es interesante leer o releer al judío piamontés Primo Levi, químico y escritor, en Si esto es un hombre, La tregua y Los hundidos y los salvados. El capítulo de esta última titulado «La zona gris» le confiere el rango de ser un testigo prácticamente único del Holocausto. Al final de su vida, Levi empezó a dudar de la utilidad de su testimonio y, al parecer, se quitó la vida, arrojándose por el hueco de un ascensor.

Las unidades de guerrilleros españoles desarrollaron un papel relevante y valeroso en la liberación de numerosos departamentos del Midi, del sudoeste, y de los Pirineos franceses. En ocasiones, libraron verdaderas batallas contra las tropas alemanas y las fuerzas de Vichy. En la llamada batalla de la Madeleine este ejército irregular, al mando del comunista asturiano Cristino García Granda, sometió a un destacamento alemán tres veces superior en número.

El comunicado oficial dado al final de esta acción desmitificó la imagen de sempiterno vencedor que aureolaba al ejército alemán:

«Treinta y dos guerrilleros, apoyados por cuatro FTPF —francotiradores y partisanos franceses—, después de haber volado el puente y cortado la carretera en el lugar denominado La Madeleine, libran combate con mil quinientos alemanes. Después de tres horas de lucha la columna enemiga se rinde, dejando más de mil prisioneros en nuestras manos y trescientos muertos y heridos sobre el terreno» [Fernández, 1973].

La lectura del parte bélico anterior puede provocar cierta incredulidad, pero no es la única hazaña de entre las que se sucedieron en estos «Jours de gloire, jours de honte» [Pike, 1984]. Cristino García Granda, que dirigió esta heroica acción fue, terminada la guerra, reconocido como «libertador de los departamentos del Gard, Lozère y del Ardèche». Su nombre figura,

además, en varios monumentos, placas en plazas y calles de diversas poblaciones. En ellas se puede leer: «Honneur à Cristino García, chef de maquis».

Alfonso Domingo, recoge también las hazañas de Cristino García y sus guerrilleros; destacando al mismo nivel la intervención de José Antonio Alonso Alcalá, más conocido como commandant Robert, liberador de la ciudad de Foix en el Ariège y exinquilino del campo de Septfonds [Domingo, 2009], a quien entrevisté en Santa Cruz de Moya (Cuenca) en el año 2001.

En ocasiones, los guerrilleros españoles colaboraron en acciones conjuntas o supervisadas por el «ejército secreto» francés. Se trataba de volar puentes, destruir vías férreas, instalaciones eléctricas o lugares de abastecimiento para los ejércitos invasores. En estas batallas no solía haber tregua ni cuartel alguno. Eran sordas, intensas y brutales. Apenas había heridos. Los prisioneros eran sometidos a crueles torturas y vejaciones. Pocos de ellos sobrevivían.

Resistencia versus ocupación en la novela y el cine

El duro trabajo resistente terminó por erosionar seriamente la estabilidad emocional de los combatientes. Se produjeron deserciones y delaciones. Más que relatar casos concretos que serían inabordables, citaremos como ejemplo algunos pasajes de la novela del escritor franco-lituano Romain Gary, El bosque del odio (2009):

«La división Das Reich de las SS […] operaba en la retaguardia, en los territorios ocupados donde la utilizaban para tareas especiales y delicadas de las que a veces las unidades regulares del ejército alemán rehusaban encargarse».

Destacamentos de esta unidad de élite, refiere Gary, llegaban en camiones a las calles de cualquier población desprotegida donde sabían que parte de sus vecinos, hombres jóvenes por lo regular, estaban en el maquis. Tras algunos disparos volvían a los camiones, «[…] llevándose a una veintena de mujeres jóvenes y aterrorizadas» hasta alguna residencia de verano, escogida al efecto, en los alrededores. Era un ardid en el que picaban los maquis con facilidad:

«En cuanto los maquis se enteraban de que sus hijas, hermanas, esposas y novias habían sido entregadas al placer de los soldados alemanes […] salían del bosque y se lanzaban al rescate de las mujeres, que era exactamente lo que esperaba el enemigo. Solo había que fumarse tranquilamente un cigarrillo detrás de la ametralladora […]».

Casi en los inicios traza un retrato válido para cualquier latitud donde privase el imaginario de la ocupación y la resistencia de los maquis:

«En el corazón del bosque vivían unos hombres hambrientos y debilitados. En las ciudades les llamaban partisanos (o maquis) y en el campo, “verdes”. Hacía ya tiempo que aquellos hombres solo luchaban contra el hambre, el frío y la desesperación. Su única preocupación era sobrevivir. Vivían en grupitos de seis o siete, en guaridas excavadas en el suelo y disimuladas con ramas, como animales perseguidos. Obtener alimentos era difícil, a menudo imposible. Solo los que tenían familia o amigos en la región lograban comida. Los demás se morían de hambre, o bien abandonaban el bosque para que los mataran».

La visión puede parecer descarnada y pesimista, pero está dotada de gran verosimilitud. El ansia de supervivencia no hace menos heroicos a los maquis, sino todo lo contrario. Más difícil es reflejar la pasividad de los no combatientes; de millares de familias campesinas y de habitantes de las ciudades, de extracción humilde, que aceptaron la ocupación y las humillaciones que conlleva. Si deseamos acercarnos a las raíces, al contexto histórico-social y vital que hizo posible la colaboración con los nazis, la pervivencia incluso, del régimen de Vichy; la indiferencia ante la violencia discriminatoria, tendremos que recurrir tanto a la historia como a la literatura e incluso al cine.

Pocos autores han descrito mejor el desbarajuste moral de una sociedad como la francesa en los años treinta; el pulso de una nación alejada de la grandeur, como lo hizo Louis Ferdinand Céline, escritor antisemita, inclinado en principio al pacifismo que terminó por asumir los postulados nazis. Céline, en su novela Viaje al fin de la noche (1932), nos descubre las contradicciones vitales de Ferdinand Bardamu, su alter ego, que sufre el desgarro de la Gran Guerra en la que fue combatiente. Bardamu es cada vez más

inhumano; lleva una vida frenética y sin rumbo; con vivencias cada vez más sórdidas. El lenguaje directo, descarnado, a veces soez, con frecuente uso del argot, vehicula esta historia a la degradación moral.

El cine ha tratado los temas contenidos en este capítulo en diversas ocasiones y con películas de gran interés. En Esta tierra es mía (This land is mine), producción estadounidense de 1943 dirigida por Jean Renoir, Charles Laughton compone la figura de un maestro de escuela tímido y retraído que acaba apoyando a la resistencia, al descubrir el doble juego de personas en las que confiaba; personas respetables que colaboran con las fuerzas de ocupación delatando a sus convecinos.

La producción francesa que más se acerca a la compleja existencia de los movimientos de resistencia clandestina y sus avatares es, sin duda, El ejército de las sombras (L'armée des ombres), dirigida en 1969 por Jean-Pierre Melville. Lino Ventura, un ciudadano sin tacha es, en realidad, jefe de la Resistencia que opera en varias ciudades. Junto a él, Simone Signoret encarna a una sorprendente mujer resistente. Tras un viaje a Londres, ambos se ven obligados a tomar decisiones difíciles. Un lenguaje cinematográfico sobrio y directo resalta tanto los aspectos heroicos como los inhumanos o mezquinos de la lucha clandestina.

Durante mucho tiempo el público francés vivió de espaldas a las vergüenzas de la colaboración con los ocupantes nazis y la sumisión al régimen de Vichy. El director Louis Malle, en los años 1974 y 1987, consiguió reflejar este mundo complejo, de traiciones y convivencias forzadas, de violencia cotidiana, que se produjo en los años de la Segunda Guerra Mundial, en sus cintas Lacombe Lucien y Adiós muchachos (Au revoir les enfants). En la segunda, Malle nos muestra también la existencia de la esperanza, la amistad y la dignidad como reductos morales, que venían a ser los valores pretendidos por la Resistencia.

Este imaginario cultural quedaría incompleto sin la referencia a Albert Camus, cuya mejor novela, El extranjero, nos hace ver el extrañamiento del ser humano frente a lo que le rodea. Camus colaboró activamente con la Resistencia representando la cara opuesta a la ofrecida por Céline. En marzo de 1944, en uno de sus artículos publicado en Combat y titulado «A guerra total, resistencia total», explicó que quería ser «una advertencia contra la inercia, la falta de compromiso[…]» porque «lo matarán a usted, lo deportarán o torturarán tanto por simpatizante como por militante […]».

Los guerrilleros españoles, en general, permanecieron un tanto alejados de estos imaginarios culturales que se dieron en Francia entre 1940 y 1945. Anduvieron más preocupados por reunir la fuerza suficiente para trasladar la lucha armada a la España de Franco. Los dirigentes políticos, y los del PCE en particular, intentaron mantenerse en todo momento al tanto de las últimas corrientes culturales y establecer contactos con el mundo intelectual y artístico de París, donde estos y extranjeros notables tenían un gran peso entre la opinión pública de toda Francia e, incluso, fuera de ella. Tanto los dirigentes comunistas como los guerrilleros de a pie, no obstante, eran conscientes de lo difícil, por no decir imposible, de su pretensión de trasladar su lucha a España si no se conseguía doblegar a los ocupantes y ello suponía luchar, sin tregua, a favor de los aliados.

Colaboración y resistencia se veían obligados a existir al tiempo; a cohabitar. Era prácticamente imposible deslindar estos campos en una ciudad donde convivían los mundos artificiales de la moda, con sus cocottes, modelos de alta costura y chicas frívolas; los espectáculos musicales y los deportes de élite, con la brutalidad de las detenciones, las algaradas nocturnas y las necesidades materiales de las gentes humildes quienes vivían en la miseria más absoluta. Convivencia y connivencia, donde no se sabía bien quién espiaba a quién, en la que intelectuales de izquierdas no parecían ser lo que habían fingido ser en los tiempos normales. La resistencia era como

una novia deseada y escurridiza: los partisanos solo aparecían, cuando lo hacían, para golpear al enemigo y esfumarse, sin importarles —eso creía el vulgo— lo que ocurriera después, a la hora de las represalias. Gentes del teatro y los espectáculos, de la moda y de las artes, se acomodaron a la vida, usos y costumbres de la ocupación.

En cualquier caso, los imaginarios existentes van evolucionando a lo largo de la guerra. Desde 1940 a 1943, y desde 1943 hasta el final de la misma en 1945, puede hablarse de dos etapas claramente diferenciadas en el desarrollo de las actitudes de las gentes frente a la ocupación. Los alemanes trataban de preservar la paz y el orden sociales para ofrecer una imagen de normalidad, para continuar exhibiendo la alegría y vitalidad de otros tiempos; la cara, en suma, de una Francia acogedora y amable. Por el contrario, el régimen de Vichy llevó a cabo programas y trazó políticas de restricción y control ciudadano superiores a las de los propios nazis, por ejemplo, legalizando la existencia de centenares de nuevos prostíbulos en su territorio, con el fin de prestar servicio a las tropas ocupantes. Esto no significa que el control real de la situación política, social y económica siguiera estando en manos de las autoridades hitlerianas.

Ocupación y liberación

Los imaginarios de la resistencia silenciosa, especialmente aquellos que afectaban a la vida cultural y social de la capital de Francia ocupada por los nazis, pueden seguirse —no sin cierto atasco— en el ensayo de Alan Riding, Y siguió la fiesta (2011), atasco que deriva de un exceso de información y de la no discriminación entre formas y grados de colaboración. No obstante, es interesante saber, por ejemplo, que Joséphine Baker, icono mundial de la cultura musical de los años cuarenta se negaba a actuar sistemáticamente cuando era informada de que algún gerifalte nazi se sentaba en el palco del teatro donde ella iba a dar su función.

En el terreno de la ficción cabe destacar la llamada —por la crítica francesa— Trilogía de la Ocupación (2012), las tres deslumbrantes novelas de Patrick Modiano publicadas en plena fiebre contestataria del mayo francés de 1968; literatura de márgenes finos, «entre el realismo y la realidad poética» —según Morand—, opuesta a la estética de márgenes gruesos y populistas de Céline.

Antony Beevor y Artemis Cooper, en su París después de la liberación: 1944-1949 (2015), aportan datos sobre el choque político y cultural que se produjo con la llegada de los estadounidenses. Su policía militar, a la que los comunistas llamaron nueva potencia de ocupación, mantenía el orden pero como los canadienses y británicos, decidieron no intervenir en los asuntos internos de los franceses. Se produjo en demasiadas ocasiones, con gentes de la Résistance (FFI y otros) a la cabeza, toda clase de abusos y desmanes contra colaboracionistas que no habían logrado escapar; especialmente contra las mujeres. Fue la llamada épuration sauvage contra la ocupación horizontal ejercida por los colaboracionistas con el régimen de Vichy. La venganza se

escenificó, muy a menudo, en las calles —a modo de violentos escraches— para escarnio público de ciudadanos justa o injustamente acusados. «Les afeitaron la cabeza a las mujeres que habían estado durmiendo con oficiales y soldados alemanes». Acusadas de ejercer la prostitución recibían palizas, se les sometía a la marginación y al acoso sistemático, etc. La mayor inquina se centraba en las mujeres casadas con maridos prisioneros o deportados que tras ser desnudadas «eran untadas con brea y obligadas a desfilar con sus hijos ilegítimos haciendo el saludo nazi». La venganza se extendió a todos los estamentos, los géneros y las edades, incluyendo los fusilamientos con acusaciones de alta traición y arrestos irregulares, aunque los castigos eran más benignos para hombres que para mujeres. La colaboración ejercida por la milicia pronazi de Vichy —colaboración horizontal— suponía una doble traición por lo que en su castigo se utilizaron formas aberrantes de justicia popular que degeneraban en venganzas privadas. Fueron habilitados campos de concentración, como los de Drancy y Fresnes, en condiciones deplorables. Cálculos no bien establecidos, como casi todos los que hacen referencia a la represión, arrojan cifras no inferiores a las seiscientas muertes por mes entre los años 1944 y 1945. Todavía se discute si la depuración en Francia fue mayor o más benévola que en otros países en condiciones y épocas similares.

Estos imaginarios quedaron, pese a la sensación de liviandad o de sonrojo, según desde el lado que se mirase la ocupación, como sinónimos de ruptura del orden cívico y moral. Su recuerdo quedó solapado, que no superado, tras las sucesivas batallas por la liberación. Una liberación, la del suelo francés respecto del dominio nazi, que trajo consigo, entre otras consecuencias, que la AGE se dedicara en cuerpo y alma a la puesta en marcha de sus propios objetivos con respecto a socavar y combatir al régimen franquista.

4

La operación «Reconquista de España»

«Es Monzón quién fuerza […] la ocupación del Valle de Arán, y será Monzón el que pague los platos rotos […]».

Manuel Vázquez Montalbán, Pasionaria y los siete enanitos.

En octubre de 1944, el PCE activó la idea casi en solitario de invadir y ocupar los valles de Arán y del Roncal, una franja de terreno de unos treinta kilómetros de longitud por unos treinta de ancho entre Andorra y la comarca ilerdense-pirenaica de val d'Aran en Lleida, por un ejército guerrillero compuesto por varios miles de voluntarios en una acción masiva de carácter político-militar, bautizada asimismo como operación «Reconquista de España». Pese a los esfuerzos realizados a través de la Unión Nacional Española (UNE o UN) para contar con el apoyo efectivo de otras fuerzas de izquierda, de republicanos y nacionalistas vascos y catalanes, e incluso de disidentes y sectores marginados del franquismo o monárquicos desencantados no lo consiguió. La idea fue propagada a través de la hoja informativa Reconquista de España, de la radio Pirenaica, temporalmente ubicada en Moscú, y del llamamiento realizado por la propia Dolores Ibárruri.

Aunque en la concepción original de esta operación político-militar y en la gestión de la misma estuvieron al frente el comunista navarro Jesús Monzón Reparaz y Gabriel León Trilla, exfundador del partido, los fundamentos políticos caían dentro de la línea de distensión alentada por la Internacional Comunista, con el búlgaro Georgi Dimitrov al frente y, por ende, a la línea política de la Unión Soviética de Stalin. El dictador en 1941 se declaró a favor de una coalición de fuerzas republicanas en España, a la que correspondió

Dolores Ibárruri lanzando el Manifiesto de la Unión Nacional (16 de septiembre de 1944), que adaptaba estos principios generales a las necesidades de España y la lucha contra la dictadura de Franco [Preston, 2012].

La Unión Nacional y las peripecias de una invasión fallida

La política concreta de la UN fue elaborada por Jesús Monzón a través de sus artículos, publicados en Reconquista de España. En cierto modo, se adelantaba a la política de «Reconciliación Nacional» preconizada por el PCE años más tarde, y eran, a su vez, una continuación de los trece puntos de Negrín. Si en 1939 estos últimos no fueron suficientes para parar una guerra, tampoco en los años 40 la política de UN logró la atención suficiente para avanzar hacia un consenso democrático en torno al rechazo de la dictadura de Franco. El problema es que trató de aplicarse, según Preston, de una manera «brusca e irreflexiva», lo que llevó más bien a desacreditar al partido que la proponía. Faltaban años de madurez y el que se dieran circunstancias más favorables. «Su inevitable fracaso a corto plazo fue añadido a la lista de "crímenes" achacados a Monzón» [Preston, 1994] y, añadimos, a sus colaboradores más inmediatos y directos como Gabriel León Trilla y otros.

En el caso de la operación que nos ocupa, más que de una invasión habría que hablar de invasiones o, al menos, de «penetraciones previas» [Heine, 1983], anteriores a la invasión del valle de Arán. Durante los meses de agosto y, sobre todo, finales de septiembre de 1944 fueron concentrándose grupos y partidas armadas a lo largo de los Pirineos. Los movimientos y despliegues de guerrilleros que se realizaban a plena luz del día y, en ocasiones, hasta con cierta euforia, atrajeron la atención de espías y servicios de información franquistas, en alerta desde el siete de junio, el día después del desembarco angloamericano en Normandía. Franco llegó a temer la posibilidad de una invasión aliada y había ordenado la construcción de una línea defensiva —la Gutiérrez, con búnkeres, túneles y casamatas— a lo largo de la frontera pirenaica, así como la máxima disponibilidad de tropas —dos divisiones— al mando, entre otros, de los generales Rafael García Valiño, José Monasterio y José Moscardó; fuerzas preparadas para una intervención inmediata.

Varias compañías de Policía Armada a caballo fueron trasladadas para reforzar las dotaciones existentes de la Guardia Civil y los Carabineros, ya de por sí bien pertrechadas, en los puestos fronterizos. No eran tan solo los movimientos de los maquis de la AGE —brazo armado de la UN— los que despertaban los temores del dictador sino la posibilidad de que esos destacamentos irregulares contasen con apoyo logístico de los aliados.

Pese a las precauciones franquistas, esas medidas no pudieron anticiparse a ciertas acciones guerrilleras, propias del espíritu combativo de estas unidades republicanas. Un grupo de unos cuarenta maquis entraron en territorio español, y tras desarmar a un destacamento de soldados se internaron hasta las sierras de Tarragona, el Maestrazgo y Teruel, para tratar de consolidar algún foco de insurgencia [Heine, 1983]. Entre los días 3 y 7 de octubre, unos doscientos cincuenta guerrilleros que formaban la 54ª brigada y los cerca de cuatrocientos que componían la 153ª brigada penetraron en el valle de Roncal y Roncesvalles [Arasa, 2004], pero tuvieron que retirarse con prontitud al encontrar a la población navarra, de tendencia carlista en su mayoría, nada receptiva a las propuestas de unirse contra Franco y enfrentarse a la dictadura. Mediado octubre, las brigadas 10ª, 27ª y 35ª entraron en el País Vasco entre Hendaya y Saint-Jean-Pied-de-Port, y aunque contaron con algo más de apoyo, pronto se vieron enfrentados a un enemigo que les superaba ampliamente en número y por la calidad de su armamento. Las dos primeras unidades lograron mantenerse diez días sobre el terreno combatiendo en inferioridad. Victorino Vicuña, alias «Orio», capitán de la 10ª, reconoció veintiún muertos, cinco de los cuales se ahogaron en el Bidasoa.

El gran ataque —la invasión propiamente dicha— se producirá con probabilidad el 18 o 19 de octubre. Esta operación referenciada con el ampuloso nombre de «Reconquista de España», se realizó más o menos como estaba prevista, según escuchamos de los propios labios del coronel Vicente López Tovar, comandante en jefe de la misma. Nacido en Madrid en 1909, se educó y vivió en Valencia, Buenos Aires y Barcelona, donde se ganó la vida como fotógrafo

ambulante. Se negó a hacer el servicio militar, por lo que fue declarado prófugo por el ejército español, haciéndose militar en las filas del Quinto Regimiento del PCE, a lo largo de la Guerra Civil, en la que llegó a alcanzar el grado de coronel. Tras exiliarse a Francia, volvió al frente de Madrid para luchar en defensa del gobierno Negrín frente a las tropas sublevadas del coronel Casado. De nuevo en Francia en 1939 se convirtió en uno de los ejes sobre los que giró la AGE y su conexión con la Résistance. El ejército francés, a través de las FFI, homologó su grado de teniente coronel, le concedió la Legión de Honor y otras condecoraciones. Tovar, que se convertiría —más tarde— en un disidente anticarrillista, señaló las incongruencias militares de la operación, pero estando de acuerdo con sus objetivos políticos, cumplió de forma disciplinada las instrucciones recibidas.

En su versión, escueta y nada triunfalista, fue una acción militar «de ida y vuelta», es decir, una penetración más profunda que las anteriores en territorio «enemigo» para tomar algunos pueblos, distribuir propaganda de UN, exhibir banderas republicanas y retirarse ordenadamente con las menores bajas posibles, mostrando así la pervivencia de la resistencia. En una palabra, decir «aquí estamos de nuevo» y con todo ello tratar de propagar, de «llamar» a los españoles a retomar la lucha contra la dictadura y de la necesidad de apoyar a la guerrilla antifranquista para reconquistar la democracia republicana. Pero, como sabemos, había algo más en los planes elaborados por Jesús Monzón y sus adjuntos; planes que incluían la toma de Viella (Vielha), capital del valle de Arán, estableciendo allí un gobierno provisional que llamase la atención de los aliados para acabar con la dictadura del general Franco y su régimen filofascista.

La ocupación de Viella, la mayor ciudad del territorio, era también un objetivo militar, pero como López Tovar suponía todo quedó en una quimera, al no disponer su pequeño ejército de artillería pesada y vehículos blindados para intentar el asalto de una ciudad fortificada. Unos cuantos morteros y un cañón antiaéreo era todo el material artillero disponible. Pese a todo, Tovar preparó

meticulosamente la operación valle de Arán junto a Juan Blázquez Arroyo, alias «general César», Luis Fernández, alias «general Luis», Cristino García Granda y José Vitini Flórez, entre otros jefes militares. Con unos 4 000 hombres encuadrados en doce unidades, se inició exitosamente el avance cruzando el Garona a las seis de la mañana, dejando preparado el paso de Pont de Rey, para una posible retirada. El 27 de octubre, tras librar varias escaramuzas y, en ocasiones, sangrientos combates, los informes recogidos por la vanguardia de sus fuerzas confirmaban a López Tovar no solo la imposibilidad de tomar Viella sino, sobre todo, la abrumadora superioridad del enemigo y la falta de colaboración de los araneses, que se expresaban en un idioma propio, extraño para la mayoría de los guerrilleros, entre los que además había también extranjeros que tampoco conocían el catalán. Tras reagrupar las fuerzas y hacer recuento provisional de bajas y unidades perdidas —desorientadas, sin duda, por el desconocimiento de un terreno muy abrupto—, Tovar ordenó la retirada, llevando consigo cerca de trescientos prisioneros, que fueron devueltos a España por las autoridades francesas [Tuñón de Lara, 1980].

Hubo una reunión, poco después, en el puesto de mando con Santiago Carrillo, recién llegado del norte de África —donde estaba preparando un delirante desembarco guerrillero en Almería—, quién se presentó, acompañado de Manuel Azcárate, Luis Fernández y otros, como enviado de la dirección del Partido. En ella se dispuso o confirmó, según versiones, la retirada definitiva de todas las fuerzas de la AGE que habían penetrado en territorio español, y su vuelta a territorio francés.

No hay datos oficiales dignos de crédito sobre las bajas. Las fuentes de la Guardia Civil estiman que las fuerzas franquistas contaron treinta y dos muertos y que se «aniquiló» a ciento veintinueve guerrilleros y capturó a doscientos dieciocho. Hubo, al parecer, muchos más prisioneros que fueron a parar a las cárceles de Zaragoza, San Sebastián y Ondarreta —unos cuatrocientos, entre los que habían otros treinta de diversas nacionalidades europeas—. Unos doscientos maquis se extraviaron en el combate y «acabaron

siendo diezmados por las unidades franquistas, o presos y ejecutados» más tarde, como ocurrió con los «16 terroristas comunistas» fusilados en Madrid [Tuñón de Lara, 1980]. Para muchos araneses hablar de lo que ocurrió en su valle, incluso hoy, sigue siendo un tanto complicado, pese a la existencia de algún cementerio y varias placas conmemorativas que recuerdan los choques entre guerrilleros y guardias civiles o soldados, en pueblos como Bossòst, Les, Bordes, Canejan, Esterri d'Àneu o Pont d'Arrós. Pervive, por ejemplo, el recuerdo del «general César» nacido en Bossòst y que mandaba la tropa que entró en su pueblo como general del ejército francés y donde le reconocieron por haber sido su antiguo alcalde en 1936 y faltarle un dedo.

La realidad y el deseo

La operación fue un fracaso político y militar sin paliativos, pero también una muestra de valor y entrega generosa a la causa de la lucha antifranquista en tiempos difíciles para el comunismo, muy desprestigiado en Francia a raíz de la firma del Pacto Germano-Soviético (agosto 1939). Un prestigio recobrado en buena parte por la entrega de los maquis españoles a la causa de la resistencia antinazi, a partir de la invasión de la Unión Soviética. Eran tiempos para los comunistas españoles e incluso franceses de fidelidad casi absoluta a la política de Stalin a través de sus máximos dirigentes. En el caso del PCE, el problema revestía mayor gravedad con una dirección política dispersa entre Moscú, Buenos Aires y México. No existían ni una estructura organizativa coherente, ni una política común para cuadros y militantes dispersos en los primeros tiempos de la posguerra española.

Pensar y actuar, pues, con iniciativa propia para remontar la organización y dotarle de nuevos objetivos y tareas, amén de establecer una mínima política de alianzas requería frialdad y valor y, a la vez, podía ser muy arriesgado. Tal vez por todo ello, la operación «Reconquista de España», tanto su gestación como su desarrollo y las consecuencias posteriores de la misma, quedó rodeada de un espeso silencio. Puede decirse que —durante años— fue la operación guerrillera que nunca existió. El fotógrafo José López acompañó la expedición con el encargo de disponer de un extenso reportaje con el que darle publicidad a la invasión de Arán, aunque a la postre se decidió no dar cobertura informativa a una batalla perdida. Solo años más tarde pudieron verse algunas de sus fotos como ilustraciones de artículos o en la portada de algún libro. A José López, que no era Capa ni Centelles, solo le fue aplicada la censura ideológica.

Santiago Carrillo, que no había manifestado públicamente objeción alguna a la invasión, la consideró, a toro pasado, como una «aventura», pero la cosa no fue a mayores y las responsabilidades políticas quedaron momentáneamente diluidas. La caja de los truenos estaba, no obstante, abierta, y no se cerraría definitivamente hasta el Informe al V Congreso del PCE que tuvo lugar en Praga en 1954. Sin hacer alardes, la dirección del partido fue urdiendo, a partir de 1945, una trama para criminalizar a los responsables de aquel fracaso, utilizando a algunos de sus protagonistas contra sus propios compañeros. A esto siguió la implacable lógica de las depuraciones que, acto seguido, se llevaron a efecto, para ser justificadas más tarde en otro contexto.

Pero vayamos un paso atrás. En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, las cancillerías europeas se inclinaron por mirar hacia otro lado en cuanto a la persistencia de la dictadura en España, en estos tiempos de mayor desprestigio del comunismo. Este capítulo de la historia partidaria y de la resistencia, lo ocurrido con la invasiones pirenaicas, quedó envuelto con un cierto halo de misterio, donde se mezclaban componentes tan contradictorios como el orgullo épico por el valor desplegado de los que tomaron parte en los acontecimientos, así como la condena oficial, compañera de la vergüenza y la culpa, para quienes habían superpuesto sus intereses personales a los del partido, principio y medida de todas las cosas, según la doctrina de los dirigentes. Pero, ¿quién o quienes eran los indignos? ¿Quiénes representaban la «dignidad» del partido? Misterios que comenzaron a develarse cuando la moderna historiografía, desde los archivos, y algunos protagonistas significados, desde su desencanto, han tirado de la historia y la memoria. Se trata de ir poniendo algunas cosas en su lugar. La lúcida experiencia que Manuel Azcárate Diz nos ha dejado en Derrotas y esperanzas (1994), es una contribución de primera mano para ello.

Jesús Monzón o la forja de un líder

En todo lo concerniente a las decisiones políticas y estratégicas que afectaron a las también llamadas invasiones pirenaicas, destaca la figura de Jesús Monzón Reparaz, líder e impulsor del comunismo en Navarra, que emergerá ya con fuerza en los últimos momentos de la Guerra Civil —acompañó a «Pasionaria» y otros dirigentes en su salida de España al exilio— y marcará con su impronta los años más duros de la posguerra española entre 1940 y 1945, tal vez los años más agrios de la historia del PCE. ¿Pero quién era este dirigente surgido casi de la nada, de una de las regiones de talante político más conservador, fieramente católica y de arraigadas tradiciones carlistas? «Sito», como se le conocía entre sus amigos —amén de otros nombres de guerra como «Richard» en Francia y «David» en España—, era un sujeto singular, que no habría desentonado como personaje barojiano, ni como héroe o perdedor en las novelas de Dashiell Hammett o las películas de John Huston. Un personaje poliédrico de perfiles contradictorios e imponente presencia física, como apreciamos contemplando las fotos de su vida transformada en biografía por Manuel Martorell en Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la historia (2000). Alto, elegante, bien parecido; seductor en opinión de no pocas mujeres, poseía una fuerte personalidad llena de energía, dotes de mando y carisma, Jesús Monzón, en una palabra, era un «rojo que usaba sombrero», corbata, gabardina e incluso automóvil, contradiciendo los tópicos publicitarios de posguerra popularizados por el periodista Julio Camba sobre el uso de esta prenda; un comunista, en suma, capaz de generar empatía incluso entre sus oponentes. Un nuevo tipo de político bastante alejado del perfil exigido al comunista clásico, imbuido del «temple bolchevique» y el desaliño indumentario —proletario— habituales.

Una «extraña pareja» en apuros

Manuel Azcárate, hechizado también por la imagen y el verbo de Jesús Monzón, escribe sobre este —quien le fue presentado por Carmen de Pedro, encargada de representar al PCE en Francia y España—: «Se nota enseguida que es una persona inteligente dotada de una cultura sólida […] sabe escuchar y tiene una forma de razonar que me encanta». Sus razones estaban «basadas en el sentido común» y exentas de los «comodines ideológicos» tan utilizados en la jerga partidaria. Azcárate, que descubre de inmediato que Carmen y Jesús tienen una relación, percibe que se esfuerzan en disimularlo en las reuniones de partido y supone que ello se debe a que el Buró Político tiene una «opinión negativa de Monzón: demasiado señorito […]», pero ello no es óbice para que en la pareja, «aunque sea ella la que tiene la investidura, sea él quién tiene el talento». La capacidad política de Monzón, dice, «es mil veces superior a la de De Pedro». Son ellos, más bien Monzón, quienes deciden en Francia, y serán ellos quienes le comunican su misión y destino en París como enlace con la Resistencia y con el PCF. Monzón le insiste en que piense en la necesidad de atentar contra las tropas alemanas de ocupación. Una necesidad militar que, tras varios intentos fallidos, logró resultado positivo y se convirtió en el revulsivo para pasar a la acción. Azcárate confiesa que personalmente no estaba de acuerdo con aquella directriz, pero que la veía necesaria en un contexto de guerra y para demostrar que la España republicana no se había rendido [Azcárate, 1994].

Para los dirigentes del PCE, sobre todo en Francia, tanto la UN como la operación «Reconquista de España» eran respuestas adecuadas para salir del impasse. Se trataba de aprovechar la esperanza generada por las victorias aliadas en la Segunda Guerra Mundial; por la victoria, que ya se cantaba, de la Unión Soviética y las potencias democráticas sobre el Eje, con el propósito de interesarles en las labores de acoso y derribo de la dictadura de

Franco en España. Estas legítimas esperanzas carecían, sin embargo, de una puesta a punto desde la perspectiva de las fuentes bien informadas. Había dos posibilidades: la información reunida era tan escasa y de baja calidad que no permitía un adecuado análisis del contexto, que hubiese desaconsejado el lanzamiento de la operación o, conociendo esa realidad, se trataba de provocar una reacción del pueblo español que no se produjo en modo alguno. Habría que colocar probablemente en un punto intermedio la decisión de poner en marcha estas políticas. Las cuestiones que a continuación se comentan formaban, entre otras, parte de ese contexto.

Acuerdos y desavenencias

En el campo aliado se producía una rivalidad y patente animadversión entre la URSS y Estados Unidos que no ayudaba a reflotar a Gran Bretaña o a Francia, reducidas ya a potencias secundarias que, en las postrimerías de 1944, estaban más interesadas en el reparto de influencias políticas que en ayudar a sostener una hipotética lucha de guerrillas en territorio español de resultado incierto. El régimen de Franco había sido ya prematuramente reconocido por Gran Bretaña antes de acabar la guerra y España tenía ya asignado su papel geoestratégico en el futuro orden europeo y mundial; nada iba a cambiar ese papel, estuviera o no gobernada por los vencedores de la ya semiolvidada —para europeos y americanos— Guerra Civil española.

Los dirigentes del PCE, en su afán de justificar la incursión de un ejército guerrillero español en paro —y, por ende, peligroso para la seguridad interna de Francia y sus aliados—, no se detuvieron a considerar seriamente las circunstancias apuntadas anteriormente que contravenían los legítimos deseos de devolver la democracia a España. Estos sucesos estaban cambiando notablemente las condiciones para la acción política. En el caso concreto de Francia se pensaba, por las nuevas autoridades —entre las que ejercía un liderazgo absoluto el general Charles de Gaulle, otra personalidad singular—, más que nada en restaurar su menoscabado prestigio internacional; en restañar la maltrecha unidad de la República Francesa; en la reconstrucción de su capacidad de producción industrial, en el remonte de una agricultura en decadencia; en la sutura de una moral social resquebrajada; en disponer de suficiente presencia en el nuevo reparto del poder político en el escenario europeo.

Para la Francia que representaba De Gaulle, el dictador Franco y su régimen, la restauración de la democracia y de las libertades en España no eran más que asuntos secundarios o fuera de su competencia. La revista Mundo, que se publicaba en la España franquista, en su número 235 del 8 de noviembre de 1944, decía:

«En orden a las incursiones realizadas en territorio español por el maquis rojo, integrada por unos cincuenta mil hombres [¡qué sufridas son las cifras!] que atravesaron los Pirineos al ser derrotados en 1939 […], la agencia Reuter escribió el día 27: “La actitud del gobierno provisional francés con respecto a los incidentes registrados en la frontera francoespañola ha sido claramente definida por Radio París. La radio indicó que, aunque muchos periódicos franceses han atacado a España esto no afectará a la política internacional francesa […]. Radio París agregó a continuación que la situación actual en España es una cuestión que incumbe solamente a los españoles”».

Un equipo compacto y eficaz

Jesús Monzón, gracias a su carisma, a sus conocimientos como abogado y a sus dotes para la gestión consiguió organizar los primeros comités clandestinos y unificar los núcleos dispersos de comunistas en el interior de España con ayuda del vallisoletano Gabriel León Trilla —uno de los fundadores del PCE junto a Bullejos, Mijé, Vega o Adame—. Todo ello, tras ganarse la confianza de Carmen de Pedro, lo que le permitió realizar una labor similar entre los comunistas españoles en Francia. Es interesante detenernos en la figura de Carmen de Pedro, una secundaria forzada a desempeñar un papel clave —más allá de sus propios deseos— en este proceso. Ella recibió el encargo de Dolores Ibárruri «Pasionaria», de mantener contacto en Francia con algunos de sus camaradas, ayudar a los refugiados, preferentemente a Francisco Antón, preso en el campo del Vernet, y de este recibió a su vez la orden de permanecer en Francia con funciones de delegada del PCE. Un encargo inimaginable, casi surreal —dada la escasa o nula experiencia de nuestra heroína para gestionar tan alta responsabilidad—, a no ser que se apostara por la desactivación o ralentización de las actividades del PCE en Francia en tiempos del Pacto Germano soviético.

De alguna manera, la exmecanógrafa del Comité Central en Madrid y Barcelona y exsecretaria de Palmiro Togliatti, durante la guerra, quedó al frente del PCE en Francia, una organización inexistente como tal de la que dependían muchos contactos con el interior de España; una chica muy joven y sin experiencia controlaba los enlaces y contactos. Así que las mejores dotes de su compañero sentimental Jesús Monzón hicieron inevitable que fuese este quien actuase como «verdadero cerebro del PCE en los años de la Segunda Guerra Mundial» [Arasa, 2004].

La historia política e incluso sentimental, entre Jesús Monzón y Carmen de Pedro ocupa los inicios de la novela de Almudena Grandes, Inés y la alegría. La autora narra cómo se conocieron y cómo intentaron reconstruir el PCE al imponer Monzón su liderazgo rompiendo esquemas tradicionales, hasta que la dirección del partido, «sospechando» del buen funcionamiento de las organizaciones de Francia y el interior, intervino para acomodar lo existente a sus deseos y objetivos.

Monzón disponía —al menos de eso hacía gala— de militantes, cuadros, enlaces y experiencia organizativa; estimulando el reclutamiento de guerrilleros y trazando una estructura que sería el embrión de las fuerzas partisanas que pensaba introducir en España desde Francia. Su influencia en el PCE, tras haber sido gobernador civil de Alicante y Cuenca durante la Guerra Civil, se había debilitado hasta que su amistad con De Pedro le valió ejercer el poder en la sombra, desde la Delegación del Comité Central del PCE en Francia. Se vio acompañado por los jóvenes Manuel Azcárate y Manuel Gimeno, joven sastre valenciano responsable de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) en Francia, que actuaron bajo su influencia, dada su mayor veteranía y experiencia. Monzón y De Pedro movieron los hilos desde Aix-en-Provence y Marsella. Luego todo se trasladaría a Toulouse. Sin embargo, y en teoría, carecían de capacidad de decisión política porque los criterios de actuación los establecía el Buró Político que se encontraba disperso.

Almudena Grandes interpreta así la convivencia de esta extraña pareja: «Carmen cree que los dos forman un equipo en el que él manda y ella se ocupa de ponerse guapa sin preocuparse de nada […]». La crisis no tardaría en producirse. «Jesús Monzón está seguro de que Hitler va a perder la guerra, pero incluso si el conflicto se alarga […] la Unión Nacional es una idea excelente, como demostrarán todas las fuerzas democráticas españolas más de veinte años después, poniendo en pie plataformas semejantes».

Lo cierto es que la UN fue una buena idea absolutamente desaprovechada y concebida fuera de tiempo. Ferrán Sánchez Agustí, que ya desgranó el contenido de esta operación en su libro Maquis a Catalunya. De la invasió de la vall d'Aran a la mort de Caracremada, en su nueva aportación Maquis y Pirineos (1944-1945) incluye unas páginas con listados minuciosos de adhesiones a la UN de escritores, artistas e instituciones culturales de donde deducir una cierta pluralidad ideológica que en la práctica se redujo a un apoyo moral a las invasiones. Entre los firmantes, el exministro y miembro del Gobierno Republicano en el exilio José Giral o el socialista Julio Álvarez del Vayo, ex ministro de Estado y colaborador de Negrín, defensor a ultranza de la República y la necesidad de la resistencia. Entre los militares, podemos destacar al general republicano, en posesión de la Legión de Honor, José Riquelme [Sánchez Agustí, 2005].

El hundimiento

En algún momento de este mismo año 1944, y tras hacer recuento de las fuerzas disponibles, Jesús Monzón, sin contar con Carmen de Pedro, decide su marcha a Madrid y convence a Carmen para que se vaya a Suiza con Manuel Azcárate. Esto es una decepción para ella, que no tuvo más remedio que aceptar al convencerla Monzón de que siendo la cabeza del partido necesitaba encontrarse a salvo y debía recaudar fondos para la organización de las acciones previstas. Monzón se establecerá en un chalé en Ciudad Lineal (Madrid), desde donde creía tener el control de la situación política.

No podemos leer sin esbozar una cierta sonrisa la interpretación que la novelista Grandes hace de los pensamientos de Monzón:

« —Ríete de mí ahora, Dolores— murmuraría Jesús Monzón en su confortable casa de Madrid, tan lejos de la Plaza Roja, tan cerca de la Puerta del Sol—. Ríete ahora, anda y ya veremos quién se ríe el último […]».

Sabemos que fue «Pasionaria» quien rió la última. Pero en aquellos tiempos Monzón, convencido de sus razones, ordenó a su pequeño ejército guerrillero que cruzara los Pirineos. Radio España Independiente, la emisora clandestina del PCE, informó que la operación «Reconquista de España» se había puesto en marcha. De lo que no informó la Pirenaica fue de las controversias políticas que se desataron en la cúpula del comunismo español ante esta realidad consumada, que terminó con un fracaso militar y en decisiones políticas muy perjudiciales para Jesús Monzón y quienes le apoyaron.

Las tropas y guerrilleros españoles que habían participado de los movimientos de resistencia y contribuido a derrotar al invasor nazi en Francia, a partir del verano de 1944, tenían dos misiones. La primera, continuar persiguiendo al ejército alemán en retirada y, la segunda, hacer acopio de fuerzas propias y pertrechos militares para intentar derrocar al régimen franquista que acabó siendo la preferente. Este ejército, que llegó a tener organizados de diez a doce mil hombres, concentrado en su mayor parte en las zonas pirenaicas, el Ariège y otros departamentos colindantes, preocupaba tanto a sus propios dirigentes como a las tropas francesas del general De Gaulle, quien rechazó de plano, a través de sus intermediarios, la cesión de artillería pesada y vehículos blindados de cualquier tipo para una hipotética invasión de España, como ya hizo público en su momento Radio París.

Lo cierto es que el general De Gaulle desconfiaba de los maquis y de la Resistencia en general. Sus representantes se enfrentaron duramente con algunos dirigentes guerrilleros, en particular con el temido Serge Ravanel. Ante la demanda de estos de su reconocimiento como fuerza militar eficaz en la lucha contra los invasores nazis, el general pactó con una comisión la concesión de varios centenares de condecoraciones, algunas de máximo nivel, para los combatientes más destacados. Doscientas de ellas fueron entregadas a componentes y jefes de la AGE, distinguidos con la Legión de Honor. Por otro lado, la comisión gaullista denegó la entrega para la proyectada invasión pirenaica de armamento pesado, aunque prometió ayuda para el armamento ligero, víveres y municiones. Fue uno de tantos incumplimientos. Para De Gaulle y su Gobierno lo incomprensible era cómo los maquis españoles no entregaban su armamento si no pensaban seguir empeñados en la liberación de Francia y la derrota germana. Así pues, la mayor parte de las armas empleadas en esta operación procedían de viveros propios.

Francia no era partidaria en aquellos momentos de una acción

militar de cierta envergadura contra el régimen de Franco. Para los políticos franceses —incluidos los dirigentes del PCF como Marty o Thorez— encelados en terminar la guerra, su deber era contribuir a la reconstrucción de la capacidad productiva nacional e insistían en la necesidad de no plantear problemas a Estados Unidos, que desde aquellos momentos pasaba a ser su mejor aliado. Respecto al resto de los aliados, cada uno miraba por sus intereses inmediatos.

Así pues, la operación «Reconquista de España» nació ya cercenada desde sus inicios, tanto por la falta de las ayudas materiales necesarias como de los apoyos internacionales que hubieran avalado sus demandas y aspiraciones políticas.

No obstante, la dirección política de la UN —en realidad los dirigentes del PCE— y los jefes militares de la AGE fueron partidarios de dar ocupación y salida a aquellos guerrilleros que, en posesión de armamento convencional y ganas de luchar, trataron de ocupar momentáneamente los valles de Arán y del Roncal, para despertar la capacidad de resistencia y apoyo de los españoles, cosa en la que se equivocaron totalmente. Podemos considerar con ello que toda la dosis de nostalgia que puso en marcha para quienes intervinieron y creyeron en la victoria fue tan grande como la decepción posterior. El imaginario al que convocaba Arán era como un «tres en uno». La invasión era al tiempo una batalla librada y perdida de la Segunda Guerra Mundial, un rescoldo de la Guerra Civil y un anticipo de lo que sería el movimiento guerrillero antifranquista en la España de Franco.

El campo de las calaveras

«No pudiendo imponerse por convicción,

las religiones políticas recurren a la violencia».

Antoine de Saint-Exupéry, Carta a un rehén.

Las relaciones entre Jesús Monzón y el tándem político que formaban en la cúpula del partido Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo habían sido buenas, incluso cordiales hasta el fracaso cosechado en el valle de Arán. Monzón contaba con la confianza absoluta de Dolores Ibárruri desde los tiempos de la Guerra Civil y, al menos en apariencia, con la de «Santi» —así es como el navarro llamaba, a veces, a Carrillo— con quién tanto Pilar Soler, alias «Anita», como él intercambiaron pequeños regalos [Azcárate, 1994].

Por mucho que Carrillo pusiera el peso sobre el fracaso de Monzón y Trilla, haciendo pasar sus decisiones como «aventurerismo» e insinuando que Monzón era continuador de la traición «quiñonista» —Quiñones, recordemos, fue un exdirigente torturado y fusilado en Madrid, considerado por la dirección del PCE como un traidor y rehabilitado posteriormente—, lo que realmente se discutía era el control del poder del PCE en Francia y España [Estruch, 2000]. Carrillo envidiaba la capacidad de liderazgo de Monzón y el hecho de que hubiese iniciado el primer proyecto de reconciliación con otras fuerzas para aislar al franquismo a través de la política al tiempo que movilizaba a las guerrillas para conseguir mayor repercusión.

Hay una intención oculta en el proceder de Santiago Carrillo contra Monzón [Morán, 1986] y es la de reafirmar su propio papel como dirigente vigilante y guardián de la esencia del PCE. Carrillo crea un nuevo enemigo imaginario instigando una conspiración contra el «monzonismo», heredero del «quiñonismo», dos movimientos políticos que nunca existieron como tales. Pero no será hasta el V Congreso (Praga, 1954) cuando se establezca la condena formal —desaparecidos los protagonistas—, sin eco ni respuesta posible. Entre sus extensas y poco informativas memorias, Carrillo intenta explicar el sentido de esa aceleración en el ejercicio de la justicia partidaria. Se muestra a favor de «diferenciar entre donde está la provocación y dónde la inconsciencia. [Pero…] mientras tanto el enemigo detiene, tortura y fusila […]. No queda otro camino que cortar por lo sano, drásticamente, corriendo el peligro de punir con los auténticos culpables, algún inocente […]. Es terrible, crea tremendos problemas de conciencia […] objetivamente el inocente está participando en la provocación» [Carrillo, 2006].

Aprovechando la separación entre Carmen de Pedro y Monzón que continuaba en Madrid viviendo con Pilar Soler —una guapa militante valenciana, hija no reconocida del famoso periodista Félix Azzati—, Carrillo envió a Madrid a Agustín Zoroa —que más tarde se casó con la despechada Carmen de Pedro— para hacerse cargo de las guerrillas del interior y separarlas de las organizaciones sindicales y del partido. Se entrevistó con Monzón y logró en poco tiempo resultados positivos en su misión. De Pedro sucumbió a los interrogatorios y acabó denunciando a Monzón.

Entre tanto, la discusión sobre las invasiones y acciones guerrilleras masivas continuaba. Estas no formaban parte de un plan alocado e irreflexivo sino que eran un intento de aplicación en España —escasamente madurado, pero sostenido por todo el Buró Político— del modelo insurreccional que había triunfado en Francia [Estruch, 2000], debido a la conjunción de un ejército invasor (los aliados en Francia; los guerrilleros de la AGE en España), una guerrilla rural

de retaguardia (el maquis, fuerte en Francia pero falto de articulación y dirección en España) y la guerrilla urbana (la Résistance en Francia, pero casi inexistente en España). La diferencia esencial entre Carrillo y Monzón era metodológica. Para el primero, había que actuar con pequeños grupos. Admitió al llegar a Francia que conocía el proyecto Monzón y que intentó oponerse en una carta que no llegó a los responsables políticos ni jefes militares, que sí recibieron, por contra, la de Monzón que contenía la orden de ponerse en marcha para atravesar los Pirineos.

Las cosas se precipitaron: «Invitamos a Pilar Soler, a Monzón y a Trilla a venir a discutir en Francia» dice Carrillo en sus memorias. Una vez allí, Pilar Soler, que se trasladó con su hija, fue sometida a duros interrogatorios, a presiones continuas y a permanecer en Francia trabajando para el partido. Monzón trató de evitar los lugares controlados por los «pasadores» habituales del PCE para acudir a la cita, pues tenía fundadas sospechas de que intentarían asesinarlo, pero fue apresado, casualmente, en casa de Jaume Serra, un amigo al que buscaba también la policía. Fue, casi de inmediato, procesado por un tribunal franquista y condenado a muerte. La intercesión de sus viejos amigos carlistas de Navarra —entre los que estaba Tomás Garicano Goñi que desde 1941 era secretario general de Justicia y Derecho del gobierno de Franco— le salvó la vida y su sentencia fue conmutada por la de 20 años de cárcel. Cumplió once en el penal de El Dueso, en Cantabria.

Gabriel León Trilla, alias «Julio Torres», exeditor clandestino de Mundo Obrero y su estrecho colaborador Alberto Pérez Ayala no tuvieron tanta suerte y fueron asesinados con premeditación y alevosía en Madrid por orden del partido. Fueron apuñalados para simular una reyerta en un descampado, conocido como Campo de las Calaveras que había albergado anteriormente a un cementerio abandonado. Estos asesinatos de «comunistas, muertos por otros comunistas» —como recordará Jorge Semprún en su necrológica sobre Trilla (El País, abril de 1980)— fueron encargados por Carrillo a Cristino García Granda, héroe de la Resistencia en Francia, «vergonzosamente enviado a España, para cumplir como

tarea fundamental» la de llevar a cabo estas muertes, pero como este se negó a hacerlo personalmente fueron dos de sus hombres los que ejecutaron la orden. La policía de la dictadura no tardó en detenerlos y ejecutarlos también no mucho después.

Un balance desolador y trágico: cuatro muertos y varios militantes incapacitados, apartados de sus tareas y condenados a la muerte social. Pero no todo acabó ahí. El V Congreso del PCE en su informe oficial, entre otras muchas imputaciones por demostrar, estableció que:

«Monzón y Trilla fueron a España no por mandato del partido, sino respondiendo a intereses ajenos al partido […] protegidos por amigos carlistas de Monzón, a quien este, a espaldas del partido, había salvado en el período de nuestra guerra.

[…] Como un viejo y experimentado provocador, Trilla entregó a la policía la organización del partido y de guerrilleros que había sido reconstruida después del golpe de Quiñones y realizó un trabajo de confusionismo político entre los camaradas que trabajaban cerca de él.

[…] Habiendo actuado en Francia en el período de la ocupación alemana, Monzón y Trilla estuvieron ligados con el policía norteamericano Field, dándole la posibilidad de reclutar para su trabajo a elementos vacilantes, aventureros y arribistas […]».

Monzón y Trilla actuaron en todo momento durante su estancia en Francia bajo el control del partido, aunque se pusieron en riesgo al dar cabida y utilizar iniciativas personales a falta de instrucciones precisas que no llegaban desde una dirección política situada a miles de kilómetros de distancia. Su labor, en este sentido, más que censurable, es encomiable.

Trilla, el gran sacrificado de esta historia, atraído con engaños para ser asesinado, fue durante toda su vida un militante ejemplar. Si bien por sus contradicciones con la política de la Internacional fue expulsado temporalmente fue, sin duda, la mano derecha de Monzón y su mejor consejero en los temas de reorganización del partido y del maquis en Francia y en España en tiempos extremadamente difíciles.

Manuel Azcárate presentó a Monzón a Noel Field, policía norteamericano y este acabó siendo la base para la acusación de traición de Monzón y Trilla [Azcárate, 1994]. La nota que envió Azcárate a Carrillo fue contestada con la orden de que cesara su trabajo y esperara a ser convocado. «Enseguida me doy cuenta de que lo que de verdad le interesaba a Carrillo no es mi caso, sino acumular combustible para lanzar el ataque contra Monzón […] si no con pruebas, al menos con insinuaciones […]». En plena fiebre estalinista por la persecución de supuestos traidores que había en todos los partidos la orden era descubrirlos y eliminarlos según la doctrina comunista vigente en ese momento. Field era «un antifascista a ultranza […] que respaldó al bando republicano en la Guerra Civil española» [Preston, 2015], pero Field era judío y, por ese motivo, aunque no oficialmente, se le consideraba sospechoso de actividades antisoviéticas; sin embargo, era un contacto seguro a la hora de recaudar fondos debido a su estrecha amistad con simpatizantes de la causa aliada en Suiza y otros países.

Carrillo escribe: «Hubo en esos años dos momentos en los que [predominó] la psicosis de la provocación y la traición (entre 1945 y 1946, y entre 1949 y 1950). Un período siniestro [en el que] alguien en la URSS, presentó una denuncia contra mí». Con sus habituales misterios, no nos dice ni quién fue el denunciante ni cual fue el contenido de la denuncia.

Las invasiones y el maquis en España

Ya hicimos referencia a los núcleos de «huidos» que quedaron en el interior de España cuando se produjo la derrota de la Guerra Civil y la retirada del grueso del EPR que se exilió más allá de la frontera francesa en 1939. Estos núcleos continuaron dispersos y sin lugar estable desde donde presentar resistencia al franquismo. Sin estructura definida ni objetivos estratégicos claros, acosaron al enemigo, buscando refugio en las sierras y zonas de difícil acceso en diversos lugares y regiones repartidos por la geografía peninsular. Pasaron a ser maquis en el sentido puro y lato de la palabra; es decir, ligados al monte y al mundo rural. La relación de las partidas del maquis con las ciudades solo se producía de tarde en tarde y se limitaban a los contactos realizados con miembros del único partido político interesado en la resistencia armada contra Franco, que era el PCE. Algunos estuvieron ligados al XIV Cuerpo de Guerrilleros, creado en 1938; otros aprendieron el oficio tras echarse al monte para evitar la represión del ejército de ocupación franquista.

En ocasiones, la existencia de estos núcleos o partidas aislados en la difícil orografía hispánica, estaba ligada a intentos de reconstrucción del PCE en diversas ciudades. Si se producían detenciones o caídas de algunos de sus contactos, el peligro acababa afectando a los resistentes que operaban en el mundo rural. Entre 1941 y 1943 se produjeron diversos intentos de relación con los núcleos del interior por parte del PCE que solo en contados casos y con graves dificultades fructificaron. Los intentos se llevaron a efecto en varios puntos de Andalucía, el centro peninsular, la cornisa norte, los montes galaicos y algunas zonas de Aragón. En realidad estos contactos venían a ser efectos colaterales de suma importancia de la operación «Reconquista de España» que quedaron en plano secundario, tapados por el oropel y el brillo internacionales de las invasiones pirenaicas. El PCE estableció en una carta abierta publicada en Nuestra Bandera en enero de 1945

que, en materia de resistencia antifranquista, se trataba de:

«[…] crear hechos consumados para que las potencias democráticas se vean obligadas a ocuparse del “caso español”. No son las unidades guerrilleras las que van a resolver la situación […] Lo decisivo y fundamental son las luchas de masas mismas, que hay que combinar con la acción guerrillera».

Unas afirmaciones muy generales y ambiguas, poco contrastadas con la realidad por la que atravesaba España bajo la dictadura franquista.

Tras la Guerra Civil los núcleos de huidos estuvieron relativamente bien implantados en Galicia, Asturias, Cantabria, Granada, Málaga, Córdoba, Jaén, Extremadura y algunos puntos del Maestrazgo turolense. Núcleos con jefes naturales y militancia intermitente de las diversas ideologías del campo republicano, con predominancia comunista. En 1942, el PCE envió a España a Jesús Carreras para contactar con la organización de Madrid de Heriberto Quiñones [Morán, 1986]. Al caer este en manos de la policía, envió a Manuel Gimeno para que tomara contacto con Carreras, pero tuvo que sustituirlo y se libró, él mismo, de la detención por los pelos. Gimeno volvió a Francia a mediados del 43. Al parecer, las actividades guerrilleras de las partidas «se reducían entonces a acciones de terrorismo individual, a lo que los españoles fueron muy dados».

Los jefes de estos grupos irregulares tomaban sus propias decisiones. Tan solo a partir de 1943 gozaron de cierta organización como resultado de los contactos con el exterior. Un ejemplo de ello serían los grupos gallegos y leoneses que trataron de ser organizados por Gómez Gayoso y Antonio Seoane, enviados desde México por la organización del PCE. Junto a ellos operaban dos

partidas libertarias e incluso una galleguista —nacionalista—, aunque toda la historia y desarrollo de las guerrillas en León-Galicia se mantiene alrededor de su personaje más mediático, que fue el guerrillero más odiado, perseguido y, finalmente, abatido, Manuel Girón Bazán, alias «Girón». Las partidas asturianas estaban formadas en grupos de a diez, y eran mayoritariamente de ideología socialista, aunque no recibían instrucciones de la dirección del PSOE en Francia, muy alejada de la estrategia por la lucha armada.

El maquis cántabro tuvo un jefe carismático, de origen humilde y popular, y ya por estos años, famoso. Se trataba de Juan Fernández Ayala, alias «Juanín», nacido en la entonces localidad santanderina de Potes en 1917, y que operó principalmente en el valle de Liébana. Se decía que estableció su puesto de mando en una cueva de los Picos de Europa, donde exhibía en un pequeño museo veintiocho tricornios de otros tantos guardias civiles abatidos por él [Tuñón de Lara, 1980] aunque nadie en la actualidad da crédito a semejante bravata. Nos remitimos, en lo que sigue, a las notas que hemos tomado de El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas (2004), de Alfonso Domingo.

Victorio Vicuña, exjefe de la 10ª brigada de la UN, entre otros rasgos, destaca que «Juanín» «era toda una leyenda. Andaba por su cuenta […]. La Guardia Civil le tenía pánico porque era un tío audaz y fallaba pocos tiros». Por contra, el guerrillero Jesús de Cos, alias «comandante Pablo», tiene otra opinión en la que resalta que no era ladrón ni asesino como otros decían de él. La prensa de la época lo trataba de bandolero, cruel y sanguinario. Pese a ello, existía admiración popular por el guerrillero, una admiración que compartían algunos de sus perseguidores. Isidro Cicero cuenta en su Los que se echaron al monte (2011) cómo un guardia civil que había intervenido en la muerte de «Juanín» confesaba respeto hacia el guerrillero: «Si se supiera su historia y su genialidad, todo el mundo lo respetaría. Me tuvo a tiro varias veces, pudo haberme matado y no lo hizo […]. Las circunstancias le obligaron a ser lo que fue […]». Personaje mítico del que volveremos a hablar más adelante y cuyos contactos con la parte organizada del movimiento

guerrillero llegaron en 1944 a través de antiguos maquis que estuvieron en Francia, enviados más tarde al País Vasco.

También era muy importante, en Asturias, la partida de Arístides Llaneza, alias «Zola», que aunque de ideología socialista estuvo encuadrada en la organización guerrillera del PCE.

Una guerrilla urbana similar a La Résistance francesa no existió nunca como tal; hubo intentos del PCE en Madrid y un amago en Valencia que fracasaron por falta de condiciones y preparación. Guerrilleros anarquistas —de los que contaremos su historia— lograron establecerse por un tiempo en Barcelona.

En los próximos capítulos desarrollaremos el contexto y las vicisitudes de las guerrillas y sus figuras más importantes a partir de 1944. La operación «Reconquista de España», entre otros efectos, «estimuló la hasta entonces débil actividad de las partidas y la relativa calma se vio de repente turbada por comentarios que hablaban de una feroz campaña propagandística de los maquis contra el régimen de Franco […]» [López, 1997]. El PCE trató de encuadrar en una estructura militar con cadena de mando esta tremenda dispersión y dotarla de coherencia política, bajo el nombre de Agrupaciones Guerrilleras, que formaban parte de lo que llamaremos movimiento guerrillero antifranquista. Este movimiento, que llegó a disponer entre sus filas de varios miles de combatientes, atravesó por dos grandes etapas, la primera de las cuales hemos dejado atrás, para entrar, a partir de 1945 y hasta 1952, en la segunda etapa que, a su vez, dividimos en dos grandes fases. La primera, de consolidación y expansión que se extiende, más o menos, hasta 1948. Y la segunda, de lenta agonía y desaparición, que abarcaría desde esta fecha hasta 1952 y en algunos aspectos hasta los confines de los años cincuenta.

5

El maquis antifranquista de posguerra

«El miedo, como la voz queda, desdibuja los sonidos porque el lado oscuro de las cosas solo puede

expresarse con silencio».

Alberto Méndez, Los girasoles ciegos.

En los primeros años de posguerra civil apenas se producen acciones organizadas contra el régimen franquista que sean reseñables. Faltos de una disciplina política y militar, las partidas de huidos —no han alcanzado todavía la categoría de maquis o guerrilleros al uso—, andan dispersas entre el llano y los montes viviendo literalmente a salto de mata, en campamentos provisionales, en los que apenas pernoctan. Bajan al llano en busca de contactos, de apoyos, de enlaces que les mantengan informados para poder subsistir y continuar esa guerra civil que les llena la cabeza y les impide aceptar la derrota; y duermen en casas de vecinos dispuestos a acogerles, en los pueblos y aldeas por los que deambulan.

Estos guerrilleros aún no son un peligro para las fuerzas represivas del régimen de Franco. Operan por su cuenta y en aras de la supervivencia tienden a formas de vida que presentan similitudes con el perfil atribuido por los voceros de la dictadura a bandoleros o delincuentes comunes que huyen de la justicia. Así los llamarán en sus escritos los historiadores oficiales de la Guardia Civil y de la Policía, como Aguado Sánchez o Tomás Cossías. Sin embargo, no son, efectivamente, bandoleros ni maleantes de oficio; son gentes humildes de las clases subalternas huidas de la represión, que dejan

atrás familiares asesinados en cunetas y extramuros de los cementerios, a los que vengar, presos de la convicción de que la guerra no ha terminado y que son ellos los llamados a resistir a los rebeldes fascistas; y sin embargo, pese a sus buenos propósitos se ven obligados, carentes de suministros, información adecuada, apoyos exteriores y enlaces, a autofinanciarse. Y lo hacen mediante los llamados golpes económicos, es decir, atracos a entidades bancarias, asaltos e incluso secuestros de propietarios y personas adineradas.

Fuentes orales y análisis histórico

La reconstrucción histórica se ha basado, como reconocen la mayoría de los especialistas consultados, en fuentes orales, en testimonios aportados por supervivientes que se mantuvieron muchos años soportando la carga negativa de la falta de reconocimiento como resistentes, amén de la más sañuda crítica por la forma de financiar sus actividades. Los testimonios suelen ser, en muchas ocasiones, contradictorios o favorecedores de versiones poco contrastadas con los hechos. Hartmut Heine ha resaltado los riesgos que conlleva esta metodología [Reigosa, 2004]. Entre otros nos detendremos en dos: el primero, en la dificultad para enfocar la narración en torno a los golpes económicos. La tendencia a presentarlos como un simple relato épico, enturbia la objetividad que debe trasmitir la narración histórica a quien aspira a entrar en el vasto imaginario de las guerrillas. El segundo aspecto lo resume así:

«El deseo formulado frecuentemente de representar la lucha guerrillera (tal y como se llevó a cabo [por ejemplo] por la Federación de Guerrillas de León-Galicia) como un combate esencialmente político o, como mucho, asépticamente militar».

Parece indudable, pese a estos buenos propósitos, que en muchas de las acciones individuales o en grupo influyeron de forma significativa las motivaciones personales tales como la venganza, por aquello de «devolver golpe por golpe» o «hacerse de respetar». En el documental Los últimos guerrilleros, de José V. Viadel, Pedro Alcorisa, alias «Matías», que militó en la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL), dice: «Cuando se sabía que había algún chivato, alguien que nos había traicionado, etc. Pues […] había que [actuar para] tener un respeto; no solo la Guardia Civil [podía hacerlo]».

¿Se sentían obligados a responder a la violencia con la violencia? Sin duda, aunque no todos estuvieran de acuerdo. Este argumento serviría de base para las llamadas «acciones de castigo», en ocasiones poco meditadas, que contribuyeron, en más de una ocasión, a desprestigiarles ante la población civil.

Las historias que se han tejido con el único apoyo del relato oral están fuertemente influidas por el impacto que tenga el relator o el/la superviviente sobre el investigador que recoge el testimonio. Hay una fuerte carga de subjetividad que impide, a veces, llegar hasta el fondo de los hechos, deteniéndose en las apariencias o la superficie. El entrevistador suele sentirse atrapado por la personalidad psicológica del relator. Algunos maquis, en sus testimonios recogidos siempre al final de sus vidas, tras años de silencios y olvidos, ofrecen relatos fragmentarios que solo la capacidad de análisis de quien lo recibe y el cotejo con las fuentes escritas —si las hubiere— pueden conducir a una versión más compleja y cercana a la realidad. Ello no invalida, en modo alguno, el valor de estos testimonios, que siguen siendo, una vez depurados por la investigación, páginas vivas; peculiares documentos que reflejan pulsiones psicológicas, estados de ánimo, preferencias y sensaciones, que difícilmente podemos encontrar en los documentos de archivo. Algunos de los aspectos y dificultades que conlleva toda investigación histórica con fuentes orales puede encontrarse en "Memoria e historia oral", La memoria reprimida. Historias orales del maquis (PUV, 2004).

El control político y militar

La sensación de libertad de los componentes de las partidas era mucho mayor que cuando estas quedaban sometidas a la disciplina militar de una organización como el PCE, que impuso una estructura de mando, lo que, sin duda, mejoró la eficacia de las acciones, así como su selección y adecuación a criterios y objetivos políticos. Esta situación, no bien aceptada por todos, no evitó las rencillas entre cabecillas ni las envidias, ni los enfrentamientos personales originados por la disputa del ejercicio del poder, de un puesto que les situara por encima de sus compañeros. Con la entrada en contacto de los primeros enlaces provenientes del exterior, en 1943 y 1944, y la práctica de un funcionamiento jerarquizado, las organizaciones se dotarán de estatutos para establecer normas de comportamiento y señalar objetivos político-militares. Se suprimieron prácticas consideradas de riesgo por la jefatura de las diversas agrupaciones que se irán formando. Así, por ejemplo, se prohibió hacerse fotos individuales o en grupo. Hasta ese momento los maquis gustaban de fotografiarse, tal y como lo demuestran, por ejemplo, las instantáneas tomadas, a orillas del Sil en 1942 y 1945, por César Ríos, alias «Comandante Ríos», a sus compañeros los hermanos Morán (Guillermo y Mario), junto a Evaristo González, alias «Recesvinto», Arcadio Ríos, Abelardo Macías, etc., componentes de la Federación de Guerrillas León-Galicia. Esta práctica fue desterrada por atentatoria a la seguridad, al facilitar la identificación de los maquis por la Guardia Civil o la Policía Armada en caso de ser detenidos e interrogados.

La nueva disciplina introdujo la prohibición sobre la práctica del sexo en los campamentos. Se consideraba un tremendo riesgo para la seguridad, un peligro para la vida en colectividad. Se extendió el temor a las rivalidades que podía generar el pretender los favores sexuales de la misma mujer. La prohibición sujetó incluso las lenguas y hablar de sexo o reconocer la posibilidad de haber tenido

relaciones íntimas, aunque fuera de manera esporádica y sin que ello alterara la convivencia o tuviera consecuencias, suponía un tabú que se traducía en una «ley del silencio». Tan solo por circunstancias excepcionales y de manera temporal, podía justificarse la presencia de mujeres en aquel mundo de hombres —sobre los que nadie se preguntaba por su sexualidad ni la de otros—. Una partida o grupo podía acoger a una o más mujeres, niñas o adolescentes, en el caso de haber quedado huérfanas de la atención de sus padres, por haber sido estos detenidos o muertos. Tendremos oportunidad de relatar algún caso concreto.

Las nuevas agrupaciones que se apoyarán, casi sin excepción, en los ya existentes núcleos de huidos, tendieron a imitar por seguidismo y falta de un estudio sistemático de las condiciones reales de su propio territorio, los métodos utilizados por la Resistencia francesa para combatir a un ejército invasor. En el caso de Francia era lo evidente y lo correcto, pero en la España de Franco tal ejército invasor no existía. Los maquis se enfrentaban a las fuerzas encargadas de mantener el orden público y al ejército; combatían contra otros españoles, en muchas ocasiones de su mismo origen y condición social que luchaban a las órdenes de los vencedores de la Guerra Civil. El enemigo principal del guerrillero, su rival inmediato era la Guardia Civil, institución armada de carácter militar a la que la dictadura encargó específicamente y como misión esencial, a través de sus operaciones contraguerrilleras, la aniquilación total del maquis.

Recursos, datos, cifras y mitos

La empresa conocida por la policía franquista como Fernández, Valledor y Cía, ubicada en Francia en un chantier cercano a la frontera, y de la que hemos hablado anteriormente, aunque no tomó carta de naturaleza como tal empresa comercial hasta 1946, pasó a ser la cobertura legal del aparato de dirección operativa del movimiento guerrillero en España, durante y tras la fallida operación del valle de Arán y a lo largo de los años siguientes. Esta empresa aportaría hombres, en su mayoría expertos en misiones de demolición, asaltos, etc.; recogería y trasladaría heridos, escondería a huidos y ejercería misiones de dirección política y enlace con los guerrilleros que actuaban en el interior. Especial relieve tuvo el «aparato de pasos» —a través de los Pirineos centrales— que dirigía Antonio Beltrán, alias «El Esquinazao», miembro del comité central del PCE, que figuraba, al igual que otros dirigentes, como empleado de la Entreprise Forestière du Sud-Ouest. La dirección política del maquis que operaba en España residiría en Toulouse.

En la citada empresa se efectuaban «largos entrenamientos —un mes mínimo—» y se realizaban desde marchas nocturnas por terrenos difíciles cargados «con macutos de 35 kg de peso mínimo» [Sorel, 1975]. Los enlaces cruzaban la frontera y servían de guía hasta el interior de España, donde dejaban en los campamentos guerrilleros a los enlaces que trasmitían órdenes y doctrina política; que portaban víveres, un pequeño botiquín y algunas armas: pistolas y municiones, subfusiles ametralladores, granadas de mano, etc. A veces, también generadores eléctricos, estaciones de radio y una carga de pilas para el funcionamiento de estos aparatos. Los enlaces, tras cumplir su trabajo, siempre muy peligroso y complicado, volvían al campamento base en Francia e informaban sobre los avatares de su misión a sus responsables políticos y militares.

En líneas generales las actividades guerrilleras posteriores a la Guerra Civil se desarrollaron con cierta intensidad a partir de 1944 [Pons-Prades, 1977]. Coinciden en destacar que esta fecha es el referente que hay que buscar cuando se habla del movimiento guerrillero en España, y que lo es, en buena parte, por el prestigio alcanzado, pese a su derrota, por el maquis en la operación del valle de Arán de ese mismo año.

En cuanto al número de combatientes dispersos o agrupados en esta fase de la lucha que se desarrolló en la posguerra, no pasó de aproximadamente tres mil, en determinados momentos. Hay autores que cuentan a los enlaces y a los colaboradores, lo que permite elevar esta cifra a más del doble [Domingo, 2004] alargando los números hasta «unos seis mil o siete mil guerrilleros», e incluso dice que «el número de enlaces fue diez, veinte veces mayor. Según cifras oficiales hubo veinte mil enlaces detenidos […]». Cifras que no dejan de parecer abultadas, tanto por el optimismo de unos por mantener la lucha como por la necesidad de otros de resaltar la eficacia de las fuerzas represivas en aquellos combates sin cuartel. La desproporción entre los efectivos humanos y pertrechos de las agrupaciones guerrilleras y las fuerzas a las que se enfrentaban fueron siempre abismales. Se llegaron a utilizar por las autoridades franquistas «voluntarios selectos del Tercio y de los Regulares de Marruecos», que junto a los destacamentos de la Guardia Civil cada vez más expertos y mejor preparados «acabaron agotando a los relativamente poco numerosos guerrilleros» [Payne, 2007].

La represión de las guerrillas fue tomada como un asunto personal por el teniente general Camilo Alonso Vega, nombrado por Franco director de la Guardia Civil entre 1943 y 1955. Alonso Vega «había sido responsable […] de conseguir que Franco no disolviese a la Guardia Civil» ya que el Caudillo estaba molesto con la llamada Benemérita dado que parte de sus efectivos habían apoyado a la República. Alonso Vega «llevó a cabo una completa remilitarización de la Guardia Civil», eligiendo a sus mandos entre los oficiales del

ejército y estableciendo una férrea disciplina y una estricta pureza ideológica muy derechista [Aguado, 1975; Sorel, 1975; Heine, 1983; Pons-Prades, 1977].

El marco legal para el ejercicio de la represión armada, sin límite ni control alguno —más que el propio—, lo proporcionaron dos leyes que condenaban la disidencia política haciendo que los tribunales y la represión judicial quedara en manos militares: la Ley de Represión del Bandidaje y Terrorismo, adoptada en abril de 1947; y, la llamada ley de fugas —utilizada ya por Martínez Anido en 1921— que otorgaba permiso legal para disparar por la espalda a los prisioneros que intentaban huir.

La primera de ellas fue una típica ley antiguerrilla, ya que las actividades de los maquis fueron calificadas jurídicamente como terrorismo o como simples actos de bandidaje; lo que permitía detener ilegalmente, torturar, juzgar por procedimiento sumarísimo y, finalmente, «ajusticiar» a los bandoleros o terroristas según el código militar y dictar numerosas sentencias de muerte. Estas, en no pocos casos fueron ejecutadas a garrote vil.

La segunda era una práctica heredada de los tiempos de los combates callejeros entre obreros sindicalistas y pistoleros de la patronal. Solía aplicarse en los traslados de presos. No era difícil que algunos presos, mal o poco vigilados a propósito, intentasen fugarse, y tras darles el ¡Alto! preceptivo, fueran tiroteados por la espalda, siendo muertos legalmente. Les fue aplicada en numerosas ocasiones a maquis y a simples enlaces.

Otro de los mitos que urge desterrar para el enfoque correcto de los problemas relativos a la supervivencia de los maquis en determinadas zonas rurales, se refiere al apoyo que los trabajadores del campo —jornaleros, campesinos, etc.— y sus familias prestaban

a los resistentes. Este apoyo fue una realidad en los primeros años de la guerrilla, pero al endurecerse la batalla y decidir el mando franquista acabar de forma rápida y sistemática con el movimiento guerrillero o con las partidas de maquis y huidos, las fuerzas represivas hostigaron con dureza inusitada a quienes colaboraban con «los hombres del monte», y así eran continuamente detenidas personas que les prestaban cobijo, puntos de apoyo; que servían de estafetas o de enlaces. Estos últimos fueron especialmente perseguidos con gran saña. Un ejemplo fue lo ocurrido en el pueblo que sirve de límite entre las provincias de Cuenca y Valencia, Santa Cruz de Moya, a partir de 1945, donde fueron detenidos, interrogados, torturados e, incluso, fusilados, algunos de sus habitantes por haber prestado apoyo a los maquis de la AGLA. Poco a poco, el apoyo campesino descendió de manera notable en todo el ámbito rural y los núcleos y partidas guerrilleras fueron quedando cada vez más aislados y faltos de recursos.

Así pues, el apoyo del campesinado a las guerrillas fue intermitente o tuvo etapas en las que pasó de ser un sostén eficaz a una rémora, puesto que muchas de estas personas, obligadas por las circunstancias y el instinto de supervivencia, ejercieron de chivatos y confidentes de las fuerzas represivas facilitando la detención de numerosos maquis y enlaces, sobre todo en la fase de su desintegración.

Una película que refleja con crudeza y sin maniqueísmos la vida de los «hombres del monte» y de sus amigables aunque tensas relaciones con las gentes del «llano» es El corazón del bosque, de Manuel Gutiérrez Aragón (1979). Cada año, el mítico guerrillero «el Andarín» baja del monte a las fiestas patronales de su pueblo y en la verbena, a media luz, alterna con algunas mujeres. Amparo —interpretada por Ángela Molina— es una hermosa jovencita que se enamora de él. Las luces encendidas, de pronto, advierten la presencia de la Guardia Civil y el guerrillero desaparece para internarse en las brumas del bosque. Diez años después, en 1952, la mayoría de los maquis de su grupo han muerto. El partido ordena bajar a los pocos que quedan, pero «el Andarín», enfermo y

agotado, no se doblega. Juan —Norman Briski—, hermano de Amparo, es enviado para disuadir al guerrillero y, si no obedece, matarle. Amparo, que fue su amante durante años, angustiada y a punto de casarse con otro hombre, facilita a Juan el cumplimiento de su misión. Un film que simboliza la paulatina degradación individual y colectiva de una noble causa, tras una década de sufrimiento y derrota.

La España de los años cuarenta

Los años 40 fueron de los más duros de la España del siglo XX. No solo todo se veía en blanco y negro sino que el país vivía económicamente bajo un régimen de autarquía. Pese a los horrores de la Guerra Civil, la población se elevó a cerca de veintiséis millones y medio de personas. Los problemas más persistentes seguían siendo el hambre, las enfermedades infecciosas en forma de epidemias y la represión política y social, que afectaba a una buena parte de la población. Eduardo Haro Tecglen escribió en El País Semanal (junio de 1994): «El hambre se hizo larga, muy larga […], pero la guerra había devastado lo poco que había mejorado durante la II República».

Aquel Tiempo de silencio, según la magnífica novela de Luis Martín-Santos, fueron años de dolor y sumisión para los vencidos, de cruces en las calles y plazas como homenaje permanente a los «caídos por Dios y por España»; de continuas procesiones donde sonaba el himno nacional remarcando la complicidad de la Iglesia con el Estado; tiempos de miseria e infamias, de niños robados, de escuelas donde se cantaba el Cara al Sol o el Yo tenía un camarada, donde se jugaba en calles sin asfaltar a la peonza y a las canicas. Años donde se leían tebeos protagonizados por personajes como Carpanta —sinónimo del hambre—, el Guerrero del Antifaz, de Manuel Gago —versión del héroe español—, o Roberto Alcázar y Pedrín, de Eduardo Vañó —apología del señorito fascista—. Este último, iniciado en 1940, fue el emblema de la Editorial Valenciana —factoría del entretenimiento juvenil—, y el de más larga duración.

También se escuchaba la radio durante horas para llenar el vacío de unas vidas sombrías con los «discos dedicados», los concursos y las radionovelas; una España que se aferraba a las quinielas —apuestas

baratas—, los toros y el fútbol de «la furia española». Una España en la que agonizaba el teatro a manos del cine y se imponían como figuras del espectáculo Manolo Caracol, Imperio Argentina, Estrellita Castro o Celia Gámez, la cupletista que cantó con pasión militante el chotis: ¡Ya hemos pasao! en respuesta a la consigna del Madrid republicano: ¡No pasarán! a las que se unió Concha Piquer, la gran cantante valenciana asimilada como musa del franquismo. Pero el campeón indiscutible de la banda sonora de la segunda mitad de los cuarenta y cincuenta fue el cantante hispanocubano Antonio Machín, quién desde París y huyendo de la Segunda Guerra Mundial se instaló no sin dificultades en la España de Franco. Desde su éxito Angelitos negros (1947) su voz peculiar llenó de boleros, coplas o chachachás plazas, emisoras de radio y salas de fiesta para contar historias románticas o desgarradoras, tenidas por sus fans como rendijas de luz en la oscuridad: Toda una vida, Envidia, Corazón loco o Amar y vivir.

Era el país que se alimentaba, cuando podía, de boniatos, algarrobas y pan negro, alubias, lentejas, y en las mejores ocasiones, de verduras robadas en el campo; para festejar, unas copitas de Anís del Mono o Brandy Fundador de Domecq. También se comían pipas de girasol, aunque por cierto, esta costumbre fuese introducida durante la Guerra Civil por los soldados soviéticos que apoyaban al EPR. El Madrid, vencido, derrotado y hambriento está muy bien reflejado en la foto de Hermes Pato, Mendigo (octubre de 1940) con un hombre que cobija bajo una manta a dos niños en la puerta del restaurante Lhardhy, en plena carrera de San Jerónimo. Las impactantes fotos de Luis Vidal en la Valencia de 1946 sobre las dádivas de las falleras a los pobres o la negrura de velos y mantillas que no pueden ocultar, en las manifestaciones religiosas, el desaliento y la humillación. Muñoz Molina escribirá en 1996 en un artículo editado por Lunwerg sobre fotografía y sociedad en la España de Franco:

«Aquí están las caras negruzcas, las alpargatas de la pobreza, el horror de los uniformes y de las cabezas rapadas en las cárceles, el luto de las sotanas de los curas, los adoquines de las calles, las

manos alzadas del saludo fascista de los vencedores, los crucifijos y los retratos de Franco y José Antonio que yo veía en la escuela […], la miseria antigua de un país derrotado […] envenenado otra vez de miedo y religión, de desnutrición y oscurantismo político, de congresos marianos y enfermedades venéreas».

El cine era la primera de las diversiones y la más barata, además de un espectáculo «muy apto para el adoctrinamiento político y predilecto del propio Caudillo» [Álvarez Junco, 2016]. En las salas de barrio se ofrecían sesiones continuas, en las que estaba presente la guerra, el heroísmo militar, como en Los últimos de Filipinas, Escuadrilla o ¡Harka! (1941) y el recuerdo del valor de las tropas «nacionales» en El crucero Baleares (1940), Alhucemas (1948) o El santuario no se rinde (1949).

Franco, con el alias de Jaime de Andrade, escribió el guión de la película Raza (1941), cuya dirección encargó al falangista José Luis Sáenz de Heredia para marcar la pauta de por dónde debía ir el cine nacional. Para Gabriel Cardona y Rafael Abella la cinta representó «la culminación más sublime de todos los tópicos en boga en aquellos exaltados momentos». Las estrellas de cine eran los Alfredo Mayo, José Nieto, Luchy Soto o Luis Peña. Años después, en 1976, la magistral película de Basilio Martín Patiño, Canciones para después de una guerra, recreó sin argumento ni diálogos, a través de canciones populares de la época —Rascayú o Se va el caimán— montadas sobre imágenes de fotos, carteles y filmaciones, aquella España sufriente.

La información oficial «El mundo entero al alcance de todos los españoles» venía de la mano de la empresa estatal Noticiarios y Documentales (NO-DO); de su noticiario que se proyectó obligatoriamente en todos los cines, al iniciarse cada una de las sesiones, hasta 1975. Pueden obtenerse numerosos detalles sobre su implantación y desarrollo en un libro curioso y divertido de Rafael Abella y Gabriel Cardona, Los años del NODO (2010), basado a su

vez en una serie producida por RTVE.

Las relaciones humanas en la España de Franco estaban deterioradas por persistir los odios de la guerra que llevaban a marginar a determinadas personas y familias enteras de la vida social por haber sido «rojos». Las «gentes de bien» eran las personas de misa diaria que seguían las normas de la comunidad y las acataban sin discusión, aparentando ser los más caritativos. El juego estaba prohibido, así como los establecimientos dedicados a diversiones que tuvieran como componente esencial los bailes o situaciones cercanas a cualquier relación sexual. Esto no significaba que no funcionaran clandestinamente casinos de juego, prostíbulos, etc. Se vivió el apogeo del estraperlo y el mercado negro.

Muchas personas adictas al nuevo régimen de Franco, o que fingían serlo, hicieron grandes fortunas con la aquiescencia de las autoridades que miraban a otro lado a cambio de sobornos; formas de corrupción que han llegado hasta nuestros días. Mientras tanto, la mayor parte de la población sufría la escasez de los alimentos y de los artículos de primera necesidad, no pudiendo rebasar más que ilegalmente las cartillas de racionamiento. Mujeres con maridos en la cárcel o el exilio se prostituyeron en ocasiones para dar de comer a su hambrienta prole. Los acuerdos de 1947 con Argentina aportaron el trigo y la carne necesarios para paliar las hambrunas. Era época de grandes fumadores de lo infumable. Se quemaban y consumían Ideales, cigarrillos con envoltura amarilla o, en su defecto, tabaco picado y liado a mano, o a máquina por medio de una artefacto que se podía comprar en el estanco. Tabacalera distinguía entre picadura corriente y «selecta». Los cigarrillos americanos Camel, en 1941, costaban 5 pesetas —una fortuna—, el cine de sesión doble, 1 peseta, y un periódico —se leían más que ahora— 15 céntimos. Era una España negra, sufriente, oscura, con frío, con largas colas de racionamiento, donde aún se podía palpar en el ambiente la hostilidad entre vencedores y vencidos.

6

Agrupaciones y otras formaciones guerrilleras

«A veces, al describir a fondo a un personaje, el escritor de repente cambia y ocupa el lugar de su personaje, y esa figura es como una descarga de pasión».

Longino, De lo sublime.

Efectuaremos un recorrido —no todo lo vasto y profundo que quisiéramos— pero sí lo suficientemente orientativo por las diferentes agrupaciones guerrilleras, tanto las que el PCE tuvo o intentó tener bajo su control como las partidas que operaron por su cuenta en determinadas regiones y lugares. En todas ellas militaron maquis de diversa procedencia ideológica que mantuvieron enconada lucha contra la dictadura. El orden no supone preferencia alguna.

La Federación de Guerrillas de León-Galicia

Puede decirse que la primera de las agrupaciones guerrilleras creadas en España fue la llamada Federación de Guerrillas de León-Galicia. Algunos autores señalan que, con ella, empezó una nueva fase de la resistencia antifranquista. Su fundación tuvo lugar en el pueblo de Ferradillo, el 17 de julio de 1942, a cincuenta kilómetros de Ponferrada, en el centro de la comarca leonesa de El Bierzo. Un lugar bastante inaccesible, envuelto en nieblas, con mucha vegetación, caminos empinados y cuestas sinuosas. Ángel Colina nos ha dejado una fotografía de este tiempo, difundida en varios libros sobre el tema, en la que aparece el pueblo, llamado por algunos supervivientes «la pequeña Rusia». El lugar, que permaneció abandonado tras la desaparición del maquis, se ofrece como una aldehuela compuesta por una veintena de casas de campo, construidas con piedra y techos de paja, propias de trabajadores agrícolas, dispuestas de manera irregular y rodeadas de bosques. Un espacio donde habitó y sigue habitando el silencio y el olvido en el que, a buen seguro, sus pobladores de aquel tiempo hacían causa común con los «hombres del monte». Los guerrilleros han señalado ese grado de compenetración total con sus pobladores, y que se sentían «como en su casa».

El ejemplo nos sirve también para remarcar la soledad de aquellos combatientes; el vacío social, moral e informativo creado en torno suyo puede simbolizarse en este pueblo. Sus aspiraciones y su lucha fueron poco o mal conocidas y parcialmente olvidadas o incluso desconocidas para el resto de la sociedad española. La férrea censura impuesta a través de la prensa y los noticiarios oficiales manejados por el poder franquista hicieron lo posible por silenciar y aislar la lucha y las reivindicaciones sociales y políticas de los maquis, y esto es extensible a la mayoría de las agrupaciones y núcleos guerrilleros que estuvieron operativos entre 1942 y 1952.

Una buena parte de los componentes de la federación guerrillera galaico-leonesa eran socialistas asturianos huidos de la Guerra Civil y comandados por Marcelino Fernández Villanueva, alias «Gafas», quién se apoyó en un líder natural, Manuel Girón Bazán, que habitaba en el monte desde 1936; eran gentes que intentaron huir a Portugal, pero que al fracasar se refugiaron en El Bierzo. Sus principales integrantes, o al menos los más conocidos, fueron los hermanos Morán y los hermanos Ríos, todos socialistas, y Marcelino de la Parra, de la CNT. A diferencia de otras agrupaciones, esta «federación» mantenía la unidad de acción con todas las fuerzas que se oponían al régimen de Franco, estando dentro de los presupuestos políticos de la UN. Su duración abarcó hasta 1948, fecha en la que la mayor parte de sus integrantes, en particular los socialistas asturianos, la abandonaron para intentar escapar a Francia. Manuel Girón era comunista y con su grupo decidió, por el contrario, integrarse en el Ejército Guerrillero de Galicia, optando por la vía de la resistencia.

La federación galaico-leonesa imprimió y distribuyó un periódico llamado El Guerrillero, de similares características y con el mismo nombre que la hoja informativa difundida por los guerrilleros del Levante y otras zonas no mucho más tarde.

El guerrillero Francisco Martínez López, alias «Quico», ha desmentido que la vida de las partidas en su federación fuera especialmente dura. Según sus declaraciones, fue «relativamente confortable» durante un tiempo: «Nos movíamos entre las provincias de León, Lugo y Orense. Había mucha gente que nos ayudaba y nos daba cobijo y alimento» [Domingo, 2004]. De sus manifestaciones se deduce que buena parte de su labor estaba dedicada a difundir la idea de la república democrática y ser el símbolo vivo de la esperanza de un cambio social y político. Mantenían relaciones sobre todo con los pueblos de la cuenca minera, donde tenían numerosos contactos con sindicalistas de la UGT y la CNT. Una actitud diferente a la mantenida en la etapa

anterior de simples huidos donde llegaron a entablar duros combates con el enemigo bajo la premisa de devolver «ojo por ojo». Su principal enemigo en los primeros años fueron las contrapartidas, grupos formados en ocasiones por delincuentes —expresidiarios y exguerrilleros—, dirigidos por un guardia civil; que fueron un verdadero azote de la resistencia en Galicia, y en muchos otros lugares, como veremos, cuya misión era destruir la red de enlaces que prestaban ayuda a los maquis; en León tuvieron poco éxito porque todos los componentes de las partidas y sus enlaces se conocían entre sí.

En 1944 sus actividades pasaron a mayores. En el Bierzo existían importantes minas de wolframio, un mineral hasta entonces escasamente apreciado y que no producía grandes beneficios. No obstante, su precio se disparó al interesarse por él dos de las mayores potencias enfrentadas en la Segunda Guerra Mundial: Alemania, para fortalecer el blindaje de sus tanques y vehículos de combate y, sobre todo, emplearlo en la fabricación de las bombas volantes (V-1 y V-2) con las que pretendían variar el curso de la guerra asolando Londres y otras ciudades; y Gran Bretaña, para evitar que el mineral cayese en manos de sus enemigos. Se llegaron incluso a producir enfrentamientos aéreos entre cazas británicos de la RAF y la aviación alemana en territorio español que fueron negados por las autoridades franquistas.

Por su parte, los guerrilleros, al conocer esta rivalidad, intentaron asaltar las minas vigiladas en algunos momentos por soldados alemanes para impedir que estos sacaran cantidades ingentes de mineral como venían haciendo. Se llegaron a producir algunos encuentros esporádicos sin mayores consecuencias. Franco —según testimonio del guerrillero Quico— autorizaba envíos masivos de este mineral y alimentos a Alemania para pagar parte de su deuda contraída por la ayuda recibida durante la Guerra Civil. Sin embargo, conforme se consolidaba el avance aliado y el retroceso alemán en la guerra mundial, la importancia estratégica y por ende monetaria del mineral decayó casi totalmente, por lo que dejó de tener interés para quienes se lucraban con su venta, e incluso como

objetivo guerrillero. Esta historia fue ampliamente recogida por el escritor Raúl Guerra Garrido en su libro El año del wólfram (1984). En el texto aparecen varios personajes reales; el más interesante para nuestra narración, conocido por las gentes del lugar como «El escocés», «El inglés» o «El amigo», era en realidad sir Alexander Easton, cónsul británico en la zona, que se reveló como un contacto de gran importancia tanto para conseguir información como para aumentar la capacidad operativa de la lucha guerrillera. «El escocés», que dirigía una red clandestina para ayudar a repatriar a pilotos británicos derribados en el norte de España, actuó como un activo enlace de la Federación de Guerrillas de León-Galicia con la dirección del PCE en Madrid; prestando su finca, situada en el campo cerca de Ponferrada, para dispensar atención médica a maquis heridos y para que estos, sin ser molestados, reforzaran su infraestructura y la eficacia de su aparato de propaganda, proporcionando una radio y una multicopista que probablemente fue utilizada para editar El Guerrillero.

La vida de esta federación, que atravesó por diversas circunstancias, fue languideciendo poco a poco. Muchos enlaces y confidentes, tal y como recoge el vídeo sobre el movimiento guerrillero en Galicia, de Alfonso Arteseros, fueron ejecutados por los propios partisanos. Se dieron, así, varios escarmientos; y, al tiempo, los jefes guerrilleros que caían en manos de la Guardia Civil eran, tras procedimiento sumarísimo, ejecutados a garrote vil como vulgares bandoleros, como ocurrió con Benigno Andrade García, alias «Foucellas», de la agrupación que operaba en La Coruña y Lugo, comandada por Marcelino Rodríguez, alias «Marrofer». «Foucellas —una especie de Robin Hood con metralleta—, el guerrillero más buscado, fue condenado a tres penas de muerte. El 9 de enero de 1952 cayó herido en brazos y piernas, siendo salvajemente torturado, por lo que delató a muchos enlaces. Una hija suya llegó a entrevistarse con el Gobernador Civil de su provincia en un intento desesperado de salvar la vida de su padre.

En 1948, esta guerrilla preparó un atentado contra Franco tratando de aprovechar la visita del dictador para inaugurar la central

térmica de Ponferrada. «Finalmente desistimos porque éramos muy pocos y la operación suponía un suicidio», reconoce uno de los guerrilleros. El ambiente se hizo cada vez más angustioso. Mientras descendía la actividad del foco leonés con la salida de los socialistas, se producía la resistencia, un tanto desesperada, de las partidas gallegas. La Guardia Civil, en un ataque de histeria, llegó a tirotear un autocar donde viajaban los futbolistas del Real Club Celta de Vigo, en octubre de 1949, resultando heridos el conductor y varios jugadores. En febrero de ese mismo año ocho guerrilleros, al mando de Silverio Yebra Granja, alias «Atravesao» cayeron en una emboscada preparada por la Guardia Civil al atravesar el pueblo deshabitado de Castellanos. Dos guerrilleros cayeron muertos y tuvieron que dispersarse y cesar sus actividades por un tiempo.

Los guardias civiles que organizaron la emboscada contaron con la ayuda de un antiguo enlace convertido en delator, con el objetivo de matar al carismático Manuel Girón Bazán, excombatiente del XIV Cuerpo de Guerrilleros que se había echado al monte a los pocos días del golpe militar contra la República en julio de 1936. Su hermana Emilia, detenida por la Guardia Civil, declaró haberle reconocido como uno de los muertos de la refriega. El comandante que dirigió la operación, Miguel Arricivita, fue condecorado por eliminar al «bandolero» más buscado. Cuando se supo que Girón seguía vivo, no solo se acrecentó su leyenda sino que matarle se convirtió en la mayor obsesión de la Guardia Civil, que, finalmente, logró abatirle el 2 de mayo de 1951 a la entrada de una cueva en Las Puentes de Mal Paso (La Puente Grande), un lugar cercano a Ponferrada.

Un policía de Madrid originario de su tierra, había convencido al enlace José Rodríguez Cañueto —a cambio de una recompensa y de dejarle libre de cargos— para que se infiltrara en el grupo de Girón y le asesinara, lo que hizo en el lugar indicado disparándole por sorpresa un tiro en la nuca con la propia pistola del guerrillero, que había dejado descuidadamente a su lado. Es difícil, por no decir imposible demostrar la existencia de este pacto. Girón, «un

jornalero analfabeto», pasó a la historia de maquis antifranquista como un paradigma de astucia y valor. Su leyenda se prolongó hasta después de muerto. Enterrado extramuros en el viejo cementerio de Ponferrada, que fue demolido, uno de sus amigos recuperó sus restos y se ocupó de su entierro definitivo en el nuevo del Carmen en febrero de 1997, donde algunos supervivientes le rindieron un póstumo homenaje.

El traidor Cañueto supuestamente cobró la recompensa y vivió en Sevilla bajo la protección de la policía, que le trasladó varias veces a su pueblo para visitar a sus familiares. Alida González, alias «La Penca», la novia de Girón, estuvo presente en el asesinato, y Cañueto dudó entre matarla o entregarla. Finalmente optó por esto último, con lo que contribuyó a que se extendiera el rumor de que era ella la verdadera traidora. Cañueto era, sin duda, un criminal consumado que nunca gustó al guerrillero Girón, quien no obstante tuvo que recurrir a él. Triste final para tan grande historia. «Lo que demuestra [el caso Girón es que] hasta donde había penetrado la cultura de la violencia no fueron ni la muerte ni la traición, hechos habituales durante estos años, sino el proceso que lo hizo posible» [Serrano, 2001]. Es decir, matar ya no eran una simple cuestión de ideología, de creencias o disciplina militar, sino un puro ejercicio de supervivencia y de ansias por escapar de aquel infierno sin salida.

Las partidas vinieron a menos y, a partir de 1949, al conocerse el abandono del movimiento guerrillero en Grecia por la Unión Soviética, que había sido el sostén de su insurgencia, cundió el desánimo y tomó cuerpo la convicción entre sus componentes de que estaban en medio de un combate sin salida. La agrupación pareció dividirse en dos, y una de las facciones encabezadas por Guillermo Morán, comisario político en la zona de Orense, del llamado Ejército Guerrillero de Galicia y León, comunicó a su hermano su decisión de abandonar la lucha y exiliarse marchando a Francia siguiendo así las instrucciones de su partido, el PSOE. En 1950, según desvela «Quico» en su libro, Guillermo Morán «era asesinado con todo el grupo de dirección de la segunda agrupación, en un pueblo de Lugo».

Otro de los guerrilleros destacados que logró sobrevivir es Manuel Zapico, alias «El Asturiano». Dotado de una hermosa voz capaz de imitar a la perfección al jilguero y otros pájaros de la zona, cuyos sonidos eran utilizados como señal para advertir del peligro a sus compañeros, fue también cuestionado. Sin embargo, había sido un esforzado militante que tuvo que abandonar su trabajo en la mina para echarse al monte y huir de la policía desde los 16 años. «Había zonas —sostiene Zapico— en las que controlábamos pueblos enteros, donde estaban con nosotros desde el cura hasta el alcalde […] distribuíamos propaganda, dábamos mítines […] realizábamos actos de sabotaje contra la línea férrea, asaltos a cuarteles de la Guardia Civil o deteníamos autocares para explicar nuestra lucha a los viajeros».

Una de las claves para interpretar la dualidad o difícil convivencia entre asturianos y gallego-leoneses en el maquis fue que «la realidad es que leoneses y asturianos tenían formas distintas de entender la resistencia antifranquista. Mientras los leoneses defendían una estrategia ofensiva y militar, los asturianos eran partidarios de un estrategia pasiva y fundamentalmente política» [Serrano, 1988].

Sería injusto cerrar este epígrafe sin hacer referencia a la heroica labor de varias mujeres que, sin ser guerrilleras al uso, fueron enlaces muy eficaces y colaboradoras de esta federación guerrillera. Entre ellas destacamos a Gloria Blanco y su hija Gloria, que conoció a los guerrilleros con tan solo 14 años, y que en el año 1946 contribuyó a salvar a varios enlaces que se hallaban ocultos en casa de sus padres. Al ser descubierto uno de ellos, la Guardia Civil se presentó en su casa y como su padre estaba enfermo detuvieron a su madre, que fue encerrada en la cárcel lucense de Quiroga. Gloria hija nos cuenta: «A mi madre la torturaron, la colgaron por las muñecas y le pegaron cuatro policías de la brigadilla sin parar. Tuvimos que pagar al carcelero para que no le pegaran más […] pero estuvo entre la vida y la muerte durante tres días. Luego la trasladaron a la cárcel de Orense […]». Ella misma permaneció en

la cárcel durante cuatro días con solo 16 años. «Mi padre acababa de morir. No me maltrataron […]. El comandante de la Guardia Civil me presentó la fotografía de Guillermo Morán muerto y me preguntó si lo conocía […] Me ofrecieron dinero si me convertía en delatora». Le preguntaron por Odilo Fernández, alias «Blas», que luego, más adelante, fue su marido. Tanto Gloria como su madre lograron huir a Francia junto con «Blas» y otro guerrillero que se casó con su madre. Eran pocas las oportunidades para las «mujeres de la guerrilla» de conocer a otros hombres fuera de este reducido mundo.

Otro caso interesante fue el de Francisca Nieto, alias «Paquina», hermosa joven que había sido elegida miss Ponferrada en 1933, que se unió por amor a Vicente Campillo cuando era inspector de la policía municipal, y se convirtió en una activa enlace que ayudó a varias partidas de huidos, entrando y saliendo de la cárcel varias veces, mientras su marido peleaba en los montes. Entre 1941 y 1945 regentaba una tienda que funcionó como estafeta para la guerrilla. Logró supervivir a los tiempos más duros de la resistencia, y pasó por experiencias terribles sin que ello afectara a su sentido de la justicia, pues confesó no guardar rencor ni albergar espíritu de venganza: «Yo pude hacer muy poco por la libertad. Ahora, cumplí mi misión». Conoció personalmente a pocos guerrilleros, «pero conocí a Girón […] Una noche salí al campo a oscuras a llevar un queso […] y uno de ellos era Girón. No les veía las caras pero les escuchaba […]».

Centro y Extremadura. Del control al caos

Las guerrillas de la llamada zona Centro tuvieron una vida efímera y más complicada que las de otras áreas. Creadas por militantes enviados por el PCE desde Francia, pronto se formó el Ejército Guerrillero de Centro o la Agrupación Extremadura-Centro, que llegó a incorporar en su organización una parte de La Mancha y de la provincia de Córdoba, amén de Ávila y territorios de Madrid. Abarcaba una zona geográfica que iba desde la sierra de Gredos hasta Despeñaperros, y desde las cadenas montañosas extremeñas hasta las sierras de Albarracín y la serranía de Cuenca. Esta amplitud geográfica no debe engañarnos respecto de su importancia real. En general, las partidas estaban formadas por antiguos huidos de las provincias de Cáceres, Toledo, Ciudad Real y Córdoba.

Un fenómeno paralelo fue la llegada de otros maquis de gran prestigio —José Vitini, Cristino García, etc.—, también procedentes de Francia que lejos de integrarse en esta organización llegaron con la misión de implantar la guerrilla urbana en Madrid.

Personaje influyente en los inicios de estas zonas fue José Isasa Olaizola, alias «Fermín», enviado por el partido desde Argentina a Madrid en 1944, cuando la estrella de Jesús Monzón ya había declinado. Se constituyó así el llamado Alto Mando Guerrillero o Consejo Central, que no tardó en ser sustituido por el de Consejos de Resistencia. «Fermín» fue auxiliado por Antonio Llerandi, alias «Julián», Jesús Bayón González, alias «Carlos», Ramón Guerreiro, alias «Julio», y su hermano Antonio; pero pronto los tres primeros fueron detenidos y encarcelados en junio de 1944. También figuró en el organigrama de la dirección Dionisio Tellado Vázquez «Mario de Rosa» participando en la formación de las dos primeras agrupaciones en Cáceres y Ciudad Real, quien, según fuentes

policiales, se puso del lado de la ley a cambio de su libertad. Algo difícil de creer dada, como veremos, su trayectoria.

Una reunión en la sierra de Gredos a finales de 1944 sentó las bases de actuación de esta guerrilla. «Fermín» siguió al frente, pero quién daba las órdenes era Pedro Sanz Prades, alias «Paco el Catalán», que ni se llamaba Paco ni era catalán, «era un pistolero frío sin ningún interés por la política ni por los papeles que no fueran de banco» [Morán, 1986], aunque gozaba de la confianza del partido representado en Madrid por Agustín Zoroa. Sanz utilizó la violencia como instrumento político esencial, capaz de pasar de los atracos más audaces, como el perpetrado en las oficinas de Huarte y Cía., a los hurtos más ridículos y vulgares a pequeños comerciantes o estraperlistas. No vacilaba en eliminar a supuestos traidores ni en llamar la atención de la policía. Colocó bombas, asaltó cuarteles y se echó al monte con algunos supervivientes. Fue detenido y fusilado en 1947.

Zoroa en 1945, presumía de haber organizado nada menos que cinco agrupaciones: Cáceres y Toledo; Ciudad Real; Córdoba; Albacete, y Ávila y Madrid. A partir de 1946 comenzó a publicarse un periódico llamado Ataque. Estas modificaciones enriquecían el organigrama pero no modificaban modos de actuación ni suponían ningún avance político en el trabajo de oposición al franquismo. Estaban en la línea pretendida por el partido de lanzar la ofensiva guerrillera como principal recurso ocultando la inexistencia de una verdadera línea política.

La agrupación más fuerte fue la primera que se ocupó de Extremadura y Toledo. Talavera de la Reina fue el centro de gravedad donde debían converger la red de guerrilleros y enlaces, no solo de Extremadura y Toledo sino también de Madrid y Ciudad Real. Pero esto era únicamente en teoría. Se constituyó, oficialmente, la Agrupación de Extremadura-Centro, en noviembre de 1944, con algunos de los guerrilleros citados, más el cordobés

Pedro Marquino, alias «El Francés», y Jesús Gómez Recio, alias «Quincoces». Se constituyeron tres divisiones donde además intervinieron Joaquín Ventas Cita, alias «Chaquetalarga», «el Jabato» y otros guerrilleros. Los números oficiales hablan de ciento veinte hombres entre todas las partidas, aunque la 12ª contaba con cincuenta y siete guerrilleros. Actuaban en las sierras de Gata, Guadalupe y Miravete, teniendo sus bases principales en la sierra del Rostro y en Cerro Ballesteros, en el límite de la zona toledana de La Jara.

Dios y el diablo en Mesas de Ibor

Mesas de Ibor es un pequeño pueblo de la provincia de Cáceres, situado en la ladera norte de la sierra de Guadalupe, donde en abril de 1945 se desencadenó una tormenta de sangre y fuego. Una acción guerrillera que acabó en grotesca tragedia donde se verían implicados altos mandos de la Guardia Civil y la jerarquía de la Iglesia.

Jerónimo Curiel, alias «El Gacho», antiguo vecino de Mesas y, a la sazón, jefe de una partida a las órdenes de «Chaquetalarga», creyó llegado el momento de ocupar el pueblo. Una decisión bastante irresponsable puesto que allí tenía a dos hermanos y una hermana. La localidad contaba con un pequeño destacamento de la Guardia Civil —tres números y un cabo— fácil de doblegar, aunque no se tuvo en cuenta que formaba parte de una tupida red de nuevos puestos organizada por el mando para contener la ofensiva guerrillera.

Aquel día, el 17 de abril del 45, mientras los guardias Timoteo Pérez y Juan Martín permanecían en el cuartelillo, el cabo Julián Jiménez y el guardia Sóstenes Romero habían salido para acompañar al secretario del Ayuntamiento y jefe local del Movimiento, a una cata de vinos en una bodega habilitada como taberna, propiedad de un hacendado que, como ya había sufrido un secuestro a cambio de 55 000 pesetas, estaba autorizado para portar armas. «El Gacho» había logrado reclutar a treinta y siete hombres de diversas partidas con los que penetró en Mesas de Ibor al anochecer, y en una acción coordinada se dividieron en dos grupos: uno se dirigió al cuartel y otro a la taberna. De pronto sonaron varios disparos que alarmaron al vecindario. ¿Qué estaba ocurriendo?

Los maquis penetraron en el cuartelillo y encañonaron en la cocina a los dos guardias que, pillados por sorpresa, levantaron las manos. Juan Martín, el guardia más joven, se abalanzó sobre uno de los asaltantes y en la refriega quedó malherido en el vientre con la masa intestinal visible y abundante pérdida de sangre. Mientras tanto, en la taberna, tras unos intentos de resistencia con fuego cruzado de los que resultaron heridos algunos vecinos y maquis, el cabo decidió rendirse y ordenó deponer las armas a sus acompañantes. Todos marcharon al cuartel, donde los guerrilleros se incautaron de la documentación, el armamento, las municiones y los uniformes de los guardias civiles. Dejaron allí al herido al cuidado de Salvador Esteban, médico del pueblo con el encargo de atender más tarde a sus compañeros heridos. Acto seguido visitaron, acompañados del cabo y el guardia Sóstenes Romero, algunas casas para tranquilizar a los vecinos y llenar sus macutos de provisiones. Sobre las doce y media de la madrugada abandonaron el pueblo en perfecta formación entonando algunas estrofas de la Internacional.

Pero lo peor estaba por llegar. Si el día 17 fue agitado y surrealista, el 18 resultó una pesadilla kafkiana. El cabo de puesto conectó con sus superiores informándoles de lo sucedido. La respuesta fue el envío de tres guardias civiles para recoger al herido y trasladarlo a Cáceres. El capitán Novoa interrogó al guardia Juan Martín sobre lo que había sucedido. Con ese relato Novoa remite un mensaje cifrado a la comandancia de Cáceres informando sobre el tiroteo y resaltando que los huidos «se llevaron el armamento y las municiones de toda la fuerza».

En Cáceres, el jefe superior de la Guardia Civil es el teniente coronel Manuel Gómez Cantos, quien decide tomar cartas personales en el asunto y envía a Mesas de Ibor al teniente Cipriano Sáenz para que investigue e instruya nuevas diligencias. Gómez Cantos ha decidido convertir Mesas de Ibor en un escarmiento ejemplar y desvela sus intenciones en un radiograma enviado a la Dirección General de la Guardia Civil en Madrid. En el mismo

informa de un nuevo telefonema cifrado que le confirma «manifiesta negligencia sin límites en la fuerza y apatía incalificable que comprobaré […] y obraré con gran energía como requiera y exija el caso».

Manuel Gómez Cantos tenía un amplio currículum plagado de abusos de autoridad, malos tratos, insubordinación y una tendencia a violar los principios éticos más elementales. Era un militar de plena confianza del director general Alonso Vega, un hombre duro de la Guerra Civil que se trasladó personalmente al lugar de los hechos junto a veintiocho hombres entre los que figuraban algunos guardias veteranos de su confianza. En su cabeza bulle la idea de lavar el deshonor de la Guardia Civil por la torpe y cobarde respuesta de los componentes del puesto de Mesas de Ibor. En el pueblo nadie espera que las cosas sean fáciles para los guardias pero no pueden suponer el desastroso y horrible final que les aguarda. Lo máximo, piensa el cabo Jiménez, que puede ocurrirles es que los expulsen del Cuerpo. Por eso no oculta su alegría cuando ve llegar a sus compañeros encargados de redactar los informes y les dice: «[…] De buen follón nos libramos anoche. Se portaron [los maquis] muy bien con nosotros».

El pueblo de Mesas de Ibor asiste a una nueva invasión, esta vez por parte de la Guardia Civil. De uno de los camiones se apea un hombre bajito, arrogante y que lleva en su rostro escrito el mensaje de la represión. Es Gómez Cantos, que se encuentra con un nuevo informe del teniente Cipriano Sáenz, mucho más perjudicial para sus compañeros. Gómez Cantos interroga a varios vecinos, entre ellos al secretario y al tabernero, decidiendo el encarcelamiento de ambos; más tarde encarcelaría también al alcalde; ordena el fulminante arresto del cabo y los dos guardias del cuartel sin tomarles declaración. El guardia Sóstenes Romero no acaba de creer lo que se dice en el pueblo, pero al final se resigna y reflexiona para sí: «¡Nos van a fusilar! ¡Nuestros propios jefes nos van a fusilar, y sin opción a que podamos ser oídos o defendidos!» Para mayor desgracia llega la noticia del fallecimiento en Cáceres del guardia Juan Martín.

Gómez Cantos no lo duda y decide aplicar su interpretación del artículo 294 —cobardía ante el enemigo— del Código de Justicia Militar. Hace formar en el patio a los guardias y les va arrancando las botonaduras de las guerreras; luego los despoja de ellas y ordena que sean quemadas en el corral contiguo al cuartel. Ha elegido un pequeño muro de adobe y piedras donde se llevará a cabo la ejecución. Poco después, los guardias convertidos en reos, con el rostro demudado y una camiseta blanca de tirantes por toda indumentaria, en medio de un silencio total, avanzan hasta el lugar dispuesto para ser fusilados. El coronel selecciona un piquete de cinco jóvenes para que, a su voz de mando, disparen sobre los condenados. Uno de ellos no puede soportar la tensión y se desploma desmayado. Gómez Cantos lee a voz en grito la nota que ha redactado al efecto: «¡… Y por tanto, han demostrado ser ustedes unos cobardes por dejarse desarmar por el enemigo. No quiero que haya un solo cobarde en mi Comandancia […] Avance el pelotón y cinco que tiren bien!» Todo el pueblo pudo escuchar las detonaciones que acabaron con la vida de los guardias excepto de Sóstenes Romero que, vivo todavía, imploró que lo rematasen y recibió el tiro de gracia. Un camión trasladó los cadáveres hasta el cementerio del pueblo, donde fueron enterrados en una fosa común, hasta que ocho meses después se permitió a sus familiares darles una sepultura digna.

Jerónimo Curiel «El Gacho», que inició este trágico episodio sin ser consciente de las consecuencias, fue abatido por la Guardia Civil en el coto Valero —cerca de Serrejón, en Cáceres— en marzo de 1946, tras haberse refugiado, herido, en el pueblo de Piornal —otra «pequeña Rusia»—. La mancha caída sobre la Benemérita a través de la actuación incalificable del teniente coronel jefe, Manuel Gómez Cantos, tendría una consecuencia inesperada para este arrogante militar y azote de maquis, ya que tan solo un mes después de lo sucedido su carrera quedaría truncada al topar con los intereses de la Iglesia al no haber permitido que les fueran administrados los últimos sacramentos a los guardias civiles fusilados. Fue procesado por abuso de autoridad en los sucesos de

Mesas de Ibor, y condenado a cumplir pena de prisión por un año. El propio cardenal Plá y Deniel, primado de España, intervino en el proceso en su contra. Los capitanes Emiliano Planchuelo y José Novoa, redactores de los informes, a las órdenes de Gómez Cantos, fueron objeto de persecución por sus mandos, hasta que el primero causó baja prematuramente y el segundo optó por dejar el Cuerpo y hacerse policía municipal [López Corral, 1997]. No encontramos calificativos morales ni explicación racional para esta triste historia.

Toledo, Ciudad Real y Gredos

En los Montes de Toledo se movían medio centenar de guerrilleros dirigidos por José Manzanero Marín y Honorio Molina «Comandante Honorio», que constituyeron la Agrupación Guerrillera de Toledo, de vida efímera, pues dejó de existir a finales de 1945. Su actuación se limitó, en ocasiones, a labores de propaganda de orientación claramente comunista, que recibían a través del periódico El Guerrillero Extremeño. En este «se marcaba un objetivo comprometido: inducir a la rebelión a la tropa y números de la Guardia Civil».

José Manzanero, jefe de la agrupación guerrillera de los Montes de Toledo, con partidas en Ciudad Real y Badajoz, era ajedrecista consumado y, en cierta medida, libró de continuo una larga partida a muerte con la Guardia Civil. Es uno de los pocos que tuvo claro que se combatía contra otros españoles y que no percibía como extranjeros a los civiles, a los falangistas y a los soldados del ejército. Nacido en Toledo, de familia campesina, se trataba de un veterano luchador que cuidó ovejas, y fue, entre otras cosas, albañil y dependiente de una bodega, cursando tan solo estudios primarios. Ingresó en las Juventudes Comunistas a los 17 años, y luego en el PCE. Participó en huelgas, visitando varias veces las cárceles, siendo amnistiado en 1936. Hizo la Guerra Civil en el frente sur de Madrid, y participó en la batalla del Jarama, y llegó a ser secretario del PCE en Extremadura. Al final de la guerra los falangistas de su pueblo, el toledano La Villa de Don Fadrique, lo «torturaron con saña».

Pudo escapar de una cárcel improvisada y formar parte de los huidos que se ocultaron en los Montes de Toledo. Perseguido por los falangistas fue herido en un brazo y tuvo que ocultarse de nuevo. A partir de aquí comienza su vida como guerrillero, siendo

un acérrimo defensor de las tácticas defensivas, sin que ello le privara de realizar algunos asaltos a locales de la Falange y ayuntamientos. Después de pasar por varias situaciones, a cual más complicada, Manzanero, alias «Luis» y «El Buen Mozo», fue reelegido jefe de su agrupación guerrillera. Tuvo un encuentro con Agustín Zoroa al que expuso sus peticiones y entregó un informe para la dirección. Zoroa se llevó el informe y nunca más se supo de él.

A finales de 1945, tras mil penalidades, Manzanero dio por disuelta la agrupación convencido de que nadie les ayudaría a resistir o a escapar, y cada uno de los supervivientes se responsabilizó de su propia suerte a partir de aquel momento. Se ocultó en su propio pueblo, en la casa de su novia, Dionisia Castillo, pero en un registro fortuito fue descubierto. Se defendió con su fusil disparando al aire para «no matar a gente innecesariamente» y logró saltar la tapia y escapar. Protegido por enlaces de confianza y familiares logró, finalmente, enlazar con Madrid, y junto a su mujer y con la ayuda de guías y, después de más de doce horas de marcha, llegar a Francia para alcanzar la libertad. Murió a los 98 años. Manzanero nos dejó estas palabras que apenas necesitan comentario alguno:

«Habíamos sacrificado todo. Cuando llegamos a Francia ni el PCE quiso recibirme. Fue indigno. Entregué un informe y luego me organicé con mi mujer para trabajar y vivir todos estos años con dignidad […]. La política de Santiago Carrillo llevó a la muerte a mucha gente, a miles de camaradas […] y demostró no solo su incapacidad sino sobre todo su deslealtad, que es algo peor. Sacrificó a la gente para mantenerse y cuando ya no interesó, los dejó abandonados a su suerte».

De una parte de La Mancha con centro en Ciudad Real se ocupó la 2ª División al mando de Ramón Guerreiro, alias «Julio», y su hermano Antonio, que enlazaba con Madrid. El resto de sus dirigentes controlaban cada una de las tres divisiones ocupándose a

través de la 21ª de las provincias de Córdoba y Jaén, mientras que la 23ª estaba en contacto con Cáceres, Badajoz y Toledo. Todo esto no evitaba que hubiese guerrillas locales, formadas por antiguos huidos, que actuaron de forma independiente, especialmente en la zona de Albacete. Estos núcleos albaceteños tuvieron un recorrido muy breve, huyendo sus dos jefes, «Timochenko» y «Panizares», de la zona.

Las denominaciones partidarias adoptadas —agrupaciones, divisiones, sectores, etc.—por estos incipientes núcleos de partisanos respondían más a una cuestión táctica de desorientación del enemigo, que a una realidad militar y fáctica. Eran caprichosas y nunca se correspondían con la realidad de su número de componentes, siempre muy inferior al enunciado.

En la sierra de Gredos donde operaba la 11ª división, se movía una partida cuyo jefe, desde 1943, era Adolfo Lucas Reguilón García, un guerrillero muy peculiar capaz de inventar la Agrupación Guadarrama como pretexto para recorrer una serie de pueblos desde la provincia de Ávila a la de Madrid, con paradas en Galapagar y El Escorial realizando actividades como controles de carretera y como mucho algún comedido golpe económico, siempre con ausencia de violencia, creando además unos «bonos de resistencia»; acciones publicadas en su periódico El Guerrillero Carpetano. Pese a la buena disposición de Reguilón y su pacifismo, la guerrilla de Gredos sufrió ataques de la Guardia Civil que le ocasionaron bajas y solo pervivió durante escaso tiempo. Reguilón era comunista pero su forma de operar entró en contradicción con el partido, por inesperada e impropia de los métodos de la lucha armada.

Agustín Zoroa, impulsor de la ofensiva en nombre de la dirección del partido, puso en peligro la propia existencia de su aparato de propaganda en Madrid, y con él, el de otras organizaciones del resto de España. El desastre se materializará a lo largo de los años 1945 y

1946, como ya hemos visto. Zoroa no ocultó a sus colaboradores la grave situación tras la traición del responsable de propaganda Antonio del Rey. Muchos militantes madrileños pasarán por comisaría y sufrirán los efectos demoledores de la tortura. Ello no es óbice para que se dieran rasgos heroicos como la resistencia en los interrogatorios de «las radiotelegrafistas Faustina y Alejandra, que se negaron a entregar las claves de sus comunicaciones con Toulouse». Sánchez Viedma, torturado hasta ser irreconocible, aceptó llevar a la policía a una cita con varios enlaces, pero en la estación del metro de Antón Martín, en un rasgo de valor, se arrojó a las vías perdiendo la vida. Finalmente, el propio Zoroa «tuvo un comportamiento ejemplar durante su juicio», tras ser detenido e interrogado, al ser expulsado de la sala por el mismo juez que le condenaría a muerte. Zoroa fue fusilado el 29 de diciembre de 1947 junto a su compañero Lucas Nuño.

A finales de 1947 todo este entramado estaba desarticulado. Las caídas provocadas por la proliferación de delatores y confidentes explican esta rápida decadencia que contrasta con el resto de zonas y regiones donde las agrupaciones de diversa índole lograron disponer de una implantación considerable durante largo tiempo. Algunos autores opinan que las diferencias de criterios entre Zoroa, el dirigente enviado, y el jefe local «Fermín» fueron el factor decisivo de este final. También fueron determinantes las diferencias entre este último con Jesús Bayón González, alias «Carlos», para arrebatarle el control de los guerrilleros extremeños y desgajarlos del resto de la zona Centro, así como las actuaciones de «Paco el Catalán».

Extremadura corrió una suerte pareja a la de la llamada zona Centro. No obstante, las acciones encabezadas por la guerrilla carecieron de la dinámica violenta de la acción-reacción, a la que tanto recurrían otros jefes guerrilleros. Crescencio Sánchez Carrasco, alias «Valle», convertido también en un activo delator, facilitó a la Guardia Civil la eliminación, a partir de 1946 de «Quincoces», su compañero «Lenin» y de «Manco», asesinados por la espalda y desarmados al estilo de la ley de fugas. La familia de

«Quincoces», que aportó varios miembros a la resistencia, fue prácticamente exterminada al caer sus hijos: el último en la prisión provincial de Madrid. También Fernando Gómez alias, «Petroski», hijo de Saturio y sobrino de «Quincoces», ya había muerto en un asalto de los civiles al pueblo de Calzada de Oropesa en 1945.

El guerrillero más respetado y popular de Extremadura —que dominó todo el norte de Cáceres con el feraz valle del Jerte— fue, sin duda, Pedro Marquino, alias «El Francés», jefe de la división 12ª, al que habíamos citado, también excombatiente del XIV Cuerpo, que en julio de 1946 junto con sus más inmediatos colaboradores, fueron víctimas de una trampa preparada por el exguerrillero Fausto Navas, alias «Viruta», convertido en confidente de la policía. Lo que ocurrió fue algo parecido a una orgía de delaciones y consecuentemente de caídas y muertes, ya que muchos de los detenidos pasaban de inmediato a ser confidentes. «El golpe definitivo se produjo con la traición de José González Parras, alias "Ríos", que permitió el aniquilamiento de la 12ª división» [Serrano, 2001]. Mejor suerte tuvo «Chaquetalarga», quien, junto a uno de sus hombres, logró huir a finales de 1947 a Francia.

En todo el sangriento combate que llevó a la destrucción de las guerrillas de la región Centro-Extremadura; es decir, de las partidas que operaban por las zonas de Toledo, Ciudad Real, etc., tuvo un papel muy destacado el teniente coronel Eulogio Limia Pérez, verdugo también de maquis en tierras de Granada. El 7 de febrero de 1945 se hizo cargo de la dirección de las operaciones en la zona de los Montes de Toledo, logrando acabar con la resistencia. Para ello se valió de la creación de las contrapartidas, entre las que destacó, por su eficacia y crueldad, la del sargento Ruano, que contaba en sus filas con varios confidentes.

A continuación intervino, a partir de 1947, contra la 2ª Agrupación centrada en Ciudad Real, al mando de los hermanos Guerreiro. Desde la Comandancia volvió a utilizar las contrapartidas y, en

particular, la del sargento Ruano, que logró cercar al grupo de «Pedro el Cruel», y tras un intenso tiroteo, donde resultó herido «El Gitano» y el resto muertos; este tuvo fuerzas para herir mortalmente al sargento Ruano, siendo a su vez muerto por el «Viruta», antiguo compañero suyo en la guerrilla y, ahora, traidor. Pedro el Cruel logró escapar y huyó, pero al no saber desenvolverse en ambiente urbano acabó entregándose a la Guardia Civil, colaborando con ella y denunciando a sus excompañeros. Más adelante fue juzgado, condenado y, finalmente, indultado en pago a sus servicios.

Resulta inútil, por lo repetitivo, continuar con listas de muertos, traidores y otras miserias. Lo que parece más urgente y pocos se han preguntado es, sencillamente, ¿por qué?

7

Miedo, violencia y desesperación

«[...] fusil doble calibre: sangre y sangre ¡El poeta

saluda al sufrimiento armado!».

César Vallejo, España, aparte de mí ese cáliz.

Los factores por los que se produjeron de manera frecuente abandonos, delaciones y traiciones que minaron los colectivos guerrilleros son complejos y variados. A lo largo de este trabajo hemos apuntado algunos de los mitos que persisten acerca del imaginario de la resistencia de posguerra que contribuyeron a restarle importancia historiográfica —corregida hoy en parte— confinándolo al resbaladizo territorio de la épica o la novela de aventuras, donde héroes y villanos conviven y se confunden; donde la leyenda alterna con la realidad y nada o casi nada parece fiable.

Entre estos factores se sitúa en plano preferente el uso y abuso del enfoque político-militar de su temática; la tendencia a explicar las historias del maquis como una sucesión de acciones guerrilleras y sus correspondientes reacciones de las fuerzas represivas. Ello obliga a mantener un ritmo un tanto trepidante en la narración que suele dejar en plano secundario el análisis o la reflexión. Consecuencia de este enfoque es la tendencia a minimizar aspectos de importancia como la confusión de la necesaria preparación ideológica de los maquis con criterios de rentabilidad política o eficacia militar en el desarrollo de las operaciones.

El factor humano campesino y rural es esencial para explicar la abundancia de abandonos, delaciones y traiciones en el maquis. No es una afirmación tremendista. Se trata de entender que en la vida de las guerrillas no siempre se puso por delante la fidelidad a un partido —el PCE, en este caso— ni se siguieron las tácticas emanadas desde su dirección política; la mayor parte de los combatientes y de las gentes que apoyaron a los guerrilleros, pertenecían a un medio social y a un paisaje determinados que poseía ritmos de vida y procedimientos concordantes con sus costumbres, medios económicos, estado cultural y otros, con independencia de su ideología política, en bastantes casos, no bien definida.

La mayoría de las gentes que ayudaban a los maquis, e incluso parte de sus miembros eran de origen campesino y en algún momento habían formado parte de algún movimiento reivindicativo por la propiedad de la tierra trabajada o por obtener mejoras en los salarios y las condiciones laborales. Campesinos con y sin tierra, pastores, etc., colaboraron con la guerrilla porque creyeron en la posibilidad de continuar luchando por la defensa de sus intereses seculares. La incipiente Ley de Reforma Agraria de la Segunda República de 1932, había despertado el interés del campesinado, pese a las protestas y revueltas de los más pobres en contra de la tibieza de sus propuestas y la lentitud de su aplicación. Así pues, parte de la base social de la guerrilla, las gentes pegadas a la tierra o a sus rebaños, vivieron el maquis como la esperanza puesta en un futuro mejor. ¿Una ensoñación enquistada en la dura realidad cotidiana? Puede. Motivaciones poco elaboradas pero tan legítimas como las derivadas de una ideología partidaria; unas expectativas reforzadas en los años 1944 y parte de 1945 por las garantías de una victoria aliada sobre las potencias que ayudaron a Franco a ganar la Guerra Civil.

Pero la Guerra Fría se lo tragaría todo y la maquinaria de la represión franquista no haría distinciones entre quienes disparaban y quienes eran simples enlaces o colaboradores, fueran estos jornaleros, masoveros o incluso maestros de escuela; ni tampoco, en

ocasiones, se hacían distinciones por sexo o edad. Existía la convicción, por parte de la autoridad militar, por los Camilo Alonso Vega, Eulogio Limia Pérez, Manuel Pizarro Cenjor o Manuel Gómez Cantos, de que aterrorizar a esa base social, exterminando incluso parte de la misma, significaría el fin de la resistencia armada. Planes en los que se vieron ayudados por la nueva situación internacional, que convirtió al dictador en un nuevo aliado de las democracias occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, en su lucha contra el comunismo.

Estas circunstancias fueron mermando la capacidad de la resistencia de los «asistentes» del maquis, fomentando y amparando traiciones y delaciones a cambio de sobornos y promesas, casi siempre incumplidas, de mejoras económicas y sociales o de asegurar, a cambio de su colaboración, el futuro de los suyos. Cercenadas las esperanzas de victoria, salir de la miseria y sobrevivir a toda costa eran señuelos muy poderosos, sobre todo para las gentes menos politizadas. Eso sí, todo lo que obtendrían a cambio de preparar emboscadas, informar a la Guardia Civil sobre el escondite de ciertos guerrilleros, o de accionar ellos mismos el gatillo asesino, eran ayudas económicas insuficientes o el perdón para algunos de sus parientes que tuviesen cuentas pendientes con la justicia. Pese a ello, los que habían sido sospechosos de colaboración con los «rojos» nunca quedaron exonerados del todo.

Los movimientos guerrilleros «son, por definición, movimientos populares y necesitan una base popular para subsistir […]. Esta base popular no solo es necesaria para el éxito […] sino que garantiza su mera supervivencia» [Yusta, 2008]. Sin duda, esta base popular campesina puede reconocerse ya en las partidas irregulares que acosaron durante la guerra de la Independencia (1808-1814) a los ejércitos napoleónicos, un complejo conflicto en el que, por cierto, se usaron, al parecer por primera vez, las palabras guerrillas y guerrilleros.

Florián García Velasco, alias «Grande», jefe del 11 sector de la AGLA, se consideraba una especie de reencarnación de los Juan Martín Díez «El Empecinado», o Jerónimo Merino «El cura Merino», jefes de guerrillas con sólida base campesina, que mantuvieron en jaque a experimentados soldados franceses. Un caso singular menos conocido fue el del militar navarro Xavier Mina (1789-1817) quien, junto a su tío Francisco Espoz y Mina, encabezó una guerrilla que hostigó a los franceses hasta 1810. Enemigo declarado del absolutismo se exilió primero a Londres y luego a México donde luchó, en defensa de la Constitución de Cádiz, contra Fernando VII, contribuyendo a la independencia mexicana. ¿Pura contradicción en términos patrióticos o muestra de un liberalismo consecuente?

También existió una base social campesina en la insurgencia mexicana, primero apoyando a los juaristas frente al ejército invasor de Napoleón III (1861-1866), y en el agitado periodo revolucionario de la segunda década del siglo XX, luchando contra hacendados y gobiernos militares. La insurgencia fue protagonizada por los «generales» de origen campesino José Doroteo Arango «Pancho Villa» y Emiliano Zapata. Aunque con importantes diferencias de todo tipo, también los maquisards franceses y españoles que lucharon contra los nazis y vichystas o los partisanos italianos, yugoslavos, griegos, etc., que se enfrentaron a las tropas invasoras del Eje en el marco de la Segunda Guerra Mundial, disponían de amplias bases populares y campesinas.

Tomando en cuenta este argumento, debe juzgarse el fracaso de Ernesto Guevara «El Che» en Bolivia (1966-1967) al frente de un pequeño grupo armado de guerrilleros de élite cubanos y bolivianos. Sus teorías sobre la irradiación revolucionaria a través de las acciones armadas invertían el orden natural de los acontecimientos, confiando más en la excelencia de sus propias fuerzas que en disponer de una mínima base rural y autóctona. Este error, reflejado en su conmovedor Diario, lo pagó con su propia vida; fueron los campesinos locales quienes le delataron cayendo en una emboscada preparada por el ejército boliviano, que expuso su cadáver en el pueblo de La Higuera, como muestra de su eficacia.

Lo que consiguieron —sin proponérselo— fue convertir a este guerrillero, argentino y cubano como dice la copla, en el mayor icono mundial de la revolución.

Aunque con diferencias y particularidades propias de cada lugar, incluidos nuevos factores como la demoledora influencia del narcotráfico en el desarrollo de las guerrillas en América Latina —Colombia, Perú, México, etc.—, amén de otros cambios sociopolíticos, puede decirse que donde han funcionado ejércitos guerrilleros pero no ha existido o ha resultado insuficiente su base popular y social, estos han acabado por claudicar en su empeño por imponer sus objetivos políticos.

Existe también un factor de desgaste. El paso del tiempo, la moral de combate y la confianza en una hipotética victoria influyeron decisivamente en las actitudes y comportamientos de los maquis y grupos de huidos en la España de los años 40 y los primeros 50. Existen diferencias bastante notables entre las caídas que se producían en las partidas en los años inmediatamente posteriores al final de la Guerra Civil y las caídas que se producían a partir de 1945. En el primer caso, con los lazos familiares y el tejido social aún no dañados por la dureza de la represión, el apoyo rural fue mucho mayor y se registran menos abandonos y delaciones.

Por otra parte, las acciones en los pueblos contra representantes políticos de la dictadura —falangistas y terratenientes— eran una constante en esos primeros años. Mundo Obrero, diario del PCE, decía que «era una forma de ganarse a la población civil» y usaba un tono pedagógico al afirmar que «ayudar a la clase obrera y los campesinos […] es de suma conveniencia para que las masas se vean protegidas y ayudadas en sus luchas por el movimiento guerrillero». Guardias civiles o falangistas de notoria crueldad fueron denunciados —hasta mediados de los años 40— de manera espontánea por personas que no escondían sus nombres ni su condición al hacerlo. Conforme se fueron perdiendo las esperanzas

se fueron debilitando las redes de apoyo, escasearon las denuncias y las acciones de castigo; los ataques a cuarteles u ocupaciones de pueblos fueron menos frecuentes. Infiltraciones y caídas redujeron la voluntad de llevar la iniciativa de las acciones. El trabajo sucio pero tenaz de la Guardia Civil y de sus contrapartidas, entre enlaces y colaboradores, aportaba información para proceder a detenciones, emboscadas y atentados, cuando no a ataques masivos para acelerar el exterminio de los «bandoleros».

A partir de 1944, coincidiendo con el retroceso militar de los ejércitos nazi-fascistas en Europa, el movimiento guerrillero se crece —en particular, sus cúpulas dirigentes— y comienza a creer con mayor fuerza en la posibilidad de la victoria. Menudean las ofensivas y ataques; las acciones de castigo y los golpes económicos. Pero se dan también actitudes de prepotencia, de relajamiento o falta de disciplina, que facilitaron a la maquinaria policial —cada vez más eficaz— la destrucción de parte del tejido social que aseguraba el vínculo de los guerrilleros con su retaguardia en el llano y los apoyos en las ciudades. Funcionó bien el soborno, las promesas de protección personal a confidentes y delatores y de rebaja de condena para parientes comprometidos.

No dejaré de lado el factor nacional-patriótico. Un asunto complejo. «El miedo, como todo fenómeno elemental del ser humano, no se da solo, sino que a menudo va aliado y combinado con el odio» [Luckacs, 2014]. Por una parte, esta más que demostrada la existencia de la política del miedo y la venganza ejercida por los vencedores —agentes de la «España auténtica»— sobre los vencidos, representantes de la «anti-España», quienes sufrían a diario las consecuencias de ser perdedores de una guerra que no habían provocado. Albert Camus se hace eco del asunto en uno de sus textos en defensa de la República, publicado en Escritos libertarios, cuando sostiene que «el siglo XX es el siglo del miedo».

Está demostrada la existencia del coraje derrochado por los maquis

que se atrevieron a superar su miedo y resistir a la dictadura con las armas en la mano; coraje, a veces rayano en el heroísmo y otras encarnación del mismo. Sin embargo, está por demostrar que existiera —hay excepciones, claro— entre aquellos resistentes ese odio nacional-patriótico de carácter exterminador que se daba entre los represores, pues faltaba entre los defensores de la causa republicana este tipo de odio contra un invasor inexistente, esa fobia al extranjero, al enemigo no incluido en el «nosotros». La población campesina apegada a tradiciones seculares sentía el patriotismo como un valor más de su existencia sin mayores cargos de conciencia. De ahí las diferencias de actuación constatadas entre los maquis que venían de Francia y los huidos o los resistentes del interior.

Las detenciones, tanto en el medio rural como en el urbano, siempre tendrían dramáticas repercusiones organizativas. Bárbaramente torturadas, la mayoría de las personas que recibían este trato delataban, a su vez, a otros compañeros, lo que provocaba las caídas en grupo. Mayores facilidades tenían policía y Guardia Civil cuando las organizaciones de la guerrilla y las de partido no estaban convenientemente separadas como estamos viendo.

Los cazadores de ciudad y su efímera existencia

La idea de contar con una organización guerrillera de carácter urbano en Madrid surge, al parecer, por decisión de la dirección del PCE en Francia y, en concreto, por una «carta abierta» redactada en 1945 por el propio Santiago Carrillo, y avalada por Dolores Ibárruri, que circuló entre los guerrilleros y en la que se pedía pasar directamente a la acción en la capital de España con estas frases: «Hay que ejecutar a todos los magistrados que firmen una sentencia de muerte contra un patriota […]. Hay que pasar decididamente a la ejecución de los jefes de Falange […]. Por cada patriota ejecutado deben pagar con su vida dos falangistas».

Con estos presupuestos, que dejaban pequeño el «aventurerismo» de Jesús Monzón, fueron enviados en diversas fechas a las zonas Centro y Levante guerrilleros de gran prestigio en Francia, entre los que destacaban: José Vitini Flórez, Cristino García Granda y Juan Ramón Delicado, cuyas misiones eran, al menos en teoría, desarrollar la incipiente guerrilla urbana de Madrid y disponer las condiciones para organizarla en Valencia, respectivamente.

José Vitini Flórez, «Ernesto», fue el primero en ser destinado a Madrid. Pero no lo hizo en octubre de 1944 como supone Ruiz Ayúcar ni tampoco fue enviado por Monzón. Entró el 2 de enero de 1945, a través de alguno de los pasos del Pirineo Oriental, enviado por el general Luis Fernández —con documentación preparada por Domingo Malagón, el magistral falsificador del PCE— para llegar a Madrid el día 15. El de Vitini es un caso interesante. Exjefe de la brigada o división que liberó Pau (Pirineos Atlánticos) y otras ciudades francesas en el departamento de Tarn-et-Garonne, obtuvo varias victorias sobre el ejército de ocupación alemán y se convirtió en uno de los maquisards más laureados, alcanzando el grado de

teniente coronel de las Fuerzas Francesas del Interior. Su historial político se inició en la Guerra Civil a través de la UGT y el PCE. José Vitini posó para Agustí Centelles, junto a sus hermanos, en una foto que ha dado la vuelta al mundo, en la que tres guardias de asalto republicanos parapetados tras un caballo muerto se enfrentan, en los inicios de la sublevación militar, a los rebeldes en una calle de Barcelona. Andrés Trapiello, en su novela La noche de los Cuatro Caminos (2001) deja un muy favorable retrato de José Vitini recién llegado a Madrid: «Era un hombre serio, enérgico, hablaba con frialdad y decisión, y al hacerlo apenas podía disimular su fuerte acento asturiano»; todo eso además de ser muy alto, de porte distinguido y vestido a lo Monzón, es decir elegantemente.

Vitini tomó contacto a través de Hilario Pérez, coordinador eventual de las guerrillas madrileñas, con los cuatro grupos operativos en la ciudad. Pronto detectó que se trataba de hombres bien dispuestos, incluso sacrificados, pero absolutamente inexpertos; ni siquiera estaban todos armados. Con este pobre bagaje militar —que comunicó a la dirección política— pasó, cumpliendo órdenes, a dirigir varias acciones ya previstas contra la agencia de los ferrocarriles alemanes en la calle de Alcalá y contra unos locales de Falange en la calle Montesquinza, que no causaron bajas. Casi a renglón seguido, con la información pasada por Mercedes Gómez «Merche» —una asistenta soltera, responsable del servicio de información—, planificó la acción más complicada, que se fijó para el 26 de febrero de ese año 1945: el asalto a la delegación falangista de Prensa y Propaganda, sita en un chalé de dos plantas de la calle Ávila en el barrio de Cuatro Caminos, en la que participaron cinco hombres. Se trató de una «acción de castigo» que se saldó con el resultado de dos muertos.

La torpeza con la que fue ejecutado el asalto, y la mala suerte, determinaron la caída más o menos inmediata de todos los guerrilleros y de su redes de apoyo, nutridas casi íntegramente por militantes de la organización del PCE. Sin esperar siquiera un tiempo prudencial y con algunos antifranquistas ya detenidos, se sucedieron el atentado contra el diario pronazi Informaciones y el

asalto a un almacén de maderas. Una sarta de despropósitos. Entre los primeros detenidos estaba Juan Casín, un guardia municipal, casado y con tres hijos, que no tomó parte en el asalto de la calle Ávila, pero que era el secretario de propaganda de la organización y tenía instalada una imprenta Minerva en su más que humilde morada.

Los expedientes de las causas militares abiertas contra «José Vitini y diez más» y contra Mercedes Gómez Otero, «Merche», enlace, a la sazón, con la secretaría político-militar de la delegación del Comité Central, aportaban datos sobre la historia e identidad de cada uno de los detenidos, que serían juzgados en dos consejos de guerra. El juez fue el siniestro coronel de Infantería y «caballero mutilado» Enrique Eymar Fernández, verdugo de antifascistas y demócratas.

Juan Casín —que soportó muy duros interrogatorios— se había complicado la vida desde que acogió en su casa a unas personas procedentes de Valencia que tenían toda la pinta de ser los «agentes provocadores» denunciados por Mundo Obrero, llamados Demetrio Rodríguez, alias «Centenera», y otros dos, acompañados por una mujer, Magdalena Azzati; pero ni esta era una aventurera, pues se trataba de la hija del ilustre periodista valenciano Félix Azzati y ex compañera sentimental de Jesús Monzón, ni sus acompañantes eran unos traidores, sino comunistas disidentes que, abandonados por el partido, y ante el temor de caer en manos de la policía, trataban de buscar refugio en la capital de España. Casín mostró una dosis de solidaridad poco frecuente en condiciones tan adversas, les ofreció techo, comida y se comprometió a buscarles sitio en la organización.

Una sucesión de desgracias, una confianza ciega e impensable en pasar desapercibidos en una ciudad minada de policías y delatores; una guerrilla urbana que, sin más medios ni recursos que los partidarios, sin experiencia militar y sin armamento adecuado, no podían acabar de otra manera. Había cargadores de pistola con tan

solo cinco balas, y la variedad de armas era tal que resultaba difícil encontrar munición para cada una. Algunos de estos guerrilleros acabaron ante el pelotón de fusilamiento sin haber disparado un solo tiro. Pero, ¿qué es lo que sucedió en el asalto guerrillero al local madrileño de Falange del año 45?

Los cinco asaltantes esperaron hasta que el reloj dio las nueve de la noche para cruzar la verja del chalet. Era el lunes 25 de febrero de 1945. El conserje, David Lara —mecánico de profesión y padre de tres hijos, con un cuarto en camino—, estaba charlando con el subdelegado de Falange, Martín Mora, cuando tres hombres, a los que no habían visto en su vida, les apuntaban con unas pistolas y les gritaban ¡Arriba las manos! Los asaltantes cortaron el cable del teléfono y dos de ellos recorrieron el local buscando armas, pero solo encontraron fusiles viejos y mucha propaganda. Los dos falangistas fueron ejecutados. Sabemos que en la precipitada huida del grupo de asalto uno de ellos trató a otro de «cobarde» y de ser «muy chungo». Magdalena Azzati fue a recoger las armas que fueron abandonadas dentro de un capazo en un campo de fútbol. Horas después, una hija del conserje descubrió los cadáveres en un charco de sangre.

Estaba por llegar la instrumentalización de estos asesinatos por el régimen de Franco. Los muertos del monte fueran maquis o guardias civiles no salían —con contadas excepciones— en la prensa. Sin embargo, era la primera vez que se asaltaba un local de Falange en la capital y a plena luz de día. Un asunto aprovechable. La prensa de la época aireó y contó todos los detalles —algunos inventados— para criminalizar a los desconocidos asaltantes, sin exhibir las fotos de los muertos para no hacerles publicidad. Las autoridades estaban confundidas sobre la autoría, pero pronto decidieron que era cosa del maquis comunista de la ciudad; tal vez a causa de que Mundo Obrero alardeó de haber ejecutado a dos «jerarcas del régimen». El diario Abc le dedicó una portada en huecograbado con editorial y un amplio reportaje el día 27 de ese mes de febrero. El entierro fue el más impresionante que se pueda imaginar, recogido con todo detalle por las cámaras del NO-DO. Las

Hojas del Lunes en diversos lugares de España, El Alcázar e Informaciones, completaron la oleada mediática. Se organizaron masivas manifestaciones de duelo en toda España, y aquellos dos falangistas muertos se vendieron como la metáfora perfecta de la abnegación patriótica y «hombría de bien» frente a la crueldad comunista; al tiempo que el chalé de la calle Ávila era convertido en algo así como un santuario.

Los sumarísimos de los dos consejos de guerra abiertos se instruyeron con urgencia. La justicia de Franco —como instrumento de la represión política— funcionaba como un reloj suizo. José Vitini Flórez será fusilado el 28 de abril de 1945 en el acuartelamiento de Campamento y enterrado en una fosa común en el cementerio de Carabanchel, donde una modesta placa de ladrillos recuerda al héroe que fuera de la resistencia francesa. José Vitini pagaba así su arrojo y entrega a la causa del antifascismo a la temprana edad de 33 años, dejando mujer e hija en Francia. Junto a él: Juan Casín, Félix Plaza «El Francés» —uno de los probables autores materiales—, Domingo Martínez —cuya declaración condujo a las detenciones—, José Carmona, Luis del Álamo —el que fue abroncado tras el asalto, probablemente el otro autor material— y Tomás Jiménez, todos igualmente ejecutados y enterrados en el mismo lugar. Otras dos sentencias de muerte se ejecutarían el 31 de octubre.

En la práctica fueron detenidos casi todo los activos —más de veinticinco— de la que quiso ser y no fue la Primera Agrupación de Guerrilleros de Ciudad. Varias mujeres resultaron condenadas a diversas penas de cárcel; algunas atravesaron por situaciones extremas. Entre las primeras: Petra López, Isabel Alvarado y Magdalena Gómez. Entre las segundas: Rufina Murillas, la sacrificada esposa de Juan Casín; fue puesta en libertad el día que fusilaban a su marido; Mercedes Gómez «Merche», inicialmente condenada a muerte y luego conmutada por cadena perpetua, cumplió 19 años de prisión y abandonaría el PCE, tras casarse con Hilario Pérez, también exmilitante; Concepción Fería se apartó de la militancia comunista poco antes de que tuvieran lugar los hechos de

la calle Ávila, una posición que fue considerada una afrenta por los cuadros dirigentes y que le amargaría el resto de su existencia. Cristina Álvarez fue la única absuelta.

Muerte, torturas, cárceles nauseabundas; violencia por todos lados. Trapiello encontró puntos oscuros en el papel jugado por Francisco Zoroa —no confundir con Agustín Zoroa—, sustituto de «Merche» poco antes del asalto en el servicio de información, que fue también detenido, aunque «no se le incluyó ni en este sumario ni en el de «Merche». Todo rarísimo».

No más alentadora resultó la historia protagonizada por Cristino García Granda, que llegó a Madrid, con dos misiones: supervisar la tarea de «limpieza interna» para cobrarse la vida de Gabriel León Trilla. Operación, ya comentada anteriormente, que tuvo, como sabemos, una repercusión muy negativa para su otra misión, la de relanzar la ofensiva de la guerrilla urbana.

Cristino García cruzó la frontera en abril de 1945 con una decena de guerrilleros. De camino tuvieron un encuentro con la policía en Manresa. En junio alcanzaron la sierra de Guadarrama, donde sufrieron un nuevo enfrentamiento sin bajas con una patrulla de la Guardia Civil en el Alto del León [Aguado, 1975]. Llegados a Madrid, el grupo continuó realizando acciones a la francesa, como dinamitar una línea de ferrocarril o volar el salto del río Alberche en Toledo. La Guardia Civil y una sección del ejército cercaron al grupo en el molino de Las Madejas, cerca de Las Navas del Marqués (Ávila). Cristino y los suyos rompieron el cerco con fuego de metralletas, luego de dejar libres a los rehenes que habían tomado y sufrir algunas bajas.

Tras ocultarse un tiempo no tardaron en reanudar su particular ofensiva concediendo prioridad a los golpes económicos. En

septiembre asaltaron una oficina de ferrocarriles para obtener 21 000 pesetas; en octubre tomaron unas dependencias de Falange y poco después una sucursal del Banco Central en el paseo de las Delicias para apoderarse de 143 000 pesetas. Pero sobrevivir en Madrid sin cortar sus contactos con la organización del partido era tan milagroso como la conversión del agua en vino. El desastre sobrevino a consecuencia de la «liquidación» de un compañero de Trilla. La policía seguía la pista dejada por uno de los ejecutores, Francisco Esteban Carranque, alias «Sánchez», que mantenía relaciones con «La Rubia», una prostituta conocedora de sus actividades subversivas. Ambos frecuentaban un bar controlado por la Brigada Político Social (BPS). Tirando de estos hilos muy pronto se llegó al ovillo y todo el grupo de cazadores de ciudad resultó, a su vez, cazado el 20 de octubre de 1945.

El 22 de enero de 1946, Cristino García y dieciséis de sus hombres fueron juzgados en consejo de guerra y condenados a muerte. El abogado defensor alegó que aquellos hombres habían sido engañados por el PCE. Cristino García le contradijo: «Somos unos patriotas convencidos que no hemos abandonado la lucha contra los verdugos que oprimen a nuestro pueblo». García Granda y nueve guerrilleros más fueron ejecutados el 21 de febrero. De nuevo, la consabida precisión de la maquinaria judicial y exterminadora.

Como consecuencia de este proceso y de su abrupto final se organizó en casi toda Europa una campaña de desprestigio contra el gobierno de Franco. Hubo protestas oficiales del ejecutivo francés, entre otras, el cierre de la frontera ordenado por el general De Gaulle; la de José Giral, presidente del Gobierno de la República Española en el exilio, y llamamientos ante la ONU para que fuera revocada la sentencia. No fue suficiente. André Marty, por ejemplo, manifestó públicamente que «Francia puede llegar a todo [por defender a Cristino García] menos a intervenir directamente en España».

Tampoco las manifestaciones en diversos puntos de Francia y en otros países detuvieron el trágico destino de este emblemático guerrillero. Andrés Sorel, que elogia su figura, señala su obsesión por los «golpes económicos, que llenarían de aventureros el grupo». El guerrillero Olmedo, «El Gitano» o «Madriles», miembro del grupo de Cristino García, era una especie de asesino experto en «liquidaciones» que también estuvo en Francia y luego en el monte con la partida de Lucas Reguilón [Morán, 1986].

Activismo, falta de información adecuada, concepción despiadada de una ofensiva pretendidamente militar, falta de experiencia. La mejor prueba de estos errores fue la rápida detención y caída de ambos jefes y sus grupos, cuya actividad duró cuatro y seis meses, respectivamente. Sin embargo, es difícil hacerse una idea siquiera aproximada de cómo vivían los vencidos en aquel Madrid de los años cuarenta del siglo XX para comprender a estos activistas; cómo eran de crueles el ambiente, la convivencia y el paisaje urbanos para la gente corriente y en particular para los perdedores.

Es preciso mirar detenidamente las fotos de los detenidos, sus caras de hambre, de sueño agitado por la inminencia del peligro; músculos agarrotados por el frío y el miedo; el espeso silencio de la depresión contraída por el rechazo social, por la rabia contra la indignidad que padecían junto al odio de los vencedores. Imaginad, en medio de esta nada, unos disparos al amanecer, bien fueran los de las «ejecuciones» guerrilleras —muy pocos— o los muchos —se contaban por docenas— de los pelotones de fusilamiento; pensad en lo poco que valía una vida humana; pensad en el extraño ruido de la venganza emitido por el rebote de la camisa metálica de las balas sobre las paredes desnudas de un destartalado cuartel, después de atravesar los cuerpos de los desventurados resistentes, pequeños charcos de sangre casi helados por el frío de la mañana.

Una buena ilustración cinematográfica de aquel ambiente y lo canallesco de las relaciones de fuerza es el drama filmado en 1975,

bajo dirección de Pedro Olea, con el título de Pim, pam, pum… ¡Fuego! Una cinta que, pese a las cautelas debidas a la censura, recrea eficazmente tipos, costumbres y paisajes en un Madrid moralmente irrespirable. No importa demasiado que Concha Velasco —en su mejor interpretación— proteja a un maqui interpretado por José María Flotats, llegado del monte que acaba detenido y fusilado como un guerrillero urbano. Todo está bajo control de un redomado estraperlista, un magnate del régimen franquista que representa el gran Fernando Fernán Gómez.

«Tras […] la muerte de Cristino García, el PCE prácticamente abandonó la guerrilla urbana, que a partir de entonces pasaría a ser terreno casi exclusivo de los anarquistas del Movimiento Libertario Español» [Preston, 1994]. Recoge, incluso, la insinuación de Jorge Semprún de que Cristino García había sido traicionado desde dentro por manifestar su repugnancia al asesinato de Trilla.

Maquis entre el mar y la montaña

Las guerrillas de Cantabria y Asturias tuvieron —como partidas más o menos organizadas— una corta pero intensa vida. Más que de una agrupación guerrillera al uso, cabe hablar de una serie de maquis unidos por su insistencia en continuar la guerra y por discutir a Franco su victoria. Unos maquis poco susceptibles a obedecer órdenes partidarias que se mostraron colectivamente activos entre 1944 y 1949. A partir de esa fecha y hasta 1957, lo que persistió de su actuación pertenece más a la épica y los mitos que a la historia, pues hablamos de resistentes como Juan Fernández Ayala «Juanín» y Francisco Bedoya, que encajan tanto en el perfil de los héroes populares como en el de proscritos solitarios. Vivieron y murieron desafiando los límites, en continua pelea con la Guardia Civil y las fuerzas policiales.

El sacrificio de estos maquis, cuyo radio de acción abarcaba desde los Picos de Europa hasta los Montes de León, hay que enmarcarlo en un contexto diferente al de las ofensivas guerrilleras planificadas, para ocuparse de las escaramuzas territoriales dentro de un paisaje peculiar, caracterizado por la presencia de sus montañas y la estrecha franja de tierra que las separa del Cantábrico; monte, bosque, tierra y agua que se suceden en un continuo horizonte verde, cubierto en otoño por un manto de hojas amarillentas que mueve entre los hayedos el cierzo y en invierno por el blanco capote de nieve que cubrirá poblados e invernales; se oirán el canto del búho y del urogallo; a su debido tiempo, estallará entre los piornales la promesa multicolor de la primavera, para terminar su ciclo herido por la luz por un verano suave y enervante.

El componente humano que forma la base de estas guerrillas es casi todo autóctono, es decir, está constituido por gentes del terreno, en

su mayoría antiguos milicianos y soldados que habían peleado por la República en la Guerra Civil. Estas condiciones y algunas de las que siguen, determinarán en parte la escasa duración de estos grupos. Muchos de sus hombres llevaban peleando desde 1937 y cada año se incorporaban nuevos huidos. Militantes socialistas y ugetistas que, tras esfumarse la posibilidad de «estar en el monte», optaron por escapar a Francia o morir con las botas puestas, como lo harán «Juanín», Bedoya y pocos más.

Inicialmente, la guerrilla cántabra contaba con tres brigadas de unos cuarenta hombres cada una. La brigada Malumbres, creada por Mateo Obra «Malumbres», mandada por Pin «El Cariñoso», operó en la zona oriental y estaba compuesta fundamentalmente por hombres de la CNT. Este grupo fue totalmente exterminado. La segunda brigada, o brigada Cristino, estuvo a las órdenes de Martín Santos «El Gitano», que logró supervivir; y la más numerosa que fue la llamada de los «Picos de Europa», formada a finales de 1944, que llegó a contar con unos setenta hombres comandados por Ceferino Roiz, alias «Machado», que se mantuvo durante varios años peleando en torno a la hoy ciudad cántabra de Potes —entonces, provincia de Santander—. Durante algún tiempo contactó con Victorio Vicuña, un comunista, que mandó la X brigada de la UNE en Francia, que tenía por «Juanín» y sus métodos singulares tanta admiración como aversión.

A finales de 1945 se produjo una reorganización por parte de «Malumbres», que logró coordinar las agrupaciones de «El Cariñoso», «El Gitano» —en Reinosa—, «Machado» e Inocencio Aja, que operaba en los llanos de Torrelavega a las órdenes, a su vez, de Esteban Aja. Los fusilamientos de 1949 de Saturnino López y Mateo Obra «Malumbres», marcarán su total decadencia.

Es interesante resaltar las ideas contradictorias que tienen algunos de los autores que han escrito sobre los guerrilleros cántabros y asturianos. Así, por ejemplo, Andrés Sorel afirma: «Fue esta región

donde más individualismo se dio en las acciones […], acciones tendentes a su subsistencia, muchas sin contenido político» [Sorel, 1975]. Por su parte, Tomás Cossías, desde la óptica de la Guardia Civil, dirá todo lo contrario: «[…] de psicología muy parecida a la de Galicia presentó siempre una clara tendencia a las organizaciones y a la actuación política colectiva». Supone que estuvieron en todo momento bajo la influencia del «movimiento socialista obrero», y señala, también, que para batirlos adecuadamente hizo falta «enviar unidades del ejército» [Cossías, 1956].

Muchos de los recuerdos de la guerrilla en Cantabria los debemos a Felipe Matarranz González, alias «Lobo» o «José Lobo», uno de sus guerrilleros más carismáticos que en 1987 publicó en La Habana su Manuscrito de un superviviente. Asturiano de origen, se alistó como voluntario a los 21 años combatiendo en la Guerra Civil, donde fue herido y dado por muerto. Lo cierto es que fue hecho prisionero. A lo largo de su vida logró fugarse varias veces escapando de un destino fatal, y tras sufrir doce años de cárceles y torturas logró alcanzar los Picos de Europa donde se unió a la brigada Machado, llegando a comandar la VI brigada del Norte.

«Lobo» y «Machado» planearon desembarcos de armas en la playa de La Franca, enviadas desde Francia; armas que no llegaron nunca. El grupo (brigada) fue perdiendo hombres y quedó reducido a seis guerrilleros que dependían de la madre de Matarranz, que les preparaba las tortillas. La Guardia Civil se limitaba a vigilarles con la ayuda de una compañía del ejército que cercó la zona por si llegaban las armas. «Llegaron a quemar el monte para cortarnos la retirada […]».

Disuelto el grupo, Matarranz se refugió en Santander, donde fue de nuevo detenido y condenado a muerte. «Todos los días —escribe— sacaban a 16 o 17 personas para fusilar». Su madre llegó a desmayarse al creer que uno de los fusilados era su hijo, pero fue

indultado al no disponerse por parte de las autoridades de datos fiables. «El dictador necesitaba mano de obra barata» y en 1942 sirvió en los Batallones de Redención de Penas por el Trabajo hasta que contactó, por medio de un enlace, con los huidos del monte, y a partir de 1945 estuvo cuatro años al frente de la brigada citada como enlace entre las guerrillas de Santander y Asturias. Su misión consistió en pasar maquis de un sitio a otro, y con ellos «mensajes invisibles» escritos con zumo de limón o —en casos de precariedad— con orines mezclados con aspirina machacada, que podían leerse al acercarles una llama de una cerilla. La principal consigna de estos enlaces era imitar bien el canto del búho, el más difícil. Si se hacía con potencia podía oírse a unos cincuenta metros en las montañas y se emitía tras simular unas toses seguidas y silbar la estrofa de una canción, que decía: «Tengo de subir, subir». La contestación era otro canto y si la distancia era corta dar golpes con la mano en la funda de una pistola, y tras ello, aparecer con una mano en el bolsillo y la otra rascándose una oreja [Domingo, 2004].

Matarranz fue descubierto junto a su grupo en las postrimerías de 1956. Fueron cercados en una cabaña, en La Borbolla, tras una reunión con «Gildo», «Madriles» y «Guerrero». El primero recibió un tiro en una pierna pero pudo escapar a las montañas. «A “Madriles” —según Matarranz— le pisotearon una vez muerto, le desfiguraron el rostro […] y finalmente le llevaron al cementerio de La Borbolla para meterlo bajo tierra detrás de una tapia […] Le hemos hecho una placa y se la hemos puesto allí, como recordatorio».

«Juanín», de nuevo

El propio Matarranz fue apresado y estuvo encarcelado seis años, sufriendo tres consejos de guerra en los que no se le pudo probar nada importante, por lo que salió de allí para continuar en la lucha clandestina. Fue el asturiano José Magdaleno, alias «Mediometro», quién le habló de «Juanín». Contactó con él para trasmitirle una consigna escrita en tinta simpática y tuvieron una cita tras los consabidos golpes de funda de pistola. Recuerda así a «Juanín»:

«Estaba muy viejo; cuando yo lo había dejado, hacía seis años, tenía un pelo negro, fuerte, rizoso, y ahora estaba calvo y el poco pelo que tenía […] además de ralo parecía pelusa. Le encontré más gordo; en fin, estaba completamente desfigurado, diferente físicamente de cuando sorteábamos juntos la dureza de la montaña, y esa dureza era la que se reflejaba en todo su cuerpo».

Ambos consideraban que los enlaces y los puntos de apoyo estaban «quemados», o sea que estaban controlados y eran peligrosos. «[…] algunos [de esos enlaces] no nos reciben porque ya sabes el terror […] que han sembrado en todas las zonas campesinas. […] Estamos más perseguidos que las alimañas». Tuvieron una despedida amarga en la que «Juanín» dijo proféticamente: «Hasta nunca». Poco tiempo después dos guardias civiles lo asesinarían en una curva del molino de Liébana; un lugar que el guerrillero conocía perfectamente. El investigador Alfredo Cloux siempre se ha preguntado: ¿Encuentro casual o, como parece, le esperaban?

Existen desde luego numerosas versiones y teorías sobre los últimos instantes de la vida de «Juanín» pero lo cierto es que fueron el cabo Leopoldo Rollán y el número Ángel Agüeros quienes, observados en

su contramarcha por «Juanín» y Francisco Bedoya, «Paco», agazapados en un cercano monte, sorprendieron al imbatible maqui que había salido de su escondite al ver alejarse a los guardias para cortarles el paso. Todo sucedió al revés, y fueron estos los que se hicieron invisibles en la curva para aparecer de pronto uno al frente y otro a espaldas del guerrillero. Eran casi las nueve de un anochecer oscuro con un viento racheado que amenazaba lluvia. «Juanín», sin tiempo para reaccionar —empuñaba una pistola en su mano derecha y un bastón en su mano izquierda— no pudo hacer uso de su metralleta Sten colgada al hombro; comenzó a correr en zigzag y a disparar a ciegas su pistola del nueve largo. Imaginamos el seco estampido de los disparos, la llameante ráfaga de un naranjero y al guerrillero mortalmente herido. Una bala de la ráfaga lanzada por Rollán «le siega la yugular» y dos más penetran en su pecho. Todo se había consumado para el invencible héroe nacido en Potes abatido en aquella fatídica curva. Era el 24 de abril de 1957. Lejos, Bedoya disparó sin ton ni son, hasta que se vio solo y huyó monte arriba. Moriría seis meses después alcanzado por varios tiros de otro guardia civil mientras huía en una moto pilotada por su cuñado —también confidente policial— cerca de Castro Urdiales. Lograría todavía arrastrarse durante cuatrocientos metros para intentar ponerse a salvo en un desfiladero.

En la foto oficial del cadáver de «Juanín», la sangre, el subfusil caído a su lado, el bastón, los prismáticos, la cabeza ladeada y las piernas rectas; el muerto —que permaneció expuesto varias horas— parece ligeramente abotargado. Y es que en el momento de morir llevaba puestas tres camisas —conocida era su manía de cambiar de camisa para evitar los cuellos rozados o sucios— y seguramente acudía a una cita amorosa —en sus bolsillos se encontró un preservativo— con su exnovia la molinera de Liébana a la que la Guardia Civil había liberado poco antes. ¿Eran los ejecutores conocedores del encuentro? Los dos guardias civiles que le abatieron —especialistas de tiro de la brigada antiterrorista de Toledo— parecían tener muy claro cuándo, dónde y cómo debían esperarle. No obstante una de las balas era, según otra versión, de un Mauser, cosa no descartable, pues Agüeros podía estar armado con un mosquetón. Cloux insiste en que dos de las balas alojadas en

la espalda, de trayectoria descendente dejaban claro que, al menos, un tirador estaba escondido y a la espera; otras versiones culpabilizan al enlace Elías Fernández, quien efectivamente figura como confidente de la policía en el expediente que, más tarde, le fue incoado. No eran los detalles reseñados los únicos singulares en este caso. Juan Fernández Ayala, que era creyente además de comunista —militancia poco frecuente en esta región—, llevaba en sus bolsillos el día de su muerte una foto de su hermana, 8 500 pesetas, un tubo de aspirinas y una estampa de la Virgen de la Luz, extremo —este último— que fue silenciado por la prensa. Era la época en la que se presentaba —por la Benemérita y las autoridades — a «Juanín» como un bandolero cruel y sanguinario, leyenda que Isidro Cicero desmintió en su libro Los que se echaron al monte (2011), en el que hace una defensa de su nobleza personal.

Hubo también guerrilleros de estas partidas que no tenían una ideología clara, y que permanecieron ligados al maquis por razones de parentesco o similares como es el caso de Pedro Noriega, casado con Avelina, hermana de «Juanín». La casa de los Noriega era un lugar de refugio de los emboscados. «Juanín» intentó convencer a su cuñado de que se hiciera confidente del cabo de la Benemérita, José García, destinado a Comillas y antiguo amigo de la infancia para negociar una tregua; una misión de espionaje que Pedro llevó a buen puerto. Pero no contaron con el odio del guardia civil hacia el guerrillero Quintiliano Guerrero «El Tuerto» —llegado de Francia con la brigada Pasionaria— que estropeó el buen propósito. La Guardia Civil organizó una emboscada y logró matar a «El Tuerto» y otro guerrillero. Al saberlo «Juanín», dio por terminada una larga amistad y no paró hasta dar con él, y —con la ayuda de Bedoya— darle muerte.

Durante un largo tiempo «Juanín» se ocultó en la casa de los Noriega, utilizando contraseñas que colocaba en las estafetas para que se le pudiera contactar solo de noche, y renunciando a toda actividad, sin dejar por ello de cometer algunos robos para subsistir. Noriega cuenta que «Juanín» dedicaba mucho tiempo a la lectura de novelas, aunque odiaba la literatura popular, especialmente a

escritores como Marcial Lafuente Estefanía y sus novelitas de vaqueros y a José Mallorquí, autor de El Coyote. Por los Noriega sabemos que este mítico guerrillero era hombre muy pulcro y atildado. Vestía siempre con ropa limpia y se afeitaba y aseaba con esmero, incluyendo el detalle de las camisas. Solía llevar caramelos para la tos y un trozo de jabón marca Chimbo. Como casi todos los del monte era muy aficionado a las infusiones, sobre todo al llamado té del puerto, que solían tomar después de las comidas. Sus cartas personales estaban siempre escritas en clave y empleaba la frase «No tengo alubias para el puchero». La diferencia con su compañero Bedoya era su credo político, pues este último presumía de socialista, aunque decían coincidir en los objetivos finales.

Maquis cántabros en la novela y el cine

Gracias al texto de Matarranz conocemos algunas de las ocupaciones de estos maquis, tales como que invertían mucho tiempo en la reparación de sus zapatones, dotados de remaches metálicos en la puntera y el tacón o que iban provistos de dos botas colgadas al cuello: una para vino y otra para agua. También algunos de sus motivos de desazón por el aislamiento que padecían:

«Cuántas veces hemos estado camuflados cerca de una aldea cuando era el baile. Allí solamente había risas y cánticos, pero nosotros nos conformábamos con mirar por los prismáticos. Otras veces estábamos cerca de la playa presenciando el desfile de hombres y mujeres en trajes de baño, felices y contentos, y nosotros rumiando nuestra soledad […]».

Pero también su relato está atravesado de notas muy pesimistas:

«Nuestra vida era todo sufrimiento y todo dolor porque unas veces pasabas muchísima hambre, otras veces eras perseguido, tenías que andar escondido […] donde no subían ni los lobos, allí no había comida y cuando bajabas estaba todo lleno de falangistas y guardias civiles […] De los que éramos, 27 o 28 cayeron asesinados. Quedamos solo uno que vino de Francia, que le habían pegado un tiro en una pierna, Jesús de Cos y yo».

Julio Llamazares consiguió plasmar de manera poética y emocionante las andanzas de los huidos y los maquis en su novela Luna de lobos (1985). En ella, el paisaje y la lucha armada se

funden con la vida de tres combatientes republicanos que sobreviven como lobos acorralados entre 1937 y 1947 guiados por una mezcla de rabia vengativa y esperanza en un futuro mejor. El siguiente fragmento es una muestra de su intensidad dramática. Los maquis han atrapado a un cura franquista responsable indirecto del asesinato del hermano de uno de ellos:

«—Hemos venido a matarle.

El temblor de las manos de D. Manuel se detiene bruscamente […]

Mi metralleta, fija en sus ojos, le obliga a desistir de su primer impulso, levantarse […]

—Yo no sé nada de tu hermano, ni de nadie, dice el cura.

—No mienta […] Nosotros somos como Dios: Lo vemos todo desde ahí arriba […] Le entregó a sus perseguidores para que lo remataran […] ¡Levántese y deje de rezar, que no le va a servir de nada» […].

Los maquis no matan al cura, sino que lo dejan huir con su mala conciencia, mientras siguen su camino escapando de las encerronas de los civiles. En este párrafo Llamazares nos acerca a la difícil situación de los enlaces:

«Son ya seis años los que llevan así, viviendo en silencio, aterrados, en la indecisión de la pena que les mueve [a los habitantes de un pueblo que acoge a los maquis] a ayudarnos y el miedo, mayor, cada vez, a las represalias».

Pese a lo bien armados que, en ciertas películas, se suele presentar a los maquis, la dura realidad es que el armamento del que disponían era muy precario y claramente insuficiente. Hubo momentos en los

que la brigada Machado se las arregló con solo cuatro metralletas traídas de Francia y lo que llevaban puesto: unos viejos fusiles Mauser, unas cuantas pistolas —algunas inservibles— y unas pocas bombas de mano. Tampoco se tomaban especiales precauciones en los intercambios con los enlaces. Las nuevas tácticas penetraron muy poco a poco a través de las enseñanzas de los maquis llegados de fuera. No solo había que establecer la contraseña sino esperar a que se presentara el enlace, escondido, y cuando se estaba seguro de que este no era seguido, formalizar el contacto.

En 1944, los grupos de Vicuña y Malumbres realizaron una incursión en el País Vasco que no logró prosperar por falta de recursos. Luego Vicuña marchó para Asturias con «El Químico» y ya no volvió más. Se llegó a decir que, fue «eliminado» por orden de su partido. «Malumbres» fue quien ayudó a Jesús de Cos a reorganizar, entre 1945 y 1946, las tres agrupaciones —País Vasco, Asturias y Santander—, que funcionaron mejor sobre el papel que sobre el terreno. Pero al poco se produjeron diferencias entre ellos y la Guardia Civil acabó con «Malumbres».

La novelesca caída de la familia Noriega precipitó la debacle de estos núcleos. Ocurrió que tras un tiroteo en el pueblo de Tama, donde se habían ocultado «Gildo», «El Tuerto» y «Pin», resultó muerto el sargento de Potes, José Sanz, y los guerrilleros «Gildo» y «Pin»; los demás se vieron obligados a huir. Los miembros de la familia Noriega fueron claramente señalados, desde ese momento, como enlaces de la guerrilla y detenidos días más tarde. Esto sucedía ya en 1952.

No son pocas las opiniones que consideran Los días del pasado, película dirigida por Mario Camus en 1977 como uno de los mejores intentos de reflejar en el cine la vida de los maquis y sus dificultades cotidianas, así como lo firme y difuso de sus aspiraciones políticas y sociales. A una pregunta sobre cuales eran los motivos por los que luchaban en el monte; un ¿por qué estamos

aquí?, formulado por un guerrillero que se debate entre continuar o dejar el monte, otro de los partisanos consultado por el jefe del grupo, contesta con un ambiguo: «Estamos…» por toda explicación. Camus acierta en cuanto al tono, el estilo y el tratamiento de personajes, ambientación, paisajes, etc., si bien existe una cierta confusión en cuanto a la datación del tiempo en el que sucede la historia que se nos cuenta.

La cinta narra las vicisitudes de Juana —Marisol o Pepa Flores—, una maestra malagueña que busca a su exnovio Antonio —Antonio Gades—, del que ha tenido noticias de su presencia en un pueblecito de Santander con el fin de convencerle de que deje la guerrilla y traten de organizar su vida en Francia. Para ello solicita y obtiene la plaza vacante desde hace años en ese pueblo donde opera una partida que dirige «El Capitán» —Fernando Sánchez Pollack—, y logra contactar con Antonio. Se sucederán las explicaciones y escenas de amor pero Juana desiste, al entender que Antonio no tiene otro recurso que sustituir a su jefe muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Camus utiliza la precaria existencia de la escuela rural y la miseria del contexto como símbolos del estancamiento de la guerrilla y de la desesperanza de los maquis. También es reseñable la disciplinada utilización de los símbolos de representación política. Nunca aparece, en la película, la enseña tricolor republicana —porque en el año 1977 el PCE había renunciado, por el pacto de la transición, al uso público de la misma—, si bien algunos momentos están subrayados por una versión orquestal de calculada solemnidad de la canción popular ¡Ay, Carmela!, utilizada aquí como símbolo de identificación republicana.

El silencio, el ulular del cierzo en los árboles, el frío, la lluvia y el barro, el hambre y la miseria, se convierten en elementos de análisis al subrayar lo inviable del mantenimiento de la guerrilla en condiciones tan adversas. El férreo control de la Guardia Civil y la

«brigadilla» sobre todo lo que se mueve parecen acentuar esta opción.

En tierras de leyenda solo «Juanín» y Bedoya permanecieron en los montes hasta el año 1957, sin organización alguna que les respaldara, poniendo de relieve una valerosa y quijotesca forma de entender el maquis pese a la proliferación de sus golpes económicos que llegaron a proporcionarles, entre 1953 y 1957, un botín cuantioso. Sus motivaciones idealistas están bien claras. Siempre desoyeron los numerosos consejos —bien fundados— para tomar el camino del exilio. De «Juanín» se cuenta que dijo en una ocasión a la madre de uno de sus mejores amigos que no se le había perdido nada en Francia y que «prefiero morir aquí como un valiente que en el extranjero como un cobarde». Una muerte más que anunciada.

8

La «guerra chica» de Andalucía

«… y sin dignarse mirarme, se internó en la sierra».

Benito Pérez Galdós, Juan Martín El Empecinado.

La presencia y actividad de los huidos y guerrilleros en Andalucía afectó a las zonas montañosas de ambas cordilleras béticas, ora áridas y agrestes bajo el sol del verano, ora inhóspitas y nevadas durante el gélido invierno. Los resistentes se hicieron fuertes, sobre todo en las tierras de Córdoba y Jaén, de Granada y Málaga, llegando a irradiar su influencia por tierras de Cádiz y Huelva, Sevilla y Almería, e incluso más allá de sus fronteras, en Ciudad Real, Badajoz y Albacete. La huella y el eco de su existencia trascendió —entre otras consideraciones— por la radicalidad de sus enfrentamientos con las fuerzas represivas; enfrentamientos que, en muchos casos, no eran tan solo políticos sino también de clase y estuvieron marcados por peculiaridades culturales e incluso condicionantes geográficos, mayormente orográficos. Buena parte de este territorio carecía de carreteras como tales por lo que el acceso a las zonas montañosas era difícil y peligroso.

El caso de Andalucía es complejo. Buena parte de su territorio, con sus mayores ciudades, fueron ocupadas por los rebeldes al poco de iniciarse la Guerra Civil, por lo que fueron también muy numerosos los republicanos que prefirieron «echarse a la sierra» para evitar la represión. Sin delitos de sangre pendientes, en la mayoría de casos, se negaban —tras conocer experiencias más igualitarias— a ser el blanco de las humillaciones impuestas por los vencedores, en connivencia con los «señoritos». Mantenían el orgullo de ser o haber sido oficiales de un ejército derrotado pero no moralmente vencido.

Tales fueron, valgan como ejemplos, los casos de los hermanos «Jubiles» o de Julián Caballero en Córdoba; de las partidas de Granada o las de «Salsipuedes» y el famoso «Cencerro» en las sierras de Valdepeñas de Jaén. Bastantes de estos líderes, incluso procediendo de la militancia comunista, socialista o anarquista, operaron en estos territorios por su cuenta y riesgo sin apenas conexiones ni directrices políticas ni militares. A partir del declive del poderío alemán en la Segunda Guerra mundial algunas de estas partidas tenían la intención de unirse al imaginario «Ejército Guerrillero de Andalucía» soñado por el PCE, cuyos únicos destacamentos organizados fueron los de la 3ª Agrupación que operó en el norte de Córdoba y en el sudeste de Badajoz entre 1946 y 1947, y la llamada Agrupación del Roberto, que se mantuvo hasta 1952, principalmente en territorios de Málaga y Granada.

Pese a todo, la insurgencia guerrillera de los años cuarenta en Andalucía presenta un balance que permite observar su escasa similitud con la tipología del maquis que impulsó aquellos años la dirección del PCE en otros lugares de España, tras sus experiencias en el exilio francés y en la Résistance antinazi. Sin embargo, la resistencia armada al franquismo en las sierras Morena, Nevada y otras, fue enconada y difícil de doblegar por el aparato represivo de la dictadura. Fueron las guerrillas de Andalucía, junto a las de Levante y Aragón, las que mantuvieron —por más tiempo— su porfía contra Franco. «La guerrilla fue la pervivencia, no solo del republicanismo democrático sino, sobre todo, del movimiento obrero […] de los años treinta, de la conciencia obrerista y de clase, más allá de la derrota de 1939». Existían «Muchos líderes [que se unieron a los huidos y maquis] surgidos del tajo y de la fábrica [que] fueron alcaldes, concejales o diputados provinciales durante la República»; algunos de ellos estaban imbuidos por la pedagogía emancipadora de algunos maestros racionalistas andaluces que fueron condenados y ejecutados, en algún caso, «sin más “crimen” [en su contra] que haber instruido a los humildes del agro andaluz». Hubo decenas de huidos que habían sido comisarios de guerra, militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), e incluso «niños de la noche» o habían formado parte de los comités revolucionarios al iniciarse la Guerra Civil [Moreno, 2002].

Andalucía vivió la más intensa fase de huidos de toda la historia guerrillera, tanto que da la impresión de que en algunos de sus escenarios no llegó a superarse.

Los guerrilleros, más que los hombres del monte, eran aquí «los de la sierra», y la dura pelea que sostuvieron contra la Guardia Civil, Falange y, por momentos, con destacamentos militares, vino en llamarse por el pueblo llano «guerra chica». El acercamiento a la historia de estos peculiares maquis nos descubre a gentes muy comprometidas con el (su) nicho familiar, próximo y local; convicciones más cercanas a sus raíces y formas de vida; capaces —no obstante— de pagar un alto precio por defenderlas.

La Agrupación de Guerrillas Granada-Málaga

El espacio de la Agrupación de Guerrillas Granada-Málaga fue común con la zona oriental de Málaga —la Axarquía— aunque afectó a otros puntos de la sierra de Granada como la Vega, la Costa, la Tierra de Alhama, el Temple, buena parte de sierra Nevada y, sobre todo, a la intrincada comarca de Las Alpujarras, con ramificaciones hacia Córdoba, Almería y Jaén.

Es interesante conocer que la zona donde se desenvolvieron estas guerrillas presentaba una estructura agraria en la que «coexisten las zonas latifundistas y las de minifundio» [Azuaga y Romero, 2003]. La mayoría de sus habitantes eran campesinos pobres que habían conocido los intentos de reforma agraria de la República y participado en las colectivizaciones. Entre estas personas —incluso familias enteras— existía un fuerte rechazo del franquismo y se reclamaba la desaparición de los latifundios, que se concebía —en todo caso— bajo un régimen de protección del pequeño agricultor. En 1945 las demandas de desahucio contra varios colonos de la comarca de la Axarquía fueron denunciadas por las partidas guerrilleras; se creó un foco de tensión y malestar social. Esta situación fue reconocida por la Iglesia católica en relación con las grandes fincas rurales de la provincia de Málaga. Veamos lo que, al respecto, decía el entonces obispo de Málaga, Ángel Herrera Oria: «Hay dos Málagas que se llaman católicas […] la Málaga de las fiestas continuas y ostentosas, que son una ofensa a tantos hermanos que […] llevan una vida de miseria y de hambre […]. [La] Málaga que no se da cuenta que la vida de ostentación y de lujo tiene que terminar». El párroco Bartolomé Payeras, envió cartas al obispo denunciando los procedimientos franquistas, siendo trasladado de parroquia al ser considerado un colaborador de la guerrilla [Azuaga y Romero, 2003]. Otra fuente de descontento era el problema del desempleo crónico, que sumía en la miseria a gran parte de la población campesina. En este contexto es en el que surge

la Agrupación Guerrillera de Granada (AGG) en 1946.

La lucha en esta región revistió, por momentos, gran violencia, no solo entre los enemigos y por razones políticas —fuerzas represivas y guerrilleros— sino para dirimir tensiones internas en las partidas, por cuestiones personales o de liderazgo. Llama la atención esa «violencia que tuvo por destinatarios a sus propios compañeros» [Azuaga y Romero, 2003]. Se da una cifra de entre catorce y veinte guerrilleros ahorcados y de un buen número de heridos por trifulcas internas; si bien estas cifras provienen de testimonios orales, en muchos casos imposibles de comprobar por otros medios. Algunos jefes de partida actuaron como delatores y confidentes, como, por ejemplo, José Mederiz «Tarbes», a quién darían muerte otros guerrilleros. El caso más significativo —entre los que fueron acusados de delación— fue el de José Muñoz Lozano, alias «Roberto», jefe indiscutible de esta Agrupación.

La Agrupación de Guerrillas Granada-Málaga estuvo compuesta por las partidas: «del Roberto», «Fermín Galán» o «del Bernabé» y la de «Manolo el Rubio»; partidas que en ocasiones coexistieron y colaboraron, y en otras se bifurcaron adentrándose cada una por su cuenta en distintos territorios.

En 1944, el PCE sufrió una importante caída en Granada que afectó igualmente a Málaga. Con el propósito de superar esta situación llegó, procedente de Francia, Ramón Vías y se fundó en Málaga la primera agrupación que intentó enlazar estos grupos con los que operaban en Granada y Jaén. Todo se frustró al ser capturado Vías por la policía a finales de 1945. En 1946 se promovió, por los comunistas, la llamada Agrupación de Fuerzas Armadas de la República Española (AFARE), cuyo mejor logro fue la consolidación de la AGG. Las partidas crecieron con la llegada de «Tarbes» y Felipe «El Asturiano», que disponían de amplia experiencia por su lucha en el maquis francés. Al tiempo se produjo la llegada de José Muñoz Lozano, «Roberto», para asumir el mando de la Agrupación

por orden de la dirección. Una vez en Andalucía, «Tarbes» se trasladó a Granada por orden de Roberto, que se constituyó en el líder de estos núcleos e intentó unificar las partidas de Granada a través de contactos con Ricardo Beneyto «Ramiro» y la partida de Juan Francisco Medina «Yatero» —jefe en la sierra—, sin conseguirlo «por las diferentes apreciaciones —según Aguado Sánchez— y diferencias políticas de los componentes de las partidas».

Las reticencias entre los distintos jefes impedían constituir un Estado Mayor que aglutinara las distintas posiciones. La insurgencia, sin embargo, se extendió por sierra Nevada y la zona occidental de Las Alpujarras, alcanzando también otros puntos. La agrupación quedó estructurada en dos compañías cuyos jefes fueron Rafael Castillo y Ramón Rodríguez «Rabaneo», sustituido más adelante por Francisco López «Polopero». Casi todos sus componentes habían sido, previamente, huidos sin control político efectivo hasta la llegada de Ramiro Fuente Ochoa. «Tarbes» —considerado un vividor— fue acusado por intentar usurpar la dirección política y tener malas referencias de su paso por el País Vasco.

En el verano del 46 se produjeron numerosas detenciones de comunistas en Granada. El entonces teniente de la Guardia Civil, Manuel Prieto López —que llegaría a general—, comparó los textos de las octavillas que se lanzaban en la Universidad con los de la propaganda guerrillera, y logró atribuir la procedencia de los escritos a una misma máquina de escribir que manejaba Ana Mingorance, «Diana», que se ganaba la vida pasando apuntes para los estudiantes. La propia «Diana» confirmó la historia de la máquina de escribir, tras ser sometida a tortura en el cuartelillo por los guardias civiles. El resultado fue la detención masiva de sesenta personas en los términos de Granada, Santafé, Loja, Iznalloz y otros.

A finales de 1946 «Roberto» comenzó a dirigir la AGG con dieciséis

hombres a sus órdenes, consiguiendo al poco que se le sumaran otros grupos como el de José Fernández «Nene». La acción más sonada de esta época fue el secuestro de Ángel Herrero, en su propio cortijo de Los Almendros, al que se le pidieron 250 000 pesetas, pero la operación salió mal, resultando muerto el propietario, tras agredir a un guerrillero. Este tipo de actuación, basada en secuestros y el cobro de las cantidades pedidas para rescatar a las víctimas con el fin de autofinanciarse, presentaba consecuencias indeseadas y no pocas limitaciones. Sin embargo, sirvió de modelo para actuaciones posteriores, resultando por el uso y abuso de las mismas una constante sangría de vidas humanas que debilitó el flanco político y alimentó el proceso de deshumanización de estas frágiles organizaciones.

Estas partidas, con dirección de la minoría comunista, disponían de una composición variopinta con mayoría anarcosindicalista. En los inicios de 1947 algunos de sus grupos más activos, con libertarios en sus filas, como los del «Yatero» o el de los hermanos Galindo, cesaron prácticamente su actividad. La CNT, reacia a mantener la guerrilla, redujo sus acciones a la preparación de atentados contra Franco, esforzándose por lograr un pacto con los seguidores de don Juan de Borbón «para derrocar al Régimen». Este momento es también en el que desaparece la actividad de la numerosa e incontrolada partida de los hermanos Quero —Pedro, Antonio, José y Francisco— que se había desenvuelto a partir del barrio del Albaicín, en Granada, merodeando por los alrededores de la ciudad. Jorge Marco manifiesta dudas respecto a considerarlos guerrilleros, aún reconociendo que tuvieron un marcado sustrato político, justificando su inclusión como fenómeno particular del «bandolerismo social». Los Quero pertenecían a una familia de catorce hermanos, con dedicación habitual a los hurtos y el comercio derivado de estos, pero al producirse el golpe militar del 36 en Granada donde resultó fusilado el marido de una de sus hermanas, habían decidido pasarse a la zona republicana, luchando en el EPR. Su trayectoria posterior derivó hacia la indisciplina y la continuación de sus actividades delictivas [Marco, 2008].

La «Agrupación del Roberto», un caso aparte

Las disensiones internas en la agrupación granadina entre comunistas y anarquistas facilitaron su pronta desarticulación [Aguado, 1975]. «Tarbes» —como hemos visto— colaboró con la Guardia Civil, denunciando a antiguos compañeros que le dieron caza hasta matarlo en Órgiva entre marzo y mayo de 1947. También fue detenido Ramiro Fuente Ochoa y cayó el aparato de propaganda del PCE por esas fechas. «Roberto», pese a las dificultades, logró dominar toda la agrupación con mano de hierro, y luego agrandarla por lo que la Guardia Civil comenzó a llamarla «Agrupación del Roberto».

El teniente coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia Pérez, en su doble papel de agente represor e historiador de la guerrilla establece, en uno de sus informes, este retrato de «Roberto»:

«Este individuo […] por sus condiciones de carácter, inteligencia y dotes de mando […] consiguió rápidamente hacerse respetar por todos […] formando el esqueleto de dos batallones que tituló 6º y 7º […] dotándolos de mandos de su confianza y constituyendo con todo ello la titulada Agrupación de Guerrilleros de Granada-Málaga».

Los medios y el armamento de los que dispuso «Roberto» —una docena de pistolas ametralladoras Colt, naranjeros «recuperados» a la Guardia Civil, escopetas de caza, granadas de piña y prismáticos, amén de las armas cortas—, eran escasos, pero la moral y la disciplina eran ya otras.

La actividad bajo su mando aumentó a partir del verano del 47. Según la Guardia Civil, asesinaron a Antonio Ortiz por no haber recibido las 30 000 pesetas con las que pusieron precio a su libertad, pero consiguieron 10 000 pesetas en un atraco y tras eludir una emboscada mataron al guardia civil Antonio Martín González. El cuartel general de la Agrupación se encontraba en la cumbre de Cerro Lucero, en cuyas inmediaciones se establecieron campamentos. «Roberto» castigó la deserción y la indisciplina de los suyos con extrema dureza. Implantó un esquema de funcionamiento basado en el espionaje interno para disponer de un control total sobre disidentes e inconformistas. Si eran descubiertos, y tras un «juicio popular», los culpables eran condenados y ahorcados con una delgada soga de esparto o hierbas trenzadas.

En agosto de 1947 la guerrilla da muerte al guardia civil José Collado y al propietario de un cortijo que se había negado a entregarles 150 000 pesetas, entre otras acciones. Cercados por una operación de la contrapartida, «Roberto» perdió cuatro guerrilleros. Tras una serie de enfrentamientos que ocasionaron muertos por ambos bandos, «Roberto», no obstante, asciende en la consideración como guerrillero y la composición de sus fuerzas y sus delitos contra la vida y la propiedad, tanto de guardias civiles como de particulares, resaltando la edición, a ciclostil, de un periódico informativo titulado Por la República y su potente actividad proselitista, incorporando a más de cuarenta «bandoleros» [Aguado, 1975]. Los mejores partisanos formaron el «Grupo de Enlace» y actuaron como escolta de «Roberto y comisarios políticos de sus camaradas. «Roberto» ordenó el cambio de nombres de guerra y uniformó a sus hombres con boina, zamarra o cazadora, pantalón de pana y botas camperas. Un sistema tan restrictivo que alejó —sin pretenderlo— a algunos colaboradores y propició más de una deserción.

Al destinar a Pepe «El Catalán» a la sierra de Lújar, «Roberto» intentó ampliar el campo de operaciones y proseguir así, sus acciones cada vez más osadas. Pese a once bajas contabilizadas y las deserciones, su destacamento se mantuvo entre ciento cincuenta y

ciento sesenta hombres, llegando a cerca de los doscientos en 1949; habiendo «recuperado», por asaltos y cobro de rescates, cerca de un millón de pesetas. El 29 de marzo de 1948 lograron coger desprevenidos y aniquilar, en la sierra de Las Cázulas, a un pelotón de Infantería del Regimiento Nápoles nº 24, de guarnición en Almería, dejando muertos a siete soldados y al cabo primero que los mandaba, y heridos a los cinco restantes. Fueron perseguidos a partir de entonces con saña, dejando varios muertos en su retirada pero sin caer en ninguna emboscada definitiva. Tras el asalto a un cortijo cercano a la ciudad de Granada, murieron Pepe «el Catalán» y tres guerrilleros más. El grupo se reforzó con nuevas incorporaciones.

Limia Pérez, el exterminador

Para zanjar tan enojoso asunto, el mando militar de la Guardia Civil decidió el 15 de octubre de 1949 encargar al teniente coronel Eulogio Limia Pérez, con brillante hoja de servicios como exterminador de maquis en Toledo y Ciudad Real, la dirección de las operaciones en la provincia de Granada, con el fin primordial de acabar con la guerrilla del «Roberto».

La primera medida de Limia se centró en la «guerrilla del llano», es decir, en acosar de forma permanente a enlaces y colaboradores, en la búsqueda de confidentes, etc., con el fin de contrarrestar las ayudas que los familiares de los guerrilleros recibían de estos. Limia aseguraba que los maquis gratificaban a enlaces y suministradores con dinero procedente de atracos y secuestros. «De cuando en cuando [los colaboradores eran] gratificados con 500 pesetas» [Aguado, 1975]. Limia concibió un plan, del que extraemos este fragmento: «Para cortar esta situación se procedió a detener a las esposas y padres de todos los bandoleros y adoptar medidas contra sus haciendas contrarrestando el dinero de la agrupación». Se me hace difícil imaginar a los miembros de las partidas en el papel de hacendados.

No tardaron en caer los jefes más significativos de algunas partidas, como Lozano, comandante del 7º Batallón, arrastrando nuevas deserciones. Pese a todo, en un alarde de eficacia, la Agrupación logró cincuenta altas en Granada y nueve en Málaga, pero las nuevas incorporaciones aunque mejoraban la estadística, no podían suplir la experiencia. En 1950, debilitadas sus fuerzas por todo este desgaste, «Roberto» decide trasladarse a la sierra de Loja; se reúne en un pleno con noventa combatientes y señala nuevos destinos con cambio de escenarios. Pero la metodología de acción basada en los

atracos y secuestros no varía y si bien estos aseguraban el mantenimiento de la organización y los servicios de ayuda, sus costos eran cada vez mayores. La metáfora del pez que se muerde la cola puede valer para la situación de esta Agrupación tras finalizar 1950. A principios del año siguiente parecía destinada a extinguirse.

Mientras tanto, en las zonas del Campo de Gibraltar y la serranía de Ronda, en Málaga, hubo pugnas entre anarcosindicalistas y comunistas para obtener el control de las guerrillas, que se desarrollaron a partir de 1944 bajo el mando de Bernabé López y la actuación de maquis como «Bendito», «Caracoles», «Libertario» y «Emilio». Esta guerrilla sufrió un desplazamiento hacia la provincia de Cádiz y el Campo de Gibraltar, alentadas por grupos antifranquistas que habían surgido tanto en el Peñón como en la ciudad de Tánger hacia mediados de 1945; organizaciones que se autodenominaron del Llano y del Campo, sostenidas, según la Guardia Civil, por el envío de armas, propaganda y dinero desde el exterior.

Como jefe de estas nuevas partidas fue nombrado «Manolo el Rubio», un comunista que poco antes había encabezado la extinta Agrupación de Guerrilleros «Stalingrado». Inicialmente se utilizaron los métodos típicos: asaltos, secuestros y rescates, mientras se planificaban desembarcos de activistas procedentes de Tánger, que fueron abortados por la vigilancia constante de la Guardia Civil. Estas partidas, ahítas de merodear por su cuenta, trataron de unificarse tras una reunión entre Bernabé y «Manolo el Rubio». Bernabé, que había sido guardia civil y comandante del ejército, se sobrepuso a las maneras de «Manolo el Rubio» e implantó, como método de actuación, su propio reglamento «por el que sus hombres satisfacían de forma proporcional y mensualmente la cantidad precisa para gastos de enlaces […]». También se estableció que el armamento era de libre adquisición y propiedad, y que se respetarían las ideologías de cada cual, siempre y cuando hubieran demostrado, para unirse a la lucha, su aversión a Franco y Falange.

«Manolo el Rubio» incorporó a su partida a fugados de la cárcel de Málaga. Uno de ellos, José Chicón, también ex guardia civil y ex comandante republicano en el frente de Madrid, trabajó por dar vida a la organización del PCE en estas zonas, siendo detenido en Estepona en 1945. Cuando se reincorporó reorganizó el sector emitiendo un comunicado que firmó «el Rubio»: «Va siendo hora de que todos comprendamos que el cambio del régimen de Franco por la República es cosa de nosotros, los españoles […]». No se veía más salida que «proseguir la [su] Guerra Civil contra los enemigos del pueblo». El conocimiento, por parte de estos activistas, de lo que ocurría en la España real de 1945 no hubiera superado el más elemental examen.

Esta guerrilla realizaría incursiones hacia Medina-Sidonia, mientras una parte de ella continuó merodeando por la serranía de Ronda, sin cambiar su metodología para sobrevivir. El problema era que cada vez había que pagar un precio más alto, pues abundaron los muertos por uno y otro bando, así como los asesinatos en muchas ocasiones de los secuestrados o propietarios de los cortijos. El intento de conexión de Bernabé con el Comité Regional de la CNT de Sevilla resultó un fracaso y ambas organizaciones cayeron bajo el fuego de la Guardia Civil en abril de 1947. Cayó también un gran número de enlaces y colaboradores; se intervino documentación y una emisora-receptora. Bernabé se vio obligado a refugiarse de nuevo en las proximidades de Ronda y, más tarde, ante el acoso de las fuerzas represivas, se internó en la provincia de Cádiz, donde todavía efectuaría en agosto un doble secuestro que le reportaría amplios beneficios: 170 000 pesetas, lo que le permitió vivir durante un tiempo sin dar señales de vida.

La sucesión casi continua de asaltos y las muertes de inocentes promovían la inactividad y acentuaban la desmoralización. La actuación de las partidas dirigidas por «Manolo el Rubio», y las de Bernabé, fueron desautorizadas y en su lugar apareció la Agrupación de Guerrilleros Fermín Galán, que desplazaría su teatro de operaciones a Badajoz donde, no obstante, Bernabé y «Manolo el Rubio» quedaron adscritos al Estado Mayor como ayudante —el

primero— y jefe de propaganda —el segundo—. La vida de esta nueva agrupación formada mayoritariamente por anarquistas fue muy corta ya que se sucedieron con rapidez las detenciones y encuentros armados con la Guardia Civil que terminaron con el asalto por ésta al campamento del Cerro de la Atalaya; resultando esta agrupación prácticamente desarticulada. Su caída repercutió en los organismos de dirección de la CNT-FAI de Sevilla y terminó con las ramificaciones que se habían iniciado en Badajoz y Cádiz. Finalmente, «Manolo el Rubio» y algunos de los suyos fueron rodeados en la noche del 17 al 18 de diciembre de 1947 en el caserío María Jesús e intimidados para rendirse, pero abrieron fuego y resultaron muertos en la refriega.

Almería fue también escenario de algunas incursiones dentro de la fase de los huidos y contó desde 1939 con algunas partidas encabezadas por Juan Nieto Martínez, el «Cuco», «Gregorio», «Carbonero», «Cantaor» y Manuel Pérez el «Mota», que incrementaron su actividad a partir de 1942. Tras una existencia precaria, pese a la presencia de una organización comunista en la ciudad de Almería, que se mantenía oculta desde la Guerra Civil, estas partidas fueron totalmente desmanteladas poco después. El «Cuco», que se internó en la sierra de los Filabres para aproximarse a Baza, esperó refuerzos pero nunca tuvo los suficientes para organizar una verdadera partida, intentando varias acciones individuales que terminaron en fracasos, muriendo en un tiroteo en julio de 1947.

Todo acabó en la primavera de 1948, excepto para el grupo del «Mota», que resultó un quebradero de cabeza para las fuerzas represivas al mando de tan solo cinco hombres. Era un maestro del disfraz y ataviado como cura, militar, empleado de una funeraria, miembro de la «brigadilla» o inspector de Hacienda, se escabullía una y otra vez, tras dar sus golpes económicos. Fue detenido en 1956 por una delación en el cortijo de San Miguel en Banahadux en Almería.

Un final inesperado

Al finalizar 1950, «Roberto» resurgió con su antigua agrupación, que, según fuentes de la Guardia Civil, contaba de nuevo con «noventa y cuatro forajidos». Tuvo que improvisar nuevos mandos, reajustar grupos y buscar enlaces, amén de actuar con inusitada cautela. Sin embargo, «Roberto» fue muy criticado al plantear medidas tales como autorizar la opción de abandonar el monte a los que no estuvieran dispuestos a permanecer en él. Esta medida y su propia autoridad fueron puestas en duda y rechazadas, quedando reducido al triste papel de jefe nominal. En la práctica mandaría el Grupo de Enlace, que decidió continuar con el tipo de acciones reseñadas, lo que les llevó a nuevos enfrentamientos con la Guardia Civil y las contrapartidas.

Tras una serie de encuentros van cayendo algunos de los guerrilleros más experimentados, tanto en Málaga como en Granada. Resumiendo, el 31 de enero de 1951 son abatidos «El Gregorio» y, poco después, «Gonzalo» y «Patricio». El teniente coronel Limia Pérez ordenó lanzar octavillas con el título de «A los bandoleros engañados», donde facilitó un listado de nombres con apodos y censo de muertos entre 1949 y 1951; sumando sesenta y ocho partisanos eliminados y diecinueve capturados; quince asesinados por traidores, y otros once denunciados y luego detenidos. La hoja terminaba con un llamamiento a la rendición, a cambio de respetar las vidas de aquellos que depusieran las armas, tildando a «Roberto» de «criminal y bandolero». Llama la atención, en estos listados, el elevado número de muertos en contraste con la precariedad de heridos o detenidos.

La guerrilla del «Roberto» no será doblegada del todo hasta finales de 1951. El teniente coronel Ángel Fernández Montes de Oca,

primer jefe de la comandancia de Málaga, puso punto final a esta Agrupación mediante una «brillante» argucia. Enlaces convertidos ya en confidentes comunicaron a los guerrilleros que el partido lo había dispuesto todo para evacuarles al extranjero. Era necesario abandonar la sierra y trasladarse a Málaga, discretamente. Y así fueron saliendo de dos en dos. Iban a parar a un camión de la Guardia Civil, donde algunos números, disfrazados de obreros, aparentaban dedicarse a la carga y descarga del vehículo en el puerto. En enero de 1952, su último superviviente «Manuel», fue primero capturado y poco después —al intentar «fugarse»— muerto a tiros. Quedaban grupos aislados, los cuales —tras la detención de «Polopero»—, bajo el mando de «Pablo», se internaron, primero en la provincia de Jaén, para buscar su último refugio en los montes de Albacete.

«Roberto», el último líder guerrillero de Andalucía oriental, tras entregarse a las autoridades poco antes del desastre final, negoció la reducción de su condena de pena de muerte a cadena perpetua, a cambio de entregar a sus compañeros. No obstante, fue fusilado en Granada en 1952, y es que la justicia franquista, como los caudillos de la antigua Roma, no devolvía con equidad los favores prestados [Marco, 2008].

La persistencia de los huidos

La primera provincia de Andalucía que contó con un considerable número de huidos, adelantados de la resistencia en estos parajes, fue, al parecer, la de Huelva, en la frontera con Portugal. Francisco Gómez «Cerreño», excombatiente y evadido de un campo de concentración franquista, capitaneó una partida desde los inicios de 1937. Para sobrevivir, su grupo, formado con otros evadidos, se dedicó un tiempo al contrabando, siendo detenidos e incluso juzgados en Portugal en las postrimerías de la contienda.

Proliferaron las partidas que se defendían de unidades del ejército de Franco o de grupos de Falange en las zonas ocupadas, mientras la Guerra Civil seguía viva en otros frentes y lugares de Andalucía o Extremadura. El objetivo de esas partidas era alcanzar las líneas republicanas más que ejercer represalias por su reciente derrota. Entre otras cabe mencionar las comandadas por José Rodríguez «Gato», José Manuel García Martínez «Chato de Malcocinado», Lorenzo García «Chato de Huelva», o José Martín «Tripas», evadido de prisión desde los inicios de 1936 y acusado de diversos hurtos. Para la Guardia Civil, que acabará apresando o matando a la mayoría de ellos, estos partisanos no eran más que bandoleros, denominación despectiva en recuerdo de aquellos otros bandoleros o forajidos que en el último tercio del siglo XIX asolaron sierra Morena y las sierras de Albacete, como el cordobés José María «El Tempranillo» o el manchego «El Pernales». Esta denominación persistió y alcanzó en realidad a todos los huidos y maquis que por su parte se consideraban defensores de una causa justa y para ellos los propietarios de los cortijos eran los terratenientes de siempre, ávidos del sudor y la sangre del trabajador —agrícola o industrial— que luchaba por su emancipación, y los guardias civiles sicarios y protectores de los «señoritos».

La naturaleza de este trabajo, con una visión necesariamente sintética y de conjunto, no excluye la referencia a alguna de las muchas partidas que se formaron en el noroeste de Córdoba por su especial relevancia, como la de Julián Caballero Vacas, alias «Bigotes», un singular personaje que fue el primer alcalde comunista de Villanueva de Córdoba y al término de la guerra formó una partida con sus hermanos y su compañera, también militante y socialmente comprometida, María Josefa López Garrido, «la Mojeá». Ya en 1939 se echaron a la sierra y se mantuvieron en ella, hasta que fueron muertos por la Guardia Civil en La Umbría de la Huesa en junio de 1947. La Benemérita les achacó «más de un centenar de atracos» en cortijos de Córdoba, Badajoz y Ciudad Real. A Julián Caballero se le atribuye, tras su contacto con el dirigente comunista Dionisio Tellado «Mario de Rosa», la puesta en marcha de la 3ª Agrupación Guerrillera de Córdoba que intentó organizar y dar sentido político a su lucha.

En las localidades de Pueblonuevo del Terrible, Bélmez, Hinojosa del Duque, Belálcazar y otras se formaron partidas que se extendieron por el norte de Córdoba, Jaén, Badajoz y Ciudad Real. La de Eugenio Collado, alias «El Capitán Corruco» o «El Madrileño», que operó entre Córdoba y Ciudad Real y en la que militaron «El Veneno» de Santa Eufemia y el «Manco de Agudo»; la de «La Romera» de Adamuz; la de «Los Parrilleros» encabezada por Miguel López, alias «Parrillero», etc. Curioso es el caso de la partida de «El Lazarete» de El Viso, «una pandilla familiar» con escasa ideología, según Moreno Gómez, que se asentó durante tiempo en los Baldíos de Santa Eufemia, con enredos sentimentales, pues cuatro mujeres llegaron a convivir allí con los huidos.

No menos dramática fue la efímera vida de la partida encabezada por José García Coleto «El Perica», excombatiente republicano, comunista y sin intenciones de echarse a la sierra. Al ser torturado por los falangistas de su pueblo se convirtió en huido y juró vengarse; y lo hizo matando a quién le torturó. Sobrevivió un año en la sierra desafiando durante semanas los controles para ver a su mujer, Josefa Gómez, que quedó embarazada. Josefa fue sometida a

palizas y encarcelada durante más de un año pariendo en los calabozos; incluso fue sometida a un simulacro de fusilamiento. Finalmente «El Perica», tras ahorcar a un evadido del campo de de concentración de Castuera (Badajoz) por traición a la partida, murió a manos de un falangista infiltrado, en agosto de 1940.

En los archivos de la Guardia Civil se hace hincapié en los oscuros orígenes o la naturaleza delincuente de los huidos, pero vamos viendo cuáles eran los motivos reales de su disidencia y los verdaderos desencadenantes de tanta violencia que padecieron los perdedores de la guerra durante la propia guerra y la inmediata posguerra. Violencia que pasó desapercibida ante los ojos de buena parte de los españoles. El silencio oficial ocultaba la represión, no solo la ejercida por la Guardia Civil sino la generada por Falange e incluso, en el caso cordobés, por pelotones de la Legión Española y de los Regulares que entre 1941 y 1942 administraban palizas de muerte a ciudadanos indefensos.

Entre las partidas cordobesas con sabor a leyenda, destaca la de los hermanos «Jubiles» —Francisco, el jefe, Juan y Sebastián Rodríguez Muñoz—, naturales de Bujalance (Córdoba), que lograron reunir una buena tropa de su propio pueblo. A lo largo de 1940 cometieron unos veinte atracos en los que resultaron muertas cuatro personas. El acoso de las fuerzas del orden les obligó a trasladarse a Jaén a partir de 1942, detectándose su presencia en Torredonjimeno, Torredelcampo, Martos y otras poblaciones cercanas a la capital de la provincia. El 7 de mayo de 1943 asaltaron el cortijo de los Frailes matando a su dueño, el terrateniente José Calabrús, que se negó a pagar un alto rescate. Identificados meses más tarde como autores de este crimen, incluso un cuñado de los guerrilleros, reconocido por la hija del hacendado, fue fusilado en Jaén en agosto de 1944 cuando ya todos los «Jubiles» habían sido liquidados. Los «Jubiles» vivieron en un campamento ubicado en un abrupto paraje, donde «El Chivito» —un componente de la partida— enfermó de pulmonía, falleciendo poco después en el cortijo los Remochos de Adamuz, atendido por una mujer de gran coraje, la señora Natividad, a la que los

resistentes llamaban cariñosamente «La abuela». Para liquidar a los «Jubiles» —el 6 de enero de 1945— los guardias se valieron de la traición al grupo de Juan Olmo «El Abisinio», un carbonero que había actuado incluso de proxeneta con su mujer e hija; «degradado por la miseria y capaz de cualquier cosa […] para obtener una prebenda». «El Abisinio» actuó como infiltrado informando de su presencia en el cortijo de Mojapiés donde serían abatidos, excepto Francisco, que había caído en una emboscada anterior.

Se dieron en los comportamientos individuales de estas partidas todos los matices imaginables, algunos de ellos harto frecuentes entre aquellos hombres jóvenes sometidos a una presión constante por mantenerse vigilantes y en continua disposición para combatir o retirarse; tan dispuestos a defender sus vidas e ideas como a poner en riesgo la seguridad de sus camaradas por buscar a una mujer o tener relaciones con la propia. Los desahogos sexuales estaban desaconsejados por el partido, dígase el PCE, por su peligrosidad, y siempre pasaron factura. Pese a todo hubo, pues, desde líos de faldas hasta ejecuciones sumarias, tras caídas propiciadas por la persistencia de las relaciones sentimentales.

Es difícil encontrar referencias específicas en la literatura o el cine en relación con lo que venimos contando en los escenarios de Andalucía. No obstante, la mayor aproximación al espíritu y las circunstancias que se dieron en esta región en relación con la propiedad de la tierra y a los motivos de la lucha secular de braceros y arrendatarios contra terratenientes, sea, tal vez, la novela Réquiem por un campesino español, escrita por el aragonés Ramón J. Sender, en 1953. Estamos ante un relato que, en palabras de su propio autor, viene a ser el esquema de la Guerra Civil española; algo así como una excusa literaria para mostrar las ideologías opuestas, en el mundo campesino, en lucha. Hay varias cosas que, en esta magistral novela, coinciden con la lucha de los maquis: el trasfondo ideológico anarcosindicalista, que fue común tanto a los campesinos aragoneses como a gran parte de los andaluces, y la dureza, rayana en la esclavitud, a la que fueron sometidos estos por capataces y propietarios. Sender escribió su obra ya exiliado en

México con el título de Mosén Millán, ya que este personaje es el protagonista que intenta organizar una misa de réquiem por el alma del que fue su amigo y líder campesino de su pueblo, «Paco el del molino», a la que poco a poco van acudiendo aquellos que le hicieron la vida imposible y que conspiraron para darle muerte.

La novela, breve, concisa y dotada de un aliento conmovedor, tuvo en el año 1985 una réplica cinematográfica que, sin estar a la altura de la obra literaria, es una de la mejores películas de Francesc Betriu. En ella, Mosén Millán, mientras espera en su parroquia la llegada de los caciques y fuerzas vivas del pueblo para una misa de réquiem en honor de su examigo y exalcalde, asesinado en los inicios de la Guerra Civil, recuerda la vida de Paco: su carácter, sus dotes de líder, las reformas que emprendió, la conspiración de los poderosos y falangistas para derribarle y su muerte final. Fue el primer papel estelar de Antonio Banderas, Paco en el film, rodeado por grandes actores como: Antonio Ferrandis, Fernando Fernán Gómez, etc. Si bien los paisajes y los lugares de la novela recuerdan el Alto Aragón, y la película está rodada en Calatayud, el contenido, los personajes y las situaciones, podrían trasladarse perfectamente a cualquier lugar cercano a las sierras de Andalucía oriental.

9

Maquis en sierra Morena y Jaén

«La victoria solo podía comprarse con sangre».

T. E. Lawrence, Guerrilla.

A partir de la primavera de 1946 todo apunta a que en Córdoba quedó superada, al menos por dos años, la fase de huidos. Es el momento en el que se organiza la 3ª Agrupación de un Ejército guerrillero que operaba en la zona Extremadura-Centro y que tomará Córdoba como su centro de operaciones. El paso se da bajo los auspicios de Dionisio Tellado Vázquez, más conocido como «Mario de Rosa» o «De la Rosa» —también como «Ángel», «Risco» o «General César»—, que impondrá su liderazgo por poco más de dos años en sierra Morena, basculando entre el norte de Córdoba y el sur de Badajoz con penetraciones en zonas de Sevilla y Jaén. «Mario de Rosa», maestro de escuela, exsuboficial del ejército republicano y miembro del Comité de Madrid del PCE, fue enviado por su partido —tras la reunión de la dirección en la sierra de Gredos— a Córdoba teniendo a su favor el haber organizado en Cáceres la 1ª Agrupación de esa zona.

El objetivo encomendado a «Mario de Rosa» era conectar las agrupaciones de Extremadura y Andalucía; misión al filo de lo imposible dada la precariedad de medios y condiciones existentes. Sin embargo, fue capaz de romper la tendencia al caos existente en las guerrillas cordobesas y echar un pulso al franquismo. «Mario de Rosa» era «inteligente, enérgico y audaz, profundamente identificado con las doctrinas del comunismo» [Cossías, 1956]. Actuó, obligado por las circunstancias, como jefe militar reagrupando las fuerzas disponibles en dos divisiones: la 31,

formada por tres batallones de tres grupos cada uno, y la 32, constituida por un solo batallón. En realidad, una docena de partidas donde se agrupaban poco más de un centenar de hombres.

¿Cómo financiar este esfuerzo? Para solventar esta dificultad, «Mario de Rosa» comandó un grupo formado por los hermanos Caballero Calvo y José Murillo «Ríos», que secuestró a Manuel Salinas, hijo del presidente de la Cámara Agrícola. Según el testimonio de Murillo todo fue bien al principio; se concentró a toda la familia en el cortijo del terrateniente Salinas, a unos doce kilómetros de Córdoba, y este aceptó el pago de 75 000 pesetas. En pocos minutos todo se torció. La partida se retiró, en espera de recibir el dinero, a un lugar cercano al cortijo y al poco vieron aproximarse a una cuantiosa fuerza armada compuesta por guardias civiles y soldados. La sorpresa fue mayúscula, ya que retenían, en ese momento, a los dos hijos del cacique y a su mujer que no quería dejar solos a sus retoños. Decidieron evitar la confrontación y salir de allí llevándose al hijo menor, Manuel, que tenía doce años, dejando a la mujer instrucciones de cómo efectuar el pago del rescate, tras el cual devolverían, sano y salvo, al chico.

Según Murillo, en aquellos días de 1946 «sierra Morena estaba tomada por miles de guardias y soldados». En algunos momentos de la huida se cruzaron disparos, resultando muerto uno de sus perseguidores. Finalmente, tuvieron noticias sobre la entrega del importe acordado para el rescate, que fue cobrado por los partisanos en un punto de la carretera de Villaviciosa a Córdoba, dejando, pasados unos días, a Manolo «el chico Salinas» —impresionado por el buen trato recibido—, en la estación de ferrocarril de Almodóvar, con un traje nuevo y el dinero que le dio Murillo para que cogiera el tren. El chico intercambió su pitillera de plástico con el cinturón del guerrillero; ¿un síntoma de lo que hoy llamamos síndrome de Estocolmo?

Córdoba y Badajoz en el huracán

El dinero obtenido relanzó las actividades de la 3ª Agrupación, reactivando este frente andaluz, que fue también extremeño y manchego, entre finales de 1945 y hasta 1947. El mando siempre estuvo a cargo de «Mario de Rosa», también autor de numerosas órdenes escritas y del Código de Disciplina del Guerrillero redactado para la extinta UN. Durante un tiempo su cuartel general estuvo en el cortijo de Las Dalias, próximo al término de Villaviciosa de Córdoba. A lo largo de 1946 se produjeron numerosas incorporaciones. Las primeras en Pozoblanco, un punto caliente en la historia de la Guerra Civil. De ahí procedían guerrilleros como el joven «Caraquemá» y sus amigos «Terrones» y «Castaño» y, más adelante, «El Pincho», dueño de una taberna, el «Capitán Carrete» y otros, que huyeron a la sierra y cuyos familiares fueron apresados. El mayor número de incorporaciones se dio —curiosamente— en Hinojosa del Duque, pueblo de perfil conservador, de pequeños propietarios y frailes carmelitas. Sin embargo, la represión sufrida por haber caído en zona republicana, «desorbitada y fanática», puede explicar esta situación.

«Mario de Rosa» escribió en el periódico Combate las condiciones de admisión en la guerrilla, entre otras: «Estimular a los patriotas a que vengan […]". La guerrilla —sostenía— «es deber de los jóvenes antes de ir al ejército franquista […]», así como también existe el deber que «tiene todo patriota "quemado" o perseguido de engrosar nuestras filas y no camuflarse o marchar al extranjero». En general planteaba el exigirse deberes para luchar por derechos. El componente nacional-patriótico estaba —como vemos— vigente.

La agrupación llevó sus actuaciones hacia Ciudad Real, Sevilla, Huelva y sobre todo hacia el sur de Badajoz. En zona manchega,

Francisco Expósito «El Gafas» asaltó con sus hombres el Banco Español de Crédito de Puertollano en 1946 y se hizo con 250 000 pesetas, una buena cantidad para la época. En Ciudad Real, donde estaba radicada la 2ª Agrupación, se movió con éxito la guerrilla capitaneada por «Manco de Agudo», que logró mantener en jaque a la Guardia Civil, aunque fue ésta la penetración que tuvo peor destino. Uno de sus componentes, Adriano Escribano «Hocino», expulsado por incumplimiento de tareas, volvió a la zona extremeña de Cabeza de Buey, escapando de «la matanza de Atoquejos», en la que, varios guerrilleros de la zona, contando con la aquiescencia de los guardeses, se habían reunido para celebrar una comida familiar que acabó a tiros con dos números y un sargento de la Guardia Civil, con un balance de tres muertos, dos partisanos y un guardia.

«Hocino» consiguió huir a Francia. Prestó testimonio de su aventura forzada en aquellas sierras: «Teníamos mucha miseria para poder luchar por la subsistencia. Íbamos a las fincas o cortijos a pedir que nos dieran para comer, a las buenas o a las malas. Cada vez estábamos peor mirados y más acorralados. Los enlaces que teníamos, al prolongarse la situación tanto tiempo, tenían miedo de ser descubiertos y nos imploraban que fuéramos a verlos lo menos posible, para evitar ser denunciados por otros».

La labor más importante de la 3ª Agrupación se desarrolló en tierras de Badajoz, pese a no disponer de agrupación guerrillera propia, con centros preferentes en La Granja de Torrehermosa y Azuaga, el primero, y en la zona del pico de Cabeza de Buey, la segunda. Las primeras penetraciones estuvieron a cargo del «Comandante Ríos», con la 1ª Guerrilla, o 149 Batallón, logrando asentarse en el cortijo La Alegría, en la sierra del Acebuche, desde el verano de 1946 hasta el verano de 1947. Su actuación, acompañada de éxitos, abarcó la importante zona comprendida entre La Granja y Azuaga y se vio culminada con la recluta de partisanos autóctonos como «Román», «Valle», «Corruco» y «Villa». El área llegó a ser una especie de feudo de la guerrilla entre el monte Acebuche y el río Zújar. Tuvo gran importancia que Ríos convirtiera en colaborador al líder natural de la zona, Francisco Caro, católico —sobrino del arzobispo de

Pamplona— y antifranquista que arrastró a cuatro familias de arrendatarios a prestar ayuda a los maquis, al tiempo que les ponía a salvo de las sospechas de las fuerzas del orden. Esta ventajosa situación les permitió salir del cortijo y hablar con campesinos. «A veces —explicó Ríos— les ayudábamos a las tareas de la siega». Si alguna vez se presentaban los guardias, «salían las mujeres a ofrecerles agua, café o sacarles una sillas».

La penetración en tierras extremeñas consiguió ciertos objetivos: consolidar enlaces, captar nuevos reclutas y desarrollar una labor de propaganda política. Uno de los puntales de esta tarea fue el maestro de escuela José López Santiago, que logró coordinar a las JSU de la zona, además de confeccionar las octavillas. No obstante, el principal hito, que procuró cierta sensación de impunidad a esta guerrilla, fue conseguir la complicidad de Manuel Naranjo, el hacendado más célebre y mejor relacionado de la zona. Su amistad ayudó a la adquisición de armas y municiones según el testimonio de Ríos [Moreno, 2002; Serrano, 2001]. En julio de 1947, la familia Caro fue descubierta y enviada directamente a prisión.

Ríos regresó a Córdoba y en julio de 1947 fue sustituido por Bernabé Caballero Calvo, «Cojo de la Porrada», miembro de la CNT y persona de confianza de «Mario de Rosa», al que acompañó su hermano Domingo, «Serpiente». Su gestión representó un cambio a peor. Condujo a sus hombres en un temerario recorrido por varios pueblos para recaudar dinero y víveres, y pronto incurrieron en las sospechas de la Guardia Civil, que consiguió cercar [Moreno, 2002; Serrano, 2001] a sus cuatro máximos responsables en un prostíbulo en Fregenal de la Sierra, donde tras desigual tiroteo, el 17 de octubre de 1947, murieron el «Cojo» de un disparo en la cabeza y «Serpiente» de otro en el pecho; logrando escapar los dos restantes. Este prostíbulo servía de refugio y base a estos maquis, clientes desde que el Cojo se ennovió con Luisa Ramos «Cortada», que regentaba la misma.

Se hizo cargo de los restos de esta partida Eustaquio Rubio «Pollo» o «Rubén», un comunista de Hinojosa del Duque, quién animado por «Mario de Rosa» —para conmemorar el 18 de julio— llegó a desplegar una intensa campaña de propaganda con banderas republicanas y octavillas por la ruta de Llerena. Sin embargo, tras ella llegaron de nuevo los asaltos —cortijo de Sierra Grande— y los secuestros; incluso el ahorcamiento de un pastor y un guarda por confidentes. La Guardia Civil detuvo, ya en 1948, a veinticinco personas en el llano de Malcocinado como enlaces y encubridores de guerrilleros. «Pollo», en represalia, ordenó algunas ejecuciones en Llerena y el ahorcamiento, en enero de 1948, del matrimonio de delatores que regentaba la finca La Angelita. Destituido y enviado de vuelta a Córdoba, sería finalmente abatido en enero de 1950. Le sustituyó en la primavera de 1949 «Saltacharquitos», que no pudo evitar la liquidación de esta partida en tierras extremeñas.

La ofensiva lanzada por el mando de la Guardia Civil desde 1946 con la misión de borrar del mapa las guerrillas de Córdoba y Jaén contó con la experiencia exterminadora de los tenientes coroneles Fernández Montes de Oca, en Córdoba, y Luis Marzal, en Jaén, que coordinaron sus fuerzas y métodos con los del coronel jefe Santiago Garrigós como delegado del Orden Público. Primero cayeron enlaces y colaboradores. Varias poblaciones de Córdoba, Jaén y Badajoz fueron literalmente diezmadas, lo que provocó un clima de terror que hacía cada vez más difícil llevar ayuda o socorro a los de la sierra. Se vieron particularmente afectadas: Villaviciosa, Peñarroya-Pueblo Nuevo y Fuente Tójar.

Los castigos no solo alcanzaban a los que habían dado cobijo a los de la sierra sino también a sus conocidos y parientes. A estas acciones represivas correspondieron los maquis con reacciones en las que menudearon las represalias, con ahorcamientos de confidentes. Represalias tomadas contra derechistas y delatores que se iniciaron casi simultáneamente en Hinojosa del Duque, dando muerte a dos terratenientes, y el 12 de noviembre de 1946 al juez municipal Manuel Molina —que había colaborado en una emboscada—, ejecutado por Rafael Cubero «El Manco». Un

intercambio de golpes que, como era de esperar, trajo como consecuencia la decadencia de la parte más débil, y esta era, sin duda, la guerrilla de la 3ª Agrupación.

En la primavera de 1947 la Guardia Civil incrementó la ofensiva, lo que obligó al grueso de la guerrilla cordobesa a dirigirse hacia Huelva. Varios de sus miembros aprovecharon el momento para huir. Ríos se enzarzó en un tiroteo y acabó herido con tres balas en un brazo. Esta circunstancia nos lleva a resaltar lo difícil que era disponer de asistencia médica. De hecho, la mayoría de las agrupaciones guerrilleras no contó nunca con un médico como tal, todo lo más con algún practicante o estudiante de medicina. Lo más frecuente era confiar en el poder de las aspirinas y en los conocimientos del compañero más informado, que actuaba como enfermero. Cuando los guerrilleros se internaban en la sierra y permanecían allí por algún tiempo, eran frecuentes las gripes, bronquitis y pulmonías, que se cobraban sus víctimas. Se combatía la fiebre, al tiempo que se caminaba o se luchaba. A veces se pedía ayuda a las mujeres que servían en los cortijos, que les aplicaban remedios caseros tales como cataplasmas o friegas con árnica. Las extracciones de muelas eran solucionadas sobre la marcha y en raras ocasiones bajaban a un pueblo para buscar un dentista.

La memoria del «Comandante Ríos»

José Murillo Murillo, «Ríos», fue uno de los últimos guerrilleros que trasladó en vida sus testimonios orales —recogidos por numerosos investigadores, entre ellos Alfonso Domingo, y en el documental La guerrilla de la memoria dirigido por Javier Corcuera— de lo que fueron aquellas luchas en Córdoba y Badajoz. El «Comandante Ríos» (1924-2012), conocido así por su facilidad para vadear cualquier corriente de agua incluido su armamento y otros enseres propios, solo tenía 16 años cuando se echó a la sierra en compañía de su padre, avisados por un falangista de su inmediata detención. El padre, tras la Guerra Civil, fue condenado a varios años de prisión y confiscación de todos sus bienes y tierras. «Ríos» se reconocía «incapaz de olvidar y perdonar el maltrato» que sufrieron sus familiares en los inicios de la posguerra.

Su testimonio confirma que, en estos primeros años, los huidos no buscaban encuentros directos; dedicaban la mayor parte de su tiempo a sobrevivir, buscando comida, apoyos y lugares donde ocultarse. Vivían en estricta clandestinidad, sin usar sus nombres y dando poca conversación a las personas con las que contactaban. «Al principio fue muy duro […] me enteré de que mi madre había salido de la cárcel y bajé al pueblo. Pasé dos horas con ella y con mis hermanos. Mi padre […] fue herido en un enfrentamiento con la policía y detenido». Según fuentes policiales se ahorcó en su celda en 1944, pero el guerrillero sostenía que «nunca he creído esta versión». «Ríos» cobró experiencia a las órdenes de «Mario de Rosa», operando desde Cazalla de la Sierra hasta las sierras de Constantina y su grupo frecuentaba el norte de Córdoba y el sur de Badajoz, con incursiones en algunos lugares de Sevilla.

Gracias a «Ríos» conocemos aspectos de la vida cotidiana de los

hombres que formaban las partidas. Los enlaces solían suministrar los alimentos, que eran cocinados en plena sierra. ¿Cómo? Se hacía sin humo con palos de jara secos, sin corteza, que se colocaban formando una especie de cono. Este cono ardía sin expulsar chispa alguna. No utilizaban sartenes, sino un caldero sujeto a tres ramas formando un trípode. Por las noches buscaban cuevas donde tenían mucho cuidado para evitar que se vieran a distancia las luces de las velas o de las linternas. Durante buena parte del día vivían en las casas de algunos familiares, en el llano, e incluso llegaron a utilizar cortijos cercanos a sus pueblos de origen por amistad con los caseros de los mismos. Lo más difícil era hacer frente a la sed, ya que durante buena parte del año los ríos permanecían secos. Para que no se les secara la boca se metían en ella un canto de piedra de río. Se comía generalmente de noche tras marchas que duraban horas. Se utilizaban las estafetas de manera similar al del resto de maquis de otros puntos de España. A veces, oían la Pirenaica —emisora clandestina del PCE que emitía desde Bucarest— y canciones de la época o se entretenían inventando letras nuevas. Cruzaban los caminos polvorientos de espaldas para dejar huellas equivocadas de su paso; marchaban en fila india por la noche y llevaban un pañuelo en la boca para no hacer ruidos si había posibilidad de peligro. Fumaban Ideales o tabaco de picadura que liaban ellos mismos y, a veces, arriesgaron la vida por conseguir algún pitillo.

«Ríos» fue un guerrillero con fama de pacifista que declaraba no haber participado directamente en alguna muerte violenta. Explicó el pacto de la guerrilla con el hacendado «don Manuel Naranjo», al que secuestraron para respetar su vida y hacienda a cambio de, «1 000 pesetas o lo que haga falta, cuando lo necesitemos» y, por supuesto, no avisar a la Guardia Civil. Naranjo —según «Ríos»— «se puso a disposición», e influyó en otros terratenientes: «Cerdos por acá, quesos por allá, un pavo, 5 000 pesetas, otras veces eran diez, otras veces, dos. Si no te pasabas, los tíos colaboraban con la guerrilla».

Tras ser curado por una pastora de las heridas sufridas, tuvo que

cambiar de identidad. Detenido por la Guardia Civil entró en prisión en 1949. Fue condenado a muerte y, más adelante, le fue conmutada la pena por 30 años, de los que cumplió catorce años en los penales de Ocaña y Burgos. Según confesaba, en los veintitrés años que había pasado en el monte, solo vio a su madre en una ocasión. En una entrevista que le hizo el diario El Mundo (22 de mayo de 2001), se quejó de la falta de reconocimiento como «luchadores contra la dictadura y en pro de la democracia». Manifestó encontrar a la salida de la cárcel un mundo completamente distinto y en el que se sentía sumamente extraño. «Se vive muy mal [en clandestinidad]. Tuve que pasar muchas necesidades, no solo económicas, sino morales y físicas, porque no tenía familia ni podía volver a mi tierra, y no encontraba trabajo porque el Certificado de Penales no me lo permitía […]». Sus declaraciones no eludían la crítica política: «Un partido como el PSOE, al que amo porque mi padre era socialista, no ha cumplido con su obligación como debía».

«Mario de Rosa», persecución hasta Valencia

Los archivos de la Guardia Civil disponen de una amplia galería de fotografías de cuerpos de guerrilleros recién atrapados por la muerte, otras de rostros demacrados o pálidos donde se adivina la tensión del combate o la desesperación del perseguido. Documentos gráficos custodiados oficialmente por quienes los persiguieron y, a veces, les dieron muerte. «Mario de Rosa» fue muerto en la céntrica calle Carniceros de Valencia; un maestro de escuela tiroteado en la puerta del colegio de Los Escolapios; un militante capaz de morir por sus ideales abatido a balazos por la Brigada Político Social, que le seguía los pasos desde que llegó a la ciudad del Turia para unirse —presumiblemente— a lo que quedaba de la AGLA. Ocurrió el 13 de abril de 1950, dos meses antes de que se iniciara la guerra de Corea. Dionisio Tellado, o «Mario de Rosa», daba su último paseo por una ciudad desconocida para morir, con las botas puestas, en una tarde de primavera.

Los diarios valencianos lo contaron al día siguiente —un 14 de abril —, con un exceso de datos personales para tratarse de la muerte de un «bandolero», lo que hizo sospechar a «Pepito el Gafas» de «alguna buena encerrona», según el epistolario de este líder de la AGLA —exhumado por Salvador F. Cava—. El diario Levante ponía el suceso en primera plana con este titular: «Un individuo fue muerto ayer en Valencia, al hacer frente a la policía». El diario Las Provincias lo escondía en la página seis y titulaba: «Al ser detenido un sospechoso, resiste con armas y es muerto por la policía». Tristes epitafios para «Mario de Rosa», quien en su corta vida —murió con treinta y seis años— encarnó como pocos los valores y sinsabores de la guerrilla.

Las guerrillas «independientes» de Jaén

«Jaén, levántate brava

sobre tus piedras lunares,

no vayas a ser esclava

con todos tus olivares».

Miguel Hernández, Aceituneros (Viento del pueblo)

Las tierras de Jaén, zona de transición entre Castilla-La Mancha y Andalucía, ha sido un territorio que estuvo durante años olvidado por los historiadores de la guerrilla, pero cuyos imaginarios en cuanto a la presencia y actividades de los maquis y resistentes merecen la atención —aún escasa— que está teniendo en el presente. En pocos lugares fue tan dura y sostenida, a la par que solitaria, la lucha y las vicisitudes de quienes la protagonizaron, que van desde lo pintoresco o melodramático a lo polémico y controvertido.

Jaén es un extenso territorio, entre andaluz y manchego, dominado por un intenso y poblado mar de olivos sobre el que se alzan abruptas cordilleras. Este paisaje no era, en tiempos de la guerrilla, fácilmente accesible, abundando los caminos vecinales y las sendas más que las carreteras como elementos de comunicación y unión entre los dispersos núcleos de población. En estas tierras, la mayoría de su vecindario vive y trabaja, desde hace siglos, en torno a la producción de aceituna; de la recogida, comercialización y exportación de su dorado fruto, el aceite puro de oliva. Hubo

también un pasado en el que parte de los jienenses se dedicaron a la minería. Lo que fueron poderosas industrias extractivas en Linares, La Carolina, y otras explotaciones mineras, son hoy —en desuso por agotamiento de los filones desde finales del siglo xx— historia de un pasado reciente, que busca proyección turística como patrimonio cultural.

Más allá de su precaria economía y de los problemas pendientes de distribución de la tierra por la abundancia de latifundios, Jaén nunca contó políticamente gran cosa. El PCE la excluyó de sus planes guerrilleros durante los años cuarenta del siglo xx, pero la guerrilla apareció en algunos de sus escenarios entre 1944 y 1945 en forma de partidas que se asentaron —huyendo de algunos emplazamientos cordobeses— en las sierras de Andújar, Marmolejo y la extensa franja de terreno que lleva desde estos parajes hasta las tierras de la vecina provincia de Ciudad Real. Sin embargo, gran parte de Jaén, sobre todo el este y el sur, quedaron al margen, aislados de otros esfuerzos por mantener la lucha contra la dictadura. Este aparente vacío lo rellenaron partidas autóctonas comandadas por personajes ya legendarios, como «Salsipuedes» y «El Cencerro» en la sierra Sur, de los que pronto sabremos de sus avatares, amén de la polémica partida de Los Chaparros, que se hizo de notar en sierra Mágina.

Estas partidas que llegaron a ser numerosas, operaron por iniciativa de sus líderes, quienes tomaron contactos políticos que fueron utilizados más como fuente de información o de intercambios que como acatamiento de una disciplina partidaria.

Maquis en la sierra de Andújar

En enero de 1945 apareció, cerca de Andújar, Francisco Expósito «Gafas», «El Gafas» o «Torrente», que era natural de esa misma población y se había evadido de un penal en Logroño. En compañía de Víctor Padilla «Aragonés» y otros entabló contactos con el PCE de aquella localidad para proponer la creación de una partida guerrillera. «Gafas» había participado en el asedio al santuario de Santa María de La Cabeza —hito de la mitología franquista por el asedio sufrido a manos de los republicanos durante la Guerra Civil— y había sido comisario político y «niño de la noche». En octubre de 1944, tras conseguir documentación falsa en Valencia, se produjo su contacto con el PCE, quedando encuadrado en la 2ª Agrupación de Ciudad Real, donde llegó a mandar la 21ª división. Este simple jornalero disponía de la preparación política suficiente para romper con prácticas y planes de supervivencia anticuados y dedicar sus esfuerzos a remontar una incipiente organización en tierras de Jaén [Moreno, 2002].

«El Gafas» que tuvo contactos regulares con la dirección comunista en Andújar, trató de unificar los núcleos dispersos, ordenando el alojamiento de los guerrilleros en el campamento de La Buitrera. Sufrió la resistencia por parte de sus compañeros, acostumbrados a dedicarse a la caza furtiva. Para remontar la decaída moral explicaba cómo se luchaba en las cárceles y exigía mayor unidad política, creando un almacén común para armas, víveres y ropas. Alguno de los partisanos estaba todavía desarmado por lo que ordenó el reparto equitativo de armas, permitiendo solamente el uso individual del tabaco. Elegido secretario general del comité de la sierra en 1945 con «Rosendo» como secretario de organización y «El Portugués», de agitación e intendencia; «El Gafas» dio lecciones políticas y aprovechó las horas muertas para alfabetizar a sus compañeros. De lo militar se ocuparía el «Vidrio». Se planeó un temerario ataque a unas fincas próximas al santuario citado

anteriormente para proveerse de las armas de las que disponía la Guardia Civil. Todo acabó con un tiroteo entre el destacamento de fuerzas armadas y aquella partida todavía inexperta.

Poco después —seguimos en 1945— fueron sorprendidos por un grupo de guardias por no haber tapado convenientemente sus propias huellas, pero esta vez respondieron muy bien y los de la Benemérita fueron rechazados. Poco duraron las alegrías, pues al intentar ocupar el cortijo del Peñón de Ambroz se vieron sorprendidos por fuerzas de la Benemérita, que les dispararon por la espalda. Hubo heridos y una gran dispersión: los guerrilleros «Matero», «Manquillo» y «Sevillano padre» huyeron y solo volvieron días después al campamento. Las críticas que se les hicieron por indisciplina desencadenaron la venganza de «Matero», que esperó a «El Gafas» para matarle, pero este lo redujo de un garrotazo, lo desarmó y propuso su expulsión. Junto con él abandonó también la agrupación «Manquillo». Con el pretexto de acabar con los cazadores furtivos, la Guardia Civil acechó los lugares donde se apostaban para cobrar las piezas, y esperaron para acribillarlos a balazos. A finales de julio de 1945 la guerrilla, en buena parte movida por la venganza, «ajustició» a un confidente y mató a un guardia. Lo más curioso fue que, previamente, y siguiendo los métodos políticos de «El Gafas», el chivato fue avisado de que había sido sentenciado a muerte.

En agosto hubo una gran redada anticomunista en Andújar, con más de cien detenidos. Algunos huyeron a Madrid, para retornar a la sierra con su antiguo jefe «El Gafas». La Guardia Civil se ensañó con los enlaces. Juan Torres fue muerto a palos, aunque la versión oficial decía que se suicidó. El teniente coronel Luis Marzal logró infiltrar a un antiguo enlace, «Pacheco», que fue descubierto por los maquis, juzgado y condenado a muerte, a pesar de llorar en los interrogatorios. El «Vidrio» fue el encargado de ejecutarle.

A finales de ese mes de agosto, tras un sabotaje a la línea telefónica

de campaña de la Guardia Civil, ésta organizó una gran batida a caballo, lo que provocó el abandono de los campamentos, pero en la retirada los civiles capturaron a Norberto «el del Hato», que resistió la torturas a que fue sometido y le aplicaron la ley de fugas. A primeros de septiembre estaban en Las Picotas del Atracadero, donde se constató el abandono de el «Vidrio», «Matero» y «Manquillo». La guerrilla, no obstante, había crecido y fue elegido Víctor Padilla «Aragonés» como nuevo jefe de esta partida, que decidió abandonar temporalmente Jaén y volver a la zona del santuario de Santa María de La Cabeza. Para ello, cruzaron Despeñaperros y se internaron en zonas desmilitarizadas. Se repusieron físicamente y se mantuvieron en la sierra de Cazorla sin conseguir contactar con maquis enviados desde el extranjero como les habían prometido. En diciembre decidieron volver ante la persistencia de las nevadas. El 22 de diciembre de 1945 se vieron envueltos en una emboscada y diversas escaramuzas. Se encontraron de nuevo sin provisiones y con un herido, «Manolín», que tuvo que ser intervenido con una cuchilla de afeitar y agua hervida por todo desinfectante. El «Vidrio», «Matero» y «Manquillo» reaparecieron más tarde, con la guerrilla de Ciudad Real. «El Gafas» fue detenido en Madrid, y varios guerrilleros desertaron entregándose a la Guardia Civil tras haber dado muerte al guardia Mariano Paniagua.

La sierra Sur y los dominios de «El Cencerro»

Es preciso aclarar que en estas tierras de Jaén existió una gran implantación del PSOE y de la UGT, en particular de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) y de las JSU. El voto era mayoritariamente socialista. Las guerrillas de sierra Sur y sierra Mágina se desenvolvieron con gran presencia de enlaces gratificados a través de los hurtos y golpes económicos, pero sus armamentos y las condiciones de vida que soportaron fueron siempre muy precarios. Su armamento estuvo formado por escopetas, pistolas y muy pocos subfusiles.

Sin embargo, su resistencia fue feroz, lo que hizo reconocer al teniente coronel Marzal que si se pudo derrotar a estas guerrillas fue por la sistemática utilización de la guerra sucia, recurriendo a delatores y confidentes para obtener la información pertinente con la que organizar el exterminio de los maquis, haciendo promesas que casi nunca se cumplieron como hemos visto anteriormente.

El granadino Manuel Castillo Padilla «Salsipuedes», excapitán del Ejército republicano en la Guerra Civil, encabezó un grupo de huidos que se afincó en las sierras de Valdepeñas de Jaén en 1940 y merodearon por aquellos pueblos: Fuensanta de Martos, Alcalá la Real, Bobadilla, Santiago de Calatrava, Noalejo, Martos, Frailes, etc., hasta 1943, año en el que pereció este maqui. Cuando sus partisanos se veían acosados buscaban refugio en las sierras granadinas.

«Salsipuedes» formó una partida muy numerosa con gran actividad en la fase de huidos, pero que pronto se escindió en tres grupos: el de «Ollafría», que marchó hacia Granada para volver tras la muerte

de «Salsipuedes»; el de «El Valenzuela», y el mejor organizado, que formó Tomás Villén Roldán, «El Cencerro», figura legendaria del maquis andaluz que se inició a partir de 1944, cuando la fase de huidos tocaba a su fin. «El Cencerro» había ya destacado en la partida de «Salsipuedes» y fue, en cierto modo, su sucesor.

Tomás, «El Cencerro», había nacido en Castillo de Locubín —una localidad donde el verde de miles de olivos convive con el blanco floral de centenares de cerezos— en 1903 y fue toda su vida un militante de la izquierda muy activo pero independiente; exdirigente de la FNTT de UGT, presidió la Casa del Pueblo y fue concejal de su ayuntamiento. Fervoroso excombatiente, sin delitos de sangre, regresó al pueblo tras la Guerra Civil, siendo inmediatamente detenido y encarcelado. Se evadió de la prisión de Alcalá la Real en 1940, y sin más recurso que echarse a la sierra, se unió a la partida de «Salsipuedes».

«El Cencerro» comenzó en su partida con cinco hombres: Manuel Jaén «Formal», Adriano Collado «Zoilo», «Batoño», «Barbero de Charilla» y «Recovero», y pese a su modestia no tardó en convertirse en enemigo número uno de las fuerzas represivas y, en particular, del teniente coronal Luis Marzal, cuyos guardias no tardaron en acribillar a balazos a uno de sus enlaces, «El Maceta», aplicándole la ley de fugas. «El Cencerro» pasó a la acción para conseguir abastecerse en Alcaudete, Valdepeñas de Jaén —epicentro de sus correrías— y las Casillas de Martos. Una incursión por tierras de Granada reportó a la partida 17 000 pesetas. En unos meses, a partir de mayo del 45, asaltaron tres cortijos en los términos de Valdepeñas, Castillo de Locubín y Fuensanta de Martos. En el cortijo El Cerro, en Fuensanta, se vieron sorprendidos y la Guardia Civil no tardó en dar una batida por las sierras de Valdepeñas de Jaén y localizar sus escondrijos en la sierra de La Pandera, dejándoles sin víveres, utensilios de cocina y un rifle.

«El Cencerro» se especializó en detener y asaltar de manera

incruenta, mediante falsos controles de carretera, a los autobuses de línea entre Jaén capital y Valdepeñas de Jaén, o entre Alcaudete y Alcalá la Real, vaciando los bolsillos de los sorprendidos viajeros. Sin embargo, como era hombre de buenos modales y don de gentes, lograba suavizar la tirantez, tras las airadas protestas de los afectados. Un informe de la Guardia Civil [Moreno, 2002], revela que los pasajeros daban «muestras de una extraordinaria cobardía, ya que no intentaron defenderse». El año 1946 fue de crecimiento para esta guerrilla que aumentaba día a día y ponía en ridículo a sus perseguidores protagonizando una escapada espectacular —en el mes de julio— del cerco establecido para darles caza mientras estaban reunidos con representantes del PCE. Tras la detención directa de comunistas en Jaén, Martos y Torredonjimeno, varios militantes, para escapar, engrosaron las filas de estos maquis.

Un golpe económico en tierras de Granada les reportó 40 000 pesetas tras el secuestro del hijo menor del hacendado Luis Abril, que liberaron al día siguiente, pero resultó detenido «Barbero de Charilla». Alcaudete y Castillo de Locubín fueron objeto preferencial de la venganza de las autoridades franquistas. Se hicieron célebres, por su crueldad, las torturas aplicadas a los detenidos en las cárceles locales y sedes de Falange, y aumentaron exponencialmente las redadas y las emboscadas. En el barranco de Valenzuela tres hombres de «El Cencerro» perdieron la vida. La escalada de la violencia se produjo en diciembre de 1946 adelantándose al llamado «trienio del terror» (entre 1947 y 1949) y tuvieron como lugar preferente el pueblo de Alcaudete, donde se habían refugiado algunos guerrilleros.

La facilidad con la que normalmente se desenvolvían hizo a los partisanos demasiado confiados, llegando incluso a asistir a la Misa del Gallo en la Nochebuena de 1946. Detectada su presencia en Alcaudete en la casa de «Gilico», fuerzas de la Guardia Civil cercaron esta casa y las vecinas, y tras matar de una ráfaga de «naranjero» a «Gilico» lanzaron granadas de mano y disparos de mortero quedando la zona completamente incendiada. Los guerrilleros pegados al suelo resultaron ilesos y con heridas

superficiales. Al día siguiente escaparon confundidos con los aceituneros que iban y venían. Pero el acoso continuó y se sucedieron los tiroteos con muertos por ambos bandos, cayendo en la pelea enlaces y vecinos que nada tenían que ver con aquella «guerra chica». Los civiles tuvieron nueve bajas entre Alcaudete y Fuente Tójar, por dos muertos de los guerrilleros.

Luis Marzal se presentó en el pueblo el día 26 de diciembre para dirigir las operaciones. La cárcel local, la sede de Falange y un domicilio particular quedaron abarrotados de sospechosos. Estos fueron interrogados hasta perder el conocimiento. Quedó al descubierto la organización comunista clandestina de Alcaudete y su líder, Antonio Burgo, que se ocultaba en el cortijo de Loma Serrano. En represalia Marzal ordenó que seis de los detenidos —cinco hombres y una mujer— fueran «paseados» de inmediato en el cortijo citado. Cumplida la sentencia, los restos de estos inocentes fueron trasladados al cementerio de la aldea de Bobadilla y los cuerpos semienterrados en una fosa común a toda prisa, para que Marzal y compañía pudieran celebrar su vengativa Nochevieja. Todas las defunciones se produjeron oficialmente por hemorragia. Aguado Sánchez reseñó en su crónica un hecho tan abyecto, inventando una versión en la que unos delincuentes, que buscaban unirse a los bandoleros de «El Cencerro», fueron sorprendidos y muertos por los guardias. Un relato parecido al que urdió en 1949 para ocultar el asesinato de dos mujeres de la partida de el «Vidrio» que llevaban víveres y medicinas a los maquis [Aguado, 1975]. En estos casos, lo escrito por Aguado era todo falso, salvo alguna cosa.

La partida de «El Cencerro» —que continuaba sin atenerse a normas ni directrices partidarias— quedó muy tocada con este golpe, sostenida ya tan solo por una veintena de hombres en 1947. Su columna vertebral seguía descansando en el triángulo humano con vértice en Castillo de Locubín, formado por el mismo y sus compadres «Formal» y «Zoilo». Primero fueron cayendo los enlaces. «Enlace detenido, enlace muerto», esta era la filosofía de Luis Marzal, como ocurrió con José Estrella «El Cenizo».

El secuestro del médico de Jamilena y un nuevo golpe económico en un cortijo permitió recaudar 25 000 pesetas y relanzó sus actividades, pero los efectos perversos no tardaron en presentarse y «Zoilo», sintiéndose acorralado en Los Villares, pidió ocultarse por un tiempo. El plan para hacerlo fracasó y los enlaces dispuestos a llevarlo a otro lugar fueron detenidos. Sacando fuerzas de flaqueza, «El Cencerro», con únicamente cuatro hombres, llevó a cabo el secuestro más sonado de su carrera, el de Francisco Montijano, dueño del cortijo Los Berrios, que les reportó la inestimable cantidad de 150 000 pesetas. Sin embargo, en el pecado estaba la penitencia.

Todo —aparentemente— se había solucionado en una noche y los partisanos huyeron a la sierra con su botín, pero esta vez los billetes de banco estaban marcados y la Guardia Civil no tuvo más que seguir la pista del dinero. Cayeron varias personas acusadas de encubridores. «Petrolero», uno de los autores materiales, logró escapar y, tras arduas peripecias, pudo llegar a Francia, pero «Rábano» sería detenido en Lleida y «El Cristo» en San Quirico de Besora (Barcelona), mientras «Zoilo» se ocultó en su propia casa.

El 26 de abril del 47 se produce un hecho insólito en esta guerrilla, de suma gravedad; la primera deserción de un maqui, José Bonilla, «El Raspa», que se presentó en el cuartelillo de Valenzuela (Córdoba) entregando sus armas y ofreciéndose como confidente. Acto seguido, vestido de guardia civil, llevó a un destacamento de guardias hasta el cortijo de Lendines en Santiago de Calatrava, donde se encontraba una partida con su propio hermano. Los guerrilleros escaparon a duras penas, pero fueron de nuevo cercados en un roquedal y en el tiroteo cayeron «Formal» —uno de los puntales— y «El Pena», de Alcaudete. Los cuerpos fueron expuestos en la puerta de la iglesia del pueblo. Poco después fue liquidado, al estilo de la ley de fugas, el casero del cortijo y dos guerrilleros más, abatidos. «Bautista», el hermano del traidor, tras ser denunciado por unos derechistas, corrió la misma suerte. La «guerra sucia» continuó

dejando un reguero de sangre, entrando en escena un nuevo traidor, «Toribio», de la partida del propio «El Cencerro», quién ofreció un plan a la Benemérita para capturar a este Che Guevara jienense. La confianza excesiva en la propia excelencia de sus hombres y la escasez de verdaderos apoyos de base rural, pasaban la factura de la traición y de la derrota como le ocurriera al exdirigente de la revolución cubana, tiempo después.

Las informaciones de «Toribio» acabaron con los escasos apoyos del llano y con la red clandestina de militantes comunistas de Jaén e incluso con los enlaces con Sevilla, y condujeron al asalto del cortijo El Aprisco, otro de los escondrijos, donde murieron más guerrilleros, aunque «El Cencerro» no se encontraba en el lugar. El maestro de escuela Antonio Espinosa y dos colaboradores fueron asesinados en aquel lugar. «La guerrilla de “El Cencerro” a pesar del recio temple de su jefe no pudo resistir aquel acoso desorbitado» [Moreno, 2002].

Una muerte épica

El plan urdido por «Toribio» para llegar hasta «El Cencerro» continuó en marcha y a mediados de julio de 1947 reveló el escondite del guerrillero. «El Cencerro» se escondía en la casa de Rafael Chica, en la calle del Sol, situada en las afueras de Valdepeñas de Jaén, y no estaba solo. Con él residía su ayudante «Crispín».

El teniente coronel Luis Marzal movilizó para esta misión una compañía entera de la Guardia Civil, a la que se sumaron los guardias municipales de Valdepeñas de Jaén más las fuerzas vivas del pueblo, es decir somatenes y falangistas; alertando —como refuerzo— al Ejército. El propio Marzal se trasladó a Valdepeñas de Jaén para dirigir el asalto final. Lo primero fue apresar a María Chica, hermana del dueño de la casa, para forzar la entrada en la misma. En el tiroteo murió María y uno de los vecinos que servía de guía a los asaltantes. Marzal conminó a unos cuantos vecinos para que entraran en la casa y parlamentaran con los asediados, cosa que no consiguieron al producirse un nuevo tiroteo en el que perdieron la vida. Era el 16 de julio de 1947 y todo se preparó para el asalto definitivo. Se apilaron ramas y leña seca sobre la puerta, prendiendo fuego a la vivienda y haciendo estallar varias cargas de dinamita. «Crispín» y «El Cencerro» estaban a salvo de las explosiones, pues habían horadado los tabiques y pasado a la casa contigua, logrando alcanzar con sus disparos, a tres guardias. Aquella noche pareció eterna. Los dos guerrilleros tuvieron la sangre fría de ir rompiendo a trozos minúsculos todo el dinero que guardaban, para que no pudieran disfrutarlo sus enemigos.

Al amanecer del día 17 se reanudó el combate. Marzal ordenó bombardear y dinamitar la segunda casa. «Crispín» y «El Cencerro»

cruzaron de nuevo disparos con los asaltantes y guardaron la última bala para acabar con sus vidas. Tras retirar los escombros, tarea que duró todo el día, los asaltantes hallaron los cuerpos de cuatro enlaces pero les costó encontrar a los dos resistentes que aparecieron abrazados y con un tiro en la sien, cuando la luz agonizaba en las ventanas. Recordemos el artículo 10 del código de disciplina guerrillero, redactado por «Mario de Rosa» en enero del 45: «Ningún guerrillero puede caer prisionero en manos del enemigo; los guerrilleros se esforzarán por todos los medios a su alcance para que esto no suceda». El sangriento escenario dejaba siete cadáveres y cuatro heridos. El desigual choque protagonizó —cosa absolutamente insólita— la primera plana del diario Jaén, publicitada como una gran victoria de la Benemérita.

El cuerpo sin vida de «El Cencerro» fue llevado en un camión a su pueblo, Castillo de Locubín. «Allí arrojaron el despojo en el paseo mientras la banda de música interpretaba pasodobles». Y no faltó algún falangista que pisoteara el cadáver entre las risotadas de algunos guardias. Idéntico final tuvo el cadáver de «Crispín» en el pueblo de Martos, de donde procedía. Por último, se produjo una gran redada de enlaces y desafectos —doce prisioneros—en el pueblo de Valdepeñas de Jaén, que había vivido una batalla épica y sangrienta. Como anécdota, cabe reseñar que el traidor, Toribio Baeza, recibió como recompensa un puesto de guardia municipal en Valdepeñas de Jaén, al que tuvo que renunciar rodeado de un sofocante rechazo, y pasó a ser, primero, guarda jurado en una finca alejada y, más tarde, empleado en un aparcamiento de coches en la capital de la provincia.

Puede hablarse, todavía, de la desesperada resistencia que, desde este trágico año de 1947 hasta primeros de julio de 1952, ofrecieron algunos de los epígonos de la guerrilla de «El Cencerro», la mayoría de los cuales, dispersos y sin recursos, fueron cayendo en manos de sus enemigos, engrosando así las filas de muertos, encarcelados y desaparecidos. Un número no bien determinado de exguerrilleros de Andalucía se concentraron en la fecha citada en último lugar a los pies de la sierra de Cazorla para emprender un viaje, ya sin vuelta

posible, a Francia, destino que tras muchas peripecias, caminando de noche y a campo a través, lograron alcanzar.

Almudena Grandes, en su novela El lector de Julio Verne (2012), nos ofrece una versión de los avatares y del mundo particular de las guerrillas de Jaén en las que se desenvolvió la mítica figura de «El Cencerro». En ella, Nino, un niño de nueve años, hijo de un guardia civil que por las noches oye los lamentos y gritos de los detenidos que entraban al calabozo del cuartelillo situado en Fuensanta de Martos, conoce un buen día a Pepe «El Portugués», guarda de un cortijo cercano, sin saber que es, en realidad, un enlace de la guerrilla. «El Portugués» alimenta la imaginación del pequeño con numerosas historias de hombres perseguidos sin piedad que pelean por sus ideales. Nino conoce también, en su deambular por la zona, el cortijo de Las Rubias, donde encuentra a una maestra de escuela que no puede ejercer su profesión por haber apoyado a la República pero que le despertará la afición por la lectura y le dará a conocer el mundo fantástico de Julio Verne.

Una película que alimenta la imaginación y nos acerca a una cierta compresión de la extrema violencia que se produjo entre estas guerrillas andaluzas y los representantes de las fuerzas del orden es —obviando su maniqueísmo— El laberinto del fauno, dirigida en 2007 por Guillermo del Toro. En ella se presentan dos mundos paralelos, el del bien y el del mal. Una niña recorre con su imaginación el camino de la fantasía para vencer al mal, ayudada por un extraño fauno, mientras en la vida real el sanguinario capitán Vidal, comandante de un destacamento militar —compuesto por guardias civiles, soldados y policías— persigue a sangre y fuego a los maquis que se ocultan en un bosque cercano. Se dan violentas batallas, venganzas y torturas despiadadas y otras horribles situaciones. Finalmente, la niña logra su sueño, mientras que los maquis —rozando lo inverosímil— acorralan y vencen a las tropas que les acosaban para acudir al rescate de la niña.

El potente imaginario del mundo de los huidos, guerrilleros o maquis en las sierras jienenses nos lo recuerda la prosa desnuda, el fraseo elegante pero preciso, exacto y agudo de una de las mejores novelas del jienense Antonio Muñoz Molina, El jinete polaco: «[Él] crecido en las huertas y en los olivares de Mágina, destinado a dejar la escuela a los catorce o a los quince años y a trabajar en la tierra al lado de su padre y de sus abuelos […]». Es difícil obviar esta relación cuando el propio autor inventa una ciudad llamada Mágina, el nombre de la abrupta sierra que se extiende entre Jaén y Granada.

Los enigmas de sierra Mágina

En esta sierra están las más elevadas cumbres de la zona —los picos de Mágina, Almadén, etc.— y allí es donde se dio la actuación de unas partidas cuyos protagonistas fundamentales se movieron por los pueblos de Bedmar, Bélmez de la Moraleda, Huelma, Jódar, Mancha Real, Noalejo, Albanchez y sobre todos Torres, lugares donde se refugiaron cantidad de huidos al finalizar la Guerra Civil [Sánchez Tostado, 1998].

Los protagonistas fueron los hermanos Tomás, Manuel y Francisco García Fuentes, los «Chaparros», que se movieron al sureste de esta sierra teniendo como epicentro Huelma (Jaén). Muchas de sus actuaciones alcanzaron los límites de la crueldad y resultaron sencillamente temerarias, amén de desprovistas de objetivos políticos. Tomás, el más temido de los Chaparros, vivía escondido en el cortijo Nicolasa amparado por Diego Justicia y su esposa Magdalena Aranda, con la que Tomás mantenía una intensa relación sentimental. Tomás acabó asfixiando a su protector con ayuda de su amante.

Tras cometer numerosos atracos a mano armada, robos de ganado, propinar palizas de muerte a sospechosos de derechismo, etc. Tomás no tardó en ser abatido junto a Magdalena a finales de agosto de 1944. Poca vida le quedó al resto de la partida y así Manuel fue detenido y encarcelado, siendo enviado a Madrid y luego a Ocaña. Francisco, que deambuló por diversos escondrijos, también cayó en abril de 1946. Escasa memoria en positivo ha quedado de este grupo dotado de un perfil vandálico que contravenía los valores republicanos y de progreso que pretendían la mayoría de los maquis.

Aún resulta más sombrío el caso de Juan Antonio Carrascosa Rosa, «Sargento Chamorro», que actuó en zonas próximas a Mancha Real, ya que se trataba de un delincuente —con varias condenas a sus espaldas— que fue confundido con otro y liberado del Penal de El Puerto de Santa María, en Cádiz, durante la guerra, por lo que aprovechó su libertad para ocultarse en Jaén y luego en sierra Mágina, escenario que escogió para sus nuevas actividades delictivas. «[…] de sus acciones se deduce una capacidad criminal caracterizada por la violencia más acorde con la figura del cuatrero o salteador de caminos al viejo estilo del siglo xix" [Sánchez Tostado, 1998]. Formó una partida —con la que colaboraron muchas personas por miedo a su brutalidad— hasta ser detenidos, juzgados y ejecutados en marzo de 1944, en el cementerio de Jaén.

Los maquis de esta zona más serios y politizados fueron Antonio Catena Sanjuán, «Catena», y Manuel López Guzmán, «Pajuelas», naturales de la propia sierra, que se movieron cerca de los municipios de Albanchez de Úbeda (zona de Los Molinos) y de Torres donde nació y vivió «Catena».

«Catena» era un ebanista muy apreciado en su profesión, tenido por hombre juicioso, responsable y sin duda fervoroso activista republicano. Había formado parte del jurado del Tribunal Popular Especial que en noviembre de 1936 condenó a muerte por participar en el golpe militar contra la República a siete vecinos del valle de Los Pedroches en Córdoba, lo que determinó ser incluido en un proceso sumarísimo de urgencia por la autoridad militar franquista, que le condenó a muerte por rebelión en agosto de 1940.

Estaba casado y con tres hijos; fue recluido en la prisión de Jaén, en espera de que se cumpliera la sentencia. Allí, «Catena» conoció a «Pajuelas», casado y con cuatro hijos, condenado por delitos

similares. Ambos se escaparon de la cárcel, aprovechando la confusión y escasa vigilancia existentes en los primeros días de posguerra, y marcharon a la sierra que conocían bien para esconderse en cuevas y refugios. Entraron en la partida de los «Chamorro», pero «Catena» se separó de ella al poco tiempo disconforme con sus métodos. Durante 1942 y 1943 el número de enlaces creció espectacularmente y dispusieron de su propia partida, bien informada respecto a los movimientos de la Benemérita.

Se dieron numerosos casos de detenciones entre pastores y gentes de medio rural, jornaleros en su mayoría, que fueron condenados hasta a dos años de prisión por facilitar información a las partidas. Tras una serie de asaltos y golpes económicos «Catena» y «Pajuelas» se separaron y cada uno marchó por su lado. Debido a su antigua influencia política, «Catena» enviaba mensajeros a Jaén, para cobrar una especie de tributo o contribución a la causa; aunque en ocasiones las cantidades fueran muy inferiores a lo esperado. «Catena» llegó a la saturación de una vida que nunca hubiese deseado, por lo que decidió abandonar y tras estar escondido en el cortijo de su amigo «Iniesto», utilizando un documento falso, abandonó la sierra y se estableció como ebanista en Valencia.

«Pajuelas», ya solo al frente de la partida, no estaba a la altura de un líder, y al intentar dar un atraco con sus hombres disfrazados de guardias, fue abatido. Lo peor es que entre sus efectos personales fue encontrada una libreta diario que facilitaba información completa y detallada sobre encubridores, colaboradores y enlaces. La relación permitió a la Guardia Civil detener y juzgar a numerosas personas en la localidad de Torres, ingresando en prisión cincuenta y dos personas. Entre los detenidos figuraba la joven de 20 años Pilar Gálvez, que se atrevió a gritar en un desfile, estando en prisión: «¡Rompan filas. Franco, tu puta madre!». Algo tan fuera de lugar en aquellos tiempos que se le consideró como enajenada mental siendo condenada a seis meses y un día de cárcel.

Lo más sorprendente de este asunto es que «las autoridades no supieron —hasta ese momento— que “Catena” y “Pajuelas” habían estado coordinando un aparato clandestino consiguiendo organizar comités locales del PCE en varios municipios de la comarca y habiéndose entrevistado en alguna ocasión con miembros del Comité Regional venidos expresamente de Sevilla» [Sánchez Tostado, 1998]. Todo ello —dicho sea de paso— deja en entredicho la visión clásica sobre la total independencia y el individualismo de estos maquis de la sierra, poco dados a seguir órdenes y directrices partidarias. Claro está, que en este caso —bastante aislado— era a la inversa, eran los «prácticos», los «militares» los que explicaban a los «políticos» sus necesidades y demandas de suministros y armamento.

Las detenciones se extendieron a otros pueblos como Mancha Real. Una redada tan masiva —setenta y tres encarcelados en febrero del 46— hizo necesario un replanteamiento y el caso quedó sobreseído. Era insostenible ser condenado por el simple hecho de cruzarse con los maquis en un camino, lo que además de sufrir algún tipo de extorsión, acarreaba la posibilidad de ser denunciado por alguien que tuviese la vista demasiado larga. Los hacendados, por su parte, hacían un doble juego, pues la entrada en el asunto de los secuestros y las donaciones a huidos y maquis aseguraban su «flanco izquierdo», sobre todo en tiempos de inseguridad política como fueron los años 44 y 45, donde el triunfo de los aliados podía suponer un cambio de régimen político en España.

«Pajuelas» fue cazado finalmente por el guardia Andújar según versión oficial en 1947, aunque la familia habló de un suicidio, cosa más probable, porque era el final escogido por muchos maquis, al verse perdidos. El cuerpo de «Pajuelas» fue expuesto y trasladado luego a su pueblo, Mancha Real. La primavera y el verano de 1947 fueron verdaderamente mortales para estas guerrillas.

10

Maquis en Cataluña y en el Alto Aragón

«También ella cree que es inútil, que todo está perdido […]: esos tiros, esas bombas, esos maquis, para qué».

Juan Marsé, Si te dicen que caí.

El caso de Cataluña y Aragón, regiones geográficamente limítrofes con Francia, es un tanto excepcional. Tomás Cossías, perseguidor de maquis, escribe: «En Cataluña no puede decirse con propiedad que haya existido nunca una auténtica Agrupación de Guerrilleros. Fue, sin duda, la región destinada como tránsito para el envío de guerrilleros comunistas hacia el Centro, Levante y Sur de España». Los pasos existentes —y en esto coincidía con la visión de los dirigentes del PCE— a ambos lados del Pirineo, se prestaban admirablemente para la introducción de maquis que podían ejercer una decisiva influencia en las partidas guerrilleras del interior [Cossías, 1956].

En efecto, el PCE no llegó a crear ninguna agrupación guerrillera estable en los territorios de Aragón y de Cataluña. Estos territorios sirvieron de lugar de tránsito para la introducción de suministros y pertrechos, al tiempo que tratar de ofrecer todo tipo de apoyos a los resistentes, es decir, bases adonde aprovisionarse, hacer un alto en el camino o emprender el regreso en las misiones encomendadas. La excepción, en este sentido, fueron algunos puntos de Huesca donde alternaron maquis libertarios y comunistas, y el sudoeste de Tarragona, que se mantuvo en contacto con núcleos de la Agrupación Guerrillera del Levante (AGL), y donde actuaron militantes clandestinos del Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC). Las penetraciones de guerrilleros enviados por el

PCE desde Toulouse y otros puntos del sur de Francia tenían como misión principal asegurar las zonas de paso. Esto significaba la existencia en pequeñas poblaciones de bases que, lógicamente, disponían de partidas o guerrillas armadas con objetivos distintos a los del resto.

Ángel Fuertes y Doroteo Ibáñez, dos líderes naturales

La llegada de maquis para formar estas partidas se produjo mayoritariamente a partir de 1945 en Aragón. En el Alto Aragón llegó a funcionar una guerrilla muy disciplinada dirigida por Ángel Fuertes Vidosa «Antonio», maestro de escuela en el pueblo oscense de Agüero. «Antonio», del que volveremos a hablar, por su gran relevancia en la AGLA, había sido ya oficial del EPR y jefe de Servicios del Estado Mayor del XIV Cuerpo de Guerrilleros, y por ende, exalumno de la escuela de guerrilleros de Benimámet, donde se forjaron la mayoría de sus futuros cuadros dirigentes. Cossías resalta la «absoluta confianza» que «Antonio» le ofrecía al mando comunista, pero dice: «Tenía en su contra […] el poseer ideas propias e iniciativas personales, que le hicieron incurrir, alguna vez, en actos de indisciplina». «Antonio», que entró en España en junio de 1945 para dirigir la Agrupación de Aragón, dejó la misma, trasladándose a la AGL (no existía todavía la AGLA) en calidad de jefe supremo en febrero de 1947, ostentando el puesto de secretario general del Comité Regional del PCE, haciéndose cargo, inicialmente, de la jefatura de la llamada Agrupación de Aragón, José Ruiz Cuadrado «Ramón».

Un caso excepcional fue el de Doroteo Ibáñez Alconchel, «el Maño», «Galindo», «Ibáñez», «Fleta», etc., natural de Azuara (Zaragoza), sin duda, el enlace guerrillero más importante de toda la historia del maquis antifranquista. Sánchez Agustí lo describe: «sargento de la 27 División, 1,70 metros de altura, complexión fuerte, pelo oscuro con aladares canosos, bigote y barba bien cerrados, ojos hundidos, cejas pobladas», y dos dedos de la mano izquierda inutilizados por heridas recibidas en el frente del Segre. Añade: «Hombre de mucho valor, de respeto y alta personalidad para diversos vecinos suyos, “acérrimo [para sus enemigos] a la causa roja, peligroso, uno de los peores marxistas de Azuara”, realizó entre 1945 y 1951 más de quince viajes entre Francia y España» [Sánchez Agustí, 2005]. Fue

el único enlace que dispuso del privilegio de contactar directamente y de manera regular con el Buró Político del Comité Central del PCE.

Doroteo Ibáñez fue el auténtico dominador de las rutas y pasos que conducían desde el sur de Francia, atravesando zonas montañosas de Cataluña o Aragón, hasta los territorios más alejados que dependían de la AGLA en las sierras de Teruel o de Cuenca. Un consumado passeur, maestro de escapadas y de viajes imposibles —por su audacia— que trasladaba o devolvía a los maquis a sus campamentos siempre con su grupo de fieles, «Los Maños», como cosidos a sus costados. Ibáñez dominaba la información, autorizaba o denegaba planes y peticiones; trasmitía órdenes superiores aunque no dirigió nunca una agrupación ni ayudó a consolidarla; trabajando por y para todas ellas hasta que decidió retirarse en 1952 seguramente agotado y con graves discrepancias políticas —dejó una carta, a su familia, explicando su retirada—. ¿Determinaron esas divergencias su extraña detención —en Port Bou— por gendarmes franceses y su entrega posterior a la policía española? ¿Por orden de quién o quiénes se le tendió esta trampa? Según la versión publicada —convenientemente amañada— por el coronel Aguado Sánchez, la confesión de Doroteo reforzaba la visión negativa que las fuerzas represivas difundían de la guerrilla. Algo que debió inquietar a sus camaradas de la dirección que no alzaron ninguna voz en su defensa. Para Doroteo el silencio oficial, la prisión durante casi cuatro años, los fusiles frente a su pecho en un trágico amanecer de 1956; su espalda contra el muro de fusilamientos —«El Terrer»— de Paterna (Valencia). Una muerte todavía por aclarar.

La llamada Agrupación Guerrillera de Aragón actuó, desde principios de 1945 hasta finales de 1948, como una unidad relativamente independiente en tierras de Huesca y parte de Zaragoza, mientras que la provincia de Teruel permaneció siempre vinculada a la AGLA. Zaragoza —excepto la comarca de Caspe, vinculada al sector 23— y también Huesca, quedaron al margen del proyecto general diseñado por el PCE, valorándose más su

importancia como zonas de paso puesto que «mantener abiertas las rutas franco-levantinas parecía más productivo que alimentar otra agrupación […]» [Serrano, 2001]. Sin embargo no es defendible la tesis de que el PCE «sostuviera una guerrilla de perfil bajo por miedo a un bloqueo de las comunicaciones» [Yusta, 2008]. Parece más creíble esta última tesis que avala que los suministros que recibía la AGLA llegaban por rutas desligadas de las zonas de huidos, lugares donde existía un buen número de militantes anarquistas, reacios a la disciplina de origen comunista.

Estas guerrillas se asentaron en lugares como las sierras de Carbonera, Agüero, Alcubierre, Santo Domingo y Luna. En esta última sierra, Félix Lacueil «Sos» y Mariano Navarro «Tuerto de Fuencalderas» mantuvieron una partida importante actuando mayormente en localidades de la provincia de Zaragoza como Sádaba, Sos del Rey Católico y Ejea de los Caballeros. En Zaragoza se estableció en la sierra de Santo Domingo un grupo comandado por José Cortés que no llegó a desarrollarse y buscó contacto con el PCE de la capital aragonesa sirviéndose de un pastor [Fernández, 2003].

Destaca la presencia de «Antonio» en la sierra Carbonera y el paso por aquellas zonas del «Ibáñez», siempre acompañado por sus cuatro mosqueteros: el cenetista Manuel Montorio González «Ángel» o «el Chaval», León Quílez «Perico de Camarena», Luciano Maíllo «Bernardino» y Pedro Acosta «Chaval» [Marco, 2002]. Existen dudas respecto al primero de ellos, al que Ferrán Sánchez Agustí llama José María Montorio Gonzalvo (los apodos los mismos), confusiones respecto a su identidad que seguramente le salvaron la vida. Perico de Camarena se suicidó cuando iba a ser detenido en una calle de Valencia en 1947, y Antonio Ardanuy «Julio» —otro posible componente del grupo— fue abatido en la Venta del Moro (Valencia), en noviembre del mismo año. El único que logró vivir para contarlo —escribió su libro de memorias— fue Montorio, tal vez por las confusiones respecto a su verdadera identidad, según me confesó él mismo en Santa Cruz de Moya (Cuenca), que le permitieron vivir en Praga hasta poco antes de su muerte.

La llegada de José Ruiz Cuadrado «Ramón», enviado por el PCE desde Francia para hacerse cargo de Aragón, explica la marcha de «Antonio» hacia tierras levantinas con el fin de poner en contacto ambas zonas. Al parecer, se intentó conectar, por parte de la guerrilla aragonesa, igualmente con trabajadores de algunas empresas zaragozanas para crear grupos de resistencia o comités de empresa, pero el asunto no fue a mayores. De estos trabajos se encargaron, durante algún tiempo, la pareja formada por Leandro Saún Ráfales «Ángel» y Carmen Casas Godessart «Elisa», ambos militantes del PSUC, que se conocieron en Francia y, tras haber trabajado Carmen a las órdenes de Cristino García en la Resistencia, pasaron a España en septiembre de 1943 [Vidal Castaño, 2004].

En principio, «Ángel» había sido destinado a Andalucía pero al llegar a Madrid, tras tomar contacto con el PCE, fue destinado a Zaragoza, ciudad desde la que se intentaría controlar parte de Aragón, La Rioja y Navarra, dando con sus huesos en la cárcel al tiempo que caía el comité provincial de Zaragoza. Tras quince días en comisaría ingresó en la cárcel de Torrero, donde fue juzgado y condenado a muerte, pero la pena le fue conmutada y cumplió quince años en Tarragona. Al salir de prisión, volvió a encontrarse con «Elisa», que trabajaba de enfermera en esta ciudad, y a partir de ahí formaron pareja. «Elisa» había nacido en el seno de una familia republicana y fue militante ya desde muy joven. Denunciada por colocar una bandera republicana y retirar el retrato del rey Alfonso XIII al proclamarse la Segunda República, ingresó en el PSUC y mientras daba clases particulares, estableció diversos contactos con partidos de la izquierda en la población de Almacellas (Lérida), donde había sido destinado su padre como maestro de escuela. Llegada la Guerra Civil se unió a las JSU y comenzó a realizar su trabajo político escribiendo las cartas que los presos enviaban a sus familiares.

Fracasados los intentos de organizar en Zaragoza las bases resistenciales necesarias, el trabajo se centraría, sobre todo, en

afirmar la resistencia en Huesca, donde el maqui más representativo sería Joaquín Arasanz «Villacampa», exdirigente de la brigada 21ª que había entrado en España en 1944 con «los invasores de la AGE», para volver temporalmente a Francia. En 1946 Villacampa entró de nuevo acompañado por otros tantos guerrilleros. El paso se realizó por Hecho y se dirigieron hacia la sierra de Lascuarre, donde contactaron con la partida de Valeriano González «Drole» o «Tanque», creando entre ambas partidas el germen de lo que llamaron Agrupación Guerrillera del Alto Aragón (AGAA). Pero nunca llegaron a reunir suficientes hombres para controlar este territorio, aunque llegaron a realizar acciones de castigo en las comarcas de Litera, Sobrarbe y Ribagorza, dando muerte a los alcaldes de Salinas de Hoz y Arcusa, además de a un transportista de Graus, acusados de ser confidentes de las autoridades. Pronto abandonaron las acciones armadas para centrarse más en los contactos con los comités comunistas de Monzón —dirigido por Joaquín Saludas—, Barbastro —dirigido por Ángel Bellostas—, Benabarre y Boltaña.

A partir de 1946, y con la caída de Villacampa en enero de 1947, esta agrupación se situó al borde de la desaparición. Solo sobrevivieron pequeños núcleos con presencia armada y algunos otros con presencia política a través de sus publicaciones: La República y Aragón libre. Villacampa fue sustituido por el activista Ángel Bellostas —que había escapado de una encerrona en octubre de 1946—, actuando como responsable político Emilio Vistue, también enviado desde Francia. Pero en la primavera de 1948 fueron capturados, en Blecua, estos militantes junto a la mayoría de los componentes del llamado Comité de Resistencia. Pese a la escasa importancia organizativa de su labor, Bellostas y Vistue fueron pasados por las armas en la cárcel de Torrero en el otoño de 1948.

En octubre de 1948, al tiempo que se producían los hechos relatados, tuvo lugar una importante reunión entre la dirección del PCE y la cúpula del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en Moscú, en la que, pese a no figurar en el orden del día, se deslizó, entre otros asuntos, y como si se fuese una pregunta más, el

papel futuro de las guerrillas en España, y el dictador soviético Stalin sugirió a los dirigentes españoles la reconversión de la actividad guerrillera en actividad política, más cercana a las bases obreras que trabajaban en fábricas y talleres. Esta reunión fue recogida ampliamente por la prensa francesa de la época. Santiago Carrillo, una vez en París, dio su versión a varios periodistas extranjeros. Aunque volveremos sobre ello, cabe decir que se produjo en el momento que se iniciaba el imparable declive de las agrupaciones guerrilleras, y que a partir de las recomendaciones de Stalin, tanto el PCE como el PSUC estudiaron el asunto, sin llegar a ningún acuerdo definitivo, pues la actividad guerrillera organizada iba a continuar —cada vez más entre tinieblas— hasta 1952 y la revisión de su política respecto a la resistencia armada, continuó rodeada de incoherencia y confusión.

La organización de Aragón llevó a cabo algunas acciones de castigo contra responsables de Falange en Cornudella y Reus. Pero sus dirigentes, Francisco Serrat, Juan Arévalo y Segrià, fueron fusilados en febrero de 1946. A partir de 1947, en la sierra de Musara, la policía desmanteló —por medio de varias detenciones, tras la caída en Barcelona (primavera de 1947) de un núcleo subversivo que tenía contactos en Reus— la formación y desarrollo de una agrupación guerrillera.

El maquis anarquista en Cataluña

Cataluña vivió la resistencia armada antifranquista de manera diferente a la del resto de España. Por un lado tuvo, como en el Alto Aragón, una guerrilla de frontera por su proximidad a los Pirineos, y por otro una guerrilla que se desarrollará casi íntegramente en territorio urbano, concretamente en Barcelona, y será protagonizada por anarquistas. La ideología libertaria —predominante en Cataluña durante la guerra y el exilio— de estos maquis urbanos, llevada al extremo, rechazó cualquier tipo de disciplina o ayuda organizativa, librando en solitario una desesperada batalla contra las fuerzas represivas que se prolongará más allá de los límites temporales de las guerrillas comunistas e incluso de las anarquistas organizadas.

Todo comenzó, en lo que respecta a Cataluña, en abril de 1939, cuando el llamado grupo de Joaquín Pallarés Tomás dio muerte a un comisario de policía. Pallarés y sus hombres, que llegaron en sus correrías hasta las inmediaciones de Alcañiz (Teruel), fueron apresados y juzgados por delitos contra la seguridad del Estado, atentado a la autoridad, tenencia ilícita de armas, atraco, etc., siendo condenado a muerte Pallarés y a varios años de prisión sus compañeros. Y todo acabó más de veinte años después, concretamente el 6 de agosto de 1963, al ser abatido por tres guardias civiles, días después de haber volado una torre eléctrica, tras abandonar su base en el sur de Francia, Ramón Vila Capdevila «Caracremada», sin darle tiempo a desenfundar su pistola. Pero conviene que nos detengamos en algunos sucesos.

Meses después del final de la Guerra Civil llegaron a Barcelona los primeros grupos de resistentes, organizados desde Francia por el cenetista Francisco Ponzán Vidal, «el maestro de Huesca». Los

libertarios españoles habían creado un grupo de evasión al servicio de los aliados que escapaban de la Gestapo —en su mayoría pilotos británicos y estadounidenses—, que se integró en la red dirigida por el belga Albert Guérisse, más conocido como Pat O'Leary, Rogers o Joseph Cartier. Ponzán Vidal, «El Gafotas», en estrecho contacto con el espionaje aliado, tenía su propio plan de actuación antifranquista que consistía en formar un grupo aparte para cumplir misiones en España.

El sueño de Ponzán —un inteligente activista ovetense de frágil apariencia— no llegó a cumplirse al ser desautorizado por el Consejo General del Movimiento Libertario en el Exilio y, lo que es más decisivo, por ser detenido y fusilado por los nazis, en agosto de 1944. Discípulo del artista y pedagogo libertario oscense Ramón Acín, había formado parte del Consejo Regional de Defensa de Aragón durante la Guerra Civil. «El Gafotas» fue reconocido a título póstumo como resistente y condecorado por los ejércitos de Francia, Reino Unido y Estados Unidos, con todo merecimiento, pues salvó con su intervención a más de trescientas personas —entre otras varias familias judías acaudaladas— que pudieron evadirse de la policía nazi durante la ocupación de Francia. El ayuntamiento de Toulouse le dedicó un paseo en su honor y son varios los autores (Antonio Téllez, Josep Calvet, Vicente Brome, Robert Terrés, e incluso Federica Montseny) que han investigado sobre él o le han citado en alguno de sus escritos.

También funcionaron otras redes de evasión, desde 1945 hasta 1947, entre las que destacó la organizada por el exsargento republicano Carlos Fabra Marín, según las instrucciones dadas por el general Riquelme a las órdenes del Gobierno Provisional de la República en el exilio. Esta red extendió su influencia hasta Barcelona, cumpliendo misiones similares a las de Ponzán pero a la inversa; es decir, ayudando a pasar la frontera francesa a los soldados y refugiados españoles que huían del franquismo [Vidal Castaño, 2012].

En la Cataluña rural apenas había comunistas; las fidelidades políticas se repartían entre nacionalistas moderados o radicales de Esquerra Republicana —entonces minoritarios—, anarquistas —mayoritarios— y socialistas. A partir de 1940 las guerrillas libertarias se extendieron entre la frontera y Barcelona, adaptándose en los turbulentos años 50 a los usos y formas de la guerrilla urbana. Estas guerrillas se encarnaron en figuras individuales capaces de actuar en solitario, dotados de sangre fría y tintes épicos por la leyenda, si bien sus acciones estuvieron salpicadas por fuertes dosis de violencia que despertaron tanta o más desconfianza que admiración entre los ciudadanos.

Marcelino Massana, «Panxo», un caso particular

Como paso previo a las actuaciones en la Ciudad Condal fueron creados por Marcelino Massana Balcells, «Panxo», nacido en Berga, agitador desde los trece años y aprendiz de mecánico, diversos puntos de apoyo entre la ciudad y la frontera. Tanto Massana como «Caracremada» —uno de sus lugartenientes— conocían, «muy bien los bosques y escondrijos, y apoyaron puntualmente acciones de sus camaradas en la ciudad» [Domingo, 2004]. Estos núcleos formaban parte de esa pequeña base campesina que toda guerrilla necesita para subsistir. En la Guerra Civil Massana había participado en las batallas de Belchite, Quinto y Teruel como teniente de la 153 brigada mixta llamada Tierra y Libertad. Con fama de arrogante y provocador, ceño adusto y rudos modales, fue condenado, tras la guerra, por el incendio de las imágenes de la iglesia parroquial de su pueblo a quince años de prisión. En 1942, aprovechando la libertad condicional se unió a una partida guerrillera procedente de Francia y ya no volvió a prisión. Sus idas y venidas a Tarascón y otros pueblos franceses le hicieron experto dominador de rutas y pasos pirenaicos, por lo que concibió la idea de hacerse contrabandista de tabaco y pimienta, «profesión» a la que declaraban pertenecer para acallar la curiosidad de las gentes que les daban ayuda y cobijo. Era menos peligroso confesarse contrabandista que guerrillero y también mejor aceptado por enlaces y colaboradores. Este recurso acabó por generalizarse entre los maquis anarquistas.

El movimiento libertario incrementó su actividad subversiva a partir de 1945, tras una escisión en el seno de la CNT encabezada por la ex ministra Federica Montseny, persistente en desarrollar una línea más moderada y política. Se pretendía —por los jóvenes opositores a Montseny— reorganizar los comités locales, reactivar las Juventudes Libertarias y formar «grupos [armados] de acción directa». Lo importante para los maquis anarquistas de finales de los

cuarenta e inicios de la década bisagra de los cincuenta, no era tanto educar a los trabajadores, ni organizarlos para luchar por su emancipación del yugo capitalista —aunque formalmente lo declarasen—, sino dañar su poder e instituciones; eliminar físicamente a los dirigentes que hacían posible el régimen de opresión, en particular al dictador Franco, responsable máximo de la Guerra Civil. En agosto de 1945 se produjeron el asalto a dos sucursales bancarias, una del Banco de Vizcaya y a otra del Banesto, en Barcelona, en las que se obtuvieron 100 000 y 200 000 pesetas respectivamente. Las oficinas bancarias consideradas como representaciones del poder del capital financiero y depósito de la usura ejercida con el dinero ajeno, pasaron a ser objetivos prioritarios de asaltos y atracos a mano armada, perpetrados con violencia que no excluía el derramamiento de sangre.

Massana había cruzado la frontera con un grupo de nueve hombres. Entre estos se encontraban sus lugartenientes: el ya mencionado Ramón Vila Capdevila «Caracremada», Francisco Sabaté «Quico» y sus hermanos José y Manuel, además de José Luis —Luis era su primer apellido— Facerías, «Petronio» o «Alberto di Luigi», que con el tiempo superarían, todos ellos, en eficacia y popularidad al propio Massana. Disponían de enlaces en masías y poblaciones vecinas a uno u otro lado de la frontera franco-española. Massana «se mostró como un jefe hábil e implacable» [Kaiser, 1976]. En 1945 tuvo la osadía de quedar en un bar de su pueblo con un oficial de la Guardia Civil, conocido suyo que le preparó una trampa, pero tras pagarle una ronda desapareció sin dejar rastro. Al día siguiente, alguien dedicó, desde Radio Andorra, la popular canción de Antonio Machín, Espérame en el cielo, al susodicho guardia.

Bajo la dirección de Massana se llevaron a efecto numerosas acciones como asaltos a masías y minas; voladuras de líneas eléctricas y vías férreas, e incluso ejecuciones de antiguos enemigos que «enfurecieron a las fuerzas opresoras». El asalto a la mina de lignito de Serch les reportó 40 000 pesetas y el de una fábrica en Berga, en 1949, unas 65 000 pesetas. En 1950 el grupo consiguió 100 000 pesetas más en un secuestro. Massana empezaba a ser más

conocido como «El Atracador» que como «Panxo» el contrabandista; incluso fue inculpado de dirigir un comando que asesinó en octubre de 1949 a un matrimonio —que dejaba cinco hijos— y a un cura en la masía D'Alpens; acusación que se mantuvo sin que existiera prueba material alguna, y que el guerrillero siempre negó con contundencia [Sánchez Agustí, 2005].

Ferrán Sánchez, vecino de Sallent, población situada al lado de Berga y especialista en la biografía de Massana, cuenta numerosas anécdotas al respecto. Tras estas acciones el guerrillero decidió retirarse en el verano de 1950 a Francia, donde aún participaría en el asalto al tren correo en Lyon en enero de 1951. Detenido poco después por la Gendarmería y reclamado por las autoridades españolas, los franceses, tras condenarle a un mes de prisión y una multa de 50 000 francos no concedieron su extradición. Nos inclinamos a pensar que en aquellos días lo que desequilibró la balanza a favor de Massana fue su condición de resistente antifranquista, que anulaba la petición de una dictadura que daba cobijo a ultraderechistas franceses como Léon Degrelle. Así Massana dijo adiós a las armas, viviendo pacíficamente hasta su muerte, acaecida en mayo de 1981 en un pueblecito del departamento de L'Ariège.

Con el fin de cortar la ofensiva anarquista, en marzo de 1946 las autoridades franquistas detuvieron y fusilaron, entre otros activistas a Pallarols y Marés, miembros del Comité Nacional de la CNT, pero ello no logró frenar sus actividades en Cataluña, que se vieron incluso incrementadas. Hubo cortes de carretera en Molíns de Rei y otros puntos, voladuras de líneas de alta tensión en Tarrasa y fuertes enfrentamientos de los Grupos de Acción con la Guardia Civil. Pese a que el grupo dirigido por Francisco Aragó fue desmantelado tras la detención en agosto de 1947 de «Marcet», uno de sus miembros más activos, continuaron los asaltos a sucursales bancarias en Barcelona y se incrementó la propaganda subversiva dirigida a la población con el argumento de «oponer el terrorismo popular al terrorismo gubernamental».

La Guardia Civil, a partir de 1949 y de manera lenta pero segura, se hizo dueña de las vías terrestres de comunicación cortando los caminos a numerosos maquis, y aunque no cesaron los atracos ni los sabotajes a ferrocarriles y líneas de alta tensión, si disminuyeron en intensidad y frecuencia, aunque se extendieron hasta la provincia de Lérida.

Los atentados contra Franco

«Ya sabéis que a veces uno llega a abrigar

las más locas ideas».

Joseph Conrad, El corazón de las tinieblas.

El movimiento libertario, en su afán por apuntar a los máximos responsables de la represión, señaló a Franco como objetivo principal de sus acciones. Durante años se diseñaron planes para atentar contra el Generalísimo de maneras distintas, que nunca llegaron a hacerse realidad, porque en última instancia siempre fallaba alguno de los supuestos o de las circunstancias previstas como favorables. Esta obsesión liquidadora fue compartida por notables «camisas viejas» de la Falange Auténtica —grupo disidente de FET de JONS— ya desde 1939, y en 1970 por la organización independentista y terrorista vasca ETA. Una «manía» que ocupó a buen número de militantes y dio lugar a numerosos planes y contraplanes. Son pocas, no obstante, las publicaciones que han recogido estos intentos en forma de ensayo o de novela, amén de algún documental cinematográfico.

Eliseo Bayo publicó en 1976 Los atentados contra Franco, donde se reseña la formación de diversos grupos que planearon atentados, aprovechando los escasos viajes del dictador para inaugurar obras públicas o presidir actos políticos o deportivos. Se diseñaron atentados en lugares de lo más diverso, desde carreteras y embalses, a recintos palaciegos o deportivos de difícil acceso, como el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona (enero de 1941), el Teatro Español de Madrid (abril de 1942), el Palacio de Ayete en

San Sebastián (agosto de 1962), el estadio Bernabéu (final de la Copa del Generalísimo de 1964 entre el Zaragoza y el Atlético de Madrid), el frontón Anoeta de Bilbao (septiembre de 1970) e incluso el propio Palacio del Pardo (1949).

Nombres como los de Cipriano Damiano, Rodríguez Tarduchy, Laureano Cerrada, José Luis Facerías, Joseba Elósegui, o el «Camarada Bonet», entre otros, fueron aireados como inductores o fallidos ejecutores; los episodios de atentados simultáneos o con bombas incendiarias se suceden en estas publicaciones que, tras su lectura, dejan la frustrante impresión de que era imposible obtener resultado positivo alguno. Nadie lograba acabar con Franco, pero sus servicios de seguridad, sí consiguieron aniquilar a sus enemigos. La palma se la llevaron anarquistas y falangistas coincidentes en los colores rojo y negro de sus enseñas y en su afán liquidador del «César visionario», como le llamó Francisco Umbral.

Los primeros intentos planificados con todo detalle se deben a un grupo de falangistas, disidentes del Movimiento Nacional impulsado desde El Pardo que traicionaba la «revolución pendiente» —la nacionalsindicalista, naturalmente—. El breve estudio de Armando Romero Cuesta titulado Objetivo: matar a Franco (1994), recoge sus avatares. El periodista Antoni Batista, en Matar a Franco. Los atentados contra el dictador (2015) replantea de forma original, no exenta de humor y meticulosa exposición, esta temática, recreándose en el atentado «con mayor probabilidad de éxito», el del Palacio de Ayete y en la figura de uno de sus protagonistas olvidados, el anarquista Jordi Conill Vall, «Camarada Bonet», consiguiendo manejar realidad y ficción.

El único atentado que acabó con la vida del dictador fue el que perpetró, en la ficción literaria, Max Aub. En su sorprendente relato La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco (2003), el mesero Ignacio Jurado Martínez, harto de escuchar la inútil cháchara de sus clientes —políticos e intelectuales españoles

exiliados en Ciudad de México— por las culpas de su derrota en la guerra y la urgente necesidad de matar a Franco, en un cafetín donde trabaja, decide realizar él mismo en junio de 1959 el trabajo de liquidar al Caudillo. Pretextando la necesidad de unas vacaciones viaja a Europa. Una vez en Madrid, y tras una serie de propicios avatares, provisto de falsa identidad y disfrazado de militar americano accede a la tribuna en la que Franco preside el «Desfile de la Victoria», y ocultando la pistola bajo el ángulo de su codo le dispara causándole la muerte. Nadie le conoce y entre una multitud conmocionada por el atentado, escapa quedando al margen de toda sospecha. Acabada su gira por Europa, Nacho, regresó sin novedad a su país y empleo habituales. Así nos cuenta, al final de esta historia, el porqué de sus actos: «A mí me hubiera gustado mucho hablar. Por eso fui mesero; ya que no hablaba, por lo menos oía. Pero oír veinte años lo mismo y lo mismo y lo mismo, con aquellas ces. Y eso que soy muy aguantador» [Aub, 2003]. Con esta filosofía el mesero no vaciló dar una lección a los que hablaban sin actuar. ¿Una autocrítica?, el autor era contertulio habitual en estos cafés del exilio.

Tomando esta narración de Aub como punto de partida, el cineasta Pedro Costa Musté realizó, con José Ramón Da Cruz un documental: Los que quisieron matar a Franco (2006), que recoge estos intentos desde 1936 a 1964.

Barcelona, años 50

El auge de las acciones anarquistas que llegaron a provocar no solo el temor entre quienes se vieron envueltas en ellas, sino entre los propios agentes de policía, somatenes, falangistas y otros confidentes, fueron los golpes rápidos y violentos contra sucursales bancarias en la propia Barcelona. Las acciones de Facerías o «Petronio», los hermanos Sabaté y «Caracremada», descubren «una vitalidad y una voluntad de victoria y supervivencia realmente increíble […]. Vivieron para la lucha y la concibieron como una experiencia total […]», [Kaiser, 1976].

José Luis Facerías fue un destacado activista que había caído prisionero al final de la Guerra Civil, tras haber combatido en Aragón, mientras su mujer y su hija morían víctimas del fuego de aviones nazis en su intento de huida a Francia. Cumplió unos años de prisión en diversos campos de concentración y, a su salida en 1945, se incorporó al maquis. Durante el día trabajó de camarero, lo que obligó a vestir bien y usar de modales corteses, propios de la profesión —de ahí su alias— en aquellos años. Con su aspecto de burgués de media capa y mundología dio la vuelta a la imagen tópica del guerrillero tosco y enfadado con el mundo.

Facerías se estrenó con el asalto a la fábrica Hispano-Olivetti en 1947 obteniendo 300 000 pesetas. En 1948, siempre «hecho un pincel» —traje gris claro y corbata—, realizó hasta siete atracos a bancos y se hizo con un botín que superaba los tres millones de pesetas, que entregó a su organización, en la sede de la CNT de Toulouse. Su actividad incluyó el asalto a un prostíbulo barcelonés de lujo en el que recogió todo el dinero de los clientes. No se limitó a la ciudad, sino que realizó con su grupo cortes y controles masivos de carretera. En 1949, tras un intento fallido de atentar contra el

comisario de la Brigada Político Social, Eduardo Quintela —torturador de antifranquistas—, escapó milagrosamente de una emboscada en Figueras, en la que cayeron cuatro de sus hombres.

La metodología de Facerías, que ejecutaba sus acciones con gran decisión y perfección, no exenta a veces de crueldad, llamó poderosamente la atención de sus víctimas y de las fuerzas interesadas en su captura. Su método consistía en desaparecer con gran rapidez tras cometer una serie de delitos, ocultándose en el sur de Francia, para volver días o meses más tarde para continuar con sus actividades. En estas excursiones y en otras acciones colaboró con Quico Sabaté; entre ellas, la colocación de explosivos en los consulados de las repúblicas sudamericanas que estaban de acuerdo con el ingreso de España en la ONU, a saber: Bolivia, Perú y Brasil, combinando estos golpes de efecto y repercusión internacional con el desvalijamiento de joyerías, bancos, clientes de burdeles, etc. Se calculan en unos cuatrocientos, los golpes económicos dados por la resistencia libertaria, en muchos de los cuales participó directamente Facerías, considerado el enemigo público número uno por la BPS de Barcelona.

Tras algunas vacilaciones y siguiendo recomendaciones de la dirección de la CNT, se exilió a Italia en 1953, donde, como Alberto de Luigi, participó en la creación de los Grupos Anarquistas de Acción Proletaria (GAAP), para regresar en 1957, aunque en 1956, secretamente, volvió a Barcelona para intentar una nueva acción con Quico Sabaté. Pese a todo, se mostró, de nuevo, sensible a los consejos para dejar la lucha armada y retirarse, esta vez, a Francia. Sin embargo, ayudado por el italiano Goliardo y otros compañeros, volvió a Barcelona el 17 de agosto de 1957, tratando de conectar con su antiguo grupo para colaborar en la «ejecución» de un tal Pardillo —un traidor—, pero la BPS estaba alertada, sin que se sepa por quién, y le preparó una emboscada. Más de cincuenta hombres tomaron terrazas y balcones próximos a la cita establecida y Facerías fue recibido por una descarga cerrada de la que, milagrosamente, logró escapar e incluso sacó fuerzas para revolverse y lanzar una granada de mano contra sus perseguidores.

Su violento final, no obstante, estaba escrito. Cercado de nuevo, el 30 de agosto fue acribillado a las puertas de un manicomio del barrio de Sant Andreu en Barcelona.

Mientras tanto, en la capital de Cataluña, como en el resto de España, se había iniciado una nueva época que marcó la huelga de tranvías de marzo de 1951. El eje de la oposición al franquismo ya no se encontraba en la insurrección armada sino en la protesta, en la lucha por reivindicaciones sociales y políticas, por las libertades. Facerías murió como un llanero solitario, como un pistolero baleado por cazarecompensas, como los héroes del cine estadounidense tan dominador de la cultura de masas de los años cincuenta del siglo xx.

Quico Sabaté fue, sin embargo, el maqui catalán más carismático y mediático —tal vez por su fotogenia— de los que habían formado parte del antiguo grupo de Massana. Afiliado a la CNT desde los 16 años, perteneció al grupo de «Los Novatos» con el que ocupó L'Hospitalet en 1936, implantando el comunismo libertario con la habitual e innecesaria quema de archivos municipales; hizo la guerra con la Columna Durruti, en el frente de Aragón. Durante su exilio en Francia fue internado en el campo de Vernet d'Ariège, y al salir del mismo se incorporó a la Résistance y luego al maquis anarquista, tomando parte en numerosas acciones peligrosas en las que logró escapar milagrosamente; incluso fue detenido en uno de sus viajes a Francia por tenencia ilícita de armas y explosivos, y condenado a un año de cárcel, pero, tras evadirse, cruzó la frontera y se internó de nuevo en Cataluña. En marzo de 1949 preparó, junto con el grupo de «Los Maños» —no confundir con el grupo de Doroteo Ibáñez—, un atentado contra un comisario de policía, matando por confusión al jefe de Deportes y al delegado de Juventudes de Barcelona, que iban en otro coche. En octubre de ese mismo año, Sabaté, tras una encerrona en la que murió su hermano José, resultó herido, pero pudo escapar cruzando a nado el río Llobregat.

Quico era un hombre apuesto que vestía un peculiar uniforme guerrillero a medio camino entre el atuendo de un senderista y el de un alpinista. Parecía enorme y sólido tocado con boina negra, cargado con una pesada mochila a la espalda, gruesa camiseta de lana recubierta por uno o dos jerséis chaqueta con cremallera; pantalones bombachos oscuros que se encajaban en unas botas altas de montaña, portando una vara o bastón sobre la que apoyarse en las ascensiones; mirada profunda y limpia, gesto decidido y bigote oscuro sobre una boca y un mentón regulares. Una foto en la que vemos al Quico Sabaté vestido de esta guisa, ha llegado a ser muy popular y es una de las más reproducidas de la historia del maquis. Antoni Batista traza un retrato psicológico en su novela Matar a Franco. Los atentados contra el dictador: «Quico era un solitario del crimen, al estilo del Chacal de Frederick Forsyth, […] tenía una movilidad que hacía imposible seguirlo […]. Sabía que su detención [en España] era la muerte y que el franquismo, si no tenía pruebas, las fabricaba a base de autoinculpaciones bajo tortura».

En este tiempo, la CNT no era partidaria de reanudar la lucha armada, por lo que Sabaté, considerado ya como un atemporal lobo solitario por sus propios compañeros, prosiguió su lucha con muy escaso apoyo. En abril de 1955 realizó una siembra masiva de propaganda en el centro de Barcelona: con un pequeño mortero de su invención alquiló un taxi y desde él, inundó la ciudad de octavillas contra la visita de Franco. Días más tarde, secundado por tres de sus hombres, asaltó una sucursal del Banco de Vizcaya, llevándose 700 000 pesetas. Su método era similar al de su amigo Facerías, apareciendo impensadamente en Barcelona y replegándose a Francia —para quedarse allí, a veces, por largo tiempo— y así despistar a la policía.

La última entrada se produjo en enero de 1960 y fue cercado en el Mas Clará. Escapó herido en un alarde de audacia. Cruzó el río Ter y se subió a un tren correo con destino a Barcelona. Fue ese tren el que marcó su encuentro con la muerte. Tuvo encañonado al maquinista, hasta que descendió en Sant Celoní, donde ya no pudo eludir el cerco que le tendieron la Guardia Civil y el Somatén local.

Rodeado, fue baleado a placer [Ventura, 2010]. La de Quico fue otra muerte cinematográfica. Columbia Films produjo en 1964 una película en blanco y negro, Behold a pale horse, que en su versión española se tituló: Y llegó el día de la venganza, dirigida por Fred Zinnemann, el realizador de Solo ante el peligro, con el mismo esquema del famoso western incluido el duelo final a muerte. En esta cinta, el sheriff es sustituido por el teniente Viñolas de la Guardia Civil, interpretado por Anthony Quinn y el pistolero por el maqui anarquista Manuel —Gregory Peck—, que vive retirado en el sur de Francia. Al saber Manuel que su madre agoniza en un hospital, decide volver sabiendo que tendrá que librar la última batalla contra Viñolas y sus hombres. Un sacerdote —Omar Sharif— aprovecha un viaje a Lourdes para advertir al guerrillero del peligro, pero Manuel, vestido y armado a la manera de Quico Sabaté, cruza los Pirineos de vuelta a su pueblo. Mientras la madre agoniza, Manuel y Viñolas, que le ha preparado una encerrona, dirimen a tiros su pleito personal que acaba con la muerte del maqui. La película estuvo prohibida por la censura franquista hasta 1979.

Poco interés despertó —para el mundo del celuloide— la guerrilla que operaba en el mundo rural catalán de los años cincuenta. Mencionaré, no obstante, El año del diluvio, una coproducción con Fanny Ardant en el papel estelar, dirigida por Jaime Chávarri en 2004. Cuenta la historia de Sor Consuelo, superiora de un deteriorado asilo-hospital que se deja seducir por un terrateniente sin obtener a cambio, como esperaba, el dinero necesario para construir un nuevo asilo. Su mundo se derrumbará al ser secuestrada por un grupo de maquis que opera en la comarca, cercados a su vez por un destacamento de guardias civiles y soldados, al servicio del cacique. Basada en una hermosa novela de Eduardo Mendoza, la película no colma las expectativas derivadas de tan interesante planteamiento literario.

Ramón Vila Capdevila «Caracremada», «el último guerrillero» anarquista, se inició en estos menesteres como guía del grupo de Massana porque poseía un absoluto conocimiento del terreno.

Experto en voladuras, se encargaba de preparar y ejecutar las que afectaban a las líneas de alta tensión, al tiempo que enseñaba a los más jóvenes la técnica requerida para llevarlas a cabo. Colaboró habitualmente con Quico Sabaté y sus hermanos desde 1946, introduciendo armas para los Grupos de Acción. En 1948 intervino en el asalto a la Colonia San Cornelio, así como en el atraco a una joyería de Terrassa y el sabotaje a la fábrica de carburos de Berga. En 1950 fue sorprendido junto a Manuel Sabaté —detenido y ejecutado poco después—, logrando escapar de la Guardia Civil tras arrojarse por un barranco.

Poco a poco se fue quedando sin apoyos, como fuera de tiempo y lugar. Sin embargo, poseído por la fe en una revolución cada día más inconcreta, continuó, en solitario, con sus voladuras y sabotajes. Iba y venía del sur de Francia. Pasaba los veranos a las cercanías de Manresa, donde practicaba con postes de alta tensión. Su valor era tan grande como su inconsciencia pues se enfrentó, a solas, tanto con guardias civiles como con gendarmes franceses a los que, en una ocasión, hizo huir a tiros. Así hasta 1963, cuando tres guardias civiles, como ya hemos contado, lo cosieron a balazos al reconocerlo y sin mediar pregunta alguna. Tal vez haya que releer a autores como José Peirats, en su La CNT en la revolución española (Ruedo Iberico, 1971), o a Eduardo Pons Prades —guerrillero él mismo e historiador de la guerrilla— para entender algunas claves de las motivaciones políticas de tanto encono individual, de tanta fe derramada.

Aunque la fuente más interesante para conocer aquellas porciones de la vida íntima y personal de aquellos maquis —algo que se nos sigue escapando pero que ofrece un alto interés— que mataban o morían por ideales que nunca llegarían a ver materializados, sigue siendo la literatura. ¿Qué fue y en qué se apoyaba el mundo secreto de las pasiones de aquellos militantes, de su sexualidad, de sus afectos, de sus simples aficiones? Recurriremos al auxilio de una novela de Juan Marsé, Un día volveré (1982), que bajo la envoltura de una historia de amor se adentra en esa introspección literaria necesaria para entender la soledad del guerrillero.

11

La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón

«Alcé la cara al cielo, […]

nada me revelaron las estrellas».

Octavio Paz, Libertad bajo palabra.

La resistencia armada promovida por el PCE tuvo en la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA) su bastión más firme entre 1944 y 1952; logrando, en ese tiempo, mantener con abundantes altibajos su influencia organizativa y control político. Se aducen, a favor de esa afirmación argumentos tales como el que las guerrillas de Levante fueron creadas ex novo, la práctica inexistencia de huidos en aquellas tierras y el haber sido, en buena parte, la última región ocupada por las tropas de Franco. Argumentos no del todo concluyentes ni excluyentes de otros. Ya existían partidas armadas en su territorio aunque débiles e incipientes; los huidos eran escasos pero los había. Aún siendo cierto el rápido colapso de las instituciones republicanas el asunto es, obviamente, más complejo.

El final de la guerra y la victoria de Franco configuraron una nueva España. Mientras se retiraba el «Ejército del Ebro» más allá de la frontera con Francia acompañado del más grande éxodo migratorio del siglo XX; mientras se luchaba en las calles de Madrid entre partidarios de rendirse o no para dar por finalizada la Guerra Civil, a Valencia —que llegó a ostentar la capitalidad republicana— y a sus gentes les pilló un tanto de sorpresa la nueva situación creada por la derrota, lo que explica —aunque solo en parte— la precariedad de respuesta organizada.

Así ocurrió con muchos combatientes que volvían del frente, a las autoridades políticas, líderes sociales, oficiales del ejército o de las fuerzas policiales. Creyeron tener la evacuación asegurada por buques británicos o franceses, por lo que se agolparon en las cercanías de los puertos. Como sabemos, salvo excepciones, esta situación no se produjo y pronto millares de personas fueron recluidas en cárceles, campos de concentración conventos y otros recintos habilitados —cárcel Modelo de Valencia, cárcel de mujeres, monasterio de San Miguel de los Reyes, sanatorio-cartuja de Portaceli, etc.— convirtiéndose en prisioneros políticos.

Pese a todas estas circunstancias adversas, muy pronto surgieron débiles núcleos de resistencia en la ciudad de Valencia y en algunas zonas montañosas de La Serranía, los montes de Teruel o El Maestrazgo de Castellón. Para el exmiembro de la División Azul y exgeneral de la Guardia Civil, Ruiz Ayúcar, el foco inicial «para la reconstrucción del Partido [se refiere al PCE] tras la derrota aparece de forma clara en Valencia y Albatera, dentro de los campos de prisioneros», [Ruiz Ayúcar, 1976]. Las fuentes partidarias demuestran por su parte que, efectivamente, la dirección del PCE estaba intentando remontar su organización con cuadros extraídos entre jóvenes comunistas. En Valencia, en concreto, confiaron la misión a miembros de las JSU, que fueron casi inmediatamente descubiertos cuando todavía estaba por terminar 1939.

Lo cierto es que la región comprendida por las provincias de Castellón, Valencia —la zona montañosa y serrana—, los montes de las provincias de Teruel y Cuenca, desde la Sierra del Maestrazgo —que se extiende por Castellón y parte de Teruel— hasta los macizos montañosos que componen las sierras de Albarracín, Javalambre y Gúdar, con los picos, bosques y valles de las localidades de Santa Cruz de Moya, Tuéjar, Benagéber, Requena, Utiel, Minglanilla, La Pesquera, etc., presentaban unas condiciones naturales sumamente propicias para el desarrollo del maquis. Fernanda Romeu, pionera en la investigación sobre los guerrilleros de Levante explica que

todo se veía facilitado por tratarse de una región desde la que se podía alcanzar la frontera francesa con un máximo de doce días de marcha a pie, y la existencia de un potente sistema de enlaces [Romeu, 2003].

El sistema de enlaces, con el omnipresente Doroteo Ibáñez y sus «Maños» como punta de lanza, facilitaba los pasos de frontera y se veía reforzado por el trabajo de Domingo Malagón —un disidente intocable por razones de «estricta necesidad»— quien desde Toulouse ponía a disposición de los que trasegaban la frontera una documentación impecable [Gros, 1971; Vidal Castaño, 2004]. Además, la llamada región levantina, de economía preferentemente agraria, ofrecía posibilidades de trabajo político no exclusivamente rural, por la existencia de un centro industrial de importancia en Sagunto, una red de pequeñas y medianas industrias derivadas de la agricultura, el calzado, papel o textil, así como centrales eléctricas, ferrocarril minero y abundantes comunicaciones entre las poblaciones serranas y las ciudades de la costa que, pese a los esfuerzos realizados, no fueron suficientemente aprovechadas por la resistencia.

Un serio inconveniente, amén de la insidiosa práctica de eliminar a los disidentes políticos reales o sospechosos, fueron las numerosas caídas que obligarían a sustituir continua y rápidamente a cierto número de militantes por otros, cada vez menos preparados. La rápida pero débil implantación de células y comités del PCE en la ciudad de Valencia y en algunas poblaciones de su entorno no conllevó la adopción de las medidas pertinentes de seguridad, imprescindibles para existir en clandestinidad. Al no diferenciar claramente entre las funciones políticas de partido y las que requería la lucha armada, se admitía o toleraba la doble militancia. Así fracasaron en las ciudades de Valencia y Gandía los intentos de organizar una guerrilla urbana. Sin conseguir una cierta estanqueidad entre órganos y militantes que trabajaban en organización y propaganda y aquellos que empuñaban las armas, la más mínima filtración se convertía así en inundación facilitando la tarea policial y la represión consiguiente.

En 1940 —tras las caídas de 1939— se creó por el PCE el grupo llamado «Los Galileos» para operar en la ciudad de Valencia; grupo que muy pronto fue desarticulado por la Guardia Civil. En 1942, y bajo los auspicios de la recién creada UN, hubo nuevos intentos de formar una guerrilla urbana a través del grupo llamado de «La Gabardina», cuya estructura y desarrollo abundaba en los defectos que hemos venido señalando. En 1943 Rafael Gandía «Gandi» fue sustituido, al frente del aparato militar, por Antonio Gan Valero «Cubano» y «Vargas» —ex del XIV Cuerpo—, quién colocó sendas banderas republicanas en las Torres de Serranos y frente al Gobierno Civil en 1944. Por los sumarios correspondientes y otras fuentes utilizadas por Victor G. Labrado para escribir su novela La guerra de quatre sabemos que «Vargas» comandó un grupo que asaltó la oficina del Banco Popular en el número 5 de la plaza Pintor Segrelles de Valencia, apoderándose de 210 000 pesetas; un buen bocado para la época. Vargas ya estaba en el monte y bajó ex profeso para asegurar el éxito de este golpe económico.

Delicado en el punto de mira

El 16 de octubre de 1944, un número no bien determinado —cercano a los cuarenta— de militantes del PCE salió del sur de Francia al mando de Juan Ramón Delicado González, como vimos en anteriormente, conocido como «Delicado» o «Deli», veterano combatiente del maquis francés —5ª brigada del Aude— y excomandante del XIV Cuerpo de Guerrilleros, quién distribuyó a sus hombres por varias zonas y llegando —obligado por la presión de la Guardia Civil— hasta las cercanías de la región levantina en compañía de unos diez maquis. El grupo estableció campamentos en los aledaños de Mosqueruela (Teruel) y Santa Cruz de Moya (Cuenca) a mediados de 1945, enlazando con los grupos de Atanasio Serrano Rodríguez «Capitán» y, algo más tarde, a través del miembro de CNT Tiburcio Ferrer Cano, del pueblo conquense de Fuentelespino de Moya, con los núcleos de Valencia. A finales de enero o principios de febrero de 1946 —hay más de una versión—, Delicado tomó contacto con Ángel Fuertes «Antonio», pero en uno de sus viajes a la ciudad, mediado febrero, portando dinero —se dice que unas 5 000 pesetas— para la compra de municiones a la CNT, fue detenido al ir a recogerlas.

La intención de Delicado era instalarse en Valencia como jefe del Estado Mayor dejando a los del monte al mando de Pepito «el Gafas» y «Grande». Los datos existentes contienen lagunas. Retenido como sospechoso por agentes de la policía y tras ser interrogado, fue puesto en libertad al intervenir en su favor guardias civiles de Albacete —excarabineros— que eran paisanos y amigos suyos de la infancia. Se dejó ver en su compañía para advertir a sus camaradas que estaba bajo vigilancia y poder así alejarlos del peligro. Tras pasar un mes con su familia en Elda, trató de reintegrarse a la organización. Lo que ignoraba es que, desde el momento de su detención, era ya reo de traición para la dirección de su partido. Algunos de sus compañeros le consideraban «un traidor a nosotros y

a la clase obrera de nuestro pueblo» [Hueso «Casto», 2003].

Aunque Delicado fuera exonerado por «Grande» —tras pedirle explicaciones—, solo pudo ocupar en el nuevo organigrama un puesto como instructor en el manejo de explosivos en la escuela de capacitación guerrillera. La sospecha persistía. Doroteo Ibáñez, «El Maño», le atribuyó «un desvío de fondos a los anarquistas […]» [Hernández, 2015; Sánchez Cervelló, 2003; Preston, 2015], acusándole de poner la organización guerrillera a disposición de estos. Delicado, «finalmente fue ejecutado el día siete —otras versiones dicen 17— de noviembre de 1946 por el grupo de Ibáñez» en algún lugar de la sierra de Javalambre —tras haber sido sometido a una terrible paliza que le rompió seis costillas— «por órdenes de los responsables políticos y militares de Levante». «Andrés dijo [según el Informe de "Rubio" en el archivo del PCE] que había que fusilarlo porque estaba vendido a la policía. Así se hizo».

Su hijo Iván Delicado, en declaraciones recogidas por la asociación La Gavilla Verde, asegura que fue eliminado por el partido injustamente. «Sabemos —habla Iván— que Delicado nunca traicionó a nadie y que nadie cayó a causa de él, aunque sabía mucho, en realidad engañó a la policía». Su familia sigue preguntándose, pues, cómo y por qué fue ejecutado este combatiente, al que tan pocas cosas le fueron reconocidas. Técnicamente, Delicado sigue siendo un desaparecido al ignorarse el paradero de su cadáver.

El grupo que había formado Delicado, tras haber recalado en Tarragona, se había desplazado hacia la provincia de Castellón, donde contactaron con las partidas de Josep Borrás Climent «Cinctorrá» o «Jusepeta» en El Maestrazgo y la de José Ramiá Ciprés «Petrol» o "Petrov" —para Doroteo—, que operaba entre Teruel y Castellón. Estos grupos se dedicaron a perpetrar diversos golpes económicos en masías, oficinas de recaudación, pequeñas

sucursales bancarias, etc., es decir, acciones que algunos autores consideraron de poca monta sin contenido político. Ruiz Ayúcar, sin embargo, asevera que Delicado llegó a controlar una partida bien organizada que reunió en ocasiones hasta noventa hombres —portando uniforme de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI)— que realizaron acciones similares a las descritas con el fin de financiar sus actividades. En los límites entre Cuenca y Teruel, Delicado conectó con Basiliso Serrano Valero «El Manco de La Pesquera», un maqui de pensamiento anarcosindicalista dotado de prestigio en su entorno y temido por la Guardia Civil.

Por su parte, a comienzos de 1945, «Antonio» —a quien nos referimos en el capítulo anterior— ya estaba en Valencia, llegado desde Aragón para hacerse cargo de la agrupación y conectar ambas zonas. Sus primeros trabajos se centraron en la ciudad de Valencia y sus cercanías, organizando un grupo conocido como de retaguardia o «cazadores de ciudad» —se advierte la persistencia en la idea de materializar una guerrilla urbana—, inicialmente al mando del peculiar guerrillero valenciano Demetrio Rodríguez Cepero «Centenera», del que la dirección del partido desconfiaba por tratarse de un militante «turbio»; aunque también por haber surgido del «valencianismo político», y su confusión de ideas, pues declaraba defender ciertos ideales comunistas aunque se comportara, en la práctica, como un anarquista. Lo que no se dudaba era de su entrega y combatividad. «Centenera» apadrinó en 1945 un periódico, El Palleter, título que recordaba el apodo de otro guerrillero valenciano que luchó —más de cien años atrás— contra la invasión napoleónica. El intento fracasaría totalmente, por lo que se trasladó a la capital de España acompañado por Magdalena Azzati, hermana de padre de Pilar Soler, la compañera de Monzón, para pedir asilo huyendo de la persecución que padecía en su tierra.

Tras la espantada de «Centenera», el mando pasó a depender de «Grande», haciéndose cargo del grupo llamado de Vanguardia que actuaba en la ciudad; mientras que los grupos del llano y la montaña quedaban bajo dirección de Pepito «el Gafas». Pero ya

sabemos que ambos, tras un intercambio de disparos, sorprendidos por la Guardia Civil en un contacto, tuvieron que pasar a la organización del monte para escapar del cerco policial.

Los restos de la efímera organización de los cazadores de ciudad engrosaron los grupos y partidas que se habían ido formando con gente llegada desde Francia, pero también con numerosas incorporaciones del terreno —especialmente de varios pueblos de la serranía de Cuenca y algunos de Teruel y Valencia—, de agricultores y pastores que ingresaron en la guerrilla. En marzo de 1946 se produjo el contacto entre los hombres de Antonio y los que controlara Delicado que, unidos a los que actuaban en las inmediaciones de Cuenca al mando de «El Manco de La Pesquera», formarán la base de la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL).

La AGL. La tragedia de «Andrés»

Es en abril de 1946 cuando el PCE decide constituir de manera efectiva la AGL. Además, necesitaba un nuevo líder. Para ello, y como era su costumbre, no recurrió a ninguno de los jefes que hasta ese momento ejercían el mando sobre los maquis de los núcleos existentes —algunos de ellos habían tenido problemas de seguridad — y que habían contribuido a su formación y expansión primitivas. Vicente Galarza «Andrés», guerrillero valenciano —natural de Buñol — que se había formado como tal en la ya citada escuela de Benimámet, sargento durante la Guerra Civil y con amplia experiencia en el maquis francés, ocupó el puesto. Andrés disponía de instrucciones muy estrictas para la reorganización de los núcleos existentes, lo que quedó patente al convocar, primero, en abril del 46, una concentración guerrillera en el paraje del Molino del Marqués, término valenciano de Aras de Alpuente —hoy, de los Olmos—, donde se produjo un primer intento de dar coherencia a las partidas existentes. Pero la fundación como tal de la AGL no tuvo lugar hasta agosto de aquel año, en las Cuevas del Regajo, en el término de Camarena de la Sierra (Teruel), un lugar prácticamente inaccesible. Al parecer, asistieron a la reunión la plana mayor, la flor y nata de la Agrupación, es decir: «Antonio», «Tomás», «Andrés» junto al toledano Mariano Ortega Galán, miembro a la sazón de la dirección del partido en Valencia, «Grande», Pepito «el Gafas», «el Manco de La Pesquera», «Capitán», Doroteo Ibáñez, e incluso Delicado.

En la reunión se dio carácter oficial a la remodelación según el organigrama propuesto por «Andrés», que más adelante explicitaremos, y se intentaron definir los límites de las zonas de influencia de cada uno de los tres sectores en los que quedó dividida la Agrupación. Estas demarcaciones, un tanto imprecisas, serán las mismas que la policía encontrará entre los papeles de «Andrés» tras su detención. Vidal Sales, escribe:

«Bajo su mando […] se redactó y promulgó un severo código de disciplina, con la intención de acabar con una cierta anarquía […]; comenzó a publicarse El Guerrillero, boletín, […] editado a multicopista, alcanzando, según fuentes partidarias una tirada entre 5 000 y 7 000 ejemplares. Galarza organizó un comando especial que realizó numerosos sabotajes, algunos de los cuales, como la voladura de un tramo de la línea Valencia-Barcelona, al paso de un tren que transportaba presos antifranquistas […] sería recogido por la agencia United Press» [Vidal Sales, 2002].

También la agencia Reuter se hizo eco de algunas acciones impulsadas en la etapa de «Andrés» como dirigente. La existencia de este ejército guerrillero organizado con disciplina militar, capaz de atacar en varios puntos y replegarse con la misma facilidad, suponía la consolidación de una metodología que se inició con Delicado, alcanzó su madurez bajo el liderazgo de «Antonio» y se expandió con el mandato de «Andrés». El propio Tomás Cossías, enemigo acérrimo de la guerrilla a quien conocemos, no pudo reprimir palabras de condena que, sin embargo, contenían una velada admiración hacia aquellos maquis:

«El asalto al tren pagador de Renfe, el secuestro de la hija del conocido industrial Martín Artigot, en la finca de San Blas (Teruel), y el lanzamiento cuesta abajo de un tren de mercancías sin frenos en la estación de Bejís-Torás (comarca del Alto Palancia en Castellón, limítrofe con Teruel) vinieron a aumentar la tensión, la ansiedad y el estado de psicosis que la ciudad de Teruel estaba padeciendo […] Unos agigantaban las acciones dándoles proporciones desmesuradas […] entre corrientes de equivocada simpatía […] colaboración y propaganda, sagazmente utilizada por los bandoleros al servicio del comunismo» [Cossías, 1956].

«Andrés», que realizó un completo informe sobre la situación real

de la AGL y del momento sociopolítico y económico de España y estableció su cuartel general en Valencia bajo la apariencia de un activo viajante de comercio, profesión que utilizó como coartada para desplazarse por los diversos puntos que cubría la guerrilla, sobre todo por Teruel y Cuenca, visitando los campamentos y comprobando el estado de moral de los combatientes y la eficacia de los dispositivos creados. Pese a todo, es uno de los maquis más silenciados por las revelaciones que hizo a la policía tras ser detenido y sufrir duros y despiadados interrogatorios, que le dejaron muy maltrecho.

Es cierto que las personas sometidas a las más crueles y refinadas torturas han sido capaces, tras días de angustia y con el cuerpo destrozado, de no revelar nombres o resortes vitales de su organización. No es lo frecuente. La tortura en su más alto grado y ejercida por torturadores de oficio que usan con eficacia, y a veces hasta con placer, su poder sobre otros para humillar, degradar, injuriar, mutilar, e incluso asesinar, puede arrancar confesiones a los militantes más bregados. Remedios Montero «Celia», compañera de «Grande» y emblemática figura de la resistencia, torturada varias veces, confiesa en sus breves memorias: «Antes de pasar por esas comisarías y de conocer los métodos que empleaban, cuando oía decir que alguien en estos sitios había hablado y causado daño a alguno de nuestros camaradas, pensaba, como mucha gente, que eran unos traidores. Después de pasar por ello, y conocerlo bien, mi opinión cambió por completo» [Montero, 2004].

El malogrado jefe de la AGL fue detenido por agentes de la Brigada Político Social en el piso de alquiler donde vivía en la céntrica calle Conde Altea, número 31 —Cirilo Amorós según otra versión—, en la zona más residencial de Valencia, el 21 de febrero de 1947. Su andadura fue violentamente cortada cuando aún no se cumplían siete meses desde su toma de posesión. «Andrés» intentaba aparentar y llevar una vida normal pero, sin duda, sus numerosas idas y venidas debieron llamar la atención de los vecinos, aunque existen motivos para pensar que su detención estaba relacionada con un tiroteo en el que cayó uno de los «cazadores de ciudad» que

portaba documentos comprometedores. «Andrés» fue fusilado en el paredón de Paterna el primero de agosto de 1947 cuando aún estaba por cumplir los 30 años.

Quedaban atrás errores pero también logros. Mediante acta reglamentaria se constituyó lo que se llamó hasta 1947 Agrupación Guerrillera de Levante (AGL). Las acciones contra las fuerzas represivas menudearon y así guerrilleros del 17 sector atacaron el 17 de enero de 1947 —sin lograr ocuparlo— el puesto de la Guardia Civil de Escandón (Teruel). La reacción no se hizo esperar y el 19 de enero los civiles asaltaron con numerosos efectivos un campamento en las inmediaciones de La Pesquera (Cuenca), con resultado, según las fuentes, de nueve maquis muertos. No tardaron en replicar los partisanos tomando represalias con el asalto a varias masías, donde se cobraron algunas vidas y dejaron otras. Lo cierto es que bajo mandato de «Andrés» se incrementaron los ataques a partir de enero de 1947; el día 26 de ese mes tuvo lugar a partir de las siete de la tarde, mientras cobraran fuerza las primeras sombras de la noche, el desafortunado ataque a Losa del Obispo (Valencia) —que relataremos después— y que marcó también el final de su mandato.

De manera provisional, «Antonio» se hizo cargo de nuevo de la organización con el nombre de «Alfredo», hasta que se produjo una nueva reorganización —también se incorporaron nuevos guerrilleros— bajo el mando de Francisco Bas Aguado «Pedro», otro experto maqui formado en Francia, y pasó a llamarse, entonces, Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA). Pese al cambio de nombre y su apariencia de solidez, lo cierto es que esta agrupación se deslizaba con relativa prontitud por la senda de su disgregación. A un nuevo golpe represivo sobre el campamento de Nieva que fue asaltado en febrero, opusieron los maquis nuevas ocupaciones de aldeas en junio, con atracos y asesinatos de por medio. La más cruenta se produjo en septiembre de 1947, una acción de castigo en el pueblo de Gúdar (Teruel) de infausta memoria, que tal vez señaló el inicio de esa decadencia.

La leyenda de «El Manco de La Pesquera»

La AGL se dividió, inicialmente, en tres sectores o brigadas, cada uno de los cuales tenía cuatro batallones, y cada batallón dos compañías, cada compañía dos secciones, y cada sección cinco hombres [Kaiser, 1976]. Ya sabemos por otras experiencias, y dado el tipo de vocabulario utilizado, que este organigrama no era más que eso: una distribución formal, sobre el papel, que tenía poco que ver con la realidad. En teoría, y según varios autores, cada sector —que es lo que realmente funcionaba— contaba alrededor de ciento veinte hombres, y toda la agrupación de unos cuatrocientos en total. Esta cifra representaba, no obstante, casi el doble del número de maquis que habían dispuesto otras organizaciones. Pero hay cifras para todos los gustos, unas que superan las dichas y otras que las sitúan por debajo. Los sectores adoptaron numeraciones caprichosas: así, el 5º Sector —el más antiguo—, con base en la provincia de Cuenca, abarcaba dentro de sus límites amplias zonas de Teruel, ciertas ramificaciones en Guadalajara, con inclusión de las zonas montañosas cercanas a Requena y Utiel. El jefe nombrado fue Atilano Quintero Morales «Tomás», excompañero en la misma división en el maquis francés de «Andrés» y miembro del PCE.

Sin embargo, el maqui convertido en leyenda de este sector fue «El Manco de La Pesquera» o «Fortuna», de ideología anarcosindicalista, que más de una vez hizo la guerra por su cuenta forzando acciones no exentas de un temerario valor, aunque ajenas a los esquemas de la organización, consideradas como más propias de la delincuencia común. Un personaje siempre polémico al que militantes comunistas llegaron a denunciar por traidor y que, sin embargo, venía a ser como un héroe en la comarca que le vio nacer y entre los militantes anarquistas. Se llegó a afiliar al PCE y mantuvo a un grupo creado a su imagen y semejanza en implacable lucha contra la Guardia Civil en diversos parajes de Utiel, Requena, Gargantas del Cabriol y la comarca conquense de La Manchuela.

En 1951, en plena agonía y retirada de la AGLA, José Gros, amigo personal y fiel ejecutor de las órdenes de Santiago Carrillo, fue enviado para convencer al «Manco de La Pesquera» de que debía retirarse de la montaña y cambiar de metodología. Gros resumió su visión del guerrillero con estas palabras: «Tenía una mentalidad muy especial […] Era un asaltante de caminos que odiaba fuertemente al régimen franquista» [Gros, 1971].

«El Manco» —al que le faltaban algunos dedos de su mano izquierda, de ahí el apodo—, cayó en una emboscada en Cofrentes (Valencia) y se le detuvo tras haber ser herido por la Guardia Civil. Luego de pasar por prisión y sufrir juicio, fue condenado a muerte por procedimiento sumarísimo y fusilado en Paterna el 10 de diciembre de 1955. Se extendió el rumor de que reveló detalles que condujeron a la detención de muchos de sus camaradas pero el régimen de Franco no pagaba a los «traidores». Cincuenta años después, una comisión formada por sus vecinos, con la ayuda de la asociación La Gavilla Verde, extrajo su cuerpo del anónimo nicho que ocupaba en Paterna para trasladarlo finalmente al cementerio de su pueblo.

La eficacia de «Grande» y la seducción de Pepito «el Gafas»

El 11º Sector se extendía por diversos lugares de la provincia de Valencia, desde el Rincón de Ademuz hasta las sierras de Teruel (Albarracín, Javalambre, Gúdar), y estaba bajo el mando de Florián García Velasco, «Grande». Fue, sin duda, el sector más organizado y mejor pertrechado, lo que le permitió ser el más eficaz en sus acciones; un sector con clara predominancia de los comunistas. Sus dos artífices y líderes, cuya influencia superó con mucho los límites establecidos por la división del territorio en sectores, fueron, sin duda, «Grande» y Pepito «el Gafas», que en bastantes aspectos tuvieron en sus manos el destino de sus camaradas.

«Grande» había nacido en Aldealcorbo (Segovia) y muy pronto emigró a Madrid, huyendo de la «esclavitud de la tierra», para trabajar como camarero. A los 16 años se alistó voluntario en las milicias que se aprestaban a la defensa de la capital asediada en 1936, combatiendo en la Guerra Civil en la 50ª Brigada Mixta y en el cuerpo de Carabineros, donde llegó a oficial de la escala de milicias. Finalizada la contienda fue capturado en la trampa del puerto de Alicante, pasando, como prisionero, por el campo de Albatera y la Cartuja de Portaceli. Puesto en libertad por falta de cargos, se incorporó a la incipiente organización del PCE en Valencia, contribuyendo al fallido intento de creación de la guerrilla urbana para unirse, finalmente, a la Agrupación Guerrillera de Levante.

«Grande» estuvo presente como organizador o participante en muchas de las acciones importantes de esta agrupación guerrillera de la que comandó el 11º Sector entre 1946 y 1949, entre otras en el asalto al tren pagador de Caudé (Teruel) en julio de 1946, y en el asalto y toma de Losa del Obispo (Valencia) en enero de 1947, que

desencadenó una tragedia. Muy hábil y con sentido del humor, comentaba su suerte para escapar, siempre en el último momento, de los mayores peligros. El guerrillero «Galán» en su informe al partido resaltaba su tendencia al militarismo: «veía en los camaradas una especie de ordenanzas», aunque también consideraba «la necesidad de una política de masas entre los campesinos».

En 1952 se trasladó a Francia por orden del partido. Detenido en el país vecino, fue juzgado por un tribunal francés que le absolvió —existe una foto donde Florián García brinda con monsieur Longuet, dirigente del PCF, en 1954 por la negativa de la justicia francesa a conceder su extradición a España— y pudo reintegrarse a su militancia comunista en Checoslovaquia, en labores de propaganda. Durante su estancia en Praga se reencontró con el guerrillero de ideología anarquista José Montorio «El Chaval», y con Remedios Montero García «Celia», con la que acabó casándose en 1966. Ambos se apreciaban ya desde que se conocieron en la AGLA. «Grande» murió el 17 de abril de 2009 a los 92 años de edad en Valencia, y pocos meses después se produjo el deceso de su compañera Celia.

Por su parte, Francisco Corredor Serrano «Pepito el Gafas» se convirtió en una figura muy apreciada entre sus camaradas «por sus estudios inconclusos de ingeniería [y de medicina] y por sus dotes pedagógicas», según testimonia «Grande». «Pepito el Gafas», ex miembro del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) durante la Guerra Civil, fue el director de las escuelas de capacitación guerrillera —que se mantendrían durante unos tres años—. Diseñó el programa de preparación de los guerrilleros, dirigiendo cursos intensivos, tanto sobre aprendizaje de la lectoescritura como sobre el manejo de armas y explosivos, y tácticas de combate.

Vale la pena fijar nuestra atención en algún campamento escuela como el de Aguaviva o el llamado del Rodeno en el valle de Los

Ligros en plena sierra de Albarracín, a medio camino entre las localidades turolenses de Bezas y Tormón. Considerado como el buque insignia tuvo que trasladarse, tras ser atacado por fuerzas de la Guardia Civil en diciembre de 1947 a un intrincado lugar de los Montes Universales. Estos parajes, cercanos a poblaciones semiabandonadas, son hoy lugares de la memoria batidos por la soledad y el silencio. También fueron importantes los campamentos de Camarena de la Sierra; San Martín de Boniches (El Bercoloso); Benagéber; Cofrentes o Fuencaliente. El de Cerro Moreno —sede más tarde del Comité Regional de Resistencia de Levante—, cercano a Santa Cruz de Moya (Cuenca) sufrió un ataque masivo como se verá. Entre roquedales y espesos pinares, dentro y fuera de primitivas tiendas, se alternaba el ocio con la planificación de acciones y tareas rutinarias; se vivían momentos fraternales y se dirimían rencores e insidias personales.

«Pepito el Gafas» había nacido en Madrid, aunque diversas circunstancias le llevaron a Valencia durante la Guerra Civil, para acabar siendo el jefe del sector 17 y también del Estado Mayor de la AGLA, instancia que trataba de coordinar determinadas operaciones guerrilleras de cualquier sector, sobre todo aquellas que disponían de planificación militar. En 1945 fue enviado desde Valencia a las proximidades de Gandía (Valencia), donde se había formado una partida guerrillera, con la que protagonizó la primera acción político-militar de la futura AGL, tomando el pueblo de Lorcha (Alicante) en pleno día. Según cuenta Armando Fuster «Luis», retuvieron al alcalde y dieron un mitin en la plaza hablando de la República y requisando todo tipo de suministros. La Guardia Civil lo tenía catalogado entre sus peores enemigos. En líneas generales era un personaje contradictorio con dotes de mando, aunque enamoradizo y a veces indisciplinado. Ofrecía apariencia de estudiante perpetuo con sus gruesas gafas, sin embargo, en la práctica, era un experto y temible guerrillero.

Pese a que no había pasado por la experiencia de haber luchado en el maquis francés, su carisma y autoridad despertaron recelos. El capítulo final de la existencia de «Pepito el Gafas» permanece

rodeado de misterio. Persona y personaje se desvanecieron, prácticamente, sin dejar rastro. El propio «Grande» divagó cuando trató de explicarme en su entrevista la muerte de «Pepito el Gafas», apuntando que llegó a ser un disidente político que pereció asesinado en octubre de 1950 a manos de sus enemigos, cuando trataba de escapar a Francia. ¿«Pepito el Gafas» huyendo? ¿Qué enemigos? Una incógnita más para un historial tan contradictorio como brillante.

El 17º Sector, que se extendía por la provincia de Teruel, más allá de los dominios del sector anterior, el Bajo Aragón, y El Maestrazgo de Castellón, llegando también hasta el sur de Tarragona, fue puesto inicialmente bajo el mando de «Pepito el Gafas». Cuando más adelante —tras las caídas de 1947—, «Antonio», el antiguo jefe de la agrupación, se hizo cargo de nuevo —de forma provisional— de su dirección, el Sector 17 quedó un tanto desgajado del conjunto por lo que, al llegar el nuevo jefe de la AGLA, Pedro, fue dividido en dos, apareciendo el Sector 23º, puesto bajo el mando del solsonés Jesús Caellas Aymerich «Carlos»; que no llegó a consolidarse.

El mito de «La Pastora»

En El Maestrazgo castellonense alcanzó la categoría de mito el guerrillero hermafrodita Florencio o Teresa Pla Meseguer «La Pastora», o también «Durruti», nacido en una mísera masía de Vallibona (Castellón). Persona semianalfabeta que aprendió a leer con los maquis, entre 1946 y el inicio de los años cincuenta, se enfrentó en numerosas ocasiones con la Guardia Civil, que no lograba aprehenderle, dando pábulo a un mito con un toque sexual muy potente. En realidad se trataba de un hombre, obligado por el oscurantismo social y la ignorancia familiar a vestirse como una niña —por una ligera malformación genital— al confundir su sexo, que era masculino. Maltratado, despreciado, llamado por sus vecinos «la Teresot», creció apacentando rebaños y usando la violencia para defenderse, siendo acogida por la partida de «Paco el Serrano», guerrillero de Castellote. La mención de su apodo llegó a infundir temor entre las gentes de su comarca, que la llamaron también «loba del Maestrazgo», y profundo malestar entre las fuerzas represivas.

«La Pastora» usó el transformismo para despistar a los guardias civiles que creían enfrentarse a una endemoniada. En 1948 estos lograron desmantelar el campamento donde se ocultaba entre guerrilleros de la partida de «Cinctorrá», aunque pudo escapar, sobreviviendo en una cueva. Logró huir a Andorra, donde se retiró de sus actividades guerrilleras, y se dedicó al contrabando de tabaco y medias de nilón. En 2011, Alicia Giménez Bartlett, atraída por la ambigüedad sexual y el tirón del personaje, escribió una novela titulada Donde nadie te encuentre, basándose en una investigación previa. La novela humaniza al personaje y trata de entender sus motivos siguiendo la investigación de un psiquiatra y un periodista, fascinados por su facilidad para escapar de la ley, estando acusada de veintinueve muertes. Tras su detención en mayo de 1960, «La Pastora» fue sometida a dos juicios, uno en Tarragona y otro en

Valencia, para ser condenada a muerte y, finalmente, a 30 años de prisión, de los que cumplió 27. En septiembre de 1987, fue puesta en libertad y pudo seguir viviendo hasta 2004 en Olocau (Valencia) con un funcionario de prisiones, su amigo y benefactor. María Torres, en un artículo publicado en Los ojos de Hipatia (2015), asegura que no veía apenas la televisión y, sin embargo, daba largos y tempraneros paseos con sus dos perros, hasta que expiró a los 87 años.

La accidentada vida de «La Pastora», botada al monte por circunstancias más bien ajenas a la política, e incluso a la idea del maquis, nos sirve de pórtico para introducir la presencia de las mujeres como colaboradoras, enlaces y sostén de las guerrillas, y en particular en la AGLA, donde tuvieron un papel relevante.

«Celia», «Sole», «La Madre», mujeres en un mundo de hombres

El caso de «La Pastora» fue excepcional. Pero no fue la única mujer que vivió circunstancias excepcionales, aunque no por su rareza sino por su militancia política. Cabe decir que en las guerrillas de Levante hubo mujeres que colaboraron, sobre todo, como enlaces con los diversos grupos y sectores [Yusta, 2015].

En la AGLA se hizo muy popular entre los guerrilleros del 11º Sector una mujer de Cofrentes, Adelina Delgado, más conocida por «La Madre», considerada por los maquis «como una especie de "Pasionaria" doméstica y familiar» [Vidal Castaño, 2004]. La figura de «La Madre» ha aparecido prácticamente en todos los libros que tratan sobre los maquis de la AGLA. «Teo», el guerrillero de Gandía —que a veces figuraba en los papeles como «Carmen»— enviado por el partido para intentar explicar el cambio de táctica a los combatientes, cita varias veces a «La Madre» como un apoyo seguro a la que se le podía confiar la custodia de propaganda, e incluso de armas. Varias veces ocultó guerrilleros en su casa y prestó otras ayudas puntuales. Adelina hizo una labor de extensión cultural entre sus vecinos y contactos para atraer a gente a la causa de los maquis. Por el contrario, la joven enlace Angelina López abandonó sus tareas y se enamoró del apuesto maqui turolense Francisco Jurado, «Cojonudo» y ambos huyeron a Francia, con el evidente propósito de hacer el amor y no la guerra.

Pero aquellas mujeres que convivieron directamente con los guerrilleros en los campamentos del 5º Sector les prestaron ayuda antes y después de incorporarse al mismo y sufrieron las penalidades de las agotadoras marchas, de la tensión ante un enfrentamiento armado o de la huida sin fin para evitar una caída. Fueron, sobre todo «Celia», cuya familia estaba implicada en la

lucha antifranquista y que se incorporó al monte junto a su padre, Eustaquio Montero, perseguido por la Guardia Civil por dar ayuda a los maquis; Esperanza Martínez García «Sole», que subió al monte por los mismos motivos que su amiga y casi vecina Celia, al morir su padre Nicolás Martínez en la guerrilla en 1950; y sus hermanas menores, Angelita «Blanca» y Amadora.

En sus declaraciones, todas ellas, y en particular «Celia» y «Sole» —las otras dos eran prácticamente unas niñas—, se muestran muy reservadas pero mantienen, por encima de todo, «que fueron ellas quienes tomaron a su cargo las tareas de abastecimiento, de información o de cuidado de los guerrilleros». Esta participación de las mujeres en la guerrilla suponía un gran avance para su tiempo [Yusta, 2015]. Su huida al monte les permitió, al menos, escapar de los castigos que en la zona nacional se les impuso a las mujeres que, dada su condición, habían «desnaturalizado» sus funciones, transgrediendo el papel asignado a su género por una sociedad machista en plena dictadura. Fueron una minoría, pero estas mujeres «rojas» fueron generalmente maltratadas: rapadas, purgadas, violadas, y algunas de ellas encarceladas y condenadas [Maud, 2011].

Las mujeres de la AGLA, militantes comunistas, mantienen un silencio total respecto a su vida sexual en los campamentos de maquis, hasta el punto de que hablar sobre este tema constituía un tabú sexual. Las guerrilleras mantienen firmemente que las relaciones sexuales estaban prohibidas por el partido con tanta convicción como la insistencia en que no conocían el manejo de las armas. Son varias las que afirman que no sabían disparar ningún arma, aunque sí limpiarlas o recargarlas. La primera de las cuestiones se hace en función de respetar un severo código militante, pues en la práctica hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, atender a las necesidades derivadas de la maternidad en un campamento.

Las vidas de «Celia» y «Sole» son, por sí mismas, interesantes puesto que ambas —nacidas en Beamud de la Sierra y en Atalaya del Villar del Saz, de Arcas, aldeas de Cuenca muy cercanas entre sí— no solo se mantuvieron en el monte entre 1951 y 1952, en plena fase terminal de la guerrilla, participando en las penalidades por las que pasaban los guerrilleros, sino que tuvieron un papel protagonista en una operación de rescate y salida de guerrilleros al exterior, abortada por la policía, al existir un traidor. Detenidas, interrogadas y torturadas, ambas cumplieron años de cárcel en diversas prisiones y penales hasta poder alcanzar la libertad varios años después. Como sabemos, «Celia», unida sentimentalmente a «Grande», pudo terminar pacíficamente sus días en Valencia. «Sole» contrajo matrimonio con otro militante, ex preso político como ella, y continuar su vida en Zaragoza. Ambas han reflejado por escrito sus vivencias personales publicadas en forma de memorias. Ambas mantuvieron vivos los ideales por los que pelearon, aunque recuerdan con cierta reserva y amargura las actitudes de abandono de la guerrilla que vivieron por parte de algunos dirigentes de su partido, señalando en este sentido a Santiago Carrillo como responsable de ese abandono [Vidal Castaño, 2004], mientras que tienen un recuerdo más afectuoso para la figura de Dolores Ibárruri «Pasionaria», destacando la diferencia de talante entre estos dos dirigentes. Efectivamente, Carrillo e Ibárruri representan dos generaciones distintas, dentro del comunismo español, aunque ambas figuras —envueltas por los imaginarios de la Guerra Fría y del estalinismo— vengan a ser en la práctica, las dos caras de la misma moneda.

La AGL, ¿una agrupación bajo sospecha?

«Preferiría no hacerlo».

Herman Melville, Bartleby el escribiente.

Toda esta agrupación estuvo, desde sus inicios, ligada a los maquis procedentes de Francia que, sin duda, tenían bajo su mando a los guerrilleros locales; casi lo contrario de lo que ocurrió en otras regiones españolas, donde los llegados de Francia debían integrarse, con más o menos fortuna, en las agrupaciones o partidas ya existentes. Su jefe local más capaz fue, tal vez, «Grande», que nunca estuvo previamente en el maquis francés. Su única experiencia en el país vecino estuvo relacionada con su detención, tras pasar la frontera dirigiendo la retirada de veintisiete maquis de Levante en 1952. Tampoco «Pepito el Gafas» disponía de vivencias francesas.

Salvo las excepciones comentadas, el Buró Político del PCE consideró siempre a la AGLA como la más «propia» de sus agrupaciones y trató de dirigirla, a su gusto, desde Toulouse. Todos sus dirigentes, jefes y oficiales de sector estuvieron en la Résistance y se forjaron como maquis antes de que Santiago Carrillo accediera a la Secretaría General del partido y a dirigir la resistencia armada en España. Todos ellos estuvieron bajo la influencia del monzonismo, lo cual les convertía en sospechosos casi por definición. No obstante, armas, dinero y hombres circularon entre Toulouse y los diversos campamentos o lugares donde se producían los contactos entre jefes y enlaces o comisarios políticos. Situaciones sobre las que Doroteo «el Maño», y sobre todo José Gros, ejercían un poderoso influjo o control directo, incluso sobre jefes como «Grande» o «Pepito el Gafas».

Hernández Sánchez, en su libro ya citado Los años de plomo (2015), explica con materiales procedentes de diversos archivos y publicaciones que:

«Para garantizar el control de la organización del interior, Carrillo envió al país una hornada de nuevos activistas. Muchos habían formado parte de los batallones especiales del NKVD que había combatido contra los alemanes o habían pasado por las escuelas políticomilitares de la URSS […]».

Reaparecen de nuevo en el escenario viejos dirigentes como el alemán Pieck, el italiano Togliatti, el francés Thorez o el polaco Zalka («general Walter» en la guerra de España). Al calor de los chantiers de los Pirineos franceses y de las escuelas de guerrilleros, en particular la de la empresa Fernández-Valledor, etc., de las que ya hemos hablado en capítulos anteriores, «se formó una promoción en la que se encontraban veteranos combatientes […] de la guerra mundial junto a jóvenes sin apenas biografía relevante, "hombres nuevos" troquelados en la matriz de la disciplina del partido […]. En 1947, la mano derecha de Carrillo, Fernando Claudín, levantó acta de la lista de militantes que constituían el núcleo esencial […], su columna vertebral: los camaradas N' X", es decir, en lenguaje cifrado los destinados a misiones políticas de altura (los N) o los vinculados a misiones secretas, algo así como "operaciones especiales" (los X)».

Hernández incluye una lista compuesta por más de noventa nombres —que no discrimina entre enes y equis— pero que sí incluye, como orientativo, el apartado «destino». Cito algunos de los nombres que resultarán familiares a los conocedores de la historia político-militar del PCE como Enrique Castro Delgado, Antonio Cordón, Ignacio Gallego, Eduardo García, Josep Gros, «Antonio el Catalán» en la guerrilla; Levy Rodríguez, «Irene Falcón», secretaria

de Dolores Ibárruri; Jesús Hernández, Enrique Lister, Caridad Mercader —ligada desde la Guerra Civil a los servicios secretos soviéticos, madre de Ramón Mercader—, Juan Modesto, Peregrín Pérez Galarza —valenciano de Buñol, excomisario del XIV Cuerpo en 1937 y más tarde jefe por un tiempo de la AGLA con el alias de «Ricardo»—, Francisco Romero Marín, Manuel Tagüeña o Domingo Ungría —primer jefe del XIV Cuerpo de guerrilleros en 1937—. Claudín, según esta fuente, «se preocupó de anotar el rasgo de "traidor" junto a los nombres de Jesús Hernández, Enrique Castro y un par de militantes más», conocidos oponentes de Santiago Carrillo.

A las órdenes de algunos de estos, y no siempre de buen grado, se ponían hombres tan curtidos como Cristino García o Doroteo «el Maño», convocados para ejecutar misiones de «limpieza» política que debían llevar a cabo con sigilo y eficacia, contando para la ejecución de las mismas con los nombres menos conocidos de la lista, gente muy joven, dispuesta a ganarse la confianza de los más altos dirigentes. Lo cierto es que al leer estas páginas no puede uno dejar de pensar en las imágenes literarias de algunas novelas y películas de espías y de asesinos. Mientras que los profesionales del crimen mataban por dinero, los ejecutores de una sentencia partidaria lo hacían en nombre de una «ideología» o de «una causa», imbuidos, en muchos casos, por una especie de fe religiosa que con el tiempo se podía diluir o convertir en una suma insoportable de remordimientos, como le ocurre a Darman, un ejecutor de sentencias políticas en Beltenebros, la novela de Muñoz Molina; como le ocurrió realmente a Doroteo «el Maño», que un día, enfermo y cansado de aquella vida de violencia al servicio del partido, lo dejó todo en 1952. Pidió y obtuvo un trabajo en Francia, pero le duró muy poco tiempo. Fue detenido en Port Bou y entregado por los gendarmes a la policía española. ¿Quién le denunció? ¿Por qué? ¿Era tan incómoda su memoria? Y una sola respuesta: sin duda lo era para algunos dirigentes de su partido, en particular para Santiago Carrillo. Ya conocen su trágico final. Su confesión permitió al coronel Aguado Sánchez amoldarla a los fines de la Guardia Civil, al tiempo que abrió un devastador silencio entre los comunistas españoles sobre su labor como implacable

conductor de guerrilleros y sicario al servicio del partido.

¿Qué fue de Peregrín Pérez?

Si triste y oscuro fue el final de Doroteo Ibáñez más impenetrable y desolador fue el de Peregrín Pérez Galarza «Ricardo», nacido en Buñol (Valencia), un hombre de partido que parecía destinado a disponer de un futuro brillante. Durante la Guerra Civil, Peregrín —o Pelegrín— fue el comisario político del XIV Cuerpo en la escuela de Benimámet, donde se formaron como sabemos algunos de los más indomables guerrilleros. Protegió con personal procedente de esta escuela el campo de aviación de Monóvar (Alicante) desde donde marcharon los principales líderes comunistas al exilio. Tras una serie de avatares, en su propio exilio, recaló en Moscú donde realizó el curso superior en la escuela leninista e ingresó en el servicio secreto soviético (NKVD), formando parte de un grupo escogido para la protección del Kremlin y edificios notables de Moscú.

A las órdenes del coronel Orlov —no confundir con el jefe de espionaje soviético durante la Guerra Civil española—, formó parte de la 4ª Compañía de la NKVD, siendo designado jefe de grupo destinado al norte de Georgia y más adelante enviado cerca de Bakú, en el mar Negro, como parte del contingente que protegía los pozos petrolíferos de la URSS que pretendían los alemanes. Peregrín no era de los que discutían las órdenes recibidas. Fue distinguido con ascensos y condecoraciones militares en premio a su defensa de la Unión Soviética y su nombre figura, como ya he subrayado, en el listado de los noventa «principales» de Fernando Hernández.

En un momento dado, Peregrín recibió órdenes de intervenir en la AGLA, realizando un viaje previo en 1946, para instalarse en Valencia a partir del verano de 1947 con el fin, al parecer, de reorganizar los núcleos del partido en la capital. En un informe a la

dirección dio cuenta de que apenas existía organización comunista en los pueblos que pudiera prestar ayuda eficaz a las guerrillas. En consecuencia, el 22 de enero de 1948 pasó a ocuparse de la agrupación como nuevo jefe, en el puesto que había dejado vacante el también buñolero «Andrés», manteniendo a Pedro como responsable político. En una carta enviada por «Pepito el Gafas» para presentar a Peregrín podemos leer, además de los habituales elogios, las siguientes palabras:

«Con la llegada del camarada Ricardo, el impulso que daremos a nuestra agrupación será grandioso. Todo cuanto se dice en la orden de presentación referente a él es claro, aparte de otras muchas cualidades y hechos que por el carácter clandestino de nuestro movimiento han de permanecer en secreto».

Pronto se extendió que se trataba de un guerrillero que había actuado en la URSS tras la retaguardia del ejército alemán y que, por lo tanto, era un hombre capaz de levantar el alicaído espíritu de la AGLA. La Guardia Civil lo consideraba un enemigo temible. Puede que algunos de sus camaradas temieran, con su llegada, la vuelta al más rígido de los controles partidarios, dado que la disciplina se había relajado.

Efectivamente, bajo su mando se desencadenó por la AGLA la llamada «ofensiva de primavera», de 1948. Pese a los esfuerzos y recursos utilizados, la ofensiva no obtuvo los resultados apetecidos, y muchas de sus acciones armadas se saldarían con fracasos. Iniciada en varios puntos del territorio AGLA, despertó, a su vez, las reacciones de la Guardia Civil que fueron cada vez más contundentes y desproporcionadas. Se produjeron numerosas deserciones y la caída de varios enlaces importantes, uno de los cuales, «Rodolfo», pasará a colaborar con la Guardia Civil provocando la pérdida de dos campamentos. «El Manco de La Pesquera», en su sector, organizó varios golpes matando a dos guardias y al alcalde de Santa Cruz de Moya el 2 de julio de 1948.

Las represalias no se hicieron esperar y la Guardia Civil consiguió matar a cuatro combatientes. El sector necesitaría, para continuar, de una refundación.

Pese a las inadecuadas condiciones existentes, Peregrín, a su llegada, acompañado por «Joaquín», «Capitán» y Mateo —según el Informe de Adelino Pérez «Teo» al partido—, saliendo del 11 sector tenía previsto visitar los sectores 17 y 23 recalando en los diversos campamentos para darse a conocer a sus camaradas. Según el Informe de «Manso», el nuevo jefe permaneció ocho días en el 17 sector, donde expuso su plan de trabajo consistente en formar células de partido, organizar el estudio político, tratar de impulsar la UGT en los pueblos, etc., tareas inasumibles dada la debilidad organizativa existente en el sector y su bajo nivel de seguridad. Sector complicado, donde se habían producido duros combates y varias muertes —la de «Antonio», entre otros— en mayo de 1948 tras el asalto frustrado al Mas de Guimerá en las cercanías de Morella; la pérdida del campamento de La Cenia (Tarragona) y de toda una red de enlaces.

Armados con metralletas y pistolas, Peregrín y sus escuderos continuaron su visita de inspección hacia el sector 23 encontrando, a los tres días de marcha, a sus enlaces que informaron de que solo permanecían allí una docena de entre sesenta maquis, a consecuencia de las deserciones. Tras momentos de desorientación se decidió volver al sector 17 (siguiendo el Informe de Manso). Cansados y hambrientos se separaron en dos grupos. En esto, el acompañante de Peregrín lo dejó solo para ir «a comprar carne». El otro grupo desapareció al darles el alto la Guardia Civil. Todo pasó entre los pueblos de La Ginebrosa y Aguaviva. Allí, «es donde ocurrió la desgracia y la pérdida de Ricardo».

¿Pérdida o abandono? ¿Suceso accidental o calculado?

«Teo» afirma que lo perdieron aposta, es decir, que lo abandonaron y que no se presentaron en el punto de reunión, donde sí acudió «Ricardo» para encontrarse con la Guardia Civil. El periodista militar franquista Ángel Ruiz Ayúcar, escribe: «Pero el golpe [a la guerrilla, claro] se produce el día 19 de agosto [1948] de aquel año. Un bandolero solitario es descubierto por una patrulla de guardias civiles cerca de La Ginebrosa (Teruel). Se produce un tiroteo y resulta muerto. Cuando se le recoge se descubre que es "Ricardo", jefe de la AGLA. Iba armado con un fusil y llevaba un carnet falso de agente comercial. ¿Qué podía hacer solo, fuera del territorio habitual de la guerrilla el hombre más importante de la AGLA? ¿Quién era en realidad?».

Ninguna de las versiones aclara unos hechos que aún son un misterio. Ni la de los informes redactados por varios maquis desde la subjetividad, sin datos reales y con visiones incompletas, ni la de Ruiz Ayúcar, cuya versión es parcial. Cuando responde a sus propias preguntas, este, admite como hipótesis que «Ricardo» es Peregrín Pérez y también que le acompañaban tres hombres, declarando que dos de ellos «no eran guerrilleros vulgares». Se refiere a «Capitán», que era en ese momento el jefe del 5º Sector, y Mateo, que era Mateo Martínez, jefe de Información del Estado Mayor de la AGLA. No dice nada sobre «Joaquín», el tercer hombre del que desconfiaba «Teo» en su informe. Un asunto, pues, ciertamente opaco y muy confuso.

Y así, uno y otro día, recibiendo golpes materiales y morales cada vez más contundentes, que no lograban parar ni devolver, se irá extinguiendo, en el territorio de la AGLA, la presencia y el prestigio, también el respeto, por la resistencia armada; dejando la sensación de que el esfuerzo, titánico, casi sobrehumano de unos centenares de hombres y algunas mujeres que soportaron lo insoportable, había sido inútil. Y no es para menos. Desde las abruptas condiciones del terreno, la suprema dureza de la represión, violando todos los supuestos considerados en la recién firmada Carta de los Derechos Humanos (1945), el estado de guerra declarado en aquellos montes, caminos y aldeas, por el militar murciano Manuel Pizarro Cénjor —

exverdugo de la guerrilla en León y Granada—, las guerrillas levantinas, dirigidas con mano férrea por el PCE, no habían logrado desgastar y hacer retroceder al franquismo de manera significativa.

Manuel Pizarro nombrado gobernador civil y jefe supremo de la Comandancia de Teruel —entre 1947 y 1954— fue dotado de los más amplios poderes, utilizando un abanico de fuerzas, desde las propias de la Guardia Civil —que habían aumentado sus efectivos humanos y pertrechos; endurecido el entrenamiento y la eficacia de las contrapartidas, mejorado los incentivos económicos y garantizada la impunidad de sus fechorías—, hasta la colaboración activa de grupos de Falange y somatenes locales, pasando por la utilización de especialistas militares. Cabe destacar que la provincia de Teruel fue el eje o el foco principal de la actividad guerrillera en la AGLA, ya que sus tierras estaban repartidas, en realidad, entre los tres sectores diseñados inicialmente.

Y desde Teruel, el general Pizarro se erigió en árbitro y campeón de la represión. Con Pizarro —que cuenta todavía con calles a su nombre en Teruel y otras localidades de España como Campo de Criptana— se impusieron los conceptos de guerra sucia, de tierra quemada, de aplicación indiscriminada de la ley de fugas. Una lucha sin cuartel, abrasando aldeas y montes para despojar del mínimo apoyo a los guerrilleros, quienes, se acostumbraron a vivir como alimañas, tratando de sobrevivir y devolver algún golpe en este desigual combate. Los imaginarios del horror se instalaron, sin abandonarlos hasta el final, en los territorios por donde se había extendido la AGLA.

Una lucha sin cuartel

Las acciones en la zona de la AGLA se dirigieron principalmente a cubrir cuatro objetivos. El primero de ellos fue el de la propaganda, es decir, el referido a aquellas acciones que se limitaban a simples exhibiciones de banderas, pasquines, —todos de gran tamaño—, reparto de periódicos, etc., que dieran visibilidad a su política tras la ocupación de alguna población más o menos aislada, cortes de carretera, sabotajes, etc. El segundo, el de los golpes económicos, tales como atracos y asaltos perpetrados en entidades bancarias, comercios, masías, incluso un tren pagador, con la finalidad de abastecerse y autofinanciarse.

En tercer lugar, las llamadas acciones de castigo, a las que los maquis calificaban como necesarias para infundir respeto pero que, en realidad, suponía la toma de represalias, devolviendo golpe por golpe, aplicando con altibajos la indeseada ley del talión frente a, por ejemplo, la ley de fugas que ejercían las fuerzas represivas. Acciones desesperadas en ocasiones que no sirvieron, de hecho, para denunciar los constantes abusos y violaciones cometidos de manera sistemática por las autoridades y guardianes del orden, sino para ensuciar la imagen de los maquis y paralizar su acción política, fomentando, además, el rechazo de los campesinos corrientes, sin cuyo apoyo era imposible mantener viva la guerrilla. Y, finalmente, las acciones de sabotaje, como cortes de vías de ferrocarril, de carreteras, descarrilamiento de trenes, voladura de puentes e instalaciones eléctricas y otras, que producían daños cuantiosos en la economía y paralizaban las comunicaciones. Pocas obtenían el efecto deseado y, a veces, ocasionaron víctimas que poco o nada tenían que ver con aquella guerra, de guerrillas.

La acción más positiva que resultó decisiva para la financiación de

la agrupación y permitió solucionar los problemas de abastecimiento durante una larga temporada, la que resultó ser más eficaz —no por ello exenta de violencia contenida— fue un golpe económico, que se puede calificar también de acción propagandística dado su incruento devenir.

Esta acción fue llevada a cabo el 7 de julio de 1946 por un grupo selecto de partisanos. Según la versión de José Manuel Montorio «El Chaval» recogida por Salvador F. Cava, los nueve participantes que actuaron bajo el mando de «Grande» —con información recogida por «Antonio» a confidentes de la CNT—, asaltaron el tren pagador en el apeadero —hoy, desaparecido— de Caudé-Tablares a pocos kilómetros de Teruel. Esta estación y su vía férrea formaban parte del Ferrocarril Central de Aragón, que transportaba la nómina de los trabajadores del mismo. La nómina era custodiada reglamentariamente por una pareja de la Guardia Civil que viajaba en un vagón sellado —el último de un largo convoy—. Los maquis llevaron a cabo la operación con gran limpieza y sin que hubiese disparos ni derramamiento de sangre, sustrayendo unas 700 000 pesetas. Como broma, «Grande» —según su testimonio— ordenó vestir con monos de mecánico a los guardias civiles, mientras los uniformes de estos eran utilizados por los guerrilleros, que los dejaron abandonados junto a la vía.

La historia ha tenido su versión literaria en Asalto al tren pagador:

«—Ni un solo tiro en balde. No vamos a castigar a ningún facista ni a matar a esos cabrones de los civiles. Al que se desmande y se ponga nervioso le pego un tiro allí mismo. Lo juro por mis cojones, bueno, por la Pasionaria y la República […].

El que habló era Antonio, treinta años, estatura mediana, acento aragonés, pose y ademanes de jefe. Una Star del nueve largo colgaba de su cinto militar. En la hebilla, tres letras: las iniciales de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI); siglas de resistencia y

victoria tras escapar de una guerra perdida. Para Antonio, con el amargo exilio y dos guerras a cuestas, era como volver a empezar […]» [Vidal Castaño, 2015].

Las acciones propagandísticas, como las llevadas a cabo en varias poblaciones de Cuenca, Valencia o Teruel, tampoco exigían, normalmente, derramamiento de sangre. Ponemos como ejemplo de éstas la llevada a cabo en San Martín de Boniches (Cuenca), donde los maquis, tras adueñarse de la población, colocaron banderas republicanas y un jefe de grupo dirigió la palabra a sus habitantes congregados en la plaza del pueblo explicando los motivos de su lucha en los montes. La convivencia de maquis y campesinos, así como de maquis y pastores, funcionó bastante bien en estas experiencias, si bien quedó a su finalización el temor de las represalias cuando llegasen las fuerzas del orden. En ese pueblo, casi una aldea, varios hombres y mujeres se implicaron desde entonces en la ayuda a los maquis y unos cuantos de los más jóvenes se alistaron, como Emencio Alcalá «Germán», de quién guardo un emocionado recuerdo.

Las acciones de castigo llevadas a cabo dejaron, sin embargo, una profunda huella en la vida de esta agrupación. La acción sobre Losa del Obispo —que investigamos a fondo— fue llevada a cabo en el anochecer del domingo 26 de enero de 1947 por un nutrido comando guerrillero a las órdenes de «Grande», en la que participaron cerca de una veintena de maquis —según «Grande»; el doble según la Guardia Civil— que, al llegar a este pueblo —situado a unos 60 km de la ciudad de Valencia, en la carretera que conduce a Ademuz—, se dividió en dos grupos. El primero se dirigió al cuartelillo de la Guardia Civil —hoy todavía en pie pero desmantelado a raíz del asalto de los maquis— con la intención de tomarlo. Los guardias se atrincheraron en el mismo y cruzaron disparos con los asaltantes, a consecuencia de los cuales resultó herido un guardia y muertos la mujer y el hijo del comandante de puesto, que se encontraban tras la puerta que fue cosida a balazos. El segundo grupo, bajo el mando personal de «Grande», tomó el pueblo y se hizo fuerte en un bar del centro de la localidad, con la

finalidad de detener, e incluso ajusticiar, caso de encontrarlos, a algunos confidentes de la Guardia Civil que habían perseguido, maltratado y denunciado a los hermanos Gómez Corrales, trabajadores de las pequeñas minas existentes en la localidad, informadores de la guerrilla y miembros del PCE. Pero todo acabó mal pues uno de los guerrilleros más jóvenes disparó, sin tener voluntad de hacerlo, una ráfaga de metralleta con el resultado trágico de seis muertos y varios heridos. El cabo de la Guardia Civil, vestido de particular, junto a otras autoridades, se puso a salvo huyendo por la puerta trasera al percatarse de la aparición de los maquis, según algunas versiones, y según otras se encontraba en el cuartelillo pasando así desapercibido.

Los guerrilleros trataron de explicar lo que había salido mal a los habitantes de Losa, que se habían ido acercando al centro y al bar en concreto —incluso curaron a algunos heridos—, pero comprendieron que debían huir lo antes posible ya que, a pesar de haber cortado la línea telefónica —según el testimonio de un vecino— iban a ser perseguidos sin piedad, y no se escatimarían esfuerzos para combatirlos. Los maquis huyeron en una camioneta hacia la vecina población de Sot de Chera, y desde allí, abandonando el vehículo e internándose a pie, y a buen paso, en el monte.

La acción dejó profundas secuelas morales entre la población. Fue, prácticamente, la única de la guerrilla en la provincia de Valencia que se vio reflejada en los periódicos de la capital. El gobernador civil y jefe provincial del Movimiento decidió aprovechar la ocasión y utilizar a fondo el diario Levante —órgano oficial de Falange en esos años— con artículos de fondo sobre la espiral de la violencia y la maldad comunista; sobre la crueldad de los bandoleros o forajidos de la sierra. La Guerra Fría imperaba. Los diarios de la ciudad de Valencia —Levante, Provincias y Jornada— le quitaban toda importancia al trasfondo político del asunto para cargar contra los maquis tratando de resaltar los aspectos escandalosos —las muertes y el sepelio, con ocho cadáveres, presidido por el propio gobernador civil, que transmitió el pésame del Caudillo— como si se tratara de una crónica de sucesos más.

El asunto Gúdar continúa siendo espinoso y difícil de explicar. ¿Fue, tan solo, una acción de castigo para vengar el asesinato de «Felisa», una colaboradora de la guerrilla. Las peores circunstancias lo convirtieron en un suceso oscuro y violento, con un balance de ocho muertos —entre ellos tres niños— dando argumentos a la más terrible represalias de la Guardia Civil, llevadas a cabo el 28 de septiembre de 1947, obedeciendo órdenes directas del general Pizarro.

Veinticuatro hombres fueron encarcelados, torturados y acusados de ayudar a los maquis sin pruebas. La mitad de ellos fueron enviados a Mora de Rubielos y la otra mitad a Gúdar, siendo todos asesinados a tiros, sin que mediara juicio previo alguno. Una vez muertos fueron enterrados finalmente en dos fosas comunes, una de ellas —en Mora— contenía once cadáveres y la otra, descubierta en 2002, en el propio Gúdar, el resto. Junto a los cuerpos el equipo forense (Grupo PALEOLAB) que realizó la exhumación en 2006 —a requerimiento de la Asociación Pozos de Caudé— encontró casquillos y balas de pequeño calibre. Francisco Sánchez, presidente de la entidad, explicó que la acción de los maquis produjo otra venganza aún mayor contra esos veinticuatro hombres «bajo la acusación formal de colaborar con la guerrilla, pero no pudieron demostrar nada». La mayoría de los muertos eran mineros, pero también había maestros, practicantes y masoveros.

Estos dos ejemplos dan una idea de las alteraciones que presidían la vida cotidiana en los campamentos. La tensión o el estado de nervios que padecían tanto los guerrilleros como los habitantes de los pequeños pueblos serranos, y en particular la que se vivía cuando se producían choques violentos, están bien reflejados en muchas secuencias de la película Silencio roto, filmada en el año 2000 bajo la dirección de Montxo Armendáriz. La acción se sitúa en 1944 —tal vez demasiado pronto para los tiempos de la AGL—, y pese a las exigencias del lenguaje cinematográfico, tendentes a primar el melodrama, trata de poner en primer plano esa tensión de

la que hemos hablado, motivada por el silencio y el miedo. La cinta cuenta con notables actores como Juan Diego Botto, Álvaro de Luna, Lucía Jiménez, etc.

Tensiones que también han sido retratadas literariamente por Alfons Cervera en Maquis (1997), novela por la que transitan sus protagonistas recogiendo las voces rurales de la «memoria del miedo», como este diálogo entre dos guardias civiles:

«—Es que es usted un blando, mi cabo, y a esa gentuza no se le puede andar con remilgos, o les pegamos a muerte o se nos van a comer de los nervios, mi cabo.

—Ni blando ni hostias, que aquí lo que hay es que todo el pueblo anda liado con los del monte y eso se ha de acabar.

Ayer mismo se lo decía el cabo a don Cosme, que mucho ir a la iglesia las mujeres, y cuando salen de la iglesia se van al Cerro de los Curas a subirles comida y aliento a los huidos» [Cervera, 1997].

Un final agónico

Como ya hemos visto, tras la muerte de «Ricardo» asesinado, según el partido, por unos «provocadores», naturalmente no identificados, y el nombramiento de Pedro como nuevo jefe de la agrupación, la AGLA entró en un profundo declive que no pudo detener ni siquiera la buena voluntad y las órdenes llegadas desde Toulouse a través de «Teo» y Gros, entre otros, encargados por el aparato desde agosto de 1950 de explicar las bondades del llamado cambio de táctica y reconocer que en la guerrilla se habían cometido errores, sobre todo el de no identificar y eliminar a los «elementos sospechosos», en palabras textuales de la dirección del partido.

Pedro, por su parte, hizo gala de mayor flexibilidad en la dirección de los sectores tratando de explicar que resultaba más rentable ofrecer una imagen de la guerrilla más dialogante y menos violenta, pero estas medidas resultaban ya difíciles de explicar, eran tardías y no fueron bien entendidas o eran impracticables. Seguía existiendo en la dirección del PCE una gran confusión respecto de qué hacer y qué cara ofrecer a quienes se les acercaban políticamente. Primero, al silencio del gobierno sobre la existencia de la guerrilla, se le trató de oponer la respuesta armada más contundente posible, pero ante el evidente fracaso de esta, en octubre de 1948 y teniendo en cuenta los consejos de Moscú, se inició una serie de cambios llamados tácticos —en realidad se trataba de un cambio de estrategia política— destinados, entre otros aspectos, a liquidar los sindicatos clandestinos y ordenar a sus militantes integrarse en los sindicatos oficiales, al tiempo que las unidades guerrilleras serían reconvertidas en células y comités del partido para realizar un trabajo político que nunca llegó a definirse del todo ni a ser explicado al menos de manera convincente.

La caída del campamento de Cerro Moreno, en las inmediaciones de Santa Cruz de Moya (Cuenca) en el límite con Valencia, el 7 de noviembre de 1949, fue un golpe muy duro favoreciendo las posiciones contrarias a proseguir la lucha. El relativo desinterés oficial impulsó las deserciones y el instinto de supervivencia basado en el uso de la pistola o el subfusil, un sentimiento que se apoderó de decenas de militantes. Los que no cayeron en la delincuencia o en el olvido de sí mismos como seres humanos, se retiraron por su cuenta —asumiendo, cuanto menos, detenciones y años de cárcel— o fueron evacuados, carcomidos, al sentirse abandonados, por la decepción y el desaliento. Los testimonios de los sobrevivientes dejan pocas dudas al respecto.

La Guardia Civil y el régimen franquista percibieron que habían asestado un golpe contundente a la guerrilla bajo dirección comunista, a su agrupación más fuerte y mejor dotada. Estaban eufóricos, como demostraron los guardias que agitaban sus brazos y fusiles en señal de victoria finalizado el asalto. Lo que no sabían era que tuvieron un aliado para conseguir este éxito —doce guerrilleros muertos de trece— en la difícil situación interna de la propia organización guerrillera. Sin embargo, no fue más que una victoria parcial que no acabó con la maltrecha AGLA, aunque sí redujo en muchos enteros su capacidad de autoestima.

En un somero examen de la extensa y prolija información sobre esta acción policial, ejecutada a la perfección por más de quinientos guardias civiles —procedentes de las comandancias de Valencia, Cuenca y Teruel con guardias sin lazos familiares con los maquis de la zona—, fue planificada a destiempo; o bien, falló el servicio de información. Los resultados de una pretendida batalla, que no fue tal, fueron políticamente exiguos.

Desde las siete y media de la mañana, cogiendo desprevenidos y medio dormidos a los maquis, que apenas reaccionaron, el campamento fue barrido por una lluvia de balas desde varios

ángulos. Pero todo ello se convierte en poca cosa si consideramos que, días antes de este asalto —que no duró más de tres horas—, estuvieron presentes en aquel cerro responsables políticos enviados desde Francia, para instruir a los jefes regionales y locales de la AGLA: «Teo», «Grande» y «Pepito el Gafas»… Ninguno de ellos, permanecía allí en el momento del ataque, excepto Pedro que fue el único superviviente. Carrillo culpó a «Pepito el Gafas» y Pedro —ambos acabarían mal— del desastre de Cerro Moreno [Preston, 2015].

El operativo produjo, no obstante, el impacto psicológico deseado; el que suele derivarse ante un ataque masivo. También fue determinante la dureza mostrada por los asaltantes en el traslado de los muertos, que fueron bajados a rastras para conducirlos hasta un carromato que los depositó en el vecino pueblo de La Olmeda. Los cadáveres no fueron bien identificados en un primer momento. El ataque hizo ver a los maquis la crueldad de un régimen que creían más mermado. Y lo que es peor, su incapacidad para organizar una respuesta adecuada. Cuando los guardias penetraron en los claros, entre los pinos del campamento, comprobaron que muchas de las armas de los maquis estaban descargadas y que la munición era muy escasa [Romeu, 2002; Fernández Cava, 2002]. Los archivos de la Benemérita incluyen testimonios de guardias que participaron en el operativo planificado y dirigido por el general Pizarro. Sin dejar de señalar como anécdota que los guardias civiles que habían ocupado las alturas superiores, no llegaron ni a disparar su arma reglamentaria.

Tras el desastre de Cerro Moreno, lo cierto es que las partidas y maquis desorientados fueron abandonados a su suerte, aunque la estrategia política del PCE seguía siendo opaca y confusa. Como de costumbre algunos de los guerrilleros más destacados como el propio Pedro, responsable de la AGLA y único superviviente, Ibáñez o Manuel Pérez Cubero «El Rubio» fueron incluidos en la categoría de provocadores o, cuanto menos, de sospechosos. Para unos dirigentes comunistas, como Claudín, el problema guerrillero era ya secundario, mientras que para otros había que proseguir con la

lucha armada.

En marzo de 1950, Pedro, acompañado por Ibáñez y Mateo, fue enviado a Francia y desapareció sin haber llegado a la frontera. Otra desaparición provocada por el fuego amigo y sin explicar. Y así pueden contabilizarse, al parecer, hasta una veintena de casos similares entre los guerrilleros corrientes. Causa estupor que la mayoría de los hombres que rigieron, en uno u otro momento, los destinos de la AGLA fueran acusados de traición o tachados de provocadores y por ende fueran ejecutados o se les diera por desaparecidos. ¿Qué papel jugaron los ajustes políticos en todo ello? ¿Qué miedos atenazaron al Buró Político comandado por Santiago Carrillo en su relación con estos maquis? ¿Qué fue de los sentimientos de camaradería y lazos fraternales?

Hoy está fuera de discusión la existencia de mutua desconfianza, de sospechas infundadas. En la mayoría de los casos, las graves acusaciones —formuladas por el dirigente Francisco Abad en 1954 [Preston, 2015]— eran dudosas, pero viviendo en clandestinidad y en riesgo de perder la vida, los rumores interesados generaron el clima de violencia interna que difícilmente escapa a la comparación con el clima moral creado por Joseph Conrad y Franz Kafka en sus ficciones literarias.

12

Historia, memoria y resistencia

«Como en Ginzburg […] se hallan asociados, y no opuestos, conocimiento y relato, prueba y retórica, saber crítico y narración […] Pero no por ello memoria e historia son identificables».

Roger Chartier, La historia o la lectura del tiempo.

El maquis, la guerrilla como todo el imaginario que envuelve a la resistencia armada contra Franco, es hoy historia y memoria. Historia sin fin porque forma parte de ese pasado que se resiste a pasar por cuanto lo leemos desde el presente, el nuestro —condición de la que no podemos escapar—, pese a toda su incertidumbre y liviandad.

Memoria de un pasado reciente. Memoria que se reconstruye sobre la base de recuerdos y olvidos, con toda su carga, unas veces de amnesia, otras de reiteración e incluso de alteraciones. Un proceso complejo que excede a la consideración de la memoria histórica basada en la investigación arqueológica; jalonada de fosas y cunetas anónimas, de huesos que desenterrar y a los que procurar digna sepultura. El relato histórico, sin embargo, puede y debe debe ir más allá; no hacerlo supondría aparcar los recuerdos y con ellos la historia de las palabras y las cosas que dieron vida y singularidad a sucesos y personas implicadas en esos procesos.

Cierto es que la memoria, tanto individual o familiar como "colectiva", al ser calificada de "histórica" adquiere una dimensión particular para quienes fueron combatientes o víctimas de la guerra

civil y de la represión franquista de postguerra. Se constata la existencia de un vacío moral, un agravio comparativo y una reivindicación pendiente acerca de la verdad, justicia y posible reparación para toda esa memoria silenciada. Memoria esta de un pasado reciente que exige reconocimiento como memoria política y social. Estamos, pues, ante una summa de complejidades de difícil encaje y reparación.

Pero la memoria, cualquier tipo de memoria está cargada de incertidumbre y precisa por ello, del —llamémosle— proceso de objetivación que le presta la historia; tanto para poder situarla en su contexto como para ser narrada y explicada a otros. ¿Cómo dar cuenta, por ejemplo, de «la necesidad [de los resistentes] de eliminar a hombres entre sus mismas filas por las razones más diversas y de distinta gravedad»? [Luzzato, 2014] ¿Desde dónde formular las preguntas acerca de esta espinosa cuestión?

Sergio Luzzatto en, Partisanos. Historia de la Resistencia añade que esa necesidad «ha constituido durante mucho tiempo un tabú de la historiografía y que desde los años cincuenta ha proporcionado materia narrativa a la Resistencia». En efecto, los maquis han dejado algún que otro testimonio —siempre ambiguo— de su participación en la detención o probable ejecución de alguno de sus camaradas, pero ninguno sobre el procedimiento para llevarlas a cabo. Es necesario recurrir a la literatura para tener noticia, a través de personajes de ficción, trasunto de escritores como Primo Levi o Beppe Fenoglio, ambos exguerrilleros o expartisanos —el primero también exdeportado—, para conocer, por ejemplo, la existencia del «método soviético». Un sistema de ejecución de «traidores» por vía rápida —de manera repentina—, sin advertirles o detenerles previamente, para evitarles, se decía, mayores sufrimientos. En ocasiones bastaba con el abandono del supuesto traidor en un lugar que facilitase su detención por las fuerzas represivas. Cabe recordar la extraña desaparición de Peregrín Pérez «Ricardo», narrada en el capítulo anterior.

El propio Luzzatto advierte acerca «de requerir una y otra vez el testimonio de los últimos supervivientes. […] Resulta poco útil seguir interrogando a la memoria en busca de recuerdos que puedan servir de criterio histórico […]. Ni tampoco —sostiene— debe ser el historiador quién se erija en juez único […]».

Más allá de la memoria hemos buscado establecer vínculos que superen el mero recorrido o la simple enumeración de sucesos y personajes entre 1936 y el momento en el que José Castro Veiga «Piloto» —el último guerrillero— es abatido en su Galicia natal, el 10 de marzo de 1965; allí donde también comenzó la resistencia organizada de posguerra veinticinco años antes. Tres décadas de resistencia armada —partiendo de 1936— con diferencias notables entre ellas. No hemos soslayado ninguna y hemos resaltado su lento —a veces agónico—, desgaste político y militar en un contexto social desfavorable.

La consolidación y el éxito del franquismo se patentiza del todo en un año de la segunda década, 1953. El régimen de Franco pasará de estar reconocido por vía diplomática, a gozar del apoyo y la tutela de los Estados Unidos; uno de los dos gigantes mundiales y ganador a la postre de la guerra fría, una suerte de tercera guerra mundial no declarada. Cuatro bases militares estadounidenses —Zaragoza, Torrejón de Ardoz, Rota y Morón de la Frontera— quedarán instaladas en territorio español, y pasarán a formar parte de la defensa estratégica de Occidente. La firma de los Acuerdos Hispano-norteamericanos en 1953 lo hicieron posible.

Como dice Juan Pablo Fusi en su Historia mínima de España: «Por este hecho esencial España pagó un precio altísimo —en cuanto a pérdida de soberanía y control del territorio, etc.— a cambio de una sustanciosa ayuda económica (en torno a los 5 000 millones de dólares)». Dos años más tarde la ONU aprobó el ingreso de España en esta organización internacional. Si a finales de los años 40 del siglo xx existió alguna posibilidad para la lucha armada de los

maquis, esta se esfumó del todo en los 50.

La España de la década de 1960 fue ya la España del cambio… socio-económico. El Plan de Estabilización de 1959 inició los años del «desarrollismo» (1960 a 1973). Fueron años de relativa industrialización levantada sobre la despoblación del campo con la emigración de los campesinos a las grandes ciudades; con las rentas del capital obtenidas de millares de emigrantes que marcharon a trabajar al extranjero (Francia, Alemania, Holanda, etc.) y con el dinero aportado por la afluencia de turistas. El turismo de sol y playa, de los festejos taurinos y populares, se multiplicó al conjuro del slogan publicitario: Spain is different.

Que el aparato político-ideológico del Estado se mantenía en sus trece quedó demostrado en abril de 1963 con la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau, detenido en el centro de Madrid por la Brigada Político Social en noviembre del año anterior, y no por actividades subversivas del momento sino por cuentas pendientes de la Guerra Civil. Y es que Grimau había sido jefe de la Brigada de Investigación Criminal en Madrid durante la contienda. Tras su detención y tortura, fue arrojado por una ventana a la calle, para simular un intento de suicidio, y posteriormente fusilado por rebelión militar. El asunto Grimau provocó protestas con gran repercusión mediática por parte de las cancillerías europeas, al considerarse que los procedimientos usados conculcaban toda legalidad. Pero lo que el régimen franquista buscaba era el efecto psicológico sobre la población para demostrar que era un sueño imposible cualquier intento de resistencia. Una minoría de anarquistas, desoyendo a sus dirigentes, desafiaba a la policía, aún, en las calles de Barcelona.

Los comunistas por contra dieron desde 1952 mayor impulso a la lucha política contra la dictadura. Adaptaron su estrategia a las nuevas circunstancias, dejando de lado la resistencia armada. Los ojos y oídos del PCE en Madrid, capital y centro político del Estado,

fueron los de Jorge Semprún —exdeportado y resistente— quien bajo el alias de Federico Sánchez redactó numerosos informes y tomó contacto con instancias y personalidades para facilitar el acercamiento de su partido a los medios de comunicación y a los centros de poder. El mismo Semprún contó su experiencia en clandestinidad, en su Autobiografía de Federico Sánchez.

En el ámbito de la cultura, persistió durante estos años buena parte del espíritu que transmite Raymond Carr en España, de la Restauración a la democracia…: «Las tensiones de la guerra provocaron un recelo respecto a la imaginación que persistiría en la generación de poetas —y, por extensión, de escritores y creadores— que tuvieron que trabajar bajo y contra el franquismo». Hemos recogido en algunos de los ejemplos literarios citados a lo largo del libro, textos que pueden iluminar o explicar fases de la lucha de la resistencia. Recelos e insuficiencias que, efectivamente, confieren un sello particular a las producciones artísticas y literarias, en esos primeros «25 años de paz» que la dictadura conmemoró pomposamente en junio de 1964.

El franquismo no comenzó a tener una oposición política efectiva, con presencia en la calle y entre las capas sociales más menesterosas, hasta los años 1956 y 1958 en los que se producirán las primeras huelgas y protestas contra la carestía de la vida en el País Vasco, Asturias, Barcelona y Madrid. Fueron años de muy escasa resistencia en otros terrenos que, sin embargo, vieron como se consolidaba el nacionalismo catalán, por oposición al «españolismo centralista», con dos tendencias muy marcadas; la más radical de ellas preconizaba ya la vía independentista. En el País Vasco la vía independentista por oposición a la nacionalista, más moderada, encontró cauce desde finales de los sesenta por medio de la violencia armada. Quedaban atrás aquellos tiempos de los gudaris vascos que defendieron la República española como garantía democrática de su autonomía. La implantación de la organización terrorista ETA apuntó a la independencia y separación de Euskadi del Estado español.

José Álvarez Junco nos recuerda en Dioses útiles. Naciones y nacionalismos (2016) que: «Este tipo de retórica nacionalista continuó incluso después de terminada la guerra entre los grupos de resistentes antifranquistas a los que se conoció como maquis […]» ya que su propaganda atacaba a Franco como agente del imperialismo germano y llamaban a la «reconquista de España», mi patria… etc. Por su parte, «los vencedores de la Guerra Civil, tan antipatriotas en opinión de los maquis, llevaron a cabo, desde el primer día, el plan nacionalizador más intenso con el que nadie hubiera soñado nunca».

Como el lector habrá observado no pretendíamos un sistemático afán por la información pormenorizada pero sí un anhelo por el análisis y la reflexión, por la síntesis orientadora para buscar relaciones entre personas, hechos y sucesos. Quizá echemos de menos nombres y vicisitudes, pero a cambio aparecen referencias culturales y sociales que buscan imprimir una vuelta de tuerca a la imagen que teníamos hasta ahora de las guerrillas y su entorno, primando la relación entre las personas que protagonizaron la resistencia armada durante este período complejo y, esperemos, irrepetible.

Agradecimientos

Isabel Esteve, mi conexión con los archivos alemanes; Paco Guzmán, que me presentó a Isabel; Antonio Santos, la conexión jienense; José Luis Ibáñez Salas y Alberto Vicente, mis editores de Punto de Vista, siempre bien dispuestos; Paul Preston, por sus consejos bibliográficos; Mercedes Yusta, por su prólogo y ayuda inicial; Justo Serna, por su presentación y su constante aliento…

Bibliografía

Abella, Rafael y Cardona, Gabriel: Los años del NODO, Barcelona, Destino, 2010.

Aguado, Francisco: El maquis en España, Madrid, Editorial San Martín, 1975.

Agudo, Sixto: En la Resistencia francesa. Memorias, Anubar, 1985.

Aldecoa, Ignacio: “Young Sánchez”, en Cuentos, Madrid, Cátedra, 1986.

Alpert, Michael: El Ejército Popular de la República, 1936-1939, Barcelona, Crítica, 2007.

Álvarez, Ángel, Delicado, Iván y Delicado, Roland: Guerrilla antifranquiste du Levant. Crimes et falsifications 1945-1952, Nimes, Ardeo, 2014.

Álvarez Junco, José: Dioses útiles. Naciones y nacionalismos, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

Arasa, Daniel: La invasión de los maquis, Barcelona, Belacqua, 2004.

—, Los españoles de Stalin, Barcelona, Belacqua, 2005.

Aróstegui, Julio (coord.): Franco: la represión como sistema, Barcelona, Flor del Viento, 2012.

Aróstegui, Julio y Gálvez, Sergio (eds.): Generaciones y memoria de la represión franquista, Valencia, PUV, 2010.

Aróstegui, Julio y Marco, Jorge (eds.): El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Libros de la Catarata, 2008.

Aub, Max: La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco, Voz Viva de México, UNAM, México D. F., 2003.

Augstein, Franziska: Lealtad y traición. Jorge Semprún y su siglo, Barcelona, Tusquets, 2010.

Azcárate, Manuel: Derrotas y esperanzas, Barcelona, Tusquets, 1994.

Azuaga, José María y Romero, José Aurelio: "La guerrilla malagueño-granadina de posguerra", en Santiago Álvarez, José Hinojosa y José Sandoval (coord.): El movimiento guerrillero de los años 40, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), 2003.

Batista, Antoni: Matar a Franco. Los atentados contra el dictador, Barcelona, Debate, 2015.

Bayo, Eliseo: Los atentados contra Franco, Barcelona, Plaza & Janés, 1976.

Beevor, Antony & Cooper, Artemis: París después de la liberación: 1944-1949, Barcelona, Crítica, 2015.

Berlin, Isaiah: La mentalidad soviética. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

Blasco, Domingo y Cabrera, Francisco: El Frente Invisible. Guerrilleros republicanos 1936-1939. De los niños de la noche al XIV Cuerpo, Guadalajara, Silente, 2013.

Bolinches, Emilia: Pilar Soler. Rebelde con causas, Valencia, PUV, 2013.

Boscá, Honorat: El testamento ológrafo, Valencia, Pre-Textos, 2008.

Camus, Albert: “A guerra total, resistencia total”, Combat, 1944.

—, El extranjero, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

—, Escritos libertarios, Barcelona, Tusquets, 2014.

Carr, Raymond: España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980, Barcelona, Ariel, 1998.

Carrillo, Santiago: Los viejos camaradas, Barcelona, Planeta, 2010.

—, Memorias, Barcelona, Planeta, 2006.

Casanova, Julián: España partida en dos, Barcelona, Crítica, 2013.

—, Europa contra Europa (1914-1945), Barcelona, Crítica, 2011.

Céline, Louis Ferdinand: Viaje al fin de la noche, Barcelona, Edhasa, 2011.

Cervera, Alfons: Maquis, Barcelona, Montesinos, 1997.

Cicero, Isidro: Los que se echaron al monte, Santander, Tantín, 2011.

Comín Colomer, Eduardo: La República en el exilio. 1939-1957, Astorga, Akrón, 2009.

Comité Central del Partido Comunista de España: Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España, París, Éditions Sociales, 1956.

Cossías, Tomás: La lucha contra el “maquis” en España, Madrid, Editora Nacional, 1956.

Chartier, Roger: La historia o la lectura del tiempo, Barcelona, Gedisa, 2007.

Chirbes, Rafael: La larga marcha, Barcelona, Anagrama, 1996.

—, La buena letra, Barcelona, Anagrama, 2002.

Di Febo, Giuliana y Juliá, Santos: El franquismo, Barcelona, Paidós, 2005.

Di Febo, Giuliana: Ritos de guerra y de victoria en la España franquista, Valencia, PUV, 2012.

Domingo, Alfonso: El canto del búho. La vida en el monte de los guerrilleros antifranquistas, Madrid, Oberón, 2004.

Duarte, Ángel: El Republicanismo. Una pasión política, Madrid, Cátedra, 2013.

Douzou, Laurent: “Organisations et modes de fonctionnement de la Résistance”, Les cahiers de l’Institut d’Histoire du Temps Présent”, París, nº 37, 1997.

Estruch, Joan: La historia oculta del PCE, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

Fenoglio, Beppe: Un asunto privado, Barcelona, Barataria, 2004.

—, Un día de fuego, Barcelona, Sajalín editores, 2013.

Fernández, Alberto: Españoles en la Resistencia, Madrid, Zero, 1973.

Fernández, Paloma: “La guerrilla en Zaragoza y Huesca”, en El movimiento guerrillero de los años 40, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2003.

Fernández Vargas, Valentina: La resistencia interior en la España de Franco, Madrid, Ediciones Istmo, 1981.

—, La oposición política al franquismo, Barcelona, Crítica, 1983.

Fernández Cava, Salvador (ed.): Emencio Alcalá Ruiz “Germán”. Memorias de un guerrillero. El maquis en la Sierra de Cuenca,

Cuenca, I. Juan de Valdés , 2002.

—, Los guerrilleros de Levante y Aragón: tomos 1 y 2, Cuenca, Tomebamba, 2007.

Fraser, Ronald: Escondido. El calvario de Manuel Cortés, Valencia, IVEI/Alfons el Magnànim, 1986.

Freire, Jean: Les maquis en combat, Paris, Julliard, 1970.

Fusi, Juan Pablo: Franco, Madrid, Taurus, 1995.

García, Cyril, Amado Granell: El valencià que va alliberar París, València, Austrohongaresa, 2016.

Gascón, Antonio: Beltrán, El Esquinazau, Zaragoza, Pirineum, 2002.

Gary, Romain: El bosque del odio, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

Giménez Bartlett, Alicia: Donde nadie te encuentre, Barcelona, Círculo de Lectores, 2011.

Ginard, David: Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1921-1942), Palma-Madrid, Documenta Balear, 2000.

Glover, Jonathan: Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX, Madrid, Cátedra, 2013.

González, Pilar: “Historia del Partido Comunista de España. Notas para una recuperación”, Tiempo de Historia, nº 30, 1977.

Graham, Helen: El PSOE en la Guerra Civil (1936-1939), Barcelona, Debate, 2005.

—, Los socialistas en la política española, 1879-1982, Madrid, Taurus, 1996.

Grandes, Almudena: El lector de Julio Verne, Barcelona, Tusquets, 2012.

—, Inés y la alegría, Barcelona, Tusquets, 2010.

Gros, José: Abriendo camino: relatos de un guerrillero comunista español, París, Colección Ebro, 1971.

Guerra Garrido, Raúl: El año del wólfram, Madrid, Cátedra, 2010.

Heine, Hartmut: La oposición política al franquismo, Barcelona, Crítica, 1983.

Hemingway, Ernest: Por quién doblan las campanas, Barcelona, DeBolsillo, 2011.

Hermet, Guy: Los comunistas en España, París, Ruedo Ibérico, 1972.

Hernández Sánchez, Fernando: Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953), Barcelona, Crítica, 2015.

—, "Los chantiers de preguerra y Vichy: solidaridad y conscripción (1939-1941)", Rebelión, 2014.

Hueso «Casto», Juan: Informe de guerrillas, Cuenca, Salvador F. Cava editores, 2003.

Ibáñez Salas, José Luis: El franquismo, Madrid, Sílex, 2013.

Ibárruri, Dolores: Memorias de Pasionaria (1939-1977): me faltaba España, Barcelona, Planeta, 1984.

Judt, Tony: Sobre el olvidado siglo XX, Madrid, Taurus, 2008.

Juliá, Santos: Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX, Barcelona, RBA, 2010.

Kaiser, Carlos J.: La guerrilla antifranquista, Madrid, Ediciones 99, 1976.

Lawrence, T. E.: Guerrilla, Madrid, Acuarela libros, 2004.

Levi, Primo: I sommersi e i salvati,, Turín, Einaudi, 1986.

Lillo, Natacha: El PCE en Francia. Relaciones con el PCF y evolución (1945-1975), en Bueno, Manuel, Hinojosa, José y García, Carmen (Coords.), Historia del PCE, I Congreso 1920-1977. Volumen I, Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM)/Universidad de Oviedo, 2007.

Linville, Rachel: La memoria de los maquis. Miradas sobre la guerrilla antifranquista, Barcelona, Anthropos, 2014.

López Corral, Miguel: "Los fusilamientos de Mesas de Ibor", Historia 16 nº 251, 1997.

López Mondejar, Publio: Fotografía y sociedad en la España de Franco. Las fuentes de la memoria III, Barcelona-Madrid, Lunwerg, 1996.

López Tovar, Vicente: Biografía de Vicente López Tovar, coronel de los guerrilleros españoles en Francia, (manuscrito mecanografiado), Toulouse, 1986.

Lukacs, John: Historia mínima del siglo XX, Madrid, Turner, 2014.

Luzzatto, Sergio: Partisanos. Una historia de la resistencia, Barcelona, Debate, 2014.

Llamazares, Julio: Luna de lobos, Barcelona, Seix Barral, 1985.

Marco, Miguel: Senderos de lucha. Vida de un guerrillero de Azuara, Doroteo Ibáñez, Azuara, autoedición, 2002.

Marcot, François (dir.): Dictionnaire historique de la Résistance, Paris, Robert Laffont, 2006.

Marsé, Juan: Un día volveré, Barcelona, Plaza & Janés, 1982.

Martín-Santos: Luis, Tiempo de silencio, Barcelona, Seix Barral, 1961.

Martínez Reverte: Jorge., Guerreros y traidores. De la guerra de España a la guerra fría, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014.

Martorell, Manuel: Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la historia, Pamplona, Pamiela, 2000.

Matarranz, Felipe: Manuscrito de un superviviente, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1987.

Maud, Joly,¡: Le corp de l'ennemie: histoire et représentation des violences contre les républicaines, Espagne (1936-1963), 2011.

Meletzis, Spyros: La rebeldía antifascista 1942-1944, Valencia, Pentagraf, 2007.

Mesquida, Evelyn: La Nueve. Los españoles que liberaron París, Barcelona, Zeta, 2010.

Modiano, Patrick: Trilogía de la ocupación (El lugar de la estrella – La ronda nocturna – Los paseos de circunvalación), Barcelona, Círculo de Lectores, 2012.

Montero, Remedios: Historias de Celia, recuerdos de una guerrillera antifascista, Valencia, Rialla-Octaedro, 2004.

Montorio Gonzalvo: José Manuel, Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007.

Moradiellos, Enrique: La España de Franco (1939-1975), Madrid, Síntesis, 2000.

Morán, Gregorio: Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985), Barcelona, Planeta, 1986.

Moreno Gómez, Francisco: "Huidos, guerrilleros, resistentes. La oposición armada a la dictadura", en Julián Casanova (coord.), Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco, Barcelona, Crítica, 2002.

—, La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla, Barcelona, Crítica, 2001.

Muñoz Molina, Antonio: Beltenebros, Barcelona, Seix Barral, 2013.

—, El jinete polaco, Barcelona, Seix Barral, 2014.

Ouzoulias, Albert: Les Fils de la Nuit, París, Grasset, 1975.

Parshina, Elizaveta: La brigadista. Diario de una dinamitera de la Guerra Civil, Madrid, La Esfera de los libros, 2002.

Paz, Octavio: Discurso de apertura del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas, Valencia, Generalitat Valenciana, 1987.

Peirats, José: La CNT en la revolución española, París, Ruedo Ibérico, 1971.

Petit, Pastor: Los dossiers secretos de la guerra civil, Madrid, Argos Vergara, 1978.

Pike, David W.: In the service of Stalin: the Spanish Communists in Exile 1939-1945, Oxford, Clarendon Press, 1993.

—, Jours de gloire, jours de honte: le Parti Communiste d' Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu' à son départ en 1950, París, Histoire & Liberté, SEDES, 1984.

Planes, Ferrán: El desbarajuste, Barcelona, Libros de Asteroide, 2012.

Polo, Manuel (coord.) y Asociación La Gavilla Verde & Grupo Paleolab (eds.): Arqueología forense en territorio AGLA, Valencia, 2008.

Pons-Prades, Eduardo: Guerrillas españolas 1936-1960, Barcelona, Planeta, 1977.

Preston, Paul: Franco. «Caudillo de España», Barcelona, Grijalbo, 1994.

—, El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después, Barcelona, Debate, 2011.

—, El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo, Barcelona, Debate,

2013.

—, El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo, Barcelona, Debolsillo, 2015.

Prieto, Ángel: Guerrilleros de la libertad, Madrid, Oberon, 2004.

Reigosa, Carlos G.: O regreso dos maquis, Vigo, Xerais de Galicia, 2004.

Richards, Michael: Historias para después de una guerra. Memoria, política y cambio social en España desde 1936, Barcelona, Pasado & Presente, 2014.

Riding, Alan: Y siguió la fiesta, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

Riera, Carme: La meitat de l' ànima, Barcelona, Proa, 2004.

Roca, Paco: Los surcos del azar, Bilbao, Astiberri, 2013.

Romero, Armando: Objetivo, matar a Franco, Madrid, Barbarroja, 1994.

Romeu, Fernanda: "Fuentes orales para la historia del movimiento guerrillero", en Santiago Álvarez, José Hinojosa y José Sandoval

(coords.), El movimiento guerrillero de los años 40, FIM, Madrid, 2003.

—, Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002,

Ruiz Ayúcar, Ángel: El partido comunista. 37 años de clandestinidad, Madrid, San Martín, 1976.

Rybalkin, Yuri: Stalin y España, Madrid, Marcial Pons, 2007.

Sánchez Agustí: Ferrán, Maquis a Catalunya. De la invasió de la vall d'Aran a la mort de Caracremada, Lleida, Pagès, 2005.

—, Maquis en el Alto Aragón. La guerrilla en los Pirineos Centrales (1944-1949), Lleida, Milenio, 2011.

—, Maquis y Pirineos. La gran invasión (1944-1945), Lleida, Milenio, 2001.

Sánchez Cervelló, Josep (ed.): Maquis: El puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), Barcelona, Flor del Viento, 2003.

Sánchez Tostado, Luis Miguel: Los «maquis» en sierra Mágina, Ayuntamiento de Albanchez de Mágina, 1998.

Saz, Ismael: Fascismo y franquismo, Valencia, PUV, 2004.

Schlögel, Karl: Terror y utopía. Moscú en 1937, Barcelona, Acantilado, 2014.

Semprún, Jorge: Autobiografía de Federico Sánchez, Barcelona, Planeta, 1977.

Sender, Ramón J.: Réquiem por un campesino español, Barcelona, Destino, 1953.

Serna, Justo: Españoles, Franco ha muerto, Madrid, Punto de Vista Editores, 2015.

Serrano, Secundino: Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista, Madrid, Temas de hoy, 2001.

Service, Robert: Historia de Rusia en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 2000.

Soler, Alejandra: La vida es un río caudaloso con peligrosos rápidos, Valencia, PUV, 2013.

Sorel, Andrés: “El maquis español”, Historia internacional, nº 9, 1975.

Tillon, Charles: Les FTP, soldats sans uniforme, Ediciones Ouest-France, 1991.

Torbado, Jesús y Leguineche, Manuel: Los topos. El testimonio estremecedor de quienes pasaron su vida escondidos en la España de la posguerra, Madrid, El País/Aguilar, 1999.

Trapiello, Andrés: La noche de los Cuatro Caminos, Barcelona, Aguilar, 2001.

Treglown, Jeremy: La cripta de Franco, Barcelona, Ariel, 2014.

Tuñón de Lara, Manuel: "Oposiciones y lucha política. La guerrilla", en Tuñón de Lara, Manuel y Biescas, José Antonio: Historia de España. El poder y la oposición, Tomo X, Barcelona, Labor, 1980.

Uriel, Pablo: No se fusila en domingo, Valencia, Pre-Textos, 2008.

Vázquez Montalbán: Manuel, Pasionaria y los siete enanitos, Barcelona, Debolsillo, 2005.

—, Galíndez, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2016.

Ventura, Joan: Tren correu 1104: el darrer viatge del Quico Sabaté i els seus quatre companys, Juneda, Editorial Fonoll, 2010.

Vidal Castaño, José Antonio: «De la violencia política, la represión franquista y el “holocausto español”», en Julio Aróstegui (ed.), De genocidios, holocaustos, exterminios, Dossier Hispania Nova, Madrid, nº 10, 2012. (edición digital: http://hispanianova.rediris.es)

—, “El maqui que nunca existió”, en Asalto al tren pagador, Valencia, Mandor, 2015

—, La memoria reprimida. Historias orales del maquis, Valencia, PUV, 2004.

—, “La política del PCE y la Agrupación Guerrillera de Levante. Reflexiones en torno a la insurrección armada (1944-1952)”, en Bueno, M., Hinojosa, J., García, C. (coords.), Historia del PCE, I Congreso 1920-1977. Volumen I., Fundación de Investigaciones Marxistas/Universidad de Oviedo, 2007.

—, El sargento Fabra. Historia y mito de un militar republicano (1904-1970), Catarata, Madrid, 2012.

—, Exiliados republicanos en Septfonds. 1939, Madrid, Catarata, 2013.

Vidal Sales, José A.: Maquis, la verdad histórica de la otra guerra, Barcelona, Espasa, 2002.

Volodarsky, Boris: El caso Orlov. Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española, Barcelona, Crítica, 2013.

VV.AA.: Guerra y franquismo en el cine, Madrid, Revista de Occidente, nº53, 1985.

—, Los rusos en la guerra de España, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009.

Ysàs, Pere (ed.): Europa 1939, L'Any de les Catástrofes. Actes del Congrés, Barcelona, Cefid-UAB/Península, 2009.

Yusta, Mercedes: "Con armas frente a Franco. Mujeres guerrilleras en la España de posguerra" en Yusta, Mercedes y Peiró, Ignacio (coords.) en Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea, Zaragoza, I. F. C., 2015

—, "El campesinado y la vertiente social de la guerrilla", en Julio Aróstegui y Jorge Marco (eds.), El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952, Madrid, Catarata, 2008.

—, La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000.

Índice de siglas

AFB-L: Archivo Federal de Berlín-Lichterfelde.

AFARE: Agrupación de Fuerzas Armadas de la República Española.

AGAA: Agrupación Guerrillera del Alto Aragón.

AGE: Agrupación de Guerrilleros Españoles.

AGL: Agrupación Guerrillera del Levante.

AGLA: Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

AGG: Agrupación Guerrillera de Granada.

AS: L'Armée Secrète. Ejército Secreto.

BIDCA : Batallón de Instrucción de la Defensa contra Aeronaves.

BM: Batallones de Marcha.

BOE: Boletín Oficial del Estado.

BPS: Brigada Político Social.

CAMPSA: Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos SA.

CCOO: Comisiones Obreras.

CIOSL: Confederación de Organizaciones Sindicales Libres.

CNT: Confederación Nacional del Trabajo.

CTE: Compañías de Trabajadores Extranjeros.

CTV: fuerzas italianas del Corpo Truppe Volontarie.

EPR: Ejército Popular de la República.

ERC: Esquerra Republicana de Catalunya.

ETA: Euskadi Ta Askatasuna.

FFI: Fuerzas Francesas del Interior.

FN: Frente Nacional.

FSM: Federación Sindical Mundial.

FTP: Francotiradores y Partisanos.

FTPF: francotiradores y partisanos franceses.

FUE: Federación Universitaria Escolar.

GAAP: Grupos Anarquistas de Acción Proletaria.

JARE: Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.

JSU: Juventudes Socialistas Unificadas.

MOI: Mano de Obra Inmigrada.

NKVD: Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del (Servicio secreto soviético).

ONU: Organización de Naciones Unidas.

PCE: Partido Comunista de España.

PCF: Partido Comunista Francés.

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética.

PNV: Partido Nacionalista Vasco.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

PSUC: Partido Socialista Unificado de Catalunya.

RAF: Reales Fuerzas Aéreas.

SALTUV: Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia.

SAPMO: Archivo de los Partidos y las Organizaciones de Masas.

SERE: Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles.

SIM: Servicio de Información Militar.

SNCF: Société nationale des chemins de fer français (ferrocarriles franceses).

UGT: Unión General de Trabajadores.

UNE o UN: Unión Nacional Española.